

Revista de  
Estudios Orteguianos

20   
2010

---

# Revista de Estudios Orteguianos

*Director*

**Javier Zamora**

*Gerente*

**Carmen Asenjo**

*Redacción*

**Enrique Cabrero, María Isabel Ferreiro,  
Patricia Giménez, Felipe González Alcázar**

*Consejo Editorial*

**Juan Pablo Fusi, Andrés Ortega Klein,  
Fernando R. Lafuente, Jesús Sánchez Lambás,  
José Juan Toharia, José Varela Ortega**

*Consejo Asesor*

**Enrique Aguilar, Paul Aubert, Marta Campomar,  
Helio Carpintero, Pedro Cerezo, Adela Cortina, Béatrice Fonck,  
Ángel Gabilondo, Luis Gabriel-Stheeman, Javier Gomá, Domingo Hernández,  
José Lasaga, Thomas Mermall, José Luis Molinuevo, Javier Muguerza,  
Juan Manuel Navarro Cordón, Nelson Orringer, José Antonio Pascual,  
Ramón Rodríguez, Jaime de Salas, Javier San Martín, Ignacio Sánchez Cámara**

# Revista de Estudios Ortegaianos

20   
2010

---

## Redacción, Administración y Suscripciones

Centro de Estudios Orteguianos. Fundación José Ortega y Gasset

Fortuny, 53. 28010 Madrid

Teléf.: (34) 91 700 41 39 Fax: (34) 91 700 35 30

Correo electrónico: [estudiosorteguianos.secretaria@fog.es](mailto:estudiosorteguianos.secretaria@fog.es)

Web: <http://www.ortegaygasset.edu>

© Fundación José Ortega y Gasset, 2010

*Diseño y maquetación:* Vicente A. Serrano

*Diseño de cubierta:* Florencia Grassi



*Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números del año.*



ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Depósito Legal: M. 43.236-2000

A. G. Luis Pérez, S. A.

C/ Formación, 16. Pol. Ind. Los Olivos

28906 Getafe (Madrid)

Impreso en España

<https://doi.org/10.63487/reo.n20>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

---

---

# Sumario

Número 20. Mayo de 2010

## NUEVA EDICIÓN DE *OBRAS COMPLETAS*

*Ortega y el poder bajo la dictadura de Primo de Rivera a la luz de los inéditos del tomo VII de las Obras completas.*

Béatrice Fonck

5

## DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Papeles de trabajo de José Ortega y Gasset

*Notas de trabajo de la carpeta Prólogo Tocqueville.*

José Ortega y Gasset

Edición de

Jaime de Salas y M. Isabel Ferreiro Lavedán

21

Itinerario biográfico

*El aristócrata en la plazuela. Tercera parte: (1916-1922).*

Ignacio Blanco Alfonso

43

## ARTÍCULOS

*El exilio argentino en la correspondencia de Ortega y Gasset: la crisis de las etimologías.*

Marta Campomar

101

*La experiencia de la lectura como pedagogía de la vida en Ortega.*

Juan Carlos Castelló Meliá

159

*Ortega, Tocqueville y la comprensión histórica de la sociedad.*

Jaime de Salas y M. Isabel Ferreiro Lavedán

179

## CLÁSICOS SOBRE ORTEGA

- José Lezama Lima escribe la necrológica de Ortega el americano.*  
Presentación de José Lasaga Medina 193
- La muerte de José Ortega y Gasset.*  
José Lezama Lima 199

## RESEÑAS

- Habitando tierra extraña.* Jesús M. Díaz Álvarez 203  
(José Ortega y Gasset, *Der Mensch ist ein Fremder. Schriften zur Metaphysik und Lebensphilosophie*, edición y traducción de Stascha Rohmer)
- Tolerancia: dignidad.* Pedro Cerezo 207  
(Javier San Martín, *Tolerancia, fundamentalismo y dignidad. Tres cuestiones de nuestro tiempo*)
- Amor, poesía y filosofía desde una hermenéutica orteguiana.*  
María Luisa Maillard 210  
(Stylianos Karayiannis, *Las verdades de Clío y Erato*)
- Materiales para una nueva filología.* Felipe González Alcázar 213  
(Concha D'Olhaberriague, *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset*)
- Una antropología cultural desde dentro.* Joan B. Llinares 221  
(Javier San Martín, *Para una superación del relativismo cultural. Antropología cultural y antropología filosófica*)
- Maestro de Maestros.* Tomás Domingo Moratalla 223  
(Sergio Rábade Romeo, *Obras IV: Teoría y crítica de la razón. Kant y Ortega y Gasset*)

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



NUEVA EDICIÓN DE  
*OBRAS COMPLETAS*

< Zorita de los Canes (Guadalajara), 1925.

# Ortega y el poder bajo la dictadura de Primo de Rivera a la luz de los inéditos del tomo VII de las *Obras completas*

Béatrice Fonck

“**S**obre la vieja política”, el primer artículo de José Ortega y Gasset publicado en *El Sol* el 27 de noviembre de 1923 bajo la dictadura de Primo de Rivera, ha sido considerado como el testimonio de una adhesión al nuevo régimen o, cuando menos, como una actitud de benevolente expectativa<sup>1</sup>.

En el tomo VII de las *Obras completas*, dos artículos inéditos contemporáneos aclaran la postura del filósofo y permiten matizar e incluso negar este juicio<sup>2</sup>.

Una lectura rápida del primer inédito “Política de estos días” podría confortar la convicción de los detractores de Ortega cuando éste parece saludar la llegada de la dictadura:

Debemos a los generales septembristas un inestimable beneficio. Por primera vez en España, desde hace varias generaciones, se han llevado las cosas a sus últimas consecuencias y se ha hecho posible plantear las condiciones de una mejor existencia nacional en forma clara y decisiva. Es preciso, por todos los medios, conseguir que la acción histórica de esos generales quede utilizada en beneficio sustancial y definitivo de nuestra raza<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Véanse, entre otros, las memorias de Azaña y los artículos de Unamuno sobre “la minoría selecta” publicados en *El liberal* en 1923, así como gran parte de los historiadores contemporáneos.

<sup>2</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Políticas de estos días”, VI, 803-806, redactado a finales de octubre de 1923, y “Mi artículo «Sobre la vieja política»”, redactado el 29 de noviembre del mismo año, según los editores de las nuevas *Obras completas*. Las citas de las obras de José Ortega y Gasset remiten a la edición en diez volúmenes de *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, indicando con números romanos el tomo y, a continuación, en arábigos la página.

<sup>3</sup> VI, 806.

#### Cómo citar este artículo:

Fonck, B. (2010). Ortega y el poder bajo la dictadura de Primo de Rivera a la luz de los inéditos del tomo VII de las “Obras completas”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 5-19. <https://doi.org/10.63487/reo.512>



Pero en realidad, más que una aceptación de la situación, esta aseveración revela la búsqueda de un modo de actuación enmarcado por el régimen dictatorial sin adhesión efectiva como lo demuestran las declaraciones siguientes del artículo y el enojo expresado en el segundo inédito “Mi artículo «Sobre la vieja política»”. Éste, posterior al artículo publicado en *El Sol*, muestra unas discrepancias entre Ortega y el periódico que revelan la multiplicidad de las coacciones ideológicas impuestas al escritor en estas fechas.

En efecto, *El Sol*, el 28 de noviembre de 1923, había publicado un editorial comentando el artículo de Ortega “Sobre la vieja política” que recalca el pesimismo del filósofo acerca de la voluntad emancipadora de la masa, incluso le reprochaba su olvido de algunos intentos de rebelión sangrientos –alusión indirecta a la crisis de 1917. Todo lo cual desemboca en una discrepancia sobre el concepto de “vieja política”. En su respuesta, poco complaciente, no vacila en acusar al periódico de ser un vil defensor del discurso oficial contraponiéndole su propia opinión:

Yo no sé si existen hoy en España algunos hombres resueltos a romper con el ejército de lugares comunes falsos que impera sobre la conciencia pública, y que se han impuesto la obligación de pensar por sí mismos, de aguzar sus ideas, de confrontarlas una vez y otra con la realidad hasta conseguir una exacta adecuación. Es natural que se sientan como sitiados por la tosquedad de las ideas ambientes [...]. Me era conocido que *El Sol* no coincidía conmigo ni en la manera de entender la vieja política ni el modo de apreciar la situación actual<sup>4</sup>.

He aquí nuevos elementos reveladores respecto a la postura política de Ortega durante la época dictatorial aparentemente contradictoria respecto a la posición oficial adoptada por *El Sol*, es decir, respecto al propio instrumento de comunicación de su pedagogía social hacia la opinión pública, que merecen comentarios.

Para aclarar esta dicotomía es preciso, primero, retroceder a la posición adoptada por Ortega a partir de 1922, así como evocar la difícil coyuntura atravesada por la Papelera Española y *El Sol* en aquella época.

Respecto a Ortega, habría que subrayar la similitud de postura y de debates periodísticos entre el año 1922 y 1923. Desde 1922, el filósofo defiende el “imperativo de intelectualidad”, es decir, la libertad para los intelectuales de independizarse de cualquier pertenencia política para actuar como minoría estructuradora y educadora de la sociedad<sup>5</sup>. Al afirmarlo en la revista *España*, el

<sup>4</sup> VI, 808.

<sup>5</sup> *España*, 14-1-1922. III, 383.

escritor procede a una llamada a sus antiguos colaboradores de la Liga de Educación Política para proclamar que la educación de las masas se antepone a la militancia política *stricto sensu*. En aquella época, el partido reformista compuesto de miembros de la Liga, sigue buscando el modo de participar en un gobierno liberal. Es aquí cuando Ortega parece negar al mismo la capacidad de reformar las instituciones dentro del régimen existente porque, a su modo de ver, no sólo las instituciones sino el conjunto de la sociedad están en decadencia, “invertebrados”. Explaya el mismo argumento acerca de la propaganda política dictatorial en su artículo “Sobre la vieja política” publicado en *El Sol*.

Fueron escasos, por cierto, sus escritos políticos a partir de su proclama en la revista *España*. Sin embargo, practica dos excepciones a la regla. La primera, después de un encuentro con el Rey señalado por *El Sol* el 3 de junio de 1922, con motivo de una cena en casa de la Marquesa de Villavieja donde acuden también varios intelectuales<sup>6</sup>. En la serie titulada “Ideas políticas: ejercicio normal del Parlamento”<sup>7</sup>, pretende aconsejar al Rey respecto a la necesaria rehabilitación del Parlamento, y no deja de ser muy crítico con la intromisión del monarca en la vida pública; no obstante, afirma que no participa de la “confesión antimonárquica” y denuncia la extralimitación del poder real y se eleva contra la tentación dictatorial propalada en la opinión:

Ahora bien, la estructura actual de la vida colectiva impide que la corona pueda duplicar su autoridad. Intentarlo sería cargar sobre ella todas las responsabilidades –me refiero a las históricas no jurídicas–, sin que tenga los medios para afrontarlas. En última instancia, el principio monárquico nutrió su prestigio merced a bélicas empresas, ampliando el territorio nacional (España, Francia, Inglaterra) o afirmándolo contra algún peligro constante (Imperio romano). Sin una política de guerras, que hoy fuera inconcebible, la Monarquía no puede pensar en acrecer considerablemente su autoridad: harto hace con mantenerla. No hay por tanto otro remedio que restaurar la autoridad del Parlamento<sup>8</sup>.

En un periodo particularmente delicado para la Monarquía, en el cual el debate sobre las responsabilidades por el desastre de *Annual* se agudiza con el enjuiciamiento del general Berenguer, el escritor se otorga un papel de consejero del Príncipe que no duda en transformar su defensa del Parlamento en una advertencia sobre el descrédito potencial de la Monarquía si cae en la tentación dictatorial.

<sup>6</sup> El periódico cita entre otros a Marañón, Menéndez Pidal, Ramón y Cajal, Pittaluga, el conde de Romanones...

<sup>7</sup> Serie de tres artículos publicados entre el 28-VI-1922 y el 2-VII-1922, III, 386-397.

<sup>8</sup> III, 394.

La segunda excepción se manifiesta con motivo de la disolución de las juntas militares y la dimisión de Millán Astray. Ortega publica un artículo, “Nación y Ejército”<sup>9</sup>, que alcanza una significación de condena global de la situación, y atribuye la ruina del ejército a la incompetencia del poder, es decir, implícitamente a la Monarquía, ya que desde el principio de la Restauración ésta está implicada directamente en los asuntos militares<sup>10</sup>.

Sin embargo en 1923, antes del golpe militar, varios intelectuales critican a Ortega. Salvador de Madariaga, alias Sancho Quijano, le acusa en las columnas de *El Sol* de abandonar sus ideales juveniles y adoptar cierto maniqueísmo respecto a la decadencia de la sociedad española<sup>11</sup>. Así es como, antes de la dictadura, ya se encuentra en *El Sol* un enjuiciamiento de las ideas orteguianas parecido a las críticas emitidas directamente por un editorial de *El Sol* después del golpe militar con motivo del artículo de Ortega de noviembre de 1923. En cuanto a las réplicas del filósofo, tanto a Salvador de Madariaga en abril de 1923, como al periódico *El Sol* en noviembre del mismo año, en el texto inédito asistimos al mismo proceso comunicativo, a la misma argumentación, fundados ambos en la conferencia de 1914<sup>12</sup>.

En definitiva, antes o después de la dictadura el apolitismo declarado de Ortega<sup>13</sup> es meramente de fachada y circunstancial por razones a la vez profesionales y coyunturales. Los inéditos permiten confirmar esta opinión.

En octubre de 1923, frente a la nueva situación política creada por la dictadura, el primer inédito “Política de estos días” muestra que Ortega está a la expectativa, porque si el golpe viene a confirmar sus pronósticos sobre la evolución de las democracias parlamentarias europeas<sup>14</sup>, no dejan de preocuparle sus consecuencias sobre la permanencia de las instituciones monárquicas, tal como lo había dado a entender en sus artículos de 1922. Ésta es la principal preocupación que se desprende de su artículo publicado en *El Sol* y no, como se ha dicho, el testimonio de su adhesión al nuevo régimen. Cuando, por ejemplo, se refiere cuatro veces seguidas a los cincuenta años transcurridos<sup>15</sup>, esta insistencia significa una referencia histórica al origen mismo del régimen de la Restauración,

<sup>9</sup> *El Sol*, 14-XI-1922.

<sup>10</sup> Véase mi artículo “Un análisis de *España Invertebrada*”, en VVAA, *Política de la vitalidad*, López de la Vieja (ed.). Madrid: Tecnos, 1996, pp. 63-74.

<sup>11</sup> *El Sol*, marzo y abril 1923.

<sup>12</sup> “Fe de erratas”, *El Sol*, 25-III-1923; “Nueva fe de erratas”, *El Sol*, 25-IV-1923, III, 518-529.

<sup>13</sup> Véanse también los propósitos de la *Revista de Occidente* publicados asimismo en *El Sol*, donde en julio de 1923 reafirma que la *Revista* vivirá “de espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas”.

<sup>14</sup> Una entrevista suya del 3 de octubre de 1923 con un periódico portugués lo confirma. Véase Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002, p. 237.

<sup>15</sup> III, 550-555; “Sobre la vieja política”, 27-XI-1923.

iniciado por el pronunciamiento de un militar, el general Pavía, y confirmado por otro militar, el general Martínez Campos, quienes clausuraban el fin de la Primera República y, además, suprimían la libertad de prensa en condiciones similares a las que ahora imponía Primo de Rivera. De modo que para Ortega, el golpe militar de Primo de Rivera patentiza la caducidad del antiguo régimen ya que a lo largo de “media centuria” éste no ha sido capaz de reformar la sociedad española. Ésa es la “grave inquietud” sobre la vieja política expresada en el primer inédito<sup>16</sup> y confirmada en *El Sol*. Ahora bien, frente a esta nueva situación, Ortega tiene que definir y adoptar una nueva estrategia que sea compatible con las apuestas de su filosofía —es la época de su afirmación de la razón vital como realidad radical— y el politicismo afianzado del intelectual que es:

Da un poco de angustia oír a personas que, por su situación, su edad, su oficio o su rango debían poseer una visión más adecuada y compleja de los problemas nacionales, contentarse con repetir lo mismo que piensa un barbero suburbano.

La ocasión parece egregia para una profunda rectificación de ideas y de actos. Pero es condición previa del buen éxito que cada cual fije sus pensamientos con exactitud, con respeto, con mesura y, a la vez, con entereza<sup>17</sup>.

Además se nota claramente que el filósofo quiere evitar que su concepto “vieja política” sea deformado y recuperado en tópico por la propaganda dictatorial, es decir, que siga permaneciendo, incluso empeorando más aún, las condiciones de vida pública; lo que apenas se insinúa en el artículo de *El Sol* es clarividente en el inédito:

Me importa recordar que la expresión “vieja política” se ha levantado hasta la popularidad que hoy goza de una mísera conferencia mía dada en 1914. Conste, pues, que me he batido contra el eclipsado régimen más que casi todos los españoles que ahora resumen su patriotismo en regocijarse si un político deja de cobrar unas dietas de consejero o si algún poeta pobre y de alto mérito se le suprime cierto mínimo sueldo. Los propios generales del Directorio no pueden presentar una hoja de servicio contra la vieja política tan nutrida como el golpe de escritores entre los cuales me hallo incluido<sup>18</sup>.

Precisamente en este reparo contra la opinión pública reside su discrepancia con el periódico *El Sol* explicitada en el segundo inédito. En efecto, Ortega

<sup>16</sup> VII, 805.

<sup>17</sup> VII, 806.

<sup>18</sup> VII, 805.

parece enojado a la vez por los reproches emitidos el día anterior en un editorial del periódico<sup>19</sup>, así como por la censura interna que éste le impone cuando afirma por ejemplo:

Me era conocido que *El Sol* no coincidía conmigo ni en la manera de entender la vieja política ni el modo de apreciar la situación actual. Tanto más he de agradecer que publicase mi artículo de anteayer donde tan gravemente discrepaba de sus ideas<sup>20</sup>.

De modo que estos inéditos ponen de relieve el estrecho margen de libertad en el cual se expresa el pensamiento político de Ortega debido no sólo a las condiciones de la censura previa al nuevo régimen sino también a la censura interna del periódico que, según el filósofo, “discrepa gravemente” de su opinión.

La “gravedad” aludida por el escritor se refiere principalmente a las dificultades encontradas por *El Sol* en la misma época tanto de índole profesional como política.

En estas fechas el periódico es objeto de una crítica demoledora orquestada por *ABC*, el cual ataca directamente a Nicolás de Urgoiti por su política empresarial en la Papelera Española, achacando el descontento de ciertos accionistas de la misma que quieren echarle de la dirección de la empresa<sup>21</sup>. Esta polémica es la plasmación de las continuas coerciones padecidas por *El Sol* desde su nacimiento y sobre todo desde 1920. La ventaja que le procura el abastecimiento del papel por la Papelera Española le ata, en cierto modo, a los desiderata de la empresa, la cual está pendiente de la política arancelaria del Estado. Ésta encuentra problemas de rentabilidad debidos a la liberalización de la importación del papel decretada en marzo y julio de 1921 y en mayo de 1922.

Nicolás María de Urgoiti, entonces director de la Papelera Española y también miembro de la Junta de Aranceles y Valoraciones, milita por una racionalización de los aranceles, pero el consejo de administración de la Papelera Española le regaña acerca de su gestión, menospreciando las consecuencias demoledoras para la empresa de la liberalización instaurada por el Estado. Urgoiti tiene varias entrevistas con el Rey, sin resultados concretos<sup>22</sup>. Al instaurarse la dictadura se plantea de nuevo la cuestión arancelaria tanto más

<sup>19</sup> *El Sol*, 28-11-1923.

<sup>20</sup> “[Mi artículo «Sobre la vieja política»]”, VII, 808.

<sup>21</sup> *ABC*, 21-XI-1923. Véase mi artículo “Ortega y Gasset, la presse et le pouvoir sous la dictature de Primo de Rivera”, en *Presse et pouvoir en Espagne 1868-1975*. Madrid-Burdeos: Maison des Pays Ibériques-Casa de Velázquez, 1996, pp. 119-139.

<sup>22</sup> Véase Mercedes CABRERA, *La industria, la prensa y la política: Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, pp. 176 y ss.

cuanto que, nada más llegar al poder, el dictador anuncia que quiere arreglar el problema de los tratados comerciales y aranceles para suprimir la anarquía existente desde febrero de 1922<sup>23</sup>, es decir, la fecha de la ley promulgada por Cambó sobre la racionalización de los contratos comerciales sin real eficacia.

Urgoiti, que desde marzo de 1922 ha reemplazado a Manuel Aznar por Félix Lorenzo en la dirección de *El Sol*, es, en realidad, el principal inspirador del periódico<sup>24</sup>. Ante el golpe de estado, se responsabiliza directamente de la orientación ideológica del diario ya que, en una reunión del consejo de administración de la Papelera Española el 21 de septiembre de 1923 los representantes de los accionistas vuelven a poner en tela de juicio su gestión, acusando a *El Sol* de ser un “perturbador de conciencias”<sup>25</sup>. Entonces Urgoiti no tiene más remedio que aceptar que el periódico cumpla con los principios programáticos enunciados por el mismo presidente de la Papelera, el conde de Aresti. Éstos son unos *desiderata* acerca del trato formal de los políticos dinásticos, de las cuestiones sociales, de la religión y de la consideración del Estado. Así es como el 29 de septiembre de 1923 publica sin firma en *El Sol* un artículo en el que manifiesta una actitud benévola respecto al Nuevo Régimen con tal de que éste se atenga a su verdadera misión: “la destrucción de la vieja política, dejando modestamente todo proyecto complicado y trascendental para los políticos, aún incógnitos que han de sucederle”<sup>26</sup>.

En los artículos siguientes, *El Sol* se dedica principalmente a saludar la labor de desmantelamiento de las fuerzas dinásticas. Inaugura una encuesta sobre el papel de la dictadura para situarse de modo favorable ante el Directorio y hacerse el portavoz de la Papelera Española para que sean revocados los Reales Decretos sobre la libre importación de papel. Entonces es cuando empieza una polémica entre *El Sol* y *ABC*, que acusa a la Papelera de seguir controlando la producción de papel y a *El Sol* de ser su portavoz. Luca de Tena, íntimo amigo del Rey, ataca y calumnia directamente a Urgoiti por su pleito con *El Imparcial*. Entre el 4 de octubre y el 24 de noviembre de 1923, la polémica diaria y violenta desemboca en el plano político. Urgoiti pide el arbitraje del dictador para que su detractor sea privado de su inmunidad de senador vitalicio y así poder pleitearle. El 24 de noviembre el dictador impone el cese de la polémica sin más y decide la creación de una comisión para examinar el caso. Tres días después Ortega, que había guardado silencio desde el

<sup>23</sup> *El Sol*, 18-IX-1923.

<sup>24</sup> Ob. cit., p. 192.

<sup>25</sup> *Idem*, p. 190.

<sup>26</sup> “Consejos atrevidos”, *El Sol*, 29-IX-1923. Mercedes CABRERA añade una nota de Urgoiti recopilada en su almanaque donde comenta que “a Ortega le parece bien el artículo”, ob. cit., p. 193.

golpe sobre la situación política, publica en *El Sol* "Sobre la vieja política". Si este artículo es consecutivo al encuentro de Romanones y Melquíades Álvarez con el Rey para pedirle el restablecimiento de las Cortes<sup>27</sup>, no cabe la menor duda de que su autor tiene también conocimiento de las dificultades encontradas por el diario y su fundador. Al echar la culpa de la situación política a cincuenta años de gobierno monárquico y no a los únicos políticos del turno, en esa manera de diferenciarse del discurso oficial sobre la vieja política, aboga por la defensa de una minoría, "la rebelión de las minorías contra la masa –del capaz contra el incapaz–, del noble contra el vil", es decir, de los que como Nicolás Urgoiti luchan por la modernización de la industria y padecen las críticas de los que no quieren renovación ni pérdida de sus privilegios. Esta idea está explícita en el inédito "Política de estos días", anterior al artículo de *El Sol* cuando expone claramente su pesimismo sobre la nueva situación política:

Yo no veo más que una lamentable pululación de delatores sin nobleza ni talento, los cuales aprovechan la coyuntura para satisfacer añejos rencores privados. Son los eternos sicofantes que hacen su inevitable aparición en cuanto se repite la situación de Roma en el año 83 a. C. Convengamos que las cosas están muy claras y exigen un poco de meditación y autonomía<sup>28</sup>.

Aparece aquí la primera comparación histórica de España con el Imperio romano durante la dictadura que, como ya se ha demostrado anteriormente<sup>29</sup>, va a ser la forma recurrente de crítica al régimen adoptada por Ortega para proteger sus escritos de la censura dictatorial y cuyo alcance entienden perfectamente los responsables de *El Sol* cuando no lo publican. En efecto, la comparación histórica de la situación española con la época de los sicofantes de Roma en el año 83 a. C. significa comparar la dictadura de Primo de Rivera a la de Sila, que accedió al poder con la ayuda de los senadores conservadores para reformar las instituciones y cuyo régimen se instauró mediante la proscripción y el asesinato, es decir, un periodo de represión donde los sicofantes tuvieron un papel determinante. La elección del término despreciativo *sicofante* y de una fecha precisa de la historia denota el deseo de denunciar una situación similar en la prensa con las delaciones realizadas, en particular por *ABC*, contra *El Sol* y Urgoiti.

Observemos que este inédito fue redactado a finales de octubre de 1923 precisamente después de la acusación efectiva de Torcuato Luca de Tena con-

<sup>27</sup> 12 de noviembre de 1923.

<sup>28</sup> VII, 895.

<sup>29</sup> Véase mi tesis *L'intellectuel et la politique d'après José Ortega y Gasset dans ses articles de presse hispanique (1914-1951)*. París: Universidad de París X, 1993, tomo II, pp. 263-350.

tra Urgoiti. Es lógico que, no habiendo tomado aún el gobierno partido sobre la polémica, el diario *El Sol* hubiese preferido no publicar el artículo de Ortega, ya que el filósofo insistía además en su crítica de la propaganda oficial, de la cual *El Sol* se hacía portavoz para evitar problemas con los censores:

[...] ahora vemos que no aprobar lo que se hace y se siente en la España de estos días equivale a defender el régimen caído. Por mi parte, no estoy dispuesto a aceptar esa línea mágica que arbitrariamente se quiere trazar con ánimo de imponer a todo prójimo una localización forzosa. La perversidad del antiguo régimen no abona en modo alguno cualquier otro con que se le quiera sustituir. Y las ideas, tópicos, sentimientos que dominan la vida española en estas semanas no me parecen los más adecuados para que se forje una nueva nación saludable<sup>30</sup>.

Hablar de “perversidad del antiguo régimen”, dada la delicada situación de *El Sol*, no puede ser admitido por los censores oficiales ni por el propio periódico, por eso pensamos que este texto quedó inédito, por la censura interna de *El Sol* que no quiso atizar la malevolencia de sus detractores ni provocar el enojo del gobierno que aún no había fijado su política arancelaria. Sin embargo, esta prudencia editorial no beneficia a la empresa ya que, después de la publicación de “Sobre la vieja política” en noviembre de 1923, Urgoiti se verá de nuevo desacreditado por algunos miembros del consejo de administración de la Papelera Española que quieren apartarlo de la dirección de la empresa y pretextan que *El Sol* no se ha atendido a los principios programáticos enunciados anteriormente por el conde de Aresti, presidente del consejo de administración. No obstante, según Mercedes Cabrera, éste toma la defensa de Urgoiti con unos propósitos que describen exactamente la posición de *El Sol* y la actuación de Ortega:

El periódico (según Aresti), no tenía por qué defender los ideales de todos los consejeros, sino limitarse a defender los de la Papelera. Todos deberían reconocer que se habían percibido cambios notables en su gobierno, aunque se habría excedido, quizás, en su crítica al régimen caído. [...] Urgoiti terció entonces para afirmar que cuando aceptó en septiembre seguir al frente del periódico no había hecho dejación de su manera de pensar, aunque no por ello había dejado de atender, dentro de lo posible, las indicaciones del conde de Aresti<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> VII, 805.

<sup>31</sup> Mercedes CABRERA, ob. cit., p. 197.

El relato de estas declaraciones se funda en las sesiones del consejo de administración de la Papelera que tuvieron lugar el 19 de diciembre de 1923 y el 26 de enero de 1924 posteriormente al segundo inédito de Ortega al que ya se ha aludido, objeto de las divergencias entre el filósofo y *El Sol*. La defensa de Urgoiti por el conde de Aresti revela que no habían pasado desapercibidas las insinuaciones del artículo de Ortega en noviembre de 1923, ni las tentativas de rectificación emitidas por *El Sol* al día siguiente intentando suavizar las insinuaciones antimonárquicas del filósofo. Sin embargo no sirven para apaciguar a los detractores de Urgoiti que, además, se quejaban de la deplorable situación financiera de la Papelera debido al problema arancelario no resuelto aún por el gobierno. Además, según Mercedes Cabrera, “la influencia de Luca de Tena y de ciertos accionistas de la Papelera en los medios bancarios no era en absoluto despreciable, como tampoco lo era su acceso a la nueva clase política y al propio Alfonso XIII”<sup>32</sup>; de modo que hasta abril de 1924 Urgoiti va a tener que luchar para conseguir un acuerdo con los accionistas y una nueva ayuda a Calpe y a los contratos propuestos para resolver la deuda de El Sol C. A. Lo consigue el 29 de abril de 1924, pero este acuerdo no deja de ser problemático para la independencia de *El Sol*. Así el periódico se compromete a reembolsar la deuda correspondiente al anticipo reintegrable y ceder las 386 acciones no atribuidas como saldo final. Es decir que a lo largo de la dictadura sigue pendiente de la Papelera y de las decisiones gubernamentales acerca del arancel.

Mientras tanto, entre noviembre de 1923 y finales de junio de 1924, Ortega no vuelve a publicar artículos de índole política. Son siete meses reveladores de una expectación pendiente de la evolución del régimen y de las dificultades del periódico frente a la Papelera, que procura mantener un *statu quo* ideológico en sus páginas. En efecto, entre los artículos de los periodistas habituales, entre los cuales escriben socialistas como Luis Araquistain, Fernando de los Ríos o Julio Álvarez del Vayo, se registra la frecuencia de las publicaciones de Salvador de Madariaga, alias Sancho Quijano, encargado de representar la opinión reformista del periódico evitando cualquier referencia crítica a la institución monárquica<sup>33</sup>, y sin embargo Ortega, si ya lo había hecho antes de la dictadura, en este momento no le contesta, guarda un silencio que no deja de señalar Félix Lorenzo tal como lo revela otro inédito de las *Obras completas*<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> Ob. cit., p. 199.

<sup>33</sup> Véanse en *El Sol* los artículos publicados entre enero y abril de 1924; en particular el 4/4/1924 alude directamente a los idearios de Ortega: “los hombres cultos de la España de hoy juzgan el carácter español con arreglo a normas de vida que son extranjeras, forzosamente vagas y cuyo sentido general se sintetiza en la palabra *europización*”.

En este texto Ortega reafirma su libertad de actuar y finge menospreciar el impacto de sus ideas sobre la opinión como si fuera inútil, incluso redundante, su participación:

Casi todo el que maneja una pluma disertada sobre política, pienso que ésta se halla suficientemente servida y es lícito, hasta obligado, sacar a la consideración otras cosas que no carecen por completo de jugo espiritual. Invoca usted para atraerme al tema público la singularidad del momento, lo grave de la circunstancia, y me presenta una aterradora lista de deberes a los que me supone usted ligado, todos ellos convergentes a obligar mi respuesta a sus preguntas.

¡Encantado, amigo Lorenzo! ¡Allá va todo lo que usted quiera! Considero tan sin importancia que yo hable de política como que yo calle. Mi silencio no tiene el rango de actitud. Lo mismo da hablar que no hablar.

A modo de conclusión podemos avanzar que los inéditos publicados por las *Obras completas* al empezar la dictadura de Primo de Rivera revelan que la benevolencia de Ortega respecto al nuevo régimen es aparente y en cierta forma demoledora, fruto de la ironía de un intelectual cuya postura es particularmente delicada cuando escribe en el periódico *El Sol*.

Le toca publicar en un diario que, dada la coyuntura económica y política, no puede sufragar la independencia ideológica defendida por su fundador. Su director, Félix Lorenzo, debe atenerse a las directrices de Urgoiti impuestas por la Papelera Española desde septiembre de 1923. En la práctica *El Sol* tiene que suscribir el nuevo régimen para no enojar a la Papelera, de la cual es el portavoz.

Además Ortega, que desde la fundación del susodicho periódico podía considerarse adscrito a la trayectoria del mismo –Mercedes Cabrera habla de la “compenetración” con los proyectos de Urgoiti–, aparece como el defensor de la independencia del diario y el periodista de mayor estatura, a pesar de que no redactara los editoriales desde 1920. Con la llegada de la dictadura y las dificultades financieras, *El Sol* sabe que sus escritos son los más expuestos a la *vindicta* de los que en la Papelera quieren que la línea editorial del diario se atenga al respeto del régimen, de ahí el estilo sibilino tan delatado por sus detractores.

A pesar de todo, no puede aceptar que su crítica inicial del antiguo régimen sea recuperada por la propaganda dictatorial y, menos aún, por el periódico en el que escribe. En efecto, si no opera un distanciamiento de su discurso en relación con el discurso oficial, sabe que será tachado de partidario de la nueva situación por Manuel Azaña, por ejemplo, quien según Santos Juliá:

---

<sup>34</sup> “El intelectual y la política”, VII, 835-836.

[...] nunca compartió la convicción ni la expectativa, acariciada por distinguidos intelectuales, de que por fin había aparecido el militar regenerador decidido a barrer la vieja política. Azorín por ejemplo recordaba a sus lectores argentinos “el alborozo y regocijo con que recibimos todos en España la caída del antiguo régimen” mientras Ortega echaba en un platillo de la balanza el “excelente propósito” de Primo de Rivera de liquidar la vieja política, los viejos partidos, y en el otro la evidencia de que se trataba de una dictadura militar con vocación de permanencia<sup>35</sup>.

Efectivamente Ortega no puede, como Azaña, “romper filas” y militar clandestinamente a favor de la República, pero eso no implica en absoluto que reconozca la legitimidad de una dictadura cuyo advenimiento había previsto ya desde 1920 y a lo cual alude con ironía y no con adhesión cuando señala la llegada de los “generales septembristas”. No hace sino repetir lo que había denunciado en su artículo “La hora de Hércules”, en el que había utilizado la famosa frase de Antonio Maura “que gobiernen los que no dejan gobernar”. Cuando habla del “beneficio inestimable” del golpe de estado, hay que considerarlo como un fenómeno de tabla rasa del antiguo régimen que permite empezar sobre un terreno virgen. Así es como el conservadurismo reprochado a Ortega en su artículo “Sobre la vieja política” esconde un deseo de diferenciarse del discurso de sumisión posibilista adoptado por los editoriales de *El Sol*. Ortega piensa que el conjunto de la sociedad española está desgastada, incluso el propio Primo de Rivera, que siempre ha asimilado a un “Hércules de feria”.

En la medida en que Ortega afirma su pleno conocimiento de la vida empresarial de *El Sol* al empezar la dictadura, su compromiso político no puede ser categórico, pues no ignora que sus escritos son objeto de una atención particular del poder, tanto del dictador, que siempre le leía con gran detenimiento<sup>36</sup>, como del Rey, que no dejaría de amenazar la vida del periódico con presiones económicas si *El Sol* se revelara antimonárquico<sup>37</sup>.

Así es como los inéditos publicados en el tomo VII de las *Obras completas* referidos al primer periodo de la dictadura confirman que Ortega la consideraba más bien como un paréntesis entre dos épocas. Para él, la primera ha caducado –y desde este punto de vista su posición no está tan alejada de la de Azaña– y, en la segunda, la recurrente proclamación de su apolitismo, no es sino una manera de eludir en lo inmediato la pertinencia de militar abiertamente por la República, tal como hará en mayo de 1924 Manuel Azaña en su

<sup>35</sup> Santos JULIÁ DÍAZ, *Vida y tiempo de Manuel Azaña*. Madrid: Taurus, 2008, p. 219.

<sup>36</sup> Celedonio DE LA IGLESIA, *La censura por dentro*. Madrid: CIAP, 1930, p. 138.

<sup>37</sup> Mercedes CABRERA y Antonio ELORZA, *La Segunda República*, ed. Tuñón de Lara. Madrid: Siglo XXI, 1987, p. 229.

“apelación a la República”, porque Ortega aún opina que la vía posibilista hacia la democracia sigue teniendo validez, como lo justifica para él el hecho de “deslizar en el calderón dictatorial la voz tenue del pedagogo político”, sin dejar de tener en cuenta, muy a su pesar, las coacciones padecidas por el soporte publicístico en el cual dispensa su pedagogía.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CABRERA, M. (1994): *La industria, la prensa y la política: Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid: Alianza Editorial.
- CABRERA, M. y ELORZA, A. (1987): *La Segunda República*. Madrid: Siglo XXI.
- FONCK, B. (1993): *L'intellectuel et la politique d'après José Ortega y Gasset dans ses articles de presse hispanique (1914-1951)*. Paris: Universidad de París X, 1993, tomo II.
- (1996): “Ortega y Gasset, la presse et le pouvoir sous la dictature de Primo de Rivera”, en *Presse et pouvoir en Espagne 1868-1975*. Madrid-Burdeos: Maison des Pays Ibériques-Casa de Velázquez.
- (1996): “Un análisis de España Invertebrada”, en *Política de la vitalidad*, edición de López de la Vieja, M.T. Madrid: Tecnos.
- IGLESIA, C. DE LA (1930): *La censura por dentro*. Madrid: CIAP.
- JULIÁ DÍAZ, S. (2008): *Vida y tiempo de Manuel Azaña*. Madrid: Taurus.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2005): *Obras completas*. Tomo III (1917-1925). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus.
- (2006): *Obras completas*. Tomo VI (1941-1955). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus.
- (2007): *Obras completas*. Tomo VII (1902-1925). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus.
- ZAMORA BONILLA, J. (2002): *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés.



# José Ortega y Gasset

## Notas de trabajo de la carpeta

### *Prólogo Tocqueville\**

Edición de Jaime de Salas y M. Isabel Ferreiro Lavedán

ORCID: 0000-0002-7116-4091

ORCID: 0000-0003-2841-6078

#### Introducción

Aunque son pocas las referencias que aparecen en la obra de Ortega sobre Tocqueville, parece que su interés por el autor francés corresponde más bien al periodo de su obra que se desarrolla a partir de los años treinta<sup>1</sup>. Estas notas de trabajo sobre Tocqueville pudieran ser preparatorias de un texto incompleto, borrador de un prólogo a alguna edición prevista de la obra de Tocqueville, que no llegó a puerto. Este texto incompleto, “[Tocqueville y su tiempo]”, se publicó por primera vez en la edición de Paulino Garagorri: José Ortega y Gasset, *Meditación de Europa*. Madrid: Revista de Occidente, colección El Arquero, 1960, pp. 127-133. En el tomo X de las nuevas *Obras completas* aparecerá en 1951, pero el manuscrito no permite poderlo fechar con exactitud, salvo considerando un amplio margen de fechas entre los años 40 y 50, porque en él se lee: “En vez de «centralización» hoy solemos decir «intervención del Estado» y si queremos emplear un vocablo antipático y bastante estúpido que ha andado muy en boca estos últimos quince años hablaremos de «totalitarismo»”. El contenido de las notas también parece apuntar a estos años, en tanto en ellas se habla de los años de guerra que median entre el centenario de la aparición del primer volumen de *La democracia en América* (1835).

En lo que respecta a su contenido vemos temas fundamentales para Ortega en los últimos años de su carrera: la preocupación por formular una dialéctica

<sup>1</sup> Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> *La rebelión de las masas* (1930), IV, 382; *Misión del bibliotecario* (1935), V, 359; “La estrangulación de «Don Juan»” (1935), V, 382; “Discurso a los universitarios de Berlín” (1949), VI, 569; [“Segunda conferencia sobre Goethe en Aspen”] (1950), VI, 589.

#### Cómo citar este artículo:

De Salas, J. y Ferreiro Lavedán, I. (2010). Notas de trabajo de la carpeta “Prólogo Tocqueville”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 21-42.  
<https://doi.org/10.63487/reo.513>

Revista de  
 Estudios Orteguianos  
 N° 20. 2010  
 mayo-octubre



histórica<sup>2</sup>; la reflexión sobre las culturas coloniales y el papel de Estados Unidos con respecto a Europa que se ha desarrollado a partir de *La rebelión de las masas*<sup>3</sup>; y la reserva ante el poder del Estado<sup>4</sup>. Al mismo tiempo, muestra su gran aprecio e interés por la obra del autor francés, así como la voluntad de conocerla con detalle; lo que le lleva en ocasiones a entablar un curioso diálogo con él mostrándole alguna reserva, con el ojo y calado que le son característicos, en cuestiones de importancia. Ortega escribe desde la madurez de su pensamiento, desde la comprensión, que late también de fondo en Tocqueville, de que el tiempo histórico es “un tiempo en que pasan cosas”, y esas cosas que pasan pueden ser contradictorias, como tener así mismo efectos diversos, positivos unos y no tan positivos otros, pero en cualquier caso irremediables en tanto acaecidos.

Las Notas de trabajo que presentamos en este número se encuentran en una carpeta conservada en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset titulada de mano de Ortega “Prólogo Tocqueville”, con signatura 8/52. En la misma portada de la carpeta aparece una nota de mano de la hija del filósofo, Soledad Ortega, que dice “(Como aparece pero añadiendo algunas citas que estaban fuera de la carpeta)”. En la carpeta se encuentran 33 notas, que son las que en esta edición ofrecemos; y una subcarpeta con signatura 8/52/1, y título de la mano de Soledad Ortega: “Citas de Tocqueville (sociológicas o políticas)” con otras 28 notas.

### Criterios de edición

La edición de estas Notas de trabajo reproduce fielmente la forma circunstancial y privada en que fueron escritas, con el objeto de que lleguen al lector precisamente como lo que son: “notas de trabajo”. Se trata casi siempre de breves apuntes para un desarrollo ulterior de ideas y, otras veces, de anotaciones al hilo de alguna lectura.

Presentamos las Notas tal y como aparecen ordenadas en las carpetas citadas, con el deseo que anima esta sección de mostrar la forma en que se nos han conservado en su Archivo.

Cuando las Notas remitan a ideas contenidas en el *corpus* publicado de Ortega, se reproducirá al pie algún párrafo destacado donde se aluda al tema

<sup>2</sup> El texto en el que Ortega define bien su posición es “Epílogo de la Filosofía”, de 1943, IX, 583 y ss.

<sup>3</sup> Después de una referencia positiva en *Las Atlántidas* (1924), III, 755, pasa Ortega a una posición más reservada a partir de “Hegel y América” (1928), II, 678. Cfr. *La rebelión de las masas*, IV, 447, 460, seguido por los “Los «nuevos» Estados Unidos” (1931), IV, 621, y *Sobre los Estados Unidos* (1932), V, 36 y ss.

<sup>4</sup> En consonancia con el célebre capítulo de *La rebelión de las masas* “El mayor peligro el estado”, pero véase además, de los años en que presumiblemente se redactaron estas notas, “En el fondo, querría lo mejor. Un capítulo sobre el Estado” (1953), VI, 837.

en cuestión, junto a la referencia de su lugar en las *Obras completas*, indicando, tras el año de publicación entre paréntesis –o el año de redacción seguido de ? si se trata de escritos editados póstumamente–, el número de tomo en romanos y el de página en arábigos. Se emplean sistemáticamente las siguientes ediciones: Madrid: Fundación José Ortega y Gasset-Taurus, 2004-2010, para los tomos I-IX; y Madrid: Alianza Editorial/Revista de Occidente, 1983, con la indicación *Oc83*, para los textos no incluidos en los citados tomos I-IX.

Cuando las notas consignan los libros utilizados por Ortega, se indica a pie de página la referencia exacta del libro mencionado. Asimismo, cuando remiten a una o varias páginas determinadas de un texto, se transcribe, siempre que ha sido posible, el párrafo o párrafos señalados por Ortega en los ejemplares que él mismo manejó. Para ello nos hemos valido de su biblioteca personal, conservada en la Fundación José Ortega y Gasset<sup>5</sup>.

Respecto a los criterios de edición, se mantienen los rasgos de la pluma de Ortega, incluidos los guiones y otros signos de puntuación. Se normaliza la ortografía y se desarrollan las abreviaturas habituales de Ortega (“ej.” por “ejemplo”, “q” por “que”, etc.). Cuando esas abreviaturas son iniciales que remiten a términos reconocibles, se mantiene la abreviatura y se completa la palabra señalando el añadido entre [ ]. Del mismo modo, todo añadido de los editores va entre [ ]. Las palabras ilegibles se señalan con [·]. Cada nota va precedida de \* de la que se cuelga una llamada para indicar al pie la signatura de la nota con que está numerada en el Archivo. El cambio de página se marca con //, el comienzo de subcarpeta con \*\*, y el de carpeta con \*\*\*. Los términos tachados se colocan y señalan a pie de página con la marca [tachado]; los superpuestos van entre // en el cuerpo del texto, con la indicación [superpuesto] en nota al pie. Los subrayados de Ortega se reproducen mediante cursiva.

<sup>5</sup> [Entre los libros citados o relacionados con estas notas, se encuentran en su biblioteca los siguientes: Marcel THIÉBAUT, *Edmond About*. París: Gallimard, 1936 (dedicado por el autor a Ortega); Alexis DE TOCQUEVILLE, *Ouvres et Correspondance inédites*. Ed. Gustave de Beaumont. 2 vols. París: Michel Lévy Frères, 1861; Alexis DE TOCQUEVILLE, *L'ancien régime et la révolution*, [s. l., s. n., s. a.] (señalado por Ortega con lápices azul y rojo, y con pluma); Alexis DE TOCQUEVILLE, *Souvenirs*. París: Calmann Lévy, 1893 (señalado por Ortega con lápiz azul); Alexis DE TOCQUEVILLE et Arthur DE GOBINEAU, *Correspondance (1843-1859)*. París: Librairie Plon, 1908 (señalado por Ortega con lápiz rojo); ROYER-COLLARD, *Ses discours et ses écrits*. Ed. M. de Barante. 2 vols. París: Librairie Académique, 1878; Marcel PRÉLOT, *L'empire fasciste*. París: Librairie du Recueil Sirey, 1936 (subrayado y anotado por Ortega a lápiz); R. PIERRE MARCEL, *Essai politique sur Alexis de Tocqueville: avec un grand nombre de documents inédits*. París: Félix Alcan, 1910; Antoine REDIER, *Comme disait Monsieur de Tocqueville*. París: Perrin, 1925; Émile FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle*, 3 vols. París: Ancienne Librairie Furne, 1899 (señalado por Ortega el primer volumen con lápices azul y rojo); John BODIN, *Method for the easy comprehension of History*. Trad. Beatrice Reynolds. New York: Columbia University Press, 1945; Tancrede DE VISAN, *La vie passionnée de André-Marie Ampère*. París: Agence Archat, [s. a.]; Antoine REDIER, *Comme disait Monsieur de Tocqueville*. París: Perrin, 1925; E. SPULLER, *Royer-Collard*. París: Librairie Hachette, 1895]



---



---

# JOSÉ ORTEGA Y GASSET

## Notas de trabajo de la carpeta

### *Prólogo Tocqueville*

\*1

No se puede negar que es Aug[usto] Comte el primero que ve la necesidad de descubrir el ser del hombre –es decir, lo que hoy es– en su pasado. El ser del hombre está oculto bajo su aspecto actual y consiste en todo el pretérito latente. Hay que averiguar, pues, su evolución –la ley de ese pasado. En suma, el ser del hombre sólo es descubierto por la razón histórica.<sup>2</sup>

Hegel no conoce la razón histórica –su “historia” es mero orden /lógico/<sup>3</sup> de estratificación a quien se da una serie de índices temporales.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> [8/52-1]

<sup>2</sup> [“La cosa = sustancia del positivismo es la ley o «hecho general» que es preciso hallar tras de los simples hechos. Esto en el vulgar y trivial positivismo, pero en el de Comte que, como he dicho, es una gran filosofía, lo presente en la sensación sólo es y tiene realidad relativamente al hombre. Es una vergüenza que nadie haya advertido ser Comte el primer pensador que hace consistir formalmente el Ser, lo Real en pura relación al hombre, en sentido mucho más radical y profundo que Kant. Y esto, precisamente esto, es lo que Comte entendía por «positividad»”, *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* (1947), IX, 1123]

<sup>3</sup> [Superpuesto]

<sup>4</sup> [En *Historia como sistema y del Imperio Romano* (1941), escribe Ortega: “La razón histórica (...) no acepta nada como mero hecho, sino que fluidifica todo hecho en el *fieri* de que proviene: ve cómo se hace el hecho. No cree aclarar los fenómenos humanos reduciéndolos a un repertorio de instintos y «facultades» –que serían, en efecto, hechos brutos, como el choque y la atracción–, sino que muestra lo que el hombre hace con esos instintos y facultades, e inclusive

Es falso que España haya sido siempre restauradora. Precisamente los Reyes Católicos significan la gran innovación: la idea del Estado Moderno. Su absolutismo aun frente a la Iglesia. La inquisición instrumento contra judíos y moriscos era un órgano al servicio de la “razón de Estado”.<sup>6</sup>

Son los Austrias quienes desoían todo esto en un sentido de Restauración, Austria ha sido siempre la Restauradora.<sup>7</sup>

nos declara cómo han venido a ser esos «hechos» —los instintos y las facultades—, que no son, claro está, más que ideas —interpretaciones— que el hombre ha fabricado en una cierta coyuntura de su vivir.

En 1844 escribía Auguste Comte (*Discours su l'esprit positif*, Ed. Scheleicher, 73): «On peut assurer aujourd'hui que la doctrine qui aura suffisamment expliqué l'ensemble du passé obtendrá inévitablement, par suite de cette seule épreuve, la présidence mentale de l'avenir», —«Se puede asegurar hoy que la doctrina que explique adecuadamente el pasado en su conjunto, por ese hecho tan sólo, logrará indefectiblemente el predominio mental del porvenir», VI, 81. Y en «Prólogo a *Historia de la filosofía*, de Émile Bréhier (1942): “Hegel y Comte fueron los primeros en salvar el pasado que los siglos anteriores habían estigmatizado con el carácter de puro error, de modo que el pasado no tenía derecho a haber sido. Ambos construyen la historia como evolución en que cada época es un paso insustituible hacia una meta y que, por tanto, tiene un absoluto sentido y su plena verdad. La perspectiva histórica se invierte y ahora consiste en la historia del constante acierto: el error no existe. Esto se debe a que Hegel y Comte ordenan el proceso evolutivo del pasado humano en vista de un término absoluto que es su propia filosofía como filosofía definitiva. Pero esto es congelar la historia, detenerla, como Josué parece que hizo con el sol (...) Pero nuestra óptica es muy diferente de la de Hegel y Comte. No pensamos, no necesitamos pensar que nuestra filosofía sea la definitiva, sino que la sumergimos como cualquiera otra en el flujo histórico de lo corruptible. Esto significa que vemos toda filosofía como constitutivamente un error —la nuestra como las demás. Pero aun siendo un error es todo lo que tiene que ser, porque es el modo de pensar auténtico de cada época y de cada hombre filósofo, VII, 170]»

<sup>5</sup> [8/52-2]

<sup>6</sup> [(...) la expulsión de judíos y moriscos es una idea típicamente moderna. El moderno cree que puede suprimir realidades y construir el mundo a su gusto en nombre de una idea. En este caso es la idea del Estado que los Reyes Católicos inician, *En torno a Galileo* (1947), VI, 505]

<sup>7</sup> [“De 1780 a 1815 Francia había hecho las tres experiencias puras que cabe hacer y que son siempre las más fáciles: primero había vivido bajo la monarquía tradicional; luego, con la Revolución, había intentado la democracia radical; más tarde, con Napoleón, el autoritarismo no menos radical. Agotado el ciclo de las experiencias puras no quedaba otro remedio que ensayar las mezclas. La Restauración fue la primera combinación de principios antagónicos (...) Pero ello significa que a ningún poder puede atribuirse soberanía, es decir, último e incondicionado derecho a mandar. Tal situación era completamente nueva en el continente. Para encontrar algo parecido fuera menester retroceder a la Edad Media (...) Encontramos, sí, que nadie manda con carácter absoluto, pero es porque, en rigor, en la Edad Media nadie manda en el sentido pleno que esta palabra tiene desde el siglo XVI y XVII —es decir, mando de Estado, Poder público. Al aparecer primero en España con los Austrias, luego en Francia con Luis XIV, esa extraña cosa que es el Estado con toda su pureza y su vigor (...), “Libros del siglo XX”. Guizot y la *Historia de la civilización en Europa* (1935). V, 389]

\*8

Tocqueville apenas sale a la vida, es decir, muy poco después de cumplir los veinte años tiene la intuición –intuición en el sentido de visión efectiva e inmediata de una realidad– de que en las sociedades occidentales está fermentando algo gravísimo. Esa intuición le acompañará toda la vida, le inspirará, modelará su carácter y, sobre todo, informará su inteligencia. Porque quien ha visto eso no puede abandonarse, no puede flotar en la existencia descuidada e irresponsablemente.

Como el marino en la tormenta existe en puro alerta y este alerta hace que no se entregue a ningún primer movimiento, que // se habitúe a hacerse cuestión del menor de sus actos y *a potiori* de todo pensamiento emergente en su interior. Esto da como resultado un modo de pensar constitutivamente reflexivo –es decir, filosófico. Por eso viven hoy y tienen hoy su verdad no marchita sin palabras. Al no abandonarse a los hechos de primer plano, modeló sus ideas sobre realidades profundas y como éstas son las que la erosión del tiempo y las catástrofes como geológicas de la historia han puesto de manifiesto es hoy cuando ostentan luminosas su gran verdad.

\*9

Para T[ocqueville] la verdadera sustancia de la Revolución Francesa no residía ni en sus principios ni en sus barricadas sino en haber hecho manifiesta una realidad que desde un siglo atrás se había ido constituyendo: la supresión de /las/<sup>10</sup> jurisdicciones particulares y su absorción por el Estado central. La centralización fue la efectiva revolución. Ella dejó al individuo desnudo, sin defensa frente al poder de Leviatán que es el Estado. Desde 1800 el hombre europeo está maduro para las definitivas y más atroces tiranías. /En términos hegelianos/<sup>11</sup>. Ésa es la verdad de la democracia. Cita en Marcel 153.<sup>12</sup>

<sup>8</sup> [8/52-3]

<sup>9</sup> [8/52-4]

<sup>10</sup> [Superpuesto]

<sup>11</sup> [Superpuesto]

<sup>12</sup> ["Sans doute, en restreignant les libertés publiques, en mettant en branle la pression administrative, l'Empire s'abusait-il lui-même sur la qualité du consentement ainsi obtenu, mais, jamais, il n'a fait fi de la volonté des masses, jamais peut-être régime n'a été plus féru du principe de leur souveraineté et de ses impérieuses exigences (...) Le régime napoléonien reste essentiellement fondé sur la souveraineté nationale, sur la primauté de la Nation dont la négation est à la base même du régime fasciste", Marcel PRÉLOT, *L'empire fasciste*. París: Librairie du Recueil Sirey, 1936, p. 153. Traducción: "Sin lugar a dudas al restringir las libertades públicas, al utilizar la presión administrativa, el mismo Imperio se tomaba libertades en lo que respecta a la calidad del

\*13

Al contemplar su tiempo ve ascender por todas partes la forma democrática de la vida colectiva como una marea viva que nada puede contener. Para comprender el gigantesco fenómeno lo analiza y entonces cree descubrir que venía preparándose desde tiempos muy remotos /en/<sup>14</sup> una génesis latente y por lo mismo inexorable con lo cual parecía aun más irreprimible /ver Marcel 144/<sup>15</sup> y cobraba el pavoroso carácter de una ley cósmica directora de los destinos humanos. De aquí esa actitud bivalente de T[ocqueville] ante la democracia. Actitud que era una permanente combinación de amor y de pavor.

\*16

<sup>17</sup> En la Advertencia al III tomo se defiende contra la <sup>18</sup> censura de querer explicar todo por la igualdad. Pero la defensa es insuficiente y la verdad es que en este libro T[ocqueville] despliega un pensamiento geométrico –en que de un principio se pretende olvidar todo. Maxime cuando, como es frecuente, <sup>19</sup> no se refiere a América sino *genera[.]*<sup>20</sup> a las sociedades democráticas. <sup>21</sup>

consentimiento que obtenía, pero nunca desdeñó, de la voluntad de las masas. Probablemente nunca hubo un régimen más pendiente del principio de su soberanía y de sus imperiosas exigencias (...) El régimen napoleónico se mantuvo esencialmente fundamentado en la soberanía nacional, en la jerarquía de la nación cuya negación está en la base del régimen fascista”]

<sup>13</sup> [8/52-5]

<sup>14</sup> [Superpuesto] con [tachado]

<sup>15</sup> [Superpuesto. “Lorsque aucun parti n’a la force nécessaire pour dominer les autres et les éliminer, tout s’achève et s’épuise en transactions et en compromis. Le pouvoir est abandonné au partage comme s’il s’agissait d’un patrimoine à diviser. Tel est le cas dans les divers gouvernements de coalition où chaque ministre est le porte-parole et le défenseur, non de l’utilité commune mais des exigences propres à ses partisans. Ces luttes, aussi bien que ces compromissions, entraînent la société nationale à la désagrégation fatale. C’est la guerre civile patente ou larvée; e’est l’anarchie chronique où tous commandent dans l’Etat, sauf l’Etat lui-même», Marcel PRÉLOT, ob. cit., p. 144. Traducción: “Cuando ninguna parte tiene la fuerza necesaria para dominar a los otros y eliminarlos, todo conduce y se agota en transacciones y compromisos. El poder se convierte en objeto de reparto como si se tratara de un patrimonio que hay que dividir. Tal es el caso en diversos gobiernos de coalición donde cada ministro es el portavoz y defensor no del bien común sino de las exigencias de sus partidarios. Estas luchas como estos compromisos llevan a la sociedad nacional a una disolución fatal. Es la guerra civil patente o en potencia; es la anarquía crónica donde todos dan órdenes en el estado menos el estado mismo”]

<sup>16</sup> [8/52-6]

<sup>17</sup> En el prólogo [tachado]

<sup>18</sup> acusación [tachado]

<sup>19</sup> ya él [tachado]

<sup>20</sup> [Podría ser “generalmente”, pero no se lee con claridad]

<sup>21</sup> [“Alexis de Tocqueville, qui était entré dans la vie politique en 1839, se trouvait au moment de la révolution de Février dans la force de l’âge et dans toute la maturité de son talent.

— —

Pero, tal vez, todas estas censuras —y aun la de falta de historicidad— son injustas. T[ocqueville] era pragmático no teorizador puro, es decir que sus teorías van siempre unidas al carro de la práctica. Ve venir sobre // el mundo la democracia, “un hecho irresistible contra el cual no sería ni deseable ni prudente luchar”. Esta preocupación impregna su mente toda cuando está despierta. Tiene ocasión muy pronto de visitar el pueblo donde la democracia aparece más pura y más clara. Saturada la retina con esta visión se pregunta pragmáticamente: ¿qué se puede esperar de una sociedad democráticamente constituida? ¿Cuáles son sus bienes probables y sus males presumibles? Éste es el tema preciso de T[ocqueville] Es un tema paradigmático como el rosa-rosae de la gram[ática] latina. No se trata de acumular datos ni de buscar los orígenes de ciertos hechos, sino de hacer una gran operación //

2<sup>22</sup>

analítica de carácter como matemático. De aquí la frecuencia con que se expresa en términos de generalidad geométrica: las aristocracias, los pueblos monárquicos... las democracias.

\*23

*Correspondencia con Gobineau*

Con una claridad como geométrica ya el año 43 aislará, como el /nuevo/<sup>24</sup> hecho fundamental de nuestro tiempo, la necesidad de intervenir el Estado en

Résolu à se consacrer à la défense des intérêts de la société et du pays, il s'engagea dans la lutte et fut l'un des premiers, parmi ces hommes de grand cœur et de bonne foi, qui tentèrent alors de maintenir la république dans des voies sages et modérées, en évitant pour elle le double écueil du césarisme d'un côté et de la révolution de l'autre: périlleuse et ingrate entreprise, dont un esprit aussi clairvoyant que le sien ne pouvait se dissimuler les difficultés et dont il présageait de bonne heure l'éphémère durée”, Alexis de Tocqueville, “Avant-propos” en *Souvenirs*. París: Calmann Lévy, 1893, I (señalado por Ortega al margen en su ejemplar con lápiz azul). Traducción: “Alexis de Tocqueville que entró en política en 1839 se encontró en el momento de la revolución de octubre en plenitud de sus facultades y en la madurez de su talento. Decidido a consagrarse a los intereses de su sociedad y de su país, se entregó a la lucha y fue uno de los primeros entre los hombres de gran corazón y de buena fe, que trataron de mantener la república en un camino de prudencia y de moderación evitando el doble peligro del cesarismo, por una parte, y de la revolución por otra. Un esfuerzo tan peligroso como ingrato. Un espíritu tan clarividente como el suyo no podía engañarse disimulando las dificultades ni dejar de presagiar su efímera duración”]

<sup>22</sup> [8/52-7]

<sup>23</sup> [8/52-8]

<sup>24</sup> [Superpuesto]

el reparto de la riqueza para realizar el “derecho al trabajo” y a los placeres que los obreros desean. Nótese que en T[ocqueville] nada de esto significa un deseo, o convicción suya de que eso “debe ser” sino la visión de una realidad que está siendo.<sup>25</sup>

— —  
No concibe sociedades sanas sin religión y las modernas se destruirán por falta de ella.

— —  
Pertenece a la primera generación romántica francesa.

\*26

Dice Faguet, uno de los pocos franceses que se han ocupado de Tocq[ueville], que esto “confunde siempre –y no sin razón– la democracia con la centralización”.<sup>27</sup> La frase es graciosa. No se entiende muy bien cómo se puede *con razón* confundir una cosa con otra. Porque ver confundidas con razón dos cosas es lo que siempre se ha llamado “ser las dos cosas, idénticas” y la identificación de lo aparentemente diverso es el máximo pujo de la mente humana. Y efectivamente, en este caso se trata de una espléndida, aguda y ejemplar identificación. Sólo que desde Leibniz sa // bemos que, si bien podemos decir que A es idéntico a A sin más complicación, para poder decir que A es idéntico a

<sup>25</sup> [“Vous dites que c’est une maxime de notre temps que tout le monde a un droit égal au travail (ce qui, pour le dire en passant, ne relève pas plus l’idée du travail que la doctrine chrétienne que tout homme quel qu’il soit est condamné dans un genre ou dans un autre au travail). Quels son les livres modernes français ou étrangers qui ont formulé cette doctrine? Dans quelle législation a-t-on fait effort pour assurer à chaque homme l’exercice de ce droit?”, Carta de A. de Tocqueville a A. de Gobineau de 2 de octubre de 1843, en Alexis DE TOCQUEVILLE et Arthur DE GOBINEAU, *Correspondance* (1843-1859). París: Librairie Plon, 1908, p. 20 (señalado este párrafo por Ortega con lápiz rojo). Traducción: “Dice usted que es una máxima de nuestro tiempo que todo el mundo tiene el mismo derecho al trabajo –lo que dicho sea de paso concierne igualmente a la idea de trabajo como a la doctrina cristiana de acuerdo con la cual todo hombre de cualquier condición se encuentra condenado a uno u otro género de trabajo– ¿Qué libros franceses modernos han formulado esta doctrina? ¿Qué legislación se ha esforzado por garantizar al hombre tal derecho?”]

<sup>26</sup> [8/52-9]

<sup>27</sup> [(...) Pour ce qui est de la démocratie en Europe, il aurait pu, ce me semble, lui qui la confond sans cesse, non sans raison, avec la centralisation, se dire qu’elle a été produite surtout par le besoin que les peuples ont eu de se centraliser de plus en plus dans la lutte qu’ils ont eu à soutenir les uns contre les autres (...), Émile FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle*. vol. 3. París: Ancienne Librairie Furne, 1899, p. 98 (subrayado por Ortega con lápiz rojo en su ejemplar). Traducción: “... En lo que se refiere a la democracia en Europa es posible que quien la confunde no sin razón con la centralización podría decir que ha sido producida sobre todo por la necesidad de los pueblos de centralizarse ante la lucha que mantenían unos contra otros”]

B necesitamos intercalar una serie de igualdades que nos llevan con un movimiento de continuidad nocional del A no es B a poder decir  $A = B$ .

Así, en este caso y las intercalaciones son las siguientes:

El Estado es /dentro de/<sup>28</sup> la sociedad el poder público, esto es, anónimo frente a todos los poderes particulares, esto es, nominativos. Una misma e idéntica cosa es, pues, el crecimiento del poder del Estado y la debilitación de los poderes particulares. La absorción por la monarquía de los poderes que //

2<sup>29</sup>

antes tenían los grupos y personas –señores feudales, corporaciones, villas, municipios– era el aspecto /bajo el cual/<sup>30</sup> desde 1600 hasta la Revolución Francesa se presentaba el crecimiento del Poder Público. El monarca precisamente por ser una sola persona frente a todas las demás –individuales o colectivas (grupos)– que ejercían “poder” era la viviente y personificada figura del Estado como tal, del poder verdaderamente público. El progreso de la monarquía hacia su forma de absolutismo no era, pues, sino el progreso del Estado hacia sí mismo, esto es, hacia su plenipotencia. Ese progreso consistía en la absorción creciente de // los poderes particulares en un poder unitario. Ahora bien, esto es el movimiento de centralización. Centralización no es otra cosa que concentración y unificación de los poderes. Ello se hace en virtud de la idea de soberanía del poder público o Estado que define Bodin y luego rápidamente se propaga. El monarca se transforma en virtud de esta idea de soberanía en monarca absoluto no porque sea monarca –esto es una ilusión óptica momentánea y una apariencia, sino porque el monarca era entonces el sujeto de la función estatal. Cuando Luis XIV dijo: El Estado soy yo, tenía completa razón. Porque esa fórmula significa, al revés de lo que se suele interpretar, que él, Luis, no //

3<sup>31</sup>

nadie, no es un hombre, no es una persona sino que es el Estado viviente. Contra lo que parece a primera vista la monarquía absoluta es la despersonalización de la monarquía. Es sólo un mínimo paso más caer en la cuenta de que el monarca absoluto es /el sujeto aparente/<sup>32</sup> del Estado porque representa el auténtico sujeto del poder público que es la colectividad misma, todos, el *demos*

<sup>28</sup> [Superpuesto] en [tachado]

<sup>29</sup> [8/52-10]

<sup>30</sup> [Superpuesto] como [tachado]

<sup>31</sup> [8/52-11]

<sup>32</sup> [Superpuesto]

—en suma, la democracia. Por eso bastó /con/<sup>33</sup> que se retirase la figura simbólica del *demos*, como su jeroglífico, que era el Rey hacia 1750 para que quedase el Estado constituido en democracia. Pero ésta hubiera sido imposible si previamente no se hubiese visto la difusa // cosa que es el poder público materializado, corporizado y perfilado en la persona del Rey Absoluto, es decir, centralizado<sup>34</sup> o concentralizado todo poder.

Todo este razonamiento no lo hace nunca *expressis verbis* Tocq[ueville]. Lo hago yo. Pero él lo es. Eso es Tocq[ueville] como pensamiento histórico-político. Y al confundir democracia y centralización no hizo, según se ve, sino hacer lo debido.

V. Ancien Regime 89.<sup>35</sup>

\*36

El tema de Tocqueville es descubrir las “condiciones de la posibilidad” de la libertad —esto le lleva a investigar las condiciones de la sociedad. La libertad sólo es posible en una sociedad firme y ésta sólo es posible en el *consensus*. (De aquí, para él, que no era creyente, la necesidad de la religión).

\*37

Documento de confesión privada  
Redier 47-48<sup>38</sup>

<sup>33</sup> [Superpuesto]

<sup>34</sup> todo [tachado]

<sup>35</sup> [“Si l’on me demande comment cette portion de l’ancien régime a pu être ainsi transportée tout d’une pièce dans la société nouvelle et s’y incorporer, je répondrai que, si la centralisation n’a point péri dans la Révolution, c’est qu’elle était elle-même le commencement de cette révolution et son signe; j’ajouterai que, quand un peuple a détruit dans son sein l’aristocratie, il court vers la centralisation comme de lui-Même. Il faut alors bien moins d’efforts pour le précipiter sur cette pente que pour l’y retenir. Dans son sein tous les pouvoirs tendent naturellement vers l’unité, et ce n’est qu’avec beaucoup d’art qu’on peut parvenir à les tenir divisés”, Alexis DE TOCQUEVILLE, *L’ancien régime et la révolution*, ob. cit., p. 89. (Subrayado por Ortega con lápiz azul en su ejemplar). Traducción: “Si se me preguntara cómo esa porción del antiguo régimen ha podido ser transportada a una sociedad nueva, respondería que si la centralización no ha fenecido en la revolución, es que ella misma era el comienzo de esa revolución y su señal; añadiría que si un pueblo ha destruido en su seno la aristocracia, corre por sí solo hacia la centralización. Hace falta menos esfuerzo para que se precipite por la pendiente que para retenerlo. Todos los poderes en sí mismos tienden hacia la unificación y sólo se consigue con mucho arte tenerlos separados”]

<sup>36</sup> [8/52-12]

<sup>37</sup> [8/52-13]

<sup>38</sup> [“MON INSTINCT, MES OPINIONS

— —  
 Dos tipos de intelectualidad: 1°. Como destreza –formal, sin adscripción ni raíz en un contenido determinado. 2°. como servicio a un tema, inseparable de éste. Caso extremo: el hombre monotemático. “Monograma intelectual”. Tocqueville y la antinomia “libertad-democracia”.

\*39

A la postre, en sus Papeles Inéditos reconocerá que lo decisivo es que haya “de mœurs et de croyances” Marcel 174<sup>40</sup>

L'expérience m'a prouvé que chez presque tous les hommes, mais à coup sûr chez moi, on revenait toujours plus ou moins à ses instincts fondamentaux et qu'on ne faisait bien que ce qui était conforme à ces instincts. Recherchons donc sincèrement où sont mes instincts fondamentaux et mes principes sérieux.

J'ai pour les institutions démocratiques un goût de tête, mais je suis aristocratique par l'instinct, c'est-à-dire que je méprise et crains la foule.

J'aime avec passion la liberté, la légalité, le respect des droits, mais non la démocratie. Voilà le fond de l'âme.

Je ne suis ni du parti révolutionnaire, ni du parti conservateur. Mais, cependant et après tout, je tiens plus au second qu'au premier. Car je diffère du second plutôt par les moyens que par la fin, tandis que je diffère du premier tout à la fois par les moyens et la fin.

La liberté est la première de mes passions. Voilà ce qui est vrai”, Antoine REDIER, *Comme disait Monsieur de Tocqueville...*, París: Perrin et C<sup>ie</sup>, 1925, pp. 47-48. Traducción: “MI INSTINTO, MIS OPINIONES

La experiencia me ha mostrado que en el caso de casi todos los hombres, y desde luego en mi caso, se vuelve a los instintos más fundamentales y no se hacía bien más que aquello que se conformaba a aquellos instintos. Busquemos, pues, con sinceridad donde están mis instintos fundamentales y mis principios profundos.

Tengo gusto intelectual por las instituciones democráticas pero por instinto soy aristocrático, es decir, desprecio y temo la masa.

Amo apasionadamente la libertad, la igualdad, el respeto de los derechos, pero no la democracia. Ésta es mi posición de fondo.

No soy del partido revolucionario ni del partido conservador. Pero con todo y en conjunto me inclino más por el segundo que por el primero. Pues del segundo difiero en lo que respecta a los medios pero no en lo que se refiere al fin mientras que del primero me distancio tanto en lo que respecta a los medios como en el fin.

La libertad es la primera de mis pasiones. He aquí lo que es la verdad]

<sup>39</sup> [8/52-14]

<sup>40</sup> [“La source du mal n'est évidemment pas dans le manque d'institutions démocratiques libres; je crois que nous en avons plus que nous ne pouvons en supporter: trop de liberté politique; pas assez de liberté administrative. La cause la plus générale et la plus directe est, hélas, l'absence de mœurs et de croyances!”. R. PIERRE MARCEL, *Essai politique sur Alexis de Tocqueville: avec un grand nombre de documents inédits*. París: Félix Alcan, 1910, p. 174, señalado por Ortega al margen con lápiz rojo. Traducción: “Me acuerdo que la primera vez que buscaba lo que era una parroquia en los archivos de un gobierno civil, me sorprendió encontrar, en una comunidad tan pobre y limitada, varios de los rasgos que me habían chocado en tiempos en la comunidad rural de América y que había entendido entonces equivocadamente como una

\*41

Royer-Collard lo decía:

“Dans votre société démocratique que vous nous vantez, il n’y aura pas dix personnes qui comprendront complètement le sens de votre livre” – <sup>42</sup> cuenta él mismo en carta a J[ean] J[acques] Ampère, 27 set. 40. II, 104 <sup>43</sup>

\*44

Tocq[ueville]

El sentido histórico le sobreviene más tarde. Y él mismo ve cómo su defecto lo hizo ver en su obra primera como hechos propiamente americanos, cosas que habían llegado allí de la vieja Inglaterra y aun, más en general, de la vetusta Europa.

por ej[emplo] Ancien, 71 – <sup>45</sup>

---

particularidad del nuevo mundo. Ni la una ni la otra tienen un funcionariado permanente, un órgano municipal propiamente dicho. La una y la otra son administrados por funcionarios que actúan individualmente de acuerdo con la dirección de la comunidad entera”]

<sup>41</sup> [8/52-15]

<sup>42</sup> dio [tachado]

<sup>43</sup> [“J’en reviens à cette profonde et complète entente que vous montrez de mes idées. Assurément cela ne m’étonne pas, mais cela me charme. Vous êtes à coup sûr du nombre de ces dix personnes dont parlait M. Royer-Collard quand il me disait: «dans votre société démocratique que vous nous vantez, il n’y aura pas dix personnes qui comprendront complètement le sens de votre livre». Je crois qu’il se trompait très fort, surtout si je pouvais trouver quelques interprètes comme vous”, carta de Alexis de Tocqueville a Jean Jacques Ampère de 27 de septiembre de 1840, en Alexis DE TOCQUEVILLE, *(Œuvres et Correspondance inédites)*. Ed. Gustave de Beaumont. 2 vols. París: Michel Lévy Frères, 1861, II, p. 103-104. Traducción: “Vuelvo al completo acuerdo que muestra usted por mis ideas. Desde luego no me extraña pero me resulta muy grato. Es usted una de las diez personas de las que me hablaba Royer Collard cuando me decía: «En la sociedad democrática que quiere usted para nosotros, no habrá diez personas que comprendan completamente vuestro libro. Creo que se equivocaba grandemente sobre todo si puedo encontrar lectores como usted.»”]

<sup>44</sup> [8/52-16]

<sup>45</sup> [Je me souviens que, quand je recherchais por la première fois, dans les archives d’une intendance, ce que c’était qu’une paroisse de l’ancien régime, j’étais surpris de retrouver, dans cette communauté si pauvre et si asservie, plusieurs des traits qui m’avaient frappé jadis dans les communes rurales d’Amérique, et que j’avais jugés alors à tort devoir être une singularité particulière au nouveau monde. Ni l’une ni l’autre n’ont de représentation permanente, de corps municipal proprement dit; l’une et l’autre son administrées par des fonctionnaires qui agissent séparément, sous la direction de la communauté toute entière”, Alexis DE TOCQUEVILLE, *L’ancien régime et la révolution*, [s.l., sn., s.a.], pp. 71-72, señalado al margen con lápiz rojo por Ortega. Traducción: «Me acuerdo que cuando buscaba en los archivos de un gobierno civil lo que era una parroquia del Antiguo Régimen, me sorprendió encontrar en esta comunidad pobre y dependiente rasgos que me habían chocado en las comunidades rurales de Estados Unidos y que entonces pensé equivocadamente que eran particularidades del Nuevo Mundo. Ni la una ni las

\*46

Tocq[ueville]

Es archiliberal pero, la verdad es, que este hombre tan reflexivo, tan impulsado siempre a esclarecerse sus ideas antes de emitirlas y sustentarlas, jamás nos dice ni remotamente en qué consiste esa libertad ni cuáles son las “condiciones de su posibilidad”.

\*47

Toc[queville] de lo menos frecuente, más extraordinario –un pensador político– Sobre política es lo más insólito pensar, lo que se llama pensar. Pensar no tiene más que un modo –es lo que se hace delante de un triángulo geométrico. Y sólo quien se ponga ante la cosa “política” como ante un triángulo geométrico, piensa en política. Lo más contrario a un pensador político es esa especie zoológica que se llama el político<sup>48</sup>.

\*49

Hay que analizar bien si no hay y en qué consiste y de dónde viene si la hay, una anomalía radical en los movimientos de respeto, veneración, generoso entusiasmo –actualmente. La nueva generación tan pronta al heroísmo –parece, por otro lado, falta por completo de esas cualidades que se dirigen por su esencia a personas. Es curioso que el culto al <sup>50</sup> Adalid no.

\*51

“La premiere loi est de respecter les lois”. Rousseau. <sup>52</sup> Econ. Pol. <sup>53</sup>

---

otras tiene representación permanente, cargos municipales propiamente dichos, la una y las otras son administradas por funcionarios que trabajan por separado bajo la dirección de la comunidad en su totalidad”]

<sup>46</sup> [8/52-17]

<sup>47</sup> [8/52-18]

<sup>48</sup> [Ortega distingue, en *Mirabeau o el político* (1927), el intelectual del político, uno reflexivo, otro ejecutivo: “Hay, pues, dos clases de hombres: los ocupados y los preocupados; políticos e intelectuales. Pensar es ocuparse antes de ocuparse, es preocuparse de las cosas, es interponer ideas entre el desear y el ejecutar”, IV, 210-211]

<sup>49</sup> [8/52-19]

<sup>50</sup> los [tachado]

<sup>51</sup> [8/52-20]

<sup>52</sup> Lit. d. [tachado]

<sup>53</sup> [“La potencia de las leyes depende más de su propia sabiduría que de la severidad de los ministros, y la voluntad pública extrae su gran peso de la razón que la dictara. Por esto, Platón

\*54

En última instancia, que la democracia de que en este libro se habla sea la de América es mero accidente. El verdadero título de la obra debía ser éste: Sobre la Democracia con pretexto de la de América. La democracia americana es aquí un mero paradigma <sup>55</sup> en cuyas leves líneas enguirnalda Tocq[ueville] las caligrafías egregias de sus propias meditaciones sobre el problema político y social de su país y, en general, de Occidente. Como mero paradigma que es sabe a poco lo que nos dice de la realidad americana. <sup>56</sup> Los paradigmas de puro serlo no dicen nada. Son famosas por su insipidez y su lacidad inodora. La rosa que menos ha oído siempre en el mundo es la *rosa, rosae* de la gramática // latina.

\*57

58

Hay un cierto tipo de estudios que no se practican y, sin embargo, sería de gran utilidad <sup>59</sup> ejecutar. En vez de definir <sup>60</sup> con expresiones generales en qué consisten resulta más breve y más claro poner un ejemplo que se refiere a la obra misma de Tocqueville. En efecto, es esto un dibujo tomado <sup>61</sup> directamente y a la vista de la realidad política, social, moral de los Estados Unidos en 1835. Son más claras y simples, casi de figura geométrica con las cuales Tocqu[eville] define lo que le parecía ver. A veces no se limita a esto sino que pronostica lo que va a pasar futuramente en aquel país. Pues bien ¿no sentimos al leer // este libro una vehemente curiosidad por tener al lado de este li-

---

concibe como importante precaución poner siempre a la cabeza de los edictos un preámbulo razonado que muestre su justicia y utilidad. Y así, en efecto, la primera de las leyes es la de respetarlas: el mejor de los castigos no deja de ser un vano recurso imaginado por espíritus mediocres para sustituir por el terror el respeto que no pueden obtener. Siempre se pensó que aquellos países donde los suplicios son más terribles son también aquéllos en los que éstos se dan con más frecuencia, de suerte que la crueldad de las penas no significa otra cosa que la abundancia de infractores, y que si se castiga todo con igual severidad se obliga a los culpables a cometer crímenes para escapar al castigo de sus faltas", Jean-Jacques ROUSSEAU, *Discurso sobre la Economía política* (1769). Madrid: Tecnos, 1985]

<sup>54</sup> [8/52-21]<sup>55</sup> y un [tachado]<sup>56</sup> En la insi [tachado]<sup>57</sup> [8/52-22]<sup>58</sup> Hay [tachado]<sup>59</sup> realiz [tachado]<sup>60</sup> con [tachado]<sup>61</sup> del [tachado]

bro otro en el cual se nos <sup>62</sup> hiciese ver cuáles de esas líneas y rasgos siguen <sup>63</sup> hoy coincidiendo con la presente realidad norteamericana y cuáles no, qué anticipaciones de los hechos aquí se han cumplido y cuáles <sup>64</sup> parecen fallidas.

El resultado no sería sólo satisfacer nuestra curiosidad que, al fin y al cabo, no es más que un apetito sin sino [sic] que por añadidura tendría todos estos rendimientos anejos: 1°. equivaldría al más completo y riguroso análisis de este libro cuya amplia superficie no deja ver con última simplicidad las líneas de su arquitectura doctri //

2<sup>65</sup>

nal a pesar de ser tan claro y tan simple cada uno de sus rasgos interiores. 2°. sería un ejemplo perfecto de crítica porque en él percibiríamos con todo rigor si T[ocqueville] supo o no ver bien. 3°. más importante que los dos puntos anteriores: descubriríamos que la mayor parte de los caracteres de la democracia americana /en 1845/<sup>66</sup> acertadamente observados por T[ocqueville] no valen para 1935 (aun deteniéndonos en esa fecha de centenario para no ofuscar nuestra visión con lo turbio de estos años guerreros). 4°. notaríamos, <sup>67</sup> –y esto sería lo más fértil del confronto– que esa incoincidencia no procede sólo ni tanto de que en un siglo los Estados Unidos como todo cuerpo histórico ha cambiado sino de que T[ocqueville] no supo mi // rar el pueblo <sup>68</sup> americano como lo que es –a saber, como una realidad histórica, por tanto, como algo que venía de un cierto pasado y se dirigía al porvenir, por tanto, como una realidad que es movimiento sino como algo estático. 5°. nos saltaría a la vista que si T[ocqueville] hubiese contemplado lo que tenía a la vista con mirada de historiador, que es la única suficientemente adecuada a las materias humanas, hubiera podido *ya entonces* ofrecernos una definición de la dem[ocracia] amer[icana] mucho más profunda y *que seguiría hoy siendo válida*.

A mi juicio es éste el defecto de la gran obra de T[ocqueville]. El autor contempló la realidad americana con una óptica sociológica, hizo la ana //

3<sup>69</sup>

<sup>62</sup> dijese [tachado]

<sup>63</sup> hoy [tachado]

<sup>64</sup> ha [tachado]

<sup>65</sup> [8/52-23]

<sup>66</sup> [Superpuesto]

<sup>67</sup> que [tachado]

<sup>68</sup> [hist] tachado

<sup>69</sup> [8/52-24]

tomía y la <sup>70</sup> fisiología de aquel organismo pero su sociología era un poco “siglo XVIII” y, por tanto, abstracta, an-histórica, geométrica puesto que no verá lo que <sup>71</sup> ante sus ojos se presentaba como algo que *venía de e iba a*, sino como un <sup>72</sup> ente quieto sin precedentes y consiguientes. Esto resalta sobre todo en una cuestión muy radical.

Debo decir que es esta <sup>73</sup> obra uno de los libros que yo más estimo –como, en general, todo lo que estimo me parece de lo mejor que se ha escrito en el siglo XIX– y, sin embargo, su lectura es para mí un tormento casi continuo. Un gran número de sus enunciados me vienen a redropelo. La razón // es muy sencilla y muy clara: T[ocqueville] obtiene, como no puede de menos ya que no <sup>74</sup> se puede pensar sobre algo si además de verlo no se compara con otra cosa, –obtiene sus caracterizaciones de América comparando los Est[ados] Un[idos] con los pueblos del viejo continente. Hasta aquí no hay nada que decir. Lo malo es que al <sup>75</sup> hablar del pueblo americ[ano] y, por ejemplo, del pueblo francés o el pueblo inglés, entiende el sustantivo “pueblo” –lo mismo /es/<sup>76</sup> cuando dice “nación”– en el mismo sentido como si *en cuanto pueblo* los Est[ados] Un[idos] de 1835 de <sup>77</sup> un lado, Francia e Inglaterra de otro, /lo/<sup>78</sup> fueren homónimamente <sup>79</sup>. Apenas hay página //

4<sup>80</sup>

en que no sienta la necesidad de dar un <sup>81</sup> afectuoso golpe en el hombro a este gran T[ocqueville], que –repito– es uno de los hombres que más estimo y más respeto entre todos los del siglo pasado –y decirle: ¡Pero, Conde, está usted olvidando que los EE. UU. no son en esta fecha <sup>82</sup> –1835– aún un “pueblo”! ¡Que es algo en germen aún, aún no propiamente acabado de nacer, que es todavía en sus dos terceras partes cosa muy distinta de un “pueblo” –a saber, una factoría, a lo sumo una “colonia”! ¡Fíjese, Conde, que EE. UU. tienen ahora // digamos, catorce años y Francia o Inglaterra tienen cuarenta y cinco! Las mis-

<sup>70</sup> sociología [tachado]

<sup>71</sup> por del [tachado]

<sup>72</sup> a [tachado]

<sup>73</sup> lib [tachado]

<sup>74</sup> pensar es comp [tachado]

<sup>75</sup> comparar [tachado]

<sup>76</sup> [Superpuesto]

<sup>77</sup> fuesen [tachado]

<sup>78</sup> [Superpuesto]

<sup>79</sup> *pueblo* [tachado]

<sup>80</sup> [8/52-25]

<sup>81</sup> co [tachado] afecti co [tachado]

<sup>82</sup> aun [tachado]

mas palabras descriptivas referidas a América y a estos pueblos europeos, aún no viejos en aquella fecha pero sí ya francamente ultramaduros, tienen que tener por fuerza, caracteres diferentes.

Esto produce un defecto de perspectiva que ofende casi constantemente nuestra visión. Nos vemos obligados a mirar como estando en el mismo plano realidades –la[s] europeas y las americanas– que, en verdad, están en planos de realidad ontológica muy distantes. Esto impide la con //

5<sup>83</sup>

vergencia de nuestro aparato ocular, esto da a la <sup>84</sup> obra de T[ocqueville] una tenuidad muy característica, <sup>85</sup> a la que se agrega la tenuidad misma del estilo hecho de contención, de reserva, <sup>86</sup> en que la persona del autor desaparece y para ello procura expresarse con un cierto arcaísmo. A mí este estilo de T[ocqueville] me parece de una pureza maravillosa y me encanta pero reconozco que la obra por su óptica intelectual y por su estilo resulta curiosamente espectral.

(a la vuelta) //

Pongamos un ejemplo que se refiere, a la vez, al tema más fundamental.

\*87

### Colonia

“Porque las naciones democráticas”. Pero ¿es que *hay* naciones que *son* democráticas? ¿Es que la democracia es un atributo constitutivo de una nación o es sólo un estado a que ésta acaso llega, en el cual perdura algún tiempo y el cual, a su hora, abandona? Como evidentemente [es un]<sup>88</sup> error lo primero hay que atenerse a lo segundo. Pero si la democracia es un estado a que se llega y del que se sale –por tanto, no más que un fenómeno transitorio en el producirse o devenir de una sociedad, // se impone la necesidad de decir por qué /y cómo/<sup>89</sup> ésta ha llegado a ese estado, por qué y cómo se ha hecho democrática. <sup>90</sup> No parece, leyendo a T[ocqueville] sino que los Est[ados] Un[idos] son *con-*

<sup>83</sup> [8/52-26]

<sup>84</sup> obra [tachado]

<sup>85</sup> un [tachado]

<sup>86</sup> de [tachado]

<sup>87</sup> [8/52-27]

<sup>88</sup> en su [Hemos puesto en texto “es un” por creer que lo escrito en la nota, “en su”, es *lapsus calami*]

<sup>89</sup> [Superpuesto]

<sup>90</sup> Esto [tachado]

*sustancialmente* democra<sup>91</sup>/cia<sup>92</sup>: lo cual <sup>95</sup> es un absoluto error. Pero además, al no percibir la democracia de los EE.UU. en 1835 como *mero* resultado de las condiciones históricas, por tanto, previas de aquel país *deja de ver* lo que *acaso* haya, en efecto, de *más* sustantivamente democrático en los países americanos *todos* que en los viejos pueblos de Occidente. Pero esa democra //

2<sup>94</sup>

cia relativamente ingénita y congénita de los pueblos americanos <sup>95</sup> consistiría en caracteres, en ingredientes muy distintos y mucho más hondos que los que T[ocqueville] descubre y que eran los que estaban a la vista. Lo hondo o profundo en toda cosa humana, por tanto, lo que no es superficial y, por ello, no está a la vista y *presente* es lo no-presente, el pasado. El pasado es por esencia: latente –Por eso es lo íntimo del presente, lo intestino, la víscera del presente.

Ahora bien, el pasado de Amér[ica] // era muy breve. Tenía muy poco pasado y esto no es una consideración extrínseca a su realidad sino el componente más positivo y más actuante de su vida y su ser. La diferencia entre Est[ados] Un[idos] y Francia/: Inglaterra<sup>96</sup> fundada en el democratismo de aquélla y el aristocratismo de éstos es superficial –como lo es la idea misma de democracia <sup>97</sup> /o de<sup>98</sup> aristocracia <sup>99</sup> utilizada por T[ocqueville] en este libro<sup>100</sup> –es superficial en comparación con esta otra: los Est[ados] Un[idos] tienen //

3<sup>101</sup>

y tienen poco pasado, eran, son el relativo no <sup>102</sup> o sin-pasado frente al largo pasado –digamos, sin ambages, la vejez de Francia e Inglaterra.

Esta advertencia nos lleva como de la mano a toda una serie de averiguaciones, por simple marcha dialéctica de nuestro pensamiento, bien que <sup>105</sup> una dialéctica no del simplista y vacío tipológico que fue la de Hegel sino una “dialéctica real” en que es la *cosa* misma, la realidad quien // moviliza y guía nuestro pensamiento.

<sup>91</sup> ticos [tachado]

<sup>92</sup> [Superpuesto]

<sup>93</sup> en él [tachado]

<sup>94</sup> [8/52-28]

<sup>95</sup> sería [tachado]

<sup>96</sup> [Superpuesto]

<sup>97</sup> y [tachado]

<sup>98</sup> [Superpuesto]

<sup>99</sup> emple [tachado]

<sup>100</sup> Veremos cómo luego tiene ideas mejores.

<sup>101</sup> [8/52-29]

<sup>102</sup> - pas [tachado]

<sup>105</sup> [de] tachado

En efecto: un pueblo sin-pasado es, claro está, un pueblo primitivo y un pueblo primitivo no es nunca ese “gran cuerpo que llamamos nación” (Descartes). Por tanto, *si* los Est[ados Un[idos] tenían, no obstante, en 1835 un aspecto, siquiera fuese <sup>104</sup> /sólo/<sup>105</sup> a primera vista, de nación quiere decirse que los Est[ados] Un[idos] <sup>106</sup> *aunque* sociedad sin-pasado no eran sin embargo un pueblo primitivo. Esto significa que pa //

4<sup>107</sup>

ra calificar su realidad como forma <sup>108</sup> de sociedad, de colectividad tenemos que buscar otra categoría histórica que no sea <sup>109</sup> “pueblo primitivo”<sup>110</sup>. ¿Cuál puede ser éste? /Basta ponernos delante bien claros/<sup>111</sup> los términos de la cuestión para que quede resuelta: se trata de hallar el concepto de una sociedad sin-pasado y no-primitiva –por tanto con-pasado. ¿No //

5<sup>112</sup>

es esto contradictorio? Sí, claro que sí. Pero a la realidad le trae sin cuidado ser contradictoria: no es una profesora de *nuestra* lógica. Su *logos* no es simple y pueril como el nuestro, no es un *logos* del mero decir que, por ello, no puede contradecirse, es el *logos* del ser y el ser consiste muchas veces, tal vez siempre, en contrasarse. Esa contradicción viviente de un pueblo, a la vez, sin-pasado y con-pasado // es lo que llamamos “colonia”. La “sociedad colonial”. <sup>113</sup> Basta emitir este nombre para que la anterior contradicción se desvanezca, porque, bien entendido, nosotros los hombres y muy especialmente, nosotros

<sup>104</sup> primario [tachado]

<sup>105</sup> [Superpuesto]

<sup>106</sup> no eran, sin [tachado]

<sup>107</sup> [8/52-30]

<sup>108</sup> histórica [tachado]

<sup>109</sup> el [tachado]

<sup>110</sup> La falta de pasado o el escaso pasado, constituyente del “pueblo primitivo” no es un carácter de externa cronología. No se trata simplemente de que un pueblo es primitivo // porque lleva poco tiempo // de existencia. El tiempo histórico no es un tiempo vacío sino un tiempo en que pasan cosas. Por tanto, tener poco pasado es habernos pasado pocas cosas. Los “pueblos primitivos” actuales son los que más tiempo tienen a su espalda y, sin embargo, a los que menos cosas les han pasado. Precisamente ésta es la gran cuestión no atacada hasta ahora por nadie y que es /–que debía ser–/ el *a priori* de la etnografía: como siendo ciertos pueblos. Los llamados “salvajes”. Los //

4-bis [8/52-31]

más viejos *siguen siendo* infantiles, es decir, primitivos. //

<sup>111</sup> [Superpuesto]

<sup>112</sup> [8/52-32]

<sup>113</sup> La contradicción se desvanece al [tachado]

los *decidores* no podemos contradecirnos. *La colonia no tiene /aun apenas/<sup>114</sup> pasado propio* (<sup>115</sup> *pero tiene un pasado que no es suyo sino de la metrópoli*). Esta dualidad es la consistencia misma de la realidad //

colonial.

—6—<sup>116</sup>

© Herederos de José Ortega y Gasset.

<sup>114</sup> [Superpuesto]

<sup>115</sup> es [tachado]

<sup>116</sup> [8/52-33]

# EL ARISTÓCRATA EN LA PLAZUELA\* TERCERA PARTE: 1916-1922

**Ignacio Blanco Alfonso**

ORCID: 0000-0002-2595-464X

“Diez años llevo de no escribir más que en periódicos y pocos menos de hablar ante el público indefinido: al cabo de ellos tengo algún derecho para manifestar mi cansancio de ese público de los periódicos y los discursos”.  
(Ortega, borrador manuscrito de las “Confesiones de El Espectador”. 1.º de enero de 1916).

“Un periódico que sólo periódico puede ser, pero que quiera serlo plenamente, debe caminar guiado por una grave conciencia de su responsabilidad social [...] Es un creador o educador de opinión no un siervo de ella”.  
(Ortega, “*El Imparcial* a sus lectores”, 1917)<sup>1</sup>.

**E**n la biografía de Ortega, el año de 1916 tiene una importancia mayor de lo que a simple vista pueda parecer. La reconstrucción de los avatares vitales que acaecen al pensador en ese año, con el viaje a Argentina y Uruguay a la cabeza, nos permitirá comprender el verdadero sentido de incitaciones tan emblemáticas como la puesta en marcha de *El Espectador*, el intento frustrado de compra de *El Imparcial* y la consiguiente fundación de *El Sol*. Se ha escrito sobre la significación de estas empresas orteguianas en relación con la época y con su producción intelectual, pero, puestas en perspectiva con el lado más humano de Ortega, adquieren un nuevo fulgor que nos permitirá conocer y comprender mejor al autor y su circunstancia.

Como hemos narrado en la anterior entrega de esta serie, el año de 1915 supuso para Ortega la extinción de una de las actividades públicas que con mayor determinación había emprendido: la revista *España*, y, con ella, todo el significado y metáfora de regeneración y revitalización del pueblo español que el pensador había proyectado sobre el semana-

\* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FF12009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> III, 3.

#### Cómo citar este artículo:

Blanco Alfonso, I. (2010). El aristócrata en la plazuela. Tercera parte: (1916-1922). *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 43-100.  
<https://doi.org/10.63487/reo.514>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre

rio europeísta. El aforismo “España es el problema y Europa la solución” resulta arrumbado por el fragor de una guerra que asola el viejo continente, dejando en evidencia un ambiente de podredumbre, ruina, caducidad. En las “Palabras a los suscriptores” de *El Espectador* II (mayo de 1917), escribe Ortega a propósito de esa época:

La vida europea en los últimos tiempos –aun antes de la guerra– carecía de atractivo sobre temperamentos que, como el mío, exigen al contorno emociones nuevas de vida ascendente. Comenzaba todo en Europa a tomar una cansada actitud de pretérito, un color desteñido y palúdico. Dondequiera aparecían síntomas de vitalidad menguante. Heine hubiera dicho que el mundo europeo olía a violetas viejas<sup>2</sup>.

Los artículos de diciembre de 1915, como vimos, nos muestran a un Ortega meditando que, sobre la destrucción traída por la guerra como telón de fondo, se pregunta por el sentido del concepto de “nación” y destila en su pensamiento la idea de que la historia es la historia de la peregrinación de cada pueblo en busca de su lugar en el mundo. Un pueblo, el europeo, que, como acabamos de leer, huele a “violetas viejas”. La asunción de que han fracasado sus iniciativas de acción política (Liga para la Educación Política Española, 1913; conferencia “Vieja y nueva política”, 1914; semanario *España*, 1915), le arrastran hacia espacios del espíritu donde el pensamiento utilitario no tiene cabida, donde la acción es sustituida por la contemplación, donde el activista social se esfuma dejando su lugar al *espectador* de alma contemplativa.

No es fácil encontrar la razón definitiva de esta determinación de Ortega por apartarse temporalmente de la política y en cierto modo es un acumulado de experiencias vitales. Se percibe en el filósofo una reacción que brota de su interior contra el tipo de hombre dominante en el mundo de la política, que no es un hombre veraz, y con el que parece que Ortega se las ha tenido que ver: “No he hallado en derredor sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestas sólo a usar las cosas como les conviene”<sup>3</sup>. Podemos percibir cierta resonancia entre estas palabras resentidas y aquella confesión que en 1917 hacía a Ruiz-Castillo a propósito de la revista *España*: “Nadie como Vd. sabe la cantidad de buena fe y desinterés que puse en ese ensayo de acción colectiva y no recibimos apoyo moral de nadie”<sup>4</sup>. En el ámbito de acción pública, dominan su espíritu el fracaso y la soledad.

<sup>2</sup> II, 265.

<sup>3</sup> II, 160.

<sup>4</sup> *Id.* “El aristócrata en la plazuela. Segunda parte (1911-1915)”, *Revista de Estudios Ortegaianos*, n.º 19, noviembre 2009, p. 113.

Todo ello nos hace ver en el espíritu fundacional de *El Espectador* una vía de escape por la que el pensador tratará de dar rienda suelta a su vasto y rico mundo interior que las circunstancias están cercenando. En un borrador preparado por Ortega el 1.º de enero de 1916 con las “Confesiones del Espectador” y conservado en el Archivo, el filósofo reconoce que “el título y el intento representan para mí tantas cosas que sería el primer error aspirar a declararlas de un golpe a los lectores”, y no tiene reparo en reconocer su alejamiento de la vida pública:

¿Quién podrá lanzarme la acusación de vivir en torre de marfil? Diez años llevo de no escribir más que en periódicos y pocos menos de hablar ante el público indefinido: al cabo de ellos tengo algún derecho para manifestar mi cansancio de ese público de los periódicos y los discursos.

Como se ve, no es casual que el nuevo proyecto sea unipersonal. El filósofo había tenido ocasión, en las anteriores experiencias de *Faro y España*, de asumir su incapacidad para liderar colectividades de periodistas y llevarlas a buen puerto desde el punto de vista estrictamente empresarial. Tampoco ha encontrado alrededor la solidaridad necesaria para mantener el pulso de sus empresas: “Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la pura verdad, lo que las cosas son por sí mismas, y apenas he hallado alguno”<sup>5</sup>. Además, lo que se propone tiene que ser desarrollado en la soledad propicia para huir del ruido político y social efervescente en la prensa del momento.

La fórmula de la revista tampoco es original de Ortega; se conocen varios antecedentes de “espectadores” en el extranjero como *The Spectator*, de Addison, que aparece diariamente desde el 1 de mayo de 1711 hasta el 16 de diciembre de 1712, o el *Spectateur française*, en 1725, escrito y publicado por Marivaux. Coetáneo de *El Espectador* orteguiano fue el *Spectator* londinense, “revista sociológica y literaria que aparece los sábados en casa de los señores Smith & Son”<sup>6</sup>.

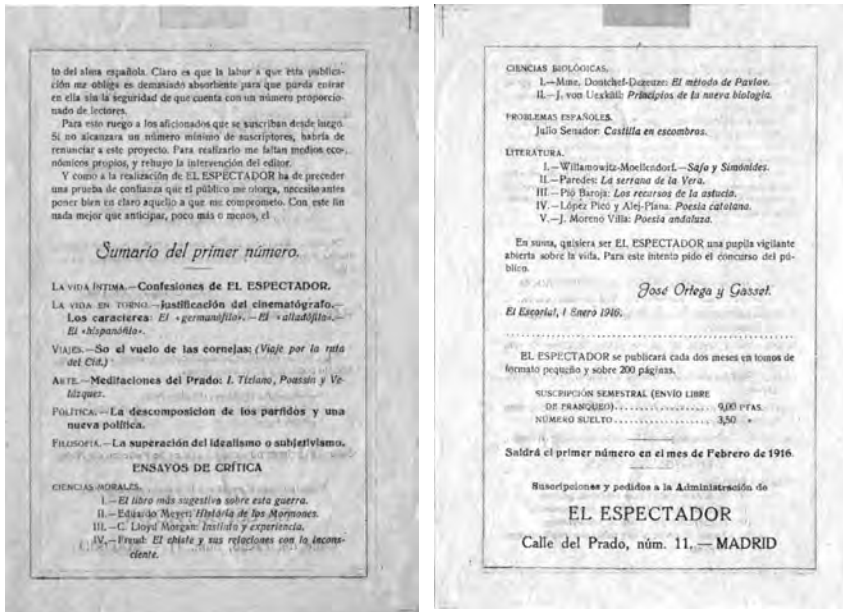
En cuanto a la condición de revista unipersonal, también en España hay al menos dos antecedentes, la de Balmes y la de Concepción Arenal, pero como indica Saldaña, “eso fue en época de escasa y difícil publicidad periódica”<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> II, 160.

<sup>6</sup> Quintiliano SALDAÑA, “El Espectador, por José Ortega y Gasset”, *Revista crítica hispano americana*, tomo II, n.º. 4, 1916, p. 184.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 197.





## Ni revista ni libro: la indefinición de *El Espectador*

La génesis del *El Espectador* de Ortega desde un punto de vista práctico, no intencional, resulta interesante porque permite distinguir la intención de la ejecución. El número 1 de la revista sale a la venta en mayo de 1916 (aunque en el prospecto que Ortega escribe en enero se anunciaba la salida en el mes de febrero). Se trata de un librito de 253 páginas, impreso en octava y en rústica (cartoné), en cuyo colofón se dice: “*El Espectador* se publicará cada dos meses en tomos de 200 páginas. Suscripción semestral, 9 ptas. Administración: calle del Prado, 11, Madrid”<sup>8</sup>.

Como se ve, la publicación es un híbrido de revista y de libro, sin llegar a ser ni una cosa ni la otra, aunque formalmente se parece más a lo segundo. En el prospecto Ortega ya habla de un “libro bimensual”<sup>9</sup>. En el primer número aparecen 4 pequeñas fotografías que ilustran sendas páginas: “El doncel de Sigüenza” (p. 79), “Bacanal”, de Tiziano (p. 93); “Bacanal”, de Poussin (p. 101) y “Los borrachos”, de Velázquez (p. 105). Estas pequeñas imágenes, sin embargo, no permiten identificar en *El Espectador* una confección o armado periodístico o de revista, cualidades que sí son fácilmente identificables desde el punto de vista del contenido.

<sup>8</sup> *El Espectador* estaba domiciliado en la misma dirección de la revista *España*.

<sup>9</sup> En realidad, *El Espectador* no fue “bimensual”, es decir, publicado dos veces al mes, sino “bimensual”, cada dos meses.

El índice del número 1 contiene cuatro bloques temáticos: “Confesiones de El Espectador”; “La vida en torno”; “Filosofía” y “Ensayos de crítica”. El epígrafe inicial “Gratitud”, y los dos finales “Libros recibidos” y “Advertencia a los suscriptores” completan el ejemplar.

Esta estructura en bloques temáticos se mantiene en los cinco primeros tomos de *El Espectador*, aunque con diferentes denominaciones; por ejemplo, las “Confesiones de El Espectador” solo están en los números 1 y 2, pero en el 3 y 4 son reemplazadas por las “Incitaciones”. Lo mismo ocurre con “La vida en torno”, que en el 3 se denomina “Notas de andar y ver”, en el 4 “Temas de viaje” y en el 5 “Notas del vago estío”. El nombre de las secciones va cambiando hasta el número 5 y a partir del 6 desaparecen, de modo que el contenido de los tres últimos tomos carece de agrupaciones temáticas y cada texto es identificado en el índice directamente con el título.

Esta descripción evidencia que *El Espectador* fue una publicación discontinua, intermitente y volátil. Ya desde el primer número percibimos la distancia que separa la intención de Ortega y lo que finalmente consigue materializar. Buen ejemplo de ello es el prospecto del primer número, donde vemos cómo del contenido entonces anunciado solo se publica una porción, lo que lleva al propio Ortega a reconocer, en la “Advertencia a los suscriptores”, que a pesar de haber aumentado el número de páginas del primer tomo, “me ha sido imposible incluir en él todos los análisis de lecturas anunciados. Las «Confesiones» y el ensayo sobre Pío Baroja adquirieron conforme los escribía proporciones imprevistas”, y prometía subsanar estos defectos en el siguiente número. Fue, no obstante, una promesa que tampoco pudo cumplir pues en el número 2 de la revista no se incluyeron ni las críticas literarias excluidas del primero ni los otros trabajos que corrieron igual suerte.

El filósofo debió ser consciente muy pronto de la dificultad que supondría tener un *Espectador* preparado cada dos meses. Si en enero de 1916, al difundir el prospecto para captar suscripciones, anunciaba la periodicidad bimestral, la primera rectificación es inmediata al tener que retrasar cuatro meses la aparición del primer número. Es probable que las palabras de “Gratitud a los lectores” que inauguran el proyecto fueran escritas por Ortega con el tomo ya terminado: “Yo no sé hasta cuando ni con qué grado de plenitud podré llevar adelante el empeño”, y sometía este asunto al caprichoso destino: “El tiempo, tan *galantuomo*, se encargará de decírnoslo a los lectores y a mí”<sup>10</sup>. Esta incertidumbre sobre la viabilidad del proyecto es lo que le lleva a curarse en salud al advertir a los lectores de que “no es mi intención hacer cosa que se parezca a una revista”.

<sup>10</sup> II, 155.

Ortega Munilla alerta a su hijo sobre esta dificultad en una carta fechada el 20 de enero de 1916: “Me ha parecido muy bien”, le escribe a propósito del prospecto redactado por Ortega. “Cierto que la labor que vas a acometer es tremenda, abrumadora, solo llevadera por quien como tú tiene singulares energías y una reserva inmensa de ideas. Sin embargo me asusta un poco la cantidad de páginas que tienes que llenar cada dos meses. Inútil será recomendarte el método de trabajo y no esperar a la última hora, sino cada día ir formando el montón de cuartillas que es preciso para componer 200 páginas de letra de molde. También temo que la preocupación económica propia de la empresa te quite serenidad para el empeño intelectual, que es el más grande que se ha acometido en España. Fuera de estos temores, todo lo demás me entusiasma. Será otra prueba de tu poder mental y un aumento de tu fama”<sup>11</sup>.

Las dudas del padre eran más que razonables y ponían el dedo en la llaga. Por eso hablamos de volatilidad al describir *El Espectador*, porque el proyecto nunca gozó de la consistencia y continuidad imprescindibles en cualquier empresa periodística; nada hace tanto daño a una publicación periódica como la incertidumbre de los lectores sobre si aparecerá o no este mes el número prometido. Este problema queda patente en una carta conservada en el Archivo y enviada por Enrique Díaz-Canedo, colaborador de Ortega desde la fundación de *España*, entre el tomo I y II: “Le escribo para decirle cuánto convendría a Vd. pensar un poco en *El Espectador*. Ya sabe que el segundo número puede salir muy pronto a poco esfuerzo que Vd. haga. Son muchos los suscriptores que nos han preguntado, personalmente o por carta, cuándo se reanudaba la publicación”, y cerraba la misiva con un comprensivo “bien me hago cargo de que ahora lo que necesitará Vd. es un poco de descanso”, pues Ortega acababa de regresar de Argentina<sup>12</sup>.

La periodicidad bimestral anunciada jamás se cumplió, y tampoco la extensión de los volúmenes. Estos son los datos de los ocho tomos que vieron la luz:

*El Espectador* I, mayo 1916, 253 pp.

*El Espectador* II, mayo 1917, 213 pp. (ed. Imprenta Renacimiento)

*El Espectador* III, 1921, 213 pp. (ed. Calpe, Tipográfica Renovación)

*El Espectador* IV, 1925, 205 pp. (ed. Revista de Occidente, Tipografía Artística)

*El Espectador* V, 1926, 210 pp. (ed. Revista de Occidente, Tipografía Artística)

*El Espectador* VI, 1927, 188 pp. (ed. Revista de Occidente, Tipografía Artística)

*El Espectador* VII, 1929, 267 pp. (ed. Revista de Occidente, Tipografía Nacional)

*El Espectador* VIII, julio 1934, 193 pp. (ed. Revista de Occidente. Imprenta de Galo Sáez)

<sup>11</sup> Carta de José Ortega Munilla a Ortega, Málaga, 20-I-1916.

<sup>12</sup> Carta de Enrique Díez-Canedo a Ortega. Madrid, 27-I-1917.

En algunos números se han detectado errores en la consignación de la fecha exacta de la publicación, sobre todo cuando comenzaron las reediciones y las compilaciones. En la nota a la edición de las nuevas *Obras completas* están explicadas estas eventualidades<sup>15</sup>.

Documentos:

Portadas de las ediciones príncipe de los ocho números de *El Espectador*. 1916, 1917, 1921, 1925, 1926, 1927, 1929, 1934



<sup>15</sup> II, 839-850.

## Recepción de *El Espectador* y viabilidad de la empresa

Todos los indicios nos hacen intuir que el proyecto de Ortega fue muy bien recibido por el público. Los escritores, periodistas e intelectuales del momento se mostraron encantados con la nueva revista de Ortega, entre ellos *Azorín*, que desde Francia, donde se encontraba de viaje, envía cartas a Ortega con el singular enunciado: “Del Transeúnte al Espectador”. En una de ellas acusa recibo del tomo I con estas cariñosas palabras: “He recibido esta mañana *El Espectador*, tan primorosamente impreso. Ya, sin poderme contener hasta poder leerlo despacio junto al mar, he gustado muchas de estas sutiles páginas. Hablaré de la publicación. Mi enhorabuena”<sup>14</sup>.

Es verdad que el prospecto difundido por Ortega en enero había despertado expectativas entre la intelectualidad. El propio *Azorín*, en carta dirigida a Ortega el 20 de febrero de 1916, le avisaba: “*El Espectador* puede hacer un gran bien a la gente nueva. Pero —a mi parecer— debe usted huir de tocar temas ajenos a España, y encauzar la labor en las grandes ideas y direcciones que nos afectan, y respecto de las cuales se ansía una orientación firme, nueva y humana”<sup>15</sup>. Y días después, el 28 de febrero, volvía a la carga con la misma idea: “España es lo que en primer término debe interesar a un español”, y apelaba a la responsabilidad intelectual de Ortega para ser guía y principio orientador de la juventud: “*El Espectador* puede, debe ser eso. Y por tal razón decía yo que debía usted tratar exclusivamente en la revista de cuestiones españolas” porque “las gentes nuevas necesitan saber lo que inicialmente deben pensar”<sup>16</sup>.

Para que el proyecto pudiera sobrevivir, los aspectos económicos eran básicos, sobre todo teniendo en cuenta que la revista se distribuiría por suscripción. No sabemos a ciencia cierta cómo planificó Ortega la lista de personas que debían recibir el prospecto del primer número para captar suscriptores, sin duda el más importante para sufragar los gastos de edición del primer tomo; los sucesivos se podían vislumbrar con la esperanza de que el boca a boca ayudaría a mantener y aumentar las suscripciones progresivamente.

De este detalle de índole publicitario se da cuenta inmediatamente Ortega Munilla. En la carta antes aludida le refiere al hijo la anécdota de que el señor Laza, un químico y farmacéutico admirador de Ortega, se había enterado de la inminente salida de *El Espectador* porque Munilla se lo había contado: “No me explico que no hayas enviado prospectos a Laza, quien debe figurar en la lista de tus adheridos. Para que obtengas resultado es necesario que se haga una propaganda buena, todo lo extensa posible y dirigida a los elementos que te

<sup>14</sup> Carta de Azorín a Ortega. Madrid, 28-VI-1916.

<sup>15</sup> Carta de Azorín a Ortega. Madrid, 20-II-1916.

<sup>16</sup> Carta de Azorín a Ortega. Madrid, 28-II-1916.

son adictos. Sirva este caso de advertencia para otros olvidos semejantes que se hayan cometido”<sup>17</sup>.

Se desconoce el número de suscriptores, aunque debió ser una cifra variable en el tiempo. Como curiosidad, se conserva en el Archivo una lista con algunos de los que formalizaron su vinculación con el proyecto el 28 de enero de 1916, y como se puede observar, procedían de diferentes provincias españolas, lo que nos habla del gran eco provocado por el anuncio de la nueva revista de Ortega.

En muchas ocasiones, el eco lo produjeron los amigos, discípulos y admiradores de Ortega, que con una impagable fidelidad a la obra del maestro, recabaron suscripciones por muchos lugares de España, como Fernando Vela, que el 29 de enero de 1916 le escribe: “Querido Ortega: Hoy he escrito varias cartas a distintos pueblos para conseguir más suscripciones a «El Espectador». En Luarca, Navía, Avilés, Villaviciosa, Ribadesella y Llanes me serviré de mis compañeros de aduanas que, aunque completamente [ilegible], acaso sirvan para obtener, al menos, la suscripción del Casino. Les he mandado algunos prospectos, de manera que le ruego me envíe algunos más; no tengo más de cuatro o cinco”<sup>18</sup>.

Es difícil saber si con el tiempo la revista se consiguió autofinanciar con las ventas. De lo que no hay duda es de que el primer número le supuso a Ortega algún ajuste de tipo económico, como demuestra una carta escrita a Nicolás María Urgoiti, presidente de La Papelera Española, en la que Ortega le ruega un aplazamiento del pago del papel: “Hasta estos días no ha entrado en prensa el primer número de mi revista y comienza a hacerse el cobro de la suscripción. La atención que me mostró cuando tuve el gusto de visitarle me permite rogar a Vd. que dé una nueva facilidad a mi empeño demorando diez días el saldo de mi cuenta. Para entonces se habrá concluido de recibir el importe de las suscripciones y me será más cómodo atender a todos los pagos”; y se despedía agradeciendo de antemano el favor: “Le agradecerá mucho este favor su afectuosísimo amigo José Ortega y Gasset”<sup>19</sup>.

Sabemos que el importe del papel adeudado a La Papelera ascendía a 600 pesetas, pues en una carta enviada a Ortega por Ruiz Castillo, por entonces administrador de la revista *España*, le informa de que “han venido de La Papelera a cobrar el papel de *El Espectador* y volverán el sábado. La cuenta importa unas 600 pesetas. Se lo aviso porque aquí no tenemos hasta ahora más que unas 200 de Vd.”<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> Carta de Ortega Munilla a Ortega, ob. cit.

<sup>18</sup> Carta de Fernando Vela a Ortega. Gijón, 29-I-1916.

<sup>19</sup> Carta de Ortega a Nicolás María Urgoiti. Madrid, 5-V-1916.

<sup>20</sup> Carta de Ruiz Castillo a Ortega. Madrid, 1916. Esta carta debe ser de abril o mayo, porque Ortega escribe a Urgoiti pidiendo el retraso del cobro en mayo, y ya comenzaba diciendo:

Como hemos dicho, las suscripciones fueron la única vía de financiación para todas estas facturas que apremiaban al filósofo. A pesar del entusiasmo inicial, en realidad debieron ser menos suscripciones de las esperadas. En una carta conservada en el Archivo, el administrador de *El Espectador*, Sr. Salazar, reclamaba a los suscriptores el abono de la cantidad adeudada: “Reanudada la publicación de *El Espectador*, nos es grato comunicarle que el día 6 del próximo mes de septiembre será servido a los suscriptores el segundo tomo, y muy en breve el tercero. Con este motivo, y a fin de regularizar nuestra contabilidad, le rogamos que antes de la expresada fecha tenga la bondad de remitir a esta Administración (calle Larra, número 10) las nueve pesetas a que asciende su abono. Si no lo hace así entenderemos que desea usted ser baja como suscriptor, debiendo en tal caso remitirnos únicamente tres pesetas con cincuenta céntimos, que es el precio de un tomo suelto, en pago del que a su tiempo tuvimos el gusto de servirle”. Esta nota nos hace sospechar que pudieron quedarse sin cobrar ejemplares distribuidos del tomo I.

De la dificultad de esta gestión nos habla otra carta enviada el 11 de septiembre de 1917 por Salazar a Ortega (que estaba en Zumaya de vacaciones estivales), con el segundo tomo ya a la venta: “Tengo el gusto de manifestarle que el día 9 del corriente quedó distribuido el segundo número de *El Espectador*, habiendo tropezado para ello con algunos inconvenientes por haber cambiado de domicilio y residencia muchos de los suscriptores, los cuales voy averiguando poco a poco y enviándoles el número de su suscripción”. También le hablaba de los “morosos”, pues “no todos han correspondido a la circular que les he enviado”, y prudentemente le informaba de que “a los suscriptores que no habían hecho efectiva la suscripción, entre ellos escritores y amigos de Vd., no se les ha enviado la citada circular y están en suspenso hasta que Vd. venga y resuelva lo que estime conveniente”<sup>21</sup>.

Puede que en estas diatribas de orden económico se encuentre una explicación de por qué *El Espectador* no pudo llevarse a cabo con la periodicidad anunciada. Si las suscripciones no funcionaron como se esperaba, es posible que Ortega no pudiera asumir el riesgo que suponía enfrentarse cada dos meses a los costes de impresión y edición vistos en el primer volumen.

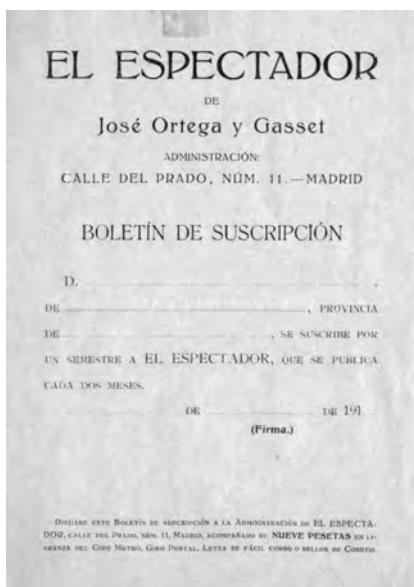
Como curiosidad y ejemplo del montante económico del que hablamos, sirve la factura conservada en el Archivo con el importe de la edición del segundo tomo de *El Espectador*, que fue de 514 pesetas por 3.000 ejemplares, impresos el 30 de agosto de 1917.

“Durante una ausencia mía se han presentado dos veces en mi casa a cobrar el importe del papel que he recibido de Vds. para mi publicación de *El Espectador*”.

<sup>21</sup> Carta de Salazar a Ortega. Madrid, 11-IX-1917.

## Documentos:

Boletín de suscripción de *El Espectador* distribuido con el prospecto en enero de 1916. [1916]



Listado de suscripciones para *El Espectador* I recibidas el 28 de enero de 1916.

Suscripciones a "El Espectador" recibidas hoy 28 de enero de 1916.

Don Eduardo Marquina	Madrid.	
« Don Lina Lanza Collado	Sevilla	Por Sr. Minera San Roman
« Don Juan a Don Monti	Sevilla	
« Don Juan a Don Monti	Madrid	
« Don M. Granizo	León	Por Don Amos Salvador.
« Miguel Canales	León	
« Casiro	León	
Don Salvador Aragón	Lagartos	
« Antonio F. Vela	Barrio (Asturias)	
« Antonio Juan Simera	Viedo.	
« Roberto Orman	Plasencia	
« Bernabé Berro Madrigal	Granada	Por Don José M.
« Don Costa Mata	Granada	
« Francisco González Miranda	Granada	Por Don Amos Salvador.
« Antonio González Sola	Granada	
« Guillermo Barroa Gilipé	Sta. Ana de Guispe	
« Félix Barroa Ramos	Badajoz	

Postal enviada por Azorín a Ortega con el acuse de recibo de *El Espectador* II. San Sebastián, 9-IX-1917

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



Factura emitida por Establecimiento Tipográfico Editorial a José Ortega y Gasset por valor de 514 pesetas derivadas de los gastos de edición e impresión de *El Espectador* II. Madrid, 21-II-1918

Establecimiento Tipográfico Editorial  
 CASA FUNDADA EN 1802  
 Poncejos, 3.-MADRID      Teléfono. núm. 75.

Nº 12969      P.º-40116-2

Señor don José Ortega y Gasset Debe:

CEBAS	MON.	CONCEPTOS	PES.	CS.
1917		El Espectador 2º		
1917	200	Permisos y traslado de		
		15.75 de libros	25	337.50
		Deposito de la publicación		15
		Deposito de la misma		19
		Impresión y encuadernación de libros		112.50
		Coste P&S		514
Madrid, 21 febrero 1918.				
Hecho				
J. Poncejos				

Nota: Cobrada de Encuadernación, A. D. y cerrada por este en la Cuenta del Sr. Gasset a cuenta de liquidaciones. 26 de marzo de 1.918.

DOCUMENTOS DE ARCHIVO



Esta intención nunca se llegó a concretar, aunque Ortega aluda en ciertas ocasiones al contenido de alguna carta envidada por un lector, como en el volumen I en “Confesiones del *El Espectador*”, cuando escribe: “El prospecto de *El Espectador* me ha valido numerosas cartas llenas de afecto, de interés, de curiosidad. Una de ellas concluye: «Pero siento que se dedique usted a ser exclusivamente espectador»”<sup>23</sup>.

En el Archivo se conservan las galeradas preparadas por Ortega para el segundo tomo de *El Espectador* en el que el filósofo había previsto incluir dos apéndices: el primero contenía las observaciones de un lector economista que emitía algunas consideraciones sobre el problema de la inmigración. El comentario contenía tablas y cifras que llegaron a ser compuestas en la imprenta y cuyas galeradas Ortega corrige a mano y les antepone la siguiente nota aclaratoria: “A propósito del razonamiento de Le Bon en su último libro me escribe un economista lo siguiente”.

El segundo apéndice no llegó a ser compuesto en imprenta o al menos las galeradas no se conservan en el Archivo, pero sí el original manuscrito, a la cabeza del cual el filósofo anota: “Apéndice II. (Al estudio sobre la guerra). En el número I de *El Espectador* aludía yo a las ideas de Dostoyevski [sic] sobre la guerra. A ruego de algunos lectores transcribo aquí el sugerido ensayo”.

Sabemos que, efectivamente, con la edición del segundo tomo de *El Espectador* debió haber algún problema con la imprenta, agravado por la eventualidad de que Ortega se tuvo que marchar de viaje a Argentina sin dejar rematado el volumen, como confiesa en las “Palabras a los suscriptores”: “Mi viaje ha retrasado la publicación de este segundo tomo”. En un par de cartas que Ruiz Castillo envía a Ortega en agosto de 1917, se deducen dichas dificultades o malentendidos de orden tipográfico: “Mi querido Ortega: esta gente es tan... especial que solo andan cuando se les chilla. Hoy se ha presentado Manolo con casi todas las páginas hechas. Lo peor es que hay que rehacer bastantes porque tienen erratas”, y tranquilizaba al filósofo asegurándole que “no lo dejaré de la mano y tan pronto como se pueda, volver a empezar la tirada”<sup>24</sup>. A los diez días, otra carta de la que deducimos que las dificultades con la impresión estaban relacionadas con los citados apéndices, que como sabemos no llegaron a incluirse: “Ayer por la tarde recibí su telegrama resolviendo la duda relativa al final del tomo y hoy quedará éste terminado y mañana pasará a manos del encuadernador”<sup>25</sup>.

Por último, como curiosidad, en el Archivo se conserva una tarjeta que la niña Eufrasia García, de 13 años, envía a Ortega tras la publicación de *El Es-*

<sup>23</sup> II, 159.

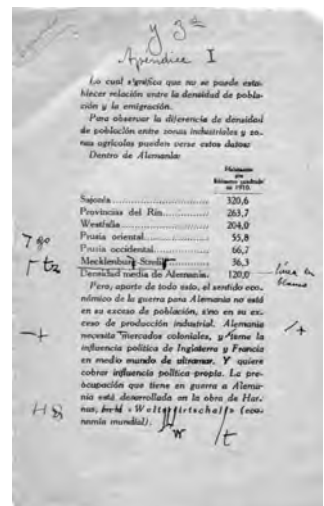
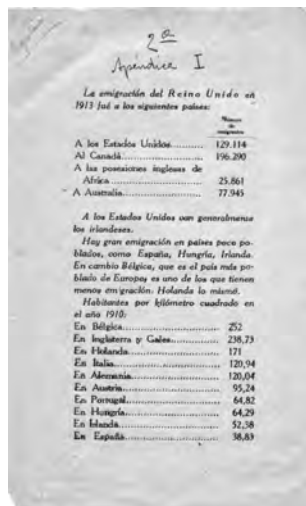
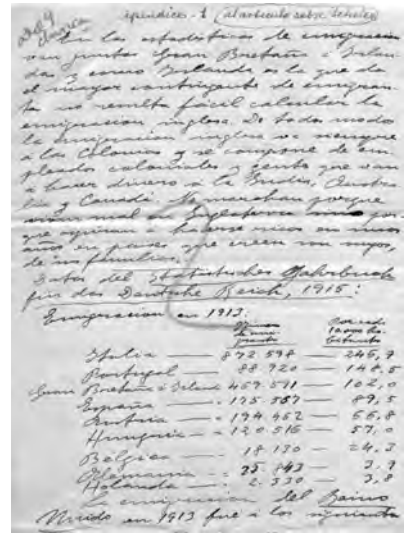
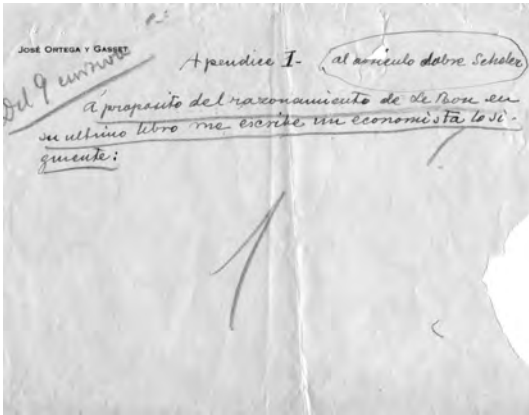
<sup>24</sup> Carta de Ruiz Castillo a Ortega. Madrid, 7-VIII-1917.

<sup>25</sup> Carta de Ruiz Castillo a Ortega. Madrid, 17-VIII-1917.

pectador I con una cita extraída de las “Notas de vago estío” y una composición con una imagen del filósofo y un pie de foto que dice: “José Ortega y Gasset, pensador y escritor de nuestros días”.

Documentos:

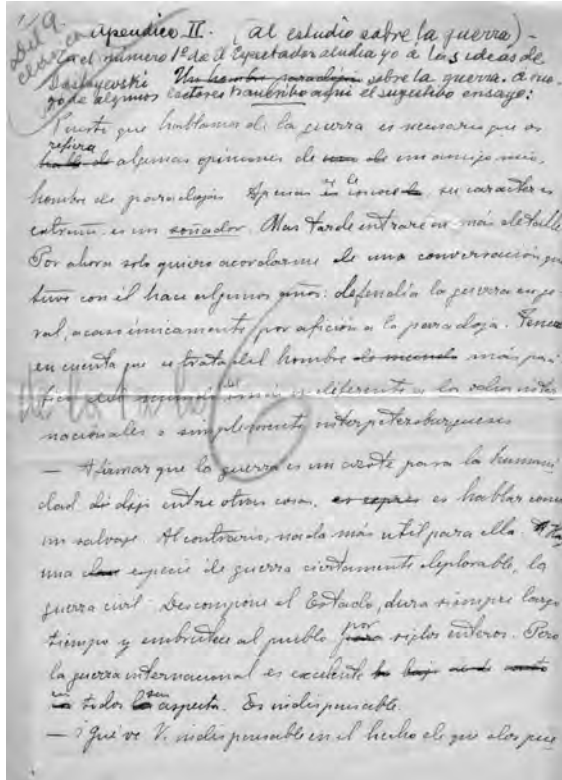
Galeradas de *El Espectador* II con el primer apéndice que Ortega pensó incluir en el tomo y que finalmente no vio la luz.



ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Segundo apéndice no incluido en el tomo II de *El Espectador* con la introducción redactada por Ortega en el encabezado.



Tarjeta que la niña Eufrosia García, de 13 años, envía a Ortega tras la publicación de *El Espectador* I con una cita extraída de las "Notas de vago estío".



## Valoración retrospectiva y proyecto del tomo IX

A pesar de las dificultades de orden económico que tuvo que sortear Ortega para resolver el proyecto en los términos comprometidos con los suscriptores, además de las típicas diatribas de confección y armado, el filósofo consiguió sacar adelante ocho volúmenes de *El Espectador*. El resultado, como hemos visto, fue una empresa diferente de la proyectada, no solo por las variables descritas anteriormente, sino también por el contenido que Ortega iba insertando en cada tomo.

Si bien el contenido de los dos primeros números es prácticamente nuevo, es decir, redactado *ex profeso* para la revista, a partir del tomo III todas las páginas, excepto las “Intimidades” del tomo VII, ya habían sido publicadas en otros periódicos y revistas. Es verdad que Ortega modificó con diferentes grados de profundidad esos textos al reeditarlos en *El Espectador*, pero el hecho de que la mayor parte del contenido fuese reciclado incide en la idea de que Ortega no pudo ocuparse de la revista con la previsión inicial<sup>26</sup>.

También es verdad que, como toda la obra de Ortega, *El Espectador* estuvo muy condicionado por el momento y padeció, como el resto de sus empresas culturales, las eventualidades que asaltaban el interés y las ocupaciones del filósofo. Un buen ejemplo de esta característica se observa en las “Confesiones de *El Espectador*” del tomo II, donde hallamos un Ortega completamente distinto al del tomo I. Aquel estilo meditabundo e introspectivo de la primera entrega de la revista, se muda en una literatura optimista, extravertida y viva tras el regreso de Argentina en enero de 1917. “Me hallaba resuelto a demorar la aventura hasta poder emprenderla en las mejores circunstancias de humor y reposo”, confiesa al lector, pero aun así partió “forzado por razonamientos patrióticos”, y el Ortega que regresa se nos muestra imbuido de una fuerza y una energía recibidas, sin duda, en su periplo americano. Si al redactar el primer tomo de *El Espectador* en 1916 Ortega ve en el horizonte la vieja Europa en guerra que huele a “violetas viejas”, al regresar de Argentina y preparar las últimas pruebas de *El Espectador* II, el horizonte es completamente nuevo:

*El Espectador* será en lo sucesivo tan argentino como español –¿puedo decir más? [...] *El Espectador* es y tal vez será mejor entendido –mejor sentido– en la Argentina que en España. Podrá herir nuestra nacional presunción; pero es el caso que ese pueblo, hijo de España, parece hoy más perspicaz de emoción que el metropolitano.

<sup>26</sup> Para una visión completa de los textos de *El Espectador* que antes fueron publicados en otros lugares, véase la “Noticia bibliográfica” (II, 853-867), y para cotejar las modificaciones introducidas por Ortega en dichos textos al incluirlos en *El Espectador*, véase el apéndice de variantes (II, 875-938).

[...]

Desde que tengo uso de razón asisto al indefectible fracaso de nuestros hombres mejores, rendidos por tener que emplear sus facultades arcangélicas contra boxeadores cotidianos.

Los espíritus selectos que en la península se esfuerzan por aumentar la cultura española deberían hacer la travesía del Atlántico a fin de reconfortarse. Estén seguros de que allende el mar no serán confundidos y cobrarán fe en el sentido de su esfuerzo<sup>27</sup>.

Se percibe claramente cómo los seis meses en Argentina, de cuyo viaje y actividades dan cuenta los itinerarios “Viaje a la Argentina. 1916” publicados en esta misma revista<sup>28</sup>, fueron para Ortega un tónico que le permitió zafarse de la negritud y reemprender su actividad pública en el importante año de 1917. En Argentina Ortega se siente arropado, comprendido, halagado, escuchado. Todos los intentos de intervención pública que desde años atrás venía ensayando en España parecían estériles a la altura del verano de 1916. *El Espectador*, ya lo hemos dicho, nace mezcla de esa especie de desidia provocada por la mediocridad reinante en España, por la falta de solidaridad de sus iguales y por la insensibilidad del público hacia dichos ensayos, en los que ponía toda su alma para no recoger ningún fruto. En América, sin embargo, su discurso suena novedoso y prometedor, sus palabras son recogidas con profusión por toda la prensa, cada argumento que formula encuentra resonancia en los medios, rendidos ante su magisterio y afanados por conseguir una entrevista con él; los públicos abarrotan los escenarios en los que Ortega, consciente de las circunstancias, se crece y saca lo mejor de sí mismo. Se siente escuchado de nuevo, percibe que aquel pueblo joven y vigoroso está predispuesto a dejarse conducir por sus visiones y a asumir el fondo de sus doctrinas. Recupera, en una palabra, la vitalidad y las “gananas de dar batalla”.

Por otra parte, hay constancia en el Archivo de un proyecto de tomo IX para *El Espectador*, como bien se advierte en la “Nota a la edición” de las nuevas *Obras completas*, donde se explica que “de no haber sido por la guerra civil el octavo no hubiera sido el último” tomo. La documentación del Archivo que atestigua esta sospecha consiste en una nota manuscrita y unas galeradas corregidas por Ortega.

La nota manuscrita está destinada a su secretaria Dolores Castilla, y en ella le indica cómo debe preparar un texto, ya publicado en *La Nación* que, presumiblemente, sería reeditado en el tomo IX de *El Espectador*:

<sup>27</sup> II, 266.

<sup>28</sup> *Vid.* Carmen ASENJO e Iñaki GABARAIN, “Viaje a la Argentina. 1916”, *Revista de Estudios Orteguitanos*, n.º 1 (2000) y n.º 2 (2001).

Lolita: 1.º En vez de “Un rasgo de la vida alemana” ponga de título “Colectivismo en Alemania”. Reproduzca todos los subtítulos juntando en un solo artículo el III y el IV.

2.º Vaya cada artículo –si es suelto– o cada serie cuando sea serie en la fecha (sin día) de mes y año. En las series se pone a toda la fecha (mes y año) del primer artículo de ella.

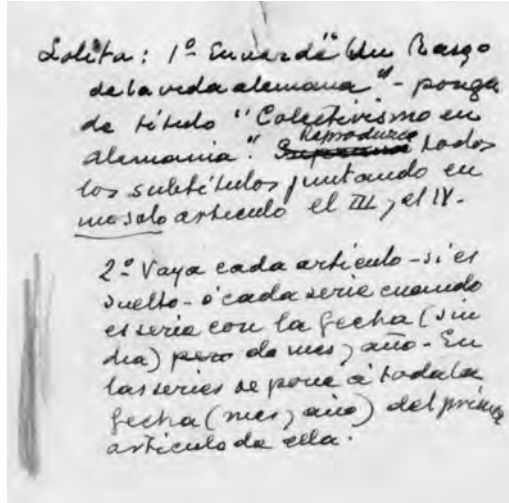
Los artículos a los que alude Ortega componían la serie “Un rasgo de la vida alemana”, publicada en *La Nación* de Buenos Aires en marzo de 1935. Tal y como se explica en la “Nota a la edición” de estos textos, incorporados a las nuevas *Obras completas* (V, 327-347), Paulino Garagorri ya había descubierto la nota de Ortega con la indicación de cambiar el título de la serie para incorporarlos a un proyectado tomo IX que no llegó a editarse; y lo que es más importante, en el Archivo se conservan las galeradas de “Colectivismo en Alemania” con las correcciones manuscritas del propio Ortega listas para ser enviadas a imprenta, lo que refuerza la hipótesis de que si no hubiera estallado la guerra civil, el noveno volumen de *El Espectador* hubiera visto la luz en poco tiempo.

#### Documentos:

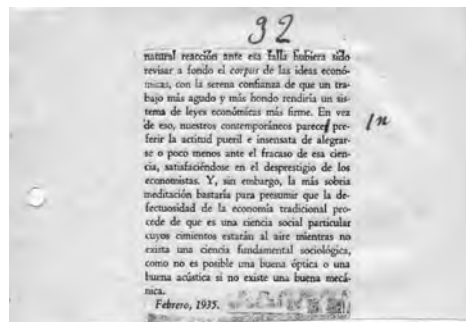
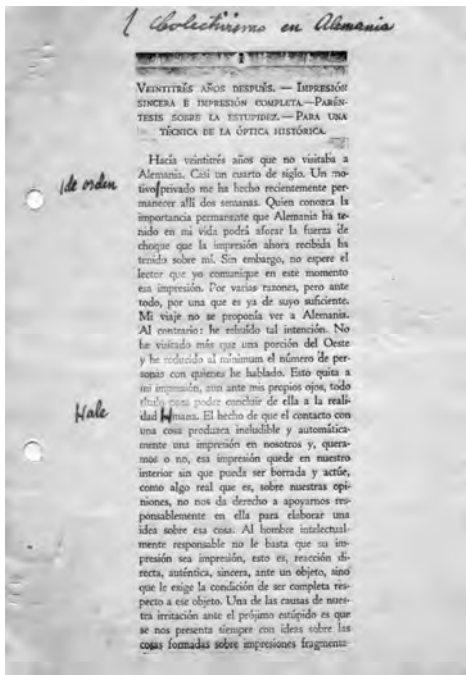
José Ortega y Gasset (en el centro), acompañado de su padre José Ortega Munilla (primero por la derecha), en su primer viaje a Argentina. [1916]



Nota manuscrita de Ortega en la que indica a su secretaria Dolores Castilla las modificaciones que debe hacer a unos artículos para el tomo IX de *El Espectador*.



Primera y última página de las galeras del texto "Colectivismo en Alemania". Febrero de 1935



## La compra de *El Imparcial*, primavera de 1917

En marzo de 1917, después de cincuenta años en los quioscos, *El Imparcial* cumple sus bodas de oro. El gerente, Ricardo Gasset, entra en contacto con un grupo de empresarios vascos para intentar una ampliación de capital que resuelva los graves problemas de financiación que atraviesa el periódico. Entre el 26 y 27 de abril de 1916, *El Imparcial* ha abandonado el trust de prensa creado diez años antes, bajo cuyo paraguas los periódicos asociados se habían comprometido a permanecer una década como poco<sup>29</sup>. Vencido el plazo, el periódico de los Gasset fue el primero en deshacer el compromiso societario, “el cautiverio en esta encerrona de albedríos que fue el trust”<sup>30</sup>, según juicio de Manuel Ortega y Gasset en su biografía del periódico familiar.

La crisis económica provocada por la Primera Guerra Mundial había traído una carestía del papel que llevó a Ricardo Gasset a buscar una inevitable inyección de capital. La solución aparente la encuentra en el fundador de La Papelera Española, Nicolás María de Urgoiti, que ya tenía en mente la creación de un rotativo de tirada nacional al que elevar a la categoría y significación de los grandes rotativos europeos.

Gonzalo Redondo, que ha estudiado con detalle este episodio, sitúa los primeros contactos entre los Gasset y Urgoiti hacia mediados del mes de marzo de 1917, cuando el empresario vasco era director general de La Papelera Española y presidente del Consejo de Administración de Prensa Gráfica, que agrupaba a *Mundo Gráfico*, *La Esfera* y *Nuevo Mundo*. Según Redondo, desde su “época bilbaína, lo mismo que durante su estancia posterior en Madrid, había manifestado Urgoiti interés por el mundo de la prensa y más concretamente por la creación de un gran periódico nacional que supiera asimilar los formidables avances de la industria periodística europea”, y asegura que “para ello contaba con importantes aportaciones económicas de un grupo de capitalistas de Bilbao y Pamplona”<sup>31</sup>.

Además, Urgoiti contaba con la bendición de un destacado miembro del clan, José Ortega y Gasset, con quien ya había entrado en contacto en los tiempos de la revista *España*, que en 1915 había publicado un artículo titulado “La Prensa diaria española en su aspecto económico”, texto que recogía la conferencia pronunciada por el bilbaíno en el Ateneo de Madrid. Desde entonces, el vínculo entre Urgoiti y Ortega se estrecha, y coincidirán en varias ocasiones

<sup>29</sup> Para ampliar datos sobre *El Imparcial* y el trust, véase la anterior entrega de este itinerario biográfico: “El aristócrata en la plazuela. 1911-1915”, ob. cit.

<sup>30</sup> Manuel ORTEGA Y GASSET, *El Imparcial. Biografía de un periódico español*. Zaragoza: Librería General, 1956.

<sup>31</sup> Gonzalo REDONDO, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, 2 vol. Madrid: Rialp, 1970, p. 20.

que evidencian su sintonía intelectual, como el banquete ofrecido en mayo de 1917 por la revista vasca *Hermes* en el Hotel Palace de Madrid, donde Ortega pronuncia uno de los brindis. El hecho de que *Hermes* hubiera sido fundada por el nacionalista vasco Jesús de Sarria, y que sin embargo fuera una revista mensual de ideología plural donde escribían republicanos, monárquicos, nacionalistas, y que aglutinara en Madrid a intelectuales de muy variada ideología, ponía en evidencia el talante de las nuevas generaciones que, con Ortega a la cabeza, venían pidiendo paso.

Como se ha escrito en varias ocasiones, la admiración mutua entre Urgoiti y Ortega propició que el empresario encontrara personificada en el filósofo la materia gris de conocimiento y teoría que él albergaba en su mente liberal; Ortega, por su parte, tenía en Urgoiti “el hombre de acción, el capitán de empresa que su mente teórica precisaba para hacer vida las incitaciones que sentía palpar en él”<sup>32</sup>. Cuando Maura propuso a Urgoiti una cartera ministerial en el nuevo Gobierno frustrado de 1919, Ortega llegó a escribir a Urgoiti: “Es Vd. amigo mío, uno de los pocos hombres arqueros que he encontrado en nuestra España, uno de los pocos para quienes la vida es elección de una noble meta y aspiración grave, seria y continuada hacia ella”<sup>33</sup>.

Todas las sinergias no fueron suficientes para la adquisición por Urgoiti y los suyos de *El Imparcial*, que se frustrará por razones de tipo ideológico ya que, según Redondo, la entrada del nuevo grupo no debía variar la orientación ideológica del periódico: “Adscrito al liberalismo dinástico, en ese lugar debería permanecer con ampliación de capital o sin ella”. Sin embargo, la idea de Urgoiti era la de un periódico desembarazado de ataduras políticas, un periódico hecho por periodistas libres sin adscripción partidista que permitiera un periodismo independiente de las presiones e intereses de los partidos. Ante esta tesitura, parece evidente que entre Urgoiti y Ricardo Gasset “era muy hondo el abismo que los separaba, por cuanto llevaba consigo una muy diferente visión del presente y, sobre todo, del porvenir del país”<sup>34</sup>.

La sociedad que desde la salida del trust editaba *El Imparcial* se llamaba “Sociedad Anónima El Imparcial”, y tras el acuerdo se mudaría en “El Imparcial, Sociedad Anónima”. En la nueva empresa, la mayoría del Consejo de Administración (9 de 12) era nombrada por Urgoiti, que aportaba el capital; los tres restantes eran elegidos por los Gasset. Asimismo, la elección de la mayor parte del personal administrativo y directivo dependía de Urgoiti, aunque con la condición de respetar los principios fundacionales de *El Imparcial*, expresa-

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>33</sup> Carta de Ortega a Nicolás María URGOITI, 17-IV-1919, citada por Mercedes CABRERA, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 133.

<sup>34</sup> *Ibidem*.

dos en un texto publicado el 16 de marzo de 1917 con motivo del cincuentenario del rotativo, donde se pudo leer: “En cuanto a la forma de gobierno, somos dinásticos, porque creemos que la dinastía es honor y amparo del régimen monárquico, y somos monárquicos porque pensamos que la Monarquía es salvaguarda del interés nacional”<sup>35</sup>.

Las negociaciones fueron cuajando sin demasiados escollos mientras Urgoiti se mostró magnánimo y tolerante con el viejo político liberal. Tanto deseaba este proyecto, que asumió los principios ideológicos de *El Imparcial* con la seguridad de que en el futuro podrían cambiarse.

Mientras estas negociaciones tenían lugar, el nuevo equipo comenzaba a dirigir el periódico de forma efectiva. Lo vemos, por ejemplo, en una carta enviada por Ortega a Alfonso Reyes que nos muestra hasta qué punto el filósofo y los demás hombres de Urgoiti estaban implicados en la gestión diaria del rotativo:

Querido Reyes: para “Los Lunes de El Imparcial” necesito un artículo de Vd. de una columna sobre “Ortodoxia”, cuya traducción recibo y le agradezco. A ser posible –creo además que le conviene mucho, ya hablaremos– debería estar hecho el viernes a la noche. Una columna: sencillez y amenidad.

Ortega, como se ve, intervenía directamente en los contenidos del periódico, los prosaicos (como esta gestión ante Alfonso Reyes) y los de mayor calado, como cuando el Consejo de Administración le pidió que redactara un artículo en nombre de *El Imparcial* donde se explicase a los lectores los cambios que se estaban acometiendo en la empresa.

Por lo tanto, el nuevo equipo había tomado las riendas efectivas del periódico, aunque Urgoiti hubiera cedido plenos poderes a Rafael Gasset hasta que éste firmara de su puño y letra el traspaso público de las acciones de la vieja sociedad editora a la nueva.

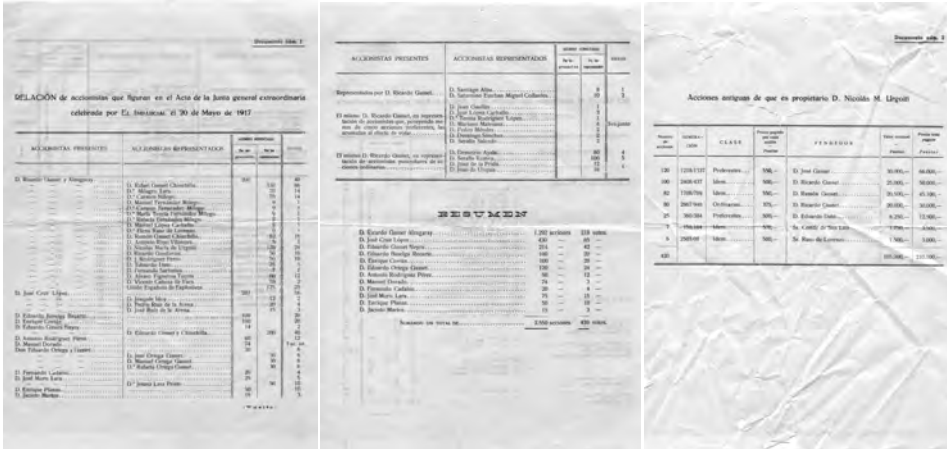
Este momento, el más importante de todos, no llegaba. Hacia abril de 1917 solo había una empresa muy bien armada tanto financiera como periodística pero sin existencia jurídica real. Es decir, a pesar de las negociaciones y del saludo del resto de periódicos a la nueva empresa editorial, *El Imparcial* seguía siendo el viejo rotativo de los Gasset, con un proyecto de ampliación de capital que le resultaba indispensable para seguir viviendo, pero sin ningún compromiso irreparable.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 26.

Documentos:

Relación de accionistas de *El Imparcial*. 20-V-1917

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



Banquete ofrecido por el director de la revista *Hermes* en el Hotel Palace de Madrid. En la fotografía, sentados, Ortega (4.º por la izda.), Jesús de Sarría (5.º por la izda.), director y fundador de *Hermes*, y Nicolás M<sup>a</sup>. de Urdagoitia (6.º por la izda.).



DOCUMENTOS DE ARCHIVO

## El complejo caso de las Juntas de Defensa, junio de 1917

Gonzalo Redondo cree que Ricardo Gasset no terminaba de firmar el traspaso de acciones porque “quería comprobar de una manera efectiva hasta qué punto el cambio de constitución de la Sociedad iba a determinar un cambio también en el contenido ideológico del periódico”. Desde esta perspectiva, el proyecto se viene abajo por un problema de tiempo, ya que en la primavera de 1917 las Juntas de Defensa se declararon en rebeldía. Este movimiento insurgente comenzó en Barcelona el 1 de junio, y muchos militares fueron encarcelados. Desde la prisión redactaron un manifiesto que apareció en muchos periódicos, y también en *El Imparcial* que comenzaba a ser capitaneado por los nuevos y aún virtuales propietarios. Los militares exigían mejoras en todos los estadios de su profesión, sobre todo en lo referente a las prestaciones económicas que les mantenían subsumidos por debajo de otros ejércitos europeos y aun de otras clases civiles españolas.

Ortega vislumbró que si el Ejército, la institución menos subversiva del Estado, era capaz de levantarse contra el poder establecido, qué otro estamento social no seguiría el ejemplo de los militares. “Desde hace veinte años, la vida española es tan inerte y estéril, que basta a un suceso parecer anormal para que nos prometa ser ventajoso”<sup>36</sup>, decía al comienzo del emblemático artículo “Bajo el arco en ruina”<sup>37</sup>, donde llama a la insurrección general contra el sistema monárquico, y más concretamente, contra la fantasmagoría que representa el Parlamento, los partidos y los políticos que lo sustentan.

Al citado artículo, tenido por muchos como el detonante del fin del proyecto de renovación de *El Imparcial*, habían precedido varios editoriales que apuntaban en la misma dirección. Redondo atribuye la autoría de esos editoriales al propio Ortega: “Los rasgos estilísticos, los giros verbales, las imágenes empleadas, el propio contenido doctrinal de los editoriales de los días 7 y 8 hacen pensar que su autor fuera José Ortega y Gasset: caso de no ser él mismo, alguien muy afín a él y que conocía bien su pensamiento”<sup>38</sup>. Los polémicos editoriales argumentaban que “en estos ocho días últimos hemos vivido medio siglo y que la fuerza de las circunstancias [...] nos ha lanzado al fin por un camino en que no es posible el retroceso. [...] Pasa que hemos entrado en una revolución mansa hasta ahora que se cumplirá hasta el fin, quieran o no quieran los del aspa-viento y el melindre [...] por lo que cada clase social será una Junta de Defensa y cada español un conjurado [...] teniendo por antiguo todo lo anterior a 1 de junio”<sup>39</sup>.

<sup>36</sup> VI, 752.

<sup>37</sup> “Bajo el arco en ruina” se publicó en *El Imparcial* el 13 de junio de 1917 y fue incluido por Ortega en el libro *La redención de las provincias y la decencia nacional*. Madrid: Revista de Occidente, 1931. En las nuevas *Obras completas* se encuentra en IV, 751-754.

<sup>38</sup> Gonzalo REDONDO, ob. cit., p. 33.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 33-34.

A partir de este momento, los hechos suceden muy deprisa: Urgoiti se da cuenta de que la posición adoptada por *El Imparcial* ante la rebeldía de las Juntas puede poner en peligro la firma definitiva del traspaso de acciones, por lo que ordena al director, Félix Lorenzo, que escriba un editorial en el que se manifieste el respeto del periódico por la institución monárquica. El empresario vasco no quiere censurar a Ortega, con quien coincide plenamente en el plano doctrinal del asunto; sin embargo, debe actuar con habilidad para no romper la delgada cinta de la que pende el acuerdo con los Gasset. Por este motivo, junto al editorial del día 13 encargado a Lorenzo, aparece firmado en primera página, arriba a la derecha, el artículo “Bajo el arco en ruina”, donde se continúa con la línea argumental abierta en aquellos editoriales previos, pero esta vez suscrito *motu proprio* por Ortega, no por el periódico que, como hemos dicho, se posicionó junto a la legalidad vigente y al monarca.

A los dos días de aparecer “Bajo el arco en ruina”, Ortega preparó un artículo que debía haber sido publicado sin firma en *El Imparcial* el día 15 de junio, pero Ricardo Gasset lo prohibió. El texto, titulado “El Imparcial a sus lectores”<sup>40</sup> apareció el día 20 de junio en *La Época* precedido de un comunicado escrito por Urgoiti: “Comunicado. El Imparcial y el Sr. Urgoiti” (*La Época*, 20-VI-1917). También *ABC*, al día siguiente, se hacía eco del mismo comunicado del bilbaíno y del artículo prohibido de Ortega: “Cuestiones de prensa. Los pleitos de El Imparcial. Comunicado del Sr. Urgoiti” (*ABC*, 21-VI-1917).

En “El Imparcial a sus lectores”, cuya redacción, según Urgoiti, fue encargada por el propio Consejo de Administración a Ortega, el filósofo verbaliza lo que en los párrafos precedentes hemos descrito sobre la compra de *El Imparcial*. Comienza por disculparse ante los lectores por la falta de explicaciones sobre los cambios internos de la empresa, y alega que ante los graves hechos acaecidos por las Juntas de Defensa, “nos pareció poco delicado” fijar la atención pública “en asuntos privados de esta casa”. Para la explicación del cambio societario de *El Imparcial*, se remonta Ortega a la disolución del trust, momento en el que Urgoiti entra en relación con *El Imparcial*, “que aspiraba a producir en este periódico, de tan larga tradición, transformaciones materiales y técnicas lo bastante amplias para que significasen una renovación radical en la fisonomía de la Prensa española”. Para Ortega, este propósito de *El Imparcial* viene a coincidir “con el proyecto de fundar un gran diario de novísimo carácter que, ya muy adelantado, ocupaba a don Nicolás María de Urgoiti, presidente de Prensa Gráfica”.

Hasta aquí nada que pudiera soliviantar la suspicacia de Rafael Gasset. Sin embargo, en el siguiente párrafo Ortega eleva el tono del artículo al expresar que “para que un diario español pueda desprenderse de su viejo cuerpo y adquirir el complejo organismo de los nuevos periódicos mundiales”, no basta un aumento de capital social, sino que es imprescindible “una voluntad inequívoca, resuelta, de mantener la publicación libre de toda proximidad con persona

<sup>40</sup> III, 3-4.

o partido político alguno". Para Ortega, esta máxima es innegociable: "Un periódico que solo periódico puede ser, pero que quiera serlo plenamente, debe caminar guiado por una grave conciencia de su responsabilidad social" porque "es un creador o educador de opinión no un siervo de ella".

Con estas palabras ya se vislumbra la tormenta en el horizonte, porque la independencia subrayada por Ortega colisionaba con la posición política "liberal y monárquica" expresada en el editorial del cincuentenario del periódico. Aun así, y consciente del riesgo que asumía, Ortega recalca que "todo esto trae a *El Imparcial* la nueva Sociedad, presidida por el señor Urgoiti", y para que no quede ningún resquicio de duda, expresa su esperanza de que "el título de nuestro periódico signifique el más literal y pleno sentido". Y se despedía instando a los lectores a ser pacientes con la renovación del periódico porque la nueva maquinaria aún no estaba operativa: "El alma renovada del periódico está presta, pero los barcos no harán singladuras tan rápidas como el pensamiento".

Documentos:

Composición de los Consejos de Administración, de Redacción y el Comité de Gerencia de la nueva sociedad editora de *El Imparcial*. [1917]

Documento n.º 3

**CONSEJO DE ADMINISTRACION**

<i>Presidente</i> .....	Don Nicolás M. Urgoiti.
<i>Vicepresidente 1.º</i> .....	Don Ricardo Gasset y Alzugaray.
<i>Vicepresidente 2.º</i> .....	Don Serapio Huici.
<i>Secretario</i> .....	Don Eduardo Gasset Neyra.
<i>Vocales</i> .....	Don Julio Arteche.
—	Don Enrique Covián.
—	L. a Eduardo S. Pescador.
—	Don Pedro Vignau.
—	Don José Cruz López.
—	Don Gregorio Prados Urquijo.
—	Don Mariano Zavala.
—	Don José Ortega Gasset.

**COMITÉ DE GERENCIA**

<i>Presidente</i> .....	El del Consejo.
<i>Vocales</i> .....	Don José Cruz López.
—	Don Gregorio Prados Urquijo.
—	Don Mariano Zavala.

**CONSEJO DE REDACCION**

<i>Presidente</i> .....	El del Consejo.
<i>Vocales</i> .....	Don José Ortega Gasset.
—	Don Ricardo Gasset.
—	Don Serapio Huici.

Cada Vocal del Comité y del Consejo de Redacción deja nombrado, y en un orden determinado a su voluntad, a los vocales del organismo alternativo para casos de ausencia.

## El proyecto hace aguas

La nueva empresa está tocada de muerte. El hecho de que Gasset prohibiera el artículo de su sobrino y de que, sin embargo, fuera publicado en la competencia, ponía al descubierto la corrosión del esqueleto que habría de sustentar el nuevo periódico. En el comunicado que Urgoiti antepuso al texto de Ortega aireado en los periódicos, el bilbaíno explica que su interés nunca fue “tener” un periódico, sino que la idea provenía de “un encargo de varios amigos míos, haciendo un estudio minuciosísimo de un diario moderno independiente”. Al parecer, este estudio lo tenía terminado Urgoiti el 24 de enero de 1917. Tras entrar en contacto con Ricardo Gasset, que como se ha dicho necesitaba una ampliación de capital tras la salida del trust, ambos acuerdan negociar la refundación de la sociedad editora de *El Imparcial* y, según Urgoiti, Ricardo Gasset firmó de su puño y letra la negativa a que ellos, los Gasset, aportaran más capital a la nueva sociedad, de modo que Urgoiti se comprometió a que toda la inyección financiera proviniera de los nuevos empresarios. Da cuenta Urgoiti detallada del reparto de acciones que ambos acuerdan en ese acto y en los sucesivos, y cuando Gasset decide romper la baraja por su cuenta, Urgoiti lo acusa de considerar “conversaciones amistosas [...] a documentos firmados, a actas presentadas a notario y a manifestaciones hechas solemnemente ante una reunión de Consejo de personas formales”.

Lo cierto es que los Gasset consideraban que los últimos editoriales publicados por el periódico significaban que *El Imparcial* promovía “campañas revolucionarias”, acusación en cierto modo verdadera a la vista de las ideas propugnadas en ellos y patrocinadas por uno de sus periodistas más insignes como era Ortega. Sin embargo, en el comunicado Urgoiti se defendía, no sabemos si en un último intento de salvar la nave: “No éramos revolucionarios –escribe– en el sentido sedicioso de la palabra; preveníamos en nuestra modesta esfera a la Monarquía de los peligros que corre al escuchar solamente a los que no encarnan sino una parte insignificante de la voluntad nacional”. Y aún más, Urgoiti apela a la lógica de los intereses económicos para preguntarse por el interés que podrían tener ellos en “revueltas y revoluciones”: “Todos nosotros tenemos mucho que perder” porque entre nosotros “se hallan, con escritores y periodistas prestigiosos, aristócratas, banqueros y grandes industriales y comerciantes que tienen sus intereses en varios ramos de la economía española”.

## Documentos:

Circular recibida por el consejero de *El Imparcial* Sr. D. José Ortega y Gasset en la que Nicolás María Urgoiti “suplica puntual asistencia” al Consejo de Administración del 15 de junio de 1917. Madrid, 15-IV-1917



Convocatoria enviada a Ortega para el Consejo de Redacción de *El Imparcial* que se reunirá “hoy lunes en Florida ocho principal a las cinco de la tarde”. Madrid, 18-VI-1917

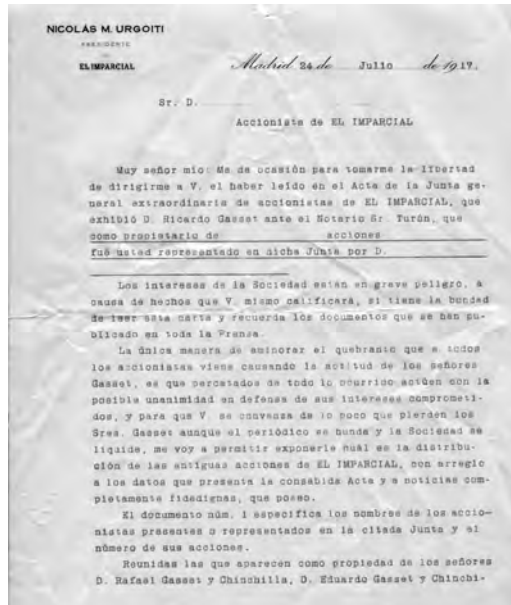


Citación enviada por Urgoiti a Ortega para que asista al Consejo de Administración de *El Imparcial* que se reunirá ante notario el 22 de junio de 1917. Madrid, 20-VI-1917

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



Primera página de la extensa carta que Urgoiti envió a los accionistas de la nueva compañía editora de *El Imparcial* alertando del grave peligro que corre la sociedad dadas las maniobras de Ricardo Gasset. Madrid, 24-VII-1917



Certificado individual de posesión de acciones en la “Sociedad Anónima El Imparcial” empleado para la Junta general extraordinaria convocada el 4 de agosto de 1917.



### Rumbo hacia *El Sol*, finales de 1917

De nada sirvieron ni estas razones ni la táctica urdida por Urgoiti de publicar un editorial promonárquico para dulcificar el impacto de “Bajo el arco en ruina” de Ortega. Aunque *El Imparcial* asegurara que “España, sacudida por el ramalazo de vendaval, tiene en su institución monárquica el único punto firme de apoyo para reorganizarse y renovarse”, Ricardo Gasset había tenido el tiempo suficiente para comprobar la ideología del nuevo equipo. A pesar de que Urgoiti pidiera a Luis Bello, el redactor político, otro artículo muy diáfano en el que se afirmaba que “la Monarquía en España ha sido y es la paz”, los Gasset no se lo tragaron y entendieron que Urgoiti y Ortega pretendían un periódico subversivo y agitador desde el que preconizar un nuevo orden nacional. La oportunidad que brindaba para este fin la rebeldía de las Juntas de Defensa no podía ser desaprovechada por Ortega y, por no serlo, los Gasset desbarataron todas las negociaciones. El día 18 de junio ya aparece como director en funciones Ricardo Gasset, hecho que se produjo después de violentas discusiones (hubo hasta empujones, cuenta Redondo) entre los responsables de la nueva sociedad y los propietarios de la antigua. Ortega y Urgoiti habían perdido.

Antonio Espina afirma que el artículo “Bajo el arco en ruina” produjo en los elementos monárquicos de *El Imparcial* “verdadera consternación y determinó una gestión inmediata para rescatar el paquete de acciones que poseía Urgoi-

ti, quien no tuvo inconveniente en deshacerse de ellas"<sup>41</sup>, sostiene este autor. Sin embargo, el episodio fue una derrota para el industrial vasco, que perdía en una sola noche toda la obra edificada durante meses. También lo fue para Ortega, quien no sólo se enfrentaba a un nuevo fracaso empresarial, sino a la ruptura familiar. En una carta enviada por Ortega a Urgoiti desde San Sebastián, el filósofo confiesa "la penosa impresión" que le causó "el anuncio de la derrota", y asegura que va a ponerse en contacto con sus hermanos: "No creo que haya duda respecto a la resolución de éstos pero de todas suertes quisiera reunirme con ellos en Madrid en la última semana de este mes". Y se muestra tajante respecto al desagradable episodio vivido con los Gasset: "Por mi parte es claro que, sea vendiéndolas, sea renunciándolas [se refiere a las acciones que posee en la empresa] yo he de romper este último hilo que con *El Imparcial* me unía"<sup>42</sup>.

De las palabras de Ortega en esta carta, también se deduce que la ruptura de las negociaciones no cercenó en absoluto el germen innovador del grupo: "Me escriben y me hablan de un periódico que van Vds. a sacar a la luz con el título de «El Sol». Supongo que aunque esté todo bien dispuesto no lo echarán a la calle hasta el día siguiente al levantamiento de la suspensión de garantías. Me permito recomendarle un excelente corrector de pruebas. Si no lo tienen ya, yo les enviaré su nombre y señas". Y como muestra palmaria de que el fracaso con *El Imparcial* no había perjudicado el ímpetu de estos hombres, sirva la elocuente coda con que Ortega se despide de Urgoiti: "Iré a Madrid a fines de este mes con gana de batalla en todos los frentes"<sup>43</sup>.

Ya estaba en ciernes un nuevo proyecto aún mayor. Cuando a los pocos meses de este lance nazca *El Sol*, *El Imparcial* lo saludará con gracia: "Cada uno en su casa y Dios en la de todos". Los últimos años de *El Imparcial* fueron poco brillantes, hasta que en abril de 1927 fallece Rafael Gasset y la familia se deshizo del periódico. Se constituyó la Editora Española S.A. para continuar la publicación de *El Imparcial*, pero ya era imposible sostener la empresa. El periódico murió de forma efectiva cuando fue prohibido, junto a la mayoría de la prensa española, al estallar la Guerra Civil. Sin embargo, su deambular por los arrabales de la prensa madrileña, después de la fracasada operación de refloatación tejida por Urgoiti, define mejor que nada su decadencia y agonía. La hoja de *Los Lunes*, publicada ahora sin periodicidad, no se parecía en nada a aquella otra que a principios de siglo sostenía el prestigio del diario; ya no era el objeto de culto soñado por los escritores.

<sup>41</sup> Antonio ESPINA, *El cuarto poder*. Madrid: Libertarias/Prodhufo, 1993, p. 250.

<sup>42</sup> Carta de Ortega a Nicolás María Urgoiti. San Sebastián, 14-IX-1917.

<sup>43</sup> *Ibidem*.

Entre la documentación conservada en el Archivo acerca de estos sucesos, consta una carta enviada por Urgoiti a Ortega el 28 de noviembre de 1917, con el resguardo por sus acciones en la nueva empresa propietaria de *El Sol*. Ortega poseerá un paquete de 15 acciones equivalentes a las 30 que tenía suscritas con el fracasado *El Imparcial* y que el filósofo canjeó por su participación en la nueva sociedad editorial.

A partir de esos meses, la relación epistolar de Urgoiti y Ortega será constante. Hablan mucho del nuevo periódico, de la dirección, de los colaboradores, de las secciones y su contenido, del enfoque de ciertas cuestiones políticas. Ortega actúa como consejero de Urgoiti, y éste se encomienda a los puntos de vista y opiniones del filósofo.

Viajan juntos, y sobre todo, proyectan, idean, crean nuevas oportunidades para el negocio periodístico y para saciar su apetito de intervención en la vida pública.

#### Documentos:

Carta de Ortega a Nicolás María Urgoiti en la que le anuncia su determinación de vender sus acciones de *El Imparcial*. San Sebastián, 14-IX-1917

JOSE ORTEGA Y GASSET

San Sebastian 14 Set. 1917

○ Sr. D. Nicolás M. Urgoiti

Querido amigo: no le extrañe que no respondiese su carta. En mi lugar me causó penosa impresión el anuncio de la derrota. Ya de mas necesitaba ponerme al habla con mis hermanos. No creo que haya duda respecto a la resolución de estos pero de todas suertes quisiera reunirme con ellos en Madrid en la última semana de este mes. Por mi parte claro es que, sea vendiéndolas sea renunciándolas 70

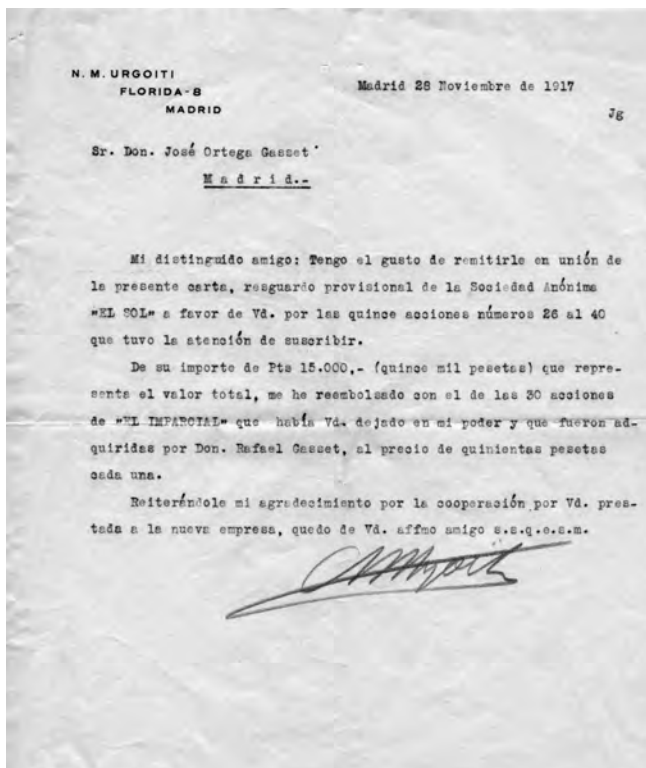
he de romper este último hilo que con *El Imparcial* me unía.

Me escriben y me hablan de un periódico que van a sacar a la luz con el título "El Sol". Supongo que aunque este todo bien dispuesto no lo secharan a la calle nada el día siguiente al levantamiento de la suspensión de garantías, me permito recomendarle un once. Heute corrector de pruebas. Si no lo tienen ya 70 les curiare a nombre de señas.

Iré a Madrid a fines de este mes con gana de batalla en todos los frentes.

Muy suyo J Ortega Gasset

Carta de Urgoiti a Ortega con el resguardo de sus 15 acciones en la nueva sociedad editora de *El Sol*. Madrid, 28-XI-1917



### Nace *El Sol*, diciembre 1917

Junto con Urgoiti y Ortega, salieron de *El Imparcial* una parte notable de la redacción, con Félix Lorenzo a la cabeza, seguido de reconocidas firmas, como Mariano de Cavia. Todos querían y creían en una empresa periodística moderna desde el punto de vista técnico, que se colocase a la altura de los grandes rotativos europeos; independiente desde el punto de vista empresarial, al margen de las subvenciones estatales y alejada del *fondo de reptiles*; imparcial en las legítimas disputas políticas; defensora de un nuevo orden constitucional que pusiera fin a la decrépita imagen del Parlamento. Para ello, el nuevo periódico propugnaría por una subversión del sistema canovista de la Restauración, en el cual pudieran presentarse como alternativa real, no ficticia, los nuevos partidos (el Socialista de Pablo Iglesias, el Reformista de Melquíades Álvarez, los regionalistas...) que se alineaban contra los tradicionales Conservador y Liberal; aspiraban, en definitiva, a competir por el liderazgo de la infor-

mación en el terreno periodístico, y a contribuir al nacimiento de otra España. El grupo demandaba renovación, que fue el nombre que Mariano de Cavia propuso para el diario que finalmente se llamó *El Sol*<sup>44</sup>; la imprenta de la que cada mañana salía a las calles sí se llamó Tipográfica Renovación, lo que no deja de ser sintomático del espíritu que lo alumbró desde el comienzo.

Con este telón de fondo nace *El Sol*, de cuya aparición Antonio Espina recuerda cómo el “cartel anunciador, un arrogante y vistoso gallo, obra del dibujante Federico Ribas, se hizo popular en toda España”. Para Espina, “durante los diecinueve años de su existencia, fue *El Sol* uno de los mejores periódicos de Europa y, desde luego, el mejor de España de todos los tiempos. Órgano y tribuna de una sola política nacional de signo moderno, ejercía fuerte presión sobre el espíritu público, hasta el punto de haberse dicho que «fueron los editoriales de *El Sol* los que trajeron la República española»<sup>45</sup>.

Según Mari Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, con la creación de *El Sol* Urgoiti perseguía “un interés comercial y un interés de carácter cultural y político”<sup>46</sup>. En esta línea se sitúa también Mercedes Cabrera cuando asegura que el nuevo rotativo daría salida al excedente de papel de la Papelera cuyas ventas se habían estancado como consecuencia de la guerra<sup>47</sup>. Urgoiti ya era un empresario afortunado antes de fundar *El Sol* pero, como confesó el propio empresario en una entrevista aparecida en la revista *Estampa* (1-5-1928), “se pensó en la conveniencia de crear un órgano que, a la vez que pudiera ser un buen consumidor de papel, pesara en la opinión por su imparcialidad, defendiendo cuando fuese necesario los que fueran legítimos intereses de la industria, y en especial la del papel, tan perseguida entonces como favorecida en estos últimos años”.

<sup>44</sup> En el Archivo se conservan unas cuartillas mecanografiadas de Mariano de Cavia en las que, con el gracejo que caracterizaba al periodista maño, explicaba cómo y por qué debía llamarse el nuevo periódico *La Renovación*. Pueden leerse en los documentos adjuntos.

<sup>45</sup> Antonio ESPINA, ob. cit., p. 250.

<sup>46</sup> Mari Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ, *Historia del periodismo en España. El Siglo XX: 1898-1956*, vol. 3. Madrid: Alianza Editorial, 1998, p. 243.

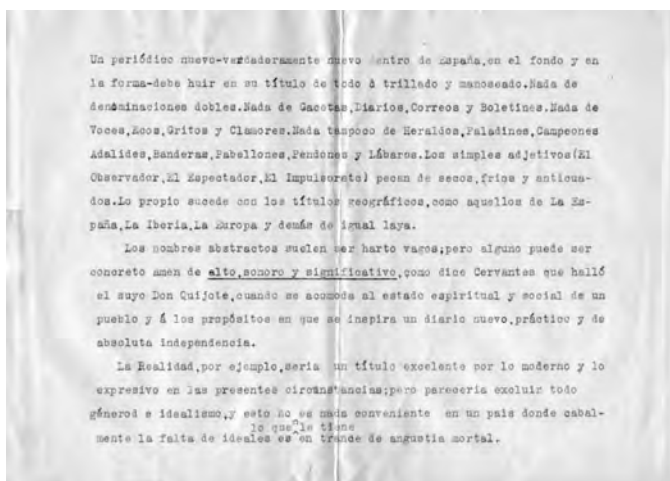
<sup>47</sup> Mercedes CABRERA: ob. cit.



Foto de la primera redacción de *El Sol*. Entre otras personalidades destacan, de pie, en el centro de la imagen, con barba y bigote, Nicolás María Urgoiti; un poco a su derecha, con la cabeza ligeramente ladeada, José Ortega y Gasset; bajo Ortega, sentado, el columnista Mariano de Cavia, a la izquierda del cual, sentado y con bigote, Félix Lorenzo, primer director del *El Sol*. [1917]



Cuartillas mecanografiadas en las que Mariano de Cavia argumenta cómo debe llamarse el nuevo periódico y por qué. Madrid, 7-VII-1917



El Renacimiento, sería petulante é impropio por añadidura, pues esa denominación corresponde ya intangiblemente á un período definido en la historia de la civilización.

La Regeneración. Así se tituló ya un famoso periódico carlista que no regeneró ni siquiera el salado de sus redactores.

La Redención. Título soberano y fútil en su clase si no tuviera ya un carácter altamente religioso que tras aparejado al noli me tangere de Jesu Seamos más modestos y contentámonos con denominar al nuevo periódico La Renovación.

Ventajas de este título:

- 1ª Por sí solo constituye tal nombre todo un programa nacional; en lo político y social, económico y moral, científico é industrial, y por lo que al periódico está directamente en todo lo periodístico.
- 2ª Es un título que condensa expresivamente todo cuanto se inicia en el período que se está abriendo en la historia de España y cuya duración ha de ser indefinida así en el tiempo como en el espacio.
- 3ª Aunque es un título que obliga y compromete á mucho, por eso mismo

3/ será un estímulo constante de iniciativas y un perpetuo agente de esfuerzos que hagan imposible todo estancamiento acomodaticio y toda angustia rutinaria.

4ª Es un nombre claro, simpático, de constante actualidad, que se paga el oído y que en el pregon de las calles, como en el tumulto de las conversaciones y en los comentarios de la Prensa, sonará á todas horas como un agudo y excitante toque de clarín.

Salvo *meliori*, este es el modesto esquema que, cumpliendo su honroso encargo, someto al ilustrado y renovador juicio, de mi amigo D. Nicolas Mª de Urgoiti, ahorrando otras muchas razones que en un programa periodístico tendrían holgado y adecuado lugar.

Mariano  
de Cavia

Madrid 7 de Julio de 1917.

## El espíritu de *El Sol*

Las primeras palabras de Ortega en el rotativo ponen de manifiesto la sintonía de espíritu entre *El Sol* y la anterior empresa orteguiana, la revista *España*. En ambos casos, Ortega alude a la pretensión de influir en la política española: en *España* Ortega formula la renovación de las instituciones públicas desde el Parlamento a la Universidad, pasando por los partidos y por la clase que los sustenta; ahora en *El Sol* señala que ha de ocuparse de las mismas cosas políticas de la tierra de España. También coincide el programa de esta cruzada contra la política vigente; si en *España* Ortega se fija el objetivo de la regeneración de la raza española, el mejoramiento del pueblo, la renovación del espíritu nacional, este mensaje es el mismo que publica su primer día en *El Sol*: “Queremos y creemos posible una España mejor —más fuerte, más rica, más noble, más bella”.

Seoane y Sáiz afirman que “Urgoiti concebía su periódico en la órbita de las ideas de Ortega y el proyecto de la Liga de Educación Política por él impulsada. Se trata de tener una plataforma desde la que defender un proyecto reformista, de una reforma sentida como una necesidad apremiante por los sectores más progresistas y dinámicos de la burguesía y de los intelectuales, que ya había presidido en 1915 la fundación de la revista *España*”<sup>48</sup>.

*El Sol*, en definitiva, representa todo aquello que Ortega condensó en el título de su conferencia “Vieja y nueva política”, porque sus impulsores pretenden un órgano capaz de arrastrar a los españoles hacia esa España vital que debía desplazar a la vieja España moribunda. El método concreto de actuación iba a plasmarse en dos líneas políticas esenciales: por un lado, el apoyo a los nuevos partidos políticos, en especial al Socialista, para que consiguiera agrupar de forma constructiva a los sectores obreros; por otro lado, abrirse a la realidad regionalista de la nación, propugnando la descentralización del Estado y haciéndose eco de los movimientos existentes en todas las regiones de España. Lo expresa claramente Ortega en este editorial de *El Sol* aparecido el 9 de octubre de 1918, en el que define la nueva casta de hombres que deberán asumir el liderazgo de la nueva España:

Es menester que grave la nueva gobernación sobre otras castas de hombres más inteligentes y mejor intencionados, más idealistas y a la par más realistas, más modernos y nada reaccionarios.

Estos hombres son todos los que solían llamarse izquierdistas en el antiguo régimen y que, curados de un republicanismo ineficaz, dieron a sus ideas democráticas una orientación mejor nutrida de preocupaciones sociales. La inmensa mayoría de hombres cultivados —médicos, ingenieros, profesores, literatos, artistas, industriales, etcétera— integra esta legión democrática, amiga de lo moderno, o movida por una urgencia de que triunfe al cabo en España el verdadero e integral liberalismo. Ellos son el laboratorio y el taller, son la ciencia y el trabajo, son el creador y el obrero. Su política se resume así: libertad, justicia social, competencia, modernidad<sup>49</sup>.

Entre las peculiaridades informativas de este gran diario, hay que señalar que renunció a la información taurina, y que “pasó de puntillas sobre crímenes y otros asuntos sangrientos o escandalosos, temas preferidos por el público”<sup>50</sup>. Este alejamiento de la demanda popular significaba dos cosas: primero, que *El Sol* era un periódico hecho por intelectuales para intelectuales. En segundo lu-

<sup>48</sup> Mari Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ, ob. cit., p. 245.

<sup>49</sup> III, 132.

<sup>50</sup> Mari Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ, ob. cit., p. 249.

gar, el rechazo de los temas informativos que más interesaban a la masa popular suponía que *El Sol* perdía una importante cuota de consumidores de prensa, lo que se debía traducir, a la larga, en débitos insostenibles. En una palabra: la prensa de elite que *El Sol* representa, reportaba a Urgoiti y los suyos una enorme rentabilidad intelectual, pero conllevaba una nula rentabilidad económica.

Documentos:

Fachada del edificio de *El Sol* en la calle Larra.



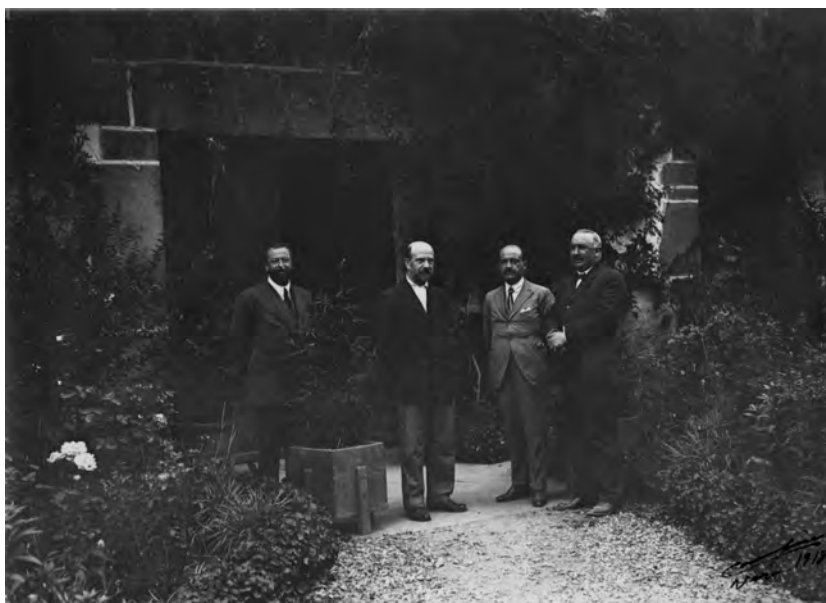
Otra toma más moderna del edificio de *El Sol* en la que se observa cómo en la entrada figura el nombre del diario *Arriba*, pues *El Sol* fue incautado por las tropas franquistas tras la toma de Madrid.



Fotografía de una excursión realizada a los Picos de Europa y la garganta de la Hermida por Serapio Huici (consejero de Calpe), Ortega y Gasset y Urgoiti (ambos en los asientos traseros). [1918]



Urgoiti, Baroja, Ortega y Huici en la entrada de la casa de Pío Baroja. [1918]



## La omnipresencia de Ortega

El paso de Ortega y Gasset por las páginas de *El Sol* hay que considerarlo como un trabajo de crucial importancia en el conjunto de su obra periodística. Además de su colaboración en el proyecto fundacional, que ya hemos citado y que en seguida vamos a analizar, hay que mencionar su incesante labor de consejero, asesor, editorialista y mentor intelectual, actividad que se desarrolla de forma paralela a su aportación como redactor, que abarca un total de 426 artículos que se publicaron ininterrumpidamente entre el 7 de diciembre de 1917 y el 25 de marzo de 1931, más otros dos de aparición tardía en 1933 (“Viva la República”, *El Sol*, 3-XII-1933 y “En nombre de la nación, claridad”, *El Sol*, 9-XI-1933), y el último titulado “La estrangulación de Don Juan” (*El Sol*, 17-XI-1935). Tras esta fecha no volverá a aparecer la firma de Ortega en *El Sol*.

Se trata de 17 años de artesanía periodística solo interrumpidos, ocasionalmente, por las evasiones al oasis intimista de *El Espectador*, lejos del gran público al que hablaba *El Sol*. También emprende Ortega otras excursiones muy notables durante su periplo en el diario de Urgoiti, como la puesta en marcha de la *Revista de Occidente* en 1923, o sus bien retribuidas apariciones en *La Nación* de Buenos Aires<sup>51</sup>. A pesar de estos efugios, siempre quedaba *El Sol* como atalaya desde la que partir y a la que regresar. Como ya sabemos, las mayores obras literarias de Ortega primero fueron textos periodísticos expuestos a la fugacidad de la hoja diaria, y *El Sol*, su principal plataforma de divulgación.

La cadencia de artículos publicados por Ortega en *El Sol* es la siguiente: 1917 (6), 1918 (42), 1919 (39), 1920 (34), 1921 (16), 1922 (17), 1923 (15), 1924 (32), 1925 (53), 1926 (26), 1927 (52), 1928 (20), 1929 (13), 1930 (42), 1931 (16), 1933 (2), 1935 (1).

De acuerdo con este cronograma, Ortega publicó su primer artículo en *El Sol* en diciembre de 1917, “Hacia una mejor política. El hombre de la calle escribe...” (*El Sol*, 7-XII-1917), y la vinculación más estrecha queda cerrada en marzo de 1931 tras la aparición de la nota de despedida “Adiós a los lectores de *El Sol*” (*El Sol*, 25-III-1931), donde escribió el filósofo:

Desde la fundación de este periódico, en 1917, escribo en él, y en España sólo en él he escrito. Sus páginas han soportado casi entera mi obra. Ahora es preciso peregrinar en busca de otro hogar intelectual. Ya se encontrará. ¡Adiós, lectores míos!<sup>52</sup>

<sup>51</sup> La vinculación de Ortega con ambas empresas culturales se describirá en la próxima entrega de “El aristócrata en la plazuela”.

<sup>52</sup> IV, 625.

Contrasta este laconismo de la despedida con aquellas primeras palabras publicadas en 1917 por Ortega en el recién alumbrado rotativo con motivo de su primera contribución:

Por primera vez aparece mi nombre semioscuro en este periódico, cuyas columnas espero frecuentar. Ya que no pueda otra cosa, quisiera verter en sus moldes mis esperanzas españolas. Lector, he de hablarte a menudo desde *El Sol* sobre cosas de la tierra, especialmente sobre cosas políticas de la tierra, y más especialmente sobre cosas políticas de la tierra de España.

El título de este periódico significa, ante todo, un deseo de ver las cosas claras. Frente a cualquier hecho o problema equivale, pues, a un imperativo de mayor claridad y a una apelación que del crepúsculo hacemos al mediodía.

Recuerda lector el *do* de pecho que un día daba nuestro viejo maestro Goethe:

*Yo me declaro del linaje de ésos que de lo oscuro a lo claro aspiran.*

Aspiremos, pues, hacia lo claro en las cosas de España, que son nuestras cosas<sup>53</sup>.

La frecuencia de sus colaboraciones no es constante, aunque podemos calcular que publicó un promedio de 28 artículos al año, algo más de dos artículos al mes. Solo dos años, 1925 y 1927, superan los 50 artículos publicados, seguidos de 1918 y 1930, con más de 40. Hay que tener en cuenta que Ortega simultaneaba su compromiso periodístico en *El Sol* con las publicaciones en *La Nación* de Buenos Aires (muchas de las cuales, sobre todo al principio, fueron réplicas de los artículos publicados en *El Sol* con un par de meses de anticipo), las ediciones de *El Espectador* y de importantes libros también compuestos, en buena medida, con revisiones de trabajos anteriores, la puesta en marcha de *Revista de Occidente* en 1923, las conferencias, cursos y clases en la Universidad Central, la actividad política, etc.

<sup>53</sup> III, 21-23.

Documentos:

"Hacia una mejor política. El hombre de la calle escribe...". [El Sol, 7-XII-1917]

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

HACIA UNA MEJOR POLÍTICA
EL HOMBRE DE LA CALLE ESCRIBE...

Por vez primera aparece mi nombre semicureto en este periódico, en...
Yo me daban del linaje de esos que de lo oscuro levanta el claro aspiran.

Aspiremos, pues, hacia lo claro en las cosas de España, que son...
Aspiremos, pues, hacia lo claro en las cosas de España, que son...
Aspiremos, pues, hacia lo claro en las cosas de España, que son...

Y estas que siempre otra, la independencia. Todo español está muy...
Y estas que siempre otra, la independencia. Todo español está muy...
Y estas que siempre otra, la independencia. Todo español está muy...

Yo hubiera querido que este primer artículo corriese todo el sur...
Yo hubiera querido que este primer artículo corriese todo el sur...
Yo hubiera querido que este primer artículo corriese todo el sur...

Esta de cuanto se trata y corren en...
Esta de cuanto se trata y corren en...
Esta de cuanto se trata y corren en...

El lector, irritado, preguntará: ¿Cómo se entiende? ¿Cómo se...
El lector, irritado, preguntará: ¿Cómo se entiende? ¿Cómo se...
El lector, irritado, preguntará: ¿Cómo se entiende? ¿Cómo se...

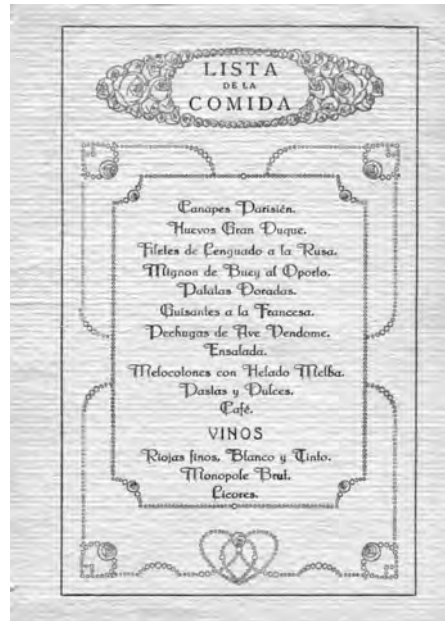
He dicho por mi parte, a esta conversación la forma de una...
He dicho por mi parte, a esta conversación la forma de una...
He dicho por mi parte, a esta conversación la forma de una...

Jose ORTEGA Y GASSET

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Nicolás María de Urgoti, fundador de *El Sol*. [1918]

Invitación a favor de José Ortega y Gasset para asistir al banquete de celebración del primer aniversario de *El Sol*.



Páginas de un cuaderno donde se relacionan artículos publicados por Ortega en *El Sol*.

1920			El Sol	
Marzo	18	Psicología y pedagogía II		Espectador 3º
	26	Pedagogía de creaciones internas		" "
Abril	1	" "	II	" "
Junio	18	Psicología y pedagogía		" "
	22	" "		" "
Julio	24	Carta P. O. contra El Sol		" "
Agosto	7	Todo es posible en España, todo lo es!		" "
Octubre	21	Dos hermanos subterráneos		Espectador 3º
Diciembre	16	Particularismo y acción directa I		Espectador
	19	" "	II	" "
1921				
Enero	13	Particularismo y acción directa III		Espectador
	20	" "	IV	" "
Febrero	2	" "	"	" "
	9	" "	"	" "

1921			El Sol	
Marzo	8	Excitaciones Musicales I		Espectador 3º
	22	" "	II	" "
Abril	5	Meditación del marzo		" "
Junio	11	Meditación de San Juan I		" "
	19	" "	II	" "
	28	" "	III	" "
Octubre	18	Utopía artística		Espectador 4º
	30	Capitán de la muerte y la muerte		" "
Noviembre	6	Hijos del municipio		" "
	18	" "		" "
Diciembre	8	Para un museo románico I		" 6º
	16	" "	II	" "
1922				
Enero	4	Patología nacional I		Espectador
	5	" "	II	" "

**Las enemistades de *El Sol***

Urgoiti y los suyos tuvieron que lidiar en muchas plazas. Desde fuera eran acusados constantemente de vulnerar la legislación de prensa, como cuando el precio del papel subió y *El Sol* se negó a recibir el anticipo reintegrable del Gobierno, pero aceptando un importante crédito de La Papelera. También desde dentro tuvo que soportar rencillas e intrigas. Se creó un grupo de íntimos que se repartían las responsabilidades de la empresa al margen de la redacción. “La línea ideológica era decidida por Urgoiti y otros miembros escogidos del Consejo de Administración, el director y los redactores y colaboradores más importantes, que se reunían por las tardes en una sala reservada, a la que –comenta Corpus Barga– «los periodistas de mesa, los verdaderos periodistas despechados llamaban despectivamente el Olimpo»”<sup>54</sup>.

<sup>54</sup> Mari Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ, ob. cit., p. 250.

Puede que no sea tan desafortunada la imagen del Olimpo, pues los fundadores de *El Sol* tenían conciencia de ser unos privilegiados que se hallaban encaramados a la bobina de papel de un periódico con enormes posibilidades de acción social. Además, muchos de ellos debieron contagiarse del ideal orteguiano de sentirse llamados a la reconstrucción de España, lo que debía resonar en su interior como un compromiso moral con sus compatriotas. Por si esto fuera poco, *El Sol* había nacido del enfrentamiento con el poder constituido y esta circunstancia del resurgir de las cenizas del proyecto frustrado con los Gasset debió imprimir carácter a aquella redacción, depositaria de unos nuevos ideales patrióticos aún por desarrollar. ¿Cuál fue la línea y la lucha editorial mantenida por el periódico en sus primeros compases públicos?

Los ataques del Gobierno de Maura contra la prensa indócil, como *El Sol*, son continuos. Fruto de esta presión política Ortega publica muchos artículos en los que fustiga las decisiones del poder contra la libertad de prensa y de expresión, como el titulado "Los cazadores de pluma" (8-VII-1918), donde arremete contra un paquete de medidas legales, algunas de las cuales afectan a la libertad de expresión:

Quando un Gobierno se dispone a hacer una ejemplar manifestación de autoridad, ya se sabe en qué termina: en vejar a los que ponen negro sobre blanco. No es extraño, y aun debe reconocerse un progreso. Somos una raza que se había especializado en quemar escritores. Ahora se les quema la sangre nada más. [...]

Reunid nueve celtíberos: encargadle el Poder. Durante unas semanas gobernarán con suavidad, con mansedumbre. De pronto, una tarde, sentirán que se despierta en su interior un primitivo y fiero instinto venatorio. A la mañana siguiente, con el arma al brazo, ved que se echan al suelo, y desdeñando la fauna más variada, prefieren siempre como pieza el bípodo con la pluma en la mano<sup>55</sup>.

A base de ironías, retórica característica de los comentarios políticos orteguianos, Ortega desacredita las medidas legales adoptadas por el Gobierno con el único fin de dificultar el libre trabajo de los periodistas y escritores.

Si tomamos el hecho de estas iniciativas legislativas no por las consecuencias sino por las causas, podemos preguntarnos por la línea editorial de los periódicos, y más concretamente de *El Sol*, que está movilizando a la opinión pública de modo tal que el Poder tenga que protegerse promulgando leyes coercitivas contra la prensa. En el caso de *El Sol* no tenemos dudas. Lejos quedaron los circunloquios con que el nuevo *Imparcial* trató las cosas del Poder. Aquellos editoriales y artículos incitados por Urgoiti para aparentar respeto

<sup>55</sup> III, 111.

por las instituciones (y que tan poco contribuyeron a salvar el proyecto editorial), han dado paso a durísimos ataques desde las páginas de *El Sol* que, libre de ataduras personales, no se anda con remilgos. Las mismas ideas de “Bajo el arco en ruina”, expuestas entonces con la metáfora de la Monarquía como la piedra angular que sostiene el arco decadente, resuenan en muchos artículos y editoriales de *El Sol*; pero ya no hace falta que Ortega firme estas ideas para presentarlas como exclusivamente propias y no perjudicar al periódico, no; la pluma de Ortega es ahora la pluma que redacta los editoriales de *El Sol*, como éste titulado “Política española. Los grandes partidos” (25-IX-1918) en el que leemos:

Desde 1900 soportamos en España esta falsificación. Unos partidos fantasmas, exangües y sin virtud han tenido cercado el poder político en los días que más urgía la enérgica vitalización de los instrumentos de gobierno. No representaban estados de convicción pública, no representaban siquiera intereses orgánicos de clase, de núcleo, de grupo. ¿Cómo, sin embargo, se perpetuaban en el Gobierno de España?

Una palabra clara y leal tiene que ser dicha en respuesta a esa pregunta: desde hace más de quince años los grandes partidos se alimentan exclusivamente de la confianza de la Corona<sup>56</sup>.

Los editoriales de *El Sol* martillean diariamente al Gobierno, arrinconándolo contra las cuerdas de su ineficacia, su inactividad y sus propias contradicciones: “El desgobierno que es en España mayor que en ningún otro país de la tierra” (5-X-1918, editorial con algunos fragmentos censurados)<sup>57</sup>; “los partidos conservador y liberal no existen como potencias eficaces: simbolizan sus desprestigiados hombres la España parálitica” (7-X-1918)<sup>58</sup>; “el fracaso de la gobernación tradicional se debe principalmente al ningún empeño con que los partidos turnantes se han ocupado en modernizar eficazmente la vida española” (9-X-1918)<sup>59</sup>. Según Mercedes Cabrera, la línea editorial durante estos años evidencia que “*El Sol* pecó con frecuencia, como no podía ser menos, de un pesimismo destructivo lanzado desde las alturas”<sup>60</sup>.

A la vez, un síntoma de la independencia política de *El Sol* es que buena parte de los hombres de negocios vinculados a La Papelera veían con suspicacia estos ataques contra el Poder constituido, pues creían que a la larga podían

<sup>56</sup> III, 120.

<sup>57</sup> III, 126.

<sup>58</sup> III, 128.

<sup>59</sup> III, 131.

<sup>60</sup> Mercedes CABRERA, ob. cit. p. 115. Las polémicas de *El Sol* con otros periódicos del momento y en el seno de La Papelera Española están muy bien descritas en el libro de Cabrera, pp. 118 y ss.

perjudicarles en sus intereses comerciales. Pero Urgoiti había definido muy bien los estatutos del nuevo periódico y por ahora la interferencia de los accionistas en la línea editorial era inexistente. Ello no impidió que el vasco llegase a presentar su dimisión como presidente del Consejo de Administración de La Papelera ante las quejas de ciertos accionistas, como los hermanos Urquijo. El Consejo no le aceptó la dimisión y los Urquijo abandonaron la empresa. Sin embargo, las múltiples obligaciones que Urgoiti fue contrayendo desde el final de la Gran Guerra fueron precipitando su determinación de abandonar la dirección de La Papelera para centrarse en el cuidado de sus otros negocios, de *El Sol* en primer lugar, pero también de la editorial Calpe, que había fundado en 1918 con la colaboración, entre otros, de Ortega<sup>61</sup>.

Por ahora, lo que más daño le hacía a *El Sol* en particular y a la libertad de expresión y la prensa en general eran las medidas dudosamente democráticas adoptadas por el Gobierno en 1919 para regular la censura, “un miserable artefacto de tortura intelectual y política”, a decir de Ortega en el artículo “La censura negra y la censura roja” (*El Sol*, 30-III-1919).

En resumidas cuentas, fueron los dos primeros años muy duros para *El Sol*, no solo por las polémicas con el Gobierno y con los demás periódicos; no solo por las tensiones entre algunos accionistas de La Papelera y los editorialistas de *El Sol*; también internamente tuvo Urgoiti que resolver la difícil situación creada por las quejas que, entre muchos de los redactores de *El Sol*, despertaba la actuación de Félix Lorenzo al frente de la Dirección. Urgoiti, que estaba muy vinculado con Lorenzo, le propuso una salida ventajosa, y con la aquiescencia de Ortega y de Mariano de Cavia, además del Consenso de la Redacción, se le ofreció el puesto a Manuel Aznar, quien ya figura como director a mediados de septiembre de 1918. En una carta enviada por Ortega a Urgoiti el 16 de septiembre de ese año, le decía: “He visto la exaltación de Aznar a la dirección del periódico. Me parece –no necesito decirlo– excelente para el periódico, no tanto para él. La situación en que se hallaba tenía todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes de la dirección”<sup>62</sup>.

<sup>61</sup> Para la fundación de la editorial Calpe véase Juan Miguel SÁNCHEZ VIGIL: “Ortega y Gasset. Director editorial de Calpe”, *Revista de Estudios Orteguianos*, n.º 10/11, 2005, pp. 177-196. También describe la operación de su puesta en marcha Mercedes CABRERA, ob. cit. pp. 127-131.

<sup>62</sup> Carta de Ortega a Nicolás María Urgoiti. Zumaya, 16-IX-1918.

Documentos:

Félix Lorenzo, primer director de *El Sol*. [1917]



Comienzo del artículo “Los cazadores de pluma”. [*El Sol*, 8-VII-1918]





aparecidos en junio, como “El Sr. Dato, responsable de un atropello a la Constitución” (*El Sol*, 17-VI-1920), donde tacha de “fechoría” las medidas gubernativas, medidas que describe como “inaudito abuso de Poder, un degüello de las libertades fundamentales, un escarnio de la dignidad presidencial y, lo que es peor que todo eso y más corto de decir, una majadería”<sup>63</sup>. A los dos días publica Ortega “Acerca de la libertad industrial” (*El Sol*, 19-VI-1920), del que se conserva en el Archivo un borrador manuscrito por el filósofo, y que supone una defensa de las críticas lanzadas por *La Época* a raíz del artículo contra Dato. Alega Ortega que “es falso de toda falsedad que con esta Real orden se salve la industria periodística. Se salva a algunos señores dueños de unos periódicos moribundos, que ya habían empezado a morir cuando el papel estaba más barato que nunca, a costa de la industria periodística, que queda maniataada y sin movilidad para nuevos ensayos”<sup>64</sup>. Por último, Ortega escribe un artículo con forma de carta al director que aparece en *El Sol* el 29-VI-1920, y donde vuelve a la carga: “Después de haber hecho subir todos los periódicos a diez céntimos, se pretende ahora que *El Sol* sea expendido a quince, porque sí, por la presidencial gana del Sr. Dato, presidente del Consejo en un pueblo de envilecidos *bokotudos*”<sup>65</sup>.

A pesar de la enardecida campaña de *El Sol*, no es del todo extraño que este tipo de medidas llegasen contra un periódico en permanente oposición al Gobierno. No otro fue el temor que desde el principio vislumbraban algunos accionistas de La Papelera. Las consecuencias económicas para la empresa eran importantes, y los más involucrados en la marcha del periódico sabían el daño que las medidas gubernativas le hacían. En la correspondencia mantenida entre Manuel Aznar y Ortega durante esos días, se observa cómo la preocupación inundaba las conversaciones en “el Olimpo”: “El propio Dato muestra un enorme interés en que se cumpla la Real Orden contra nosotros. He hablado varias veces con Bergamín y le he dicho que esto no puede seguir así. Ahora es cuando me temo que va a llegar la suspensión”. Aznar también refiere a Ortega un plan para burlar la Real Orden, consistente en anunciar un precio pero vendiendo a otro. Lo cierto es que las dificultades se dejan sentir: “El Sol sigue su marcha adelante; aunque ha bajado algo, el número de suscripciones diarias se puede calcular que asciende a doscientas”<sup>66</sup>.

Los enemigos de *El Sol* no solo estaban en el poder político, como hemos visto, sino también entre sus congéneres. Aunque no toda, buena parte de la prensa acogió bien la medida del Gobierno, pues entendían que les beneficia-

<sup>63</sup> III, 347.

<sup>64</sup> III, 348.

<sup>65</sup> III, 353.

<sup>66</sup> Carta de Manuel Aznar a Ortega, Madrid, 10-VIII-1920.

ba en su competencia con *El Sol*. Los editoriales de esos días publicados por rivales directos como *ABC*, *El Liberal*, *La Tribuna*, arremetían contra *El Sol* apelando a los intereses particulares de La Papelera y de Urgoiti (quien llegó a defender su honor en un duelo con espada contra Miguel Moya, editor de *El Liberal*, como narra con detalle Mercedes Cabrera), y defendían las medidas legales como el único medio de impedir la lucha desigual que se libraba entre los rotativos al estar *El Sol* en manos de los dueños del negocio del papel. Así se desprende de la mencionada carta de Aznar a Ortega: “Hoy ha llegado de San Sebastián Luca de Tena. Se ha pasado el día haciendo visitas; con Dato ha estado dos horas encerrado en el ministerio de Marina; supongo que en la entrevista se habrán reavivado los odios y los enconos contra nosotros; también ha estado con el ministro de Hacienda”<sup>67</sup>.

Nada pudo evitar la entrada en vigor de la Real Orden de julio y los consiguientes efectos económicos que la reorganización del sector trajo consigo. Sin embargo, una maniobra empresarial de Urgoiti vino a enmendar la situación: el diario vespertino *La Voz* sale a la calle el 1 de junio de 1920. “La idea era crear un tándem a la americana, con un diario de la mañana serio y doctrinal, y uno de la tarde, ligero y popular”, explican las historiadoras Seoane y Sáiz<sup>68</sup>. Ambos periódicos compartían los gastos generales de la empresa, que disminuyeron en cuanto *La Voz* conquistó aquellos espacios donde *El Sol* fracasaba.

Como era de esperar, la maniobra de Urgoiti al fundar *La Voz* no pasó inadvertida para sus competidores. Si la fundación de *El Sol* había desatado las iras de sus inmediatos adversarios por las fundadas sospechas de los intereses comerciales que auspiciaba el proyecto de Urgoiti, la enemistad se encontró con la aparición de *La Voz*. *El Liberal* se jactaba de que “en Madrid no torea *El Sol*” (18-VI-1920) con un curioso juego de palabras que expresaba, por un lado, la escasa audiencia de *El Sol* en la capital y aludía, de paso, a su determinación de no ofrecer información taurina. *El Liberal* debió sentir escalofríos cuando a los pocos días la matriz de la Tipográfica Renovación alumbraba *La Voz*, que se convertía en su directo competidor.

Pero el Gobierno es enemigo intratable, y más cuando se siente jaleado por buena parte de la prensa. Las medidas legales las tuvo que acatar *El Sol* después de ser suspendido una semana en agosto de 1920 por tratar de burlarlas. El mismo Gobierno levantó el arancel sobre el papel procedente del extranjero, debido a la subida universal de su precio, y arrojó a La Papelera a una delicadísima situación de pérdidas económicas.

Los años inmediatos se pueden resumir en algunos hitos históricos que marcarán la línea política de *El Sol*: el 8 de marzo de 1921, unos anarquistas tiro-

<sup>67</sup> *Ibidem*.

<sup>68</sup> Mari Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ: ob. cit., p. 251.

tean al presidente del Gobierno Eduardo Dato, situación de inestabilidad que se agravará en julio tras el Desastre de Annual, con miles de muertos en las filas españolas. El Rey Alfonso XIII trata de reconducir la delicada situación pidiendo a Antonio Maura que forme un Gobierno de concentración, pero tampoco esta opción dará resultado. La posibilidad de un directorio militar sobrevuela las Cortes, y la opción se materializa tras el Golpe de Estado de Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923. El Rey acepta al militar jerezano al frente del Gobierno tratando así de suplir la evidente falta de liderazgo político de los viejos partidos.

Aunque la Dictadura resolvía una situación anquilosada e insostenible, no fue una opción ni para Ortega ni para *El Sol*, que no abogaban por disolver el Parlamento sino por que éste desempeñara realmente la función que el pueblo le encomendaba. En cierto modo asistimos, como a finales de 1915, a un nuevo desencanto de Ortega con la política. Como describe certeramente Javier Zamora, desde el verano de 1922 Ortega no escribía artículos políticos, y su pensamiento se orientaba hacia la idea de que “no había solo un Estado caduco, sino que lo esencial era que no había sociedad, y ésta tenía que construirse a partir de una minoría, que también había que crear”<sup>69</sup>.

Para Ortega culmina una etapa de frenética actividad periodística, y no solo de cariz político. Junto a la incesante labor editorialista y además de las series de artículos aparecidos entre 1920 y 1922 que más tarde integrarán *España invertebrada*, Ortega se ha reservado una parte de su escritura para la crítica literaria, los artículos sobre filosofía y estética, incluso algunas necrológicas, como la escrita en memoria de Benito Pérez Galdós, publicada el 5 de enero de 1920. Son estas contribuciones periodísticas las que dan sentido, en la obra de Ortega, al término “folletón”, procedente del francés *feuilleton* (línea negra y gruesa que en la prensa francesa separaba la información de la opinión), y que en la prensa española suponía un juego de palabras con el “folletín” periodístico, pero que denota la carga intelectual que los caracterizó.

En diciembre de 1922 fallece su padre, José Ortega Munilla, con quien tantos rasgos vitales compartía. La fatalidad viene a sumarse al conjunto de aspectos que en cierto modo cierran esta etapa vital. A estas alturas ya se vislumbra un nuevo horizonte, otra diana hacia cuyo blanco el arquero Ortega se dispone a orientar la flecha, una nueva incitación que en poco tiempo verá la luz: *Revista de Occidente*, otra empresa cultural, pero no una más; su gran proyecto, su obra de referencia.

<sup>69</sup> Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002, p. 219.

## Documentos:

Manuscrito de Ortega con el borrador del artículo "Acerca de la libertad industrial", publicado en *El Sol*, el 19-VI-1920.

"La Epoca" de ~~su~~ hace un amable comentario a mi artículo de ayer sobre la Real Orden libertada que el Sr. Dato ha firmado. Lo deseo con ponder a la amabilidad de "La Epoca" lo mas versallesca posible, que pueda ya este ~~hago~~ el esfuerzo de escribir ya /m de no demorar la respuesta ~~hago~~ el esfuerzo de escribir estas líneas a la hora en que suelo variar al plácido ensueño.

La respuesta, aunque será brevísima tiene que ser doble porque "La Epoca" dice una cosa a "El Sol" y otra a mí.

A "El Sol" dice que "una vez acordado el principio" de la interme-

dion por parte del litado en la fisiología de los periódicos (las letras grandes son de "La Epoca") no puede desentenderse de la Real Orden.

A esto supongo que <sup>este diario</sup> "El Sol" responderá lo siguiente: "El Sol" ha hecho constar siempre, ultimamente en carta al Sr. Dato previa a la publicación del mous truso texto pseudo-legal que no acepta ese principio y así está escrito reiteradamente en sus calumnias. Si ha buscado <sup>no obstante</sup> el acuerdo con los demás periódicos fue por extremar ese vicio del "compañerismo" que yo desearia ver desahogado de mi patria porque es un arma hipocrita con que todo lo limpio y selecto va siendo aniquilado en beneficio de lo turbio y mediocre.

## Carta de Manuel Aznar a Ortega. Madrid, 10-VIII-1920

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

EL DIRECTOR DE "EL SOL" Madrid 10 de agosto de 1920 D.V.

Sr D José Ortega Gasset  
Euzaya

Mi querido amigo: A mi regreso de San Sebastian me encuentro con que la pelea tiene otro aspecto distinto, más duro para nosotros. Ya no es sólo la comisión de delatores la que ejerce presión sobre Bergamín para obligarle a que no nos deje vivir tranquilos un sólo instante, sino también al propio Dato quien muestra un enorme interes en que se cumpla por todos los medios la Real orden contra nosotros. He hablado varias veces con Bergamín y le he dicho que esto no puedo seguir así. Ahora es cuando temo que va a llegar la suspensión, pero aún no sé a qué medios acudirémos nosotros porque desconozco con exactitud cuánto tardará y en qué forma vendrá. Mañana podré informar a usted con más amplitud.

He recibido una carta de Ossorio y Gallardo, y está muy entusiasmado; me dice que acudamos a todas las tretas posibles -que de antemano le parecen buenas- para burlar la Real orden. Mañana queda presentado el recurso contencioso administrativo.

La treta de anunciar a quince y vender a diez parece que va a perder toda eficacia debido a las presiones de Dato sobre el ministro. Sin embargo no creo que la suspensión -si llega- se produzca sin alguna circunstancia favorable a nosotros, que pudiese consistir en importantes declara-

EL DIRECTOR DE "EL SOL" Sr Ortega Gasset - 2

ciones de Bergamín.

EL SOL sigue su marcha adelante; aunque ha bajado algo, el número de suscripciones diarias se puede calcular que asciende a descienas.

Hoy ha llegado de San Sebastian Luca de Tena; se ha pasado el día haciendo visitas; con Dato ha estado encerrado dos horas en el ministerio de Marina; supongo que en la entrevista se habrán reavivado los odios y los enconos contra nosotros; también ha estado con el ministro de Hacienda.

Creo que sería muy oportuno que, si puede usted, me enviara mañana mismo la cuartilla de que me habló acerca de Don Rufino Blanco.

El éxito del último artículo de usted ha sido formidable. Lo observo por las cincuenta mil cartas que recibo.

El estado de ánimo de Dato es <sup>de</sup> una furia y una desesperacion increíbles. Si pudiese colgarnos a todos off la Plaza Mayor, nos colgaría inmediatamente.

Hasta mañana con un abrazo de su amigo que sabe cuanto le quiere

*Manuel Aznar*



ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

# Artículos

< En Cascaes (Portugal), verano de 1942. (Foto: M. Ortega).

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

---

*El exilio argentino en la correspondencia de Ortega y Gasset: la crisis de las etimologías.*

Marta Campomar

*La experiencia de lectura como pedagogía de la vida en Ortega.*

Juan Carlos Castelló Meliá

*Ortega, Tocqueville y la comprensión histórica de la sociedad.*

Jaime de Salas y M. Isabel Ferreiro Lavedán

---

# El exilio argentino en la correspondencia de Ortega y Gasset: la crisis de las etimologías

Marta Campomar

## Resumen

La traumática experiencia de aquellos que eligieron la Argentina, como tierra de exilio para escapar de los acontecimientos de la Guerra Civil Española, se pone en evidencia en la correspondencia de Ortega y Gasset con sus correligionarios en que se manifiestan las dificultades de encontrarse en un país expuesto a cambios ideológicos nacionales e internacionales que generaban confusión en los conceptos y etimologías de uso cotidiano en las relaciones privadas. Esta situación afectaba las comunicaciones personales entre las editoriales compitiendo por el lucrativo mercado del libro español entre compromisos periodísticos y académicos, y en un ambiente sensibilizado y tenso por las guerras europeas y los cambios sociales argentinos.

## Palabras clave

Ortega y Gasset, España, Argentina, Guerra Civil Española, exilio

## Abstract

The traumatic experience of those who chose Argentina as the land of exile escaping from the Spanish Civil War, achieves special relevance in the light of Ortega y Gasset's correspondence with his fellow members. The letters reveal difficulties encountered in a country exposed to ideological changes at a national and international level in which concepts and etymologies are subject to the daily confusion of private relationships. This situation affected personal communications between editors competing for the lucrative market of the Spanish book, in a sensitive journalist and academic atmosphere due to the tensions emerging from Europe's wars and social changes within Argentina.

## Keywords

Ortega y Gasset, Spain, Argentina, Spanish Civil War, exile

**E**l exilio es un fenómeno que tiene tantas caras, motivaciones y reacciones afectivas como personas involucradas en el proceso de encontrarse, en una etapa de su vida o para siempre, expulsada de su tierra natal. Las palabras de Ortega a Victoria Ocampo en el inicio de su exilio definen perfectamente esta traumática situación: “Cuando pasa en un país lo que está pasando en España, es como si te cortaran las raíces y te quitasen el suelo bajo los pies. Dicen que las orquídeas pueden vivir así, en el aire, pero los que no somos orquídeas quedamos, por lo pronto, como anquilados”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Grenoble, 21 de septiembre de 1936.

### Cómo citar este artículo:

Campomar, M. (2010). El exilio argentino en la correspondencia de Ortega y Gasset: la crisis de las etimologías. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 103-157.  
<https://doi.org/10.63487/reo.515>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre



Tanto en la Argentina como en España subsisten distintos prejuicios, tergiversaciones y simplismos sobre el exilio de algunas personalidades españolas durante la Guerra Civil y el posfranquismo. Por ello, resulta delicado abordar este tema sin romper con ciertos “mitos” preestablecidos. Los argentinos hemos asumido que la España peregrina fue un proceso de destierro republicano para escapar del fascismo franquista. Sin embargo, el material epistolar orteguiano pone de manifiesto una diáspora anterior de intelectuales y científicos universitarios cuyo único móvil para salir de España fue escapar del desenfreno popular que se había apoderado del republicanismo con el golpe militar de 1936. Instituciones universitarias, editoriales y domicilios privados fueron allanados por el sector marxista que amenazó las vidas de aquéllos que no se adherían incondicionalmente a sus exigencias políticas. Y casi simultáneamente desaparecían de Madrid, en ese mismo año, Ortega, García Morente, María de Maeztu, Zubiri, los Jiménez Fraud, Castillejo y muchos otros espíritus reformistas, liberales o institucionistas que habían trabajado activamente para integrar a España, por medio de la educación y la ciencia, al resto de Europa. Muchos de ellos inclusive habían puesto sus esperanzas en el nuevo régimen republicano que luego desembocó en una auténtica y desenfrenada anarquía popular, de la cual Ortega se habría apartado con su célebre frase: “no es esto”.

El proceso de someter a nuestra lupa de conveniencias históricas contemporáneas la vida de otros, genera toda clase de distorsiones o, en el caso académico, moviliza, como preveía Ortega, un riguroso aparato de erudición que, con frecuencia, petrifica o abstrae el legítimo ir y venir de individuos a quienes se despoja de su “real sentido íntimo”, según palabras del propio Ortega de 1940 en Buenos Aires.

En esta historia de intimidades ultrajadas no hay expresión más sensible y más delicada que el género epistolar. Forma parte de esa intrahistoria doméstica en la que los personajes aparecen ante nosotros en su más desnuda cotidianeidad. Esos tres elementos que Ortega incluyó en sus diálogos con los argentinos entre 1939 y 1942 –intimidad, integridad, y “la nuda visión de las cosas”–, nos preparan para penetrar en uno de los períodos más dramáticos de toda una generación de españoles exiliados, repatriados o residentes que, junto a los que se quedaron en su tierra natal viviendo en la periferia de un sistema que los excluía, sufrieron, todos ellos, los efectos de una atroz guerra civil que no debe minimizarse. Expuso a toda una sociedad a un cambio psicológico profundo que, como diría Gregorio Marañón, sustituyó una conciencia civilizada por una conciencia remota, más feroz. Ambas, biológicamente legítimas, reproducen el tremendo daño de la anormalidad social, y despiertan la herencia ancestral del antropoide, dormida en el estrato común de los hombres.

Estos sentimientos los expresó Marañón en Buenos Aires en una conferencia auspiciada por la Revista *Sur* de Victoria Ocampo, en 1937. En ella, Marañón reafirmaba, como médico, que en tiempos de anormalidad los revueltos pozos ancestrales suben a la superficie y se erigen en rectores de acción. En las guerras y revoluciones se asiste al espectáculo del reemplazo del alma actual por el alma primitiva, que actúa en la crueldad de los ejércitos y en la barbarie del populacho. Esta sustitución se verifica en las multitudes, extendiéndose con amplitud y rapidez igual que el contagio de infecciones. “Pero lo que estremece, comenta Marañón, no es que el hombre de los instintos sanguinarios encuentre, en el fragor de las barricadas o de las trincheras, el cauce libre para ejercitarlos; sino que miles y miles de gentes comedidas y honorables, se conviertan, de súbito, en seres feroces; en asistentes impasibles de la crueldad; o, por lo menos, en justificadores teóricos del crimen. No es dudoso que estas mismas personas, si su destino les hubiera ahorrado el espectáculo de la violencia colectiva, hubieran acabado sus días dentro de la más absoluta normalidad. Y lo demuestra que, cuando la lucha se extingue, vuelven, desde luego, a sus hábitos pacíficos y muchos no tienen nunca el sentimiento de la responsabilidad de sus violencias”<sup>2</sup>.

En un trabajo conjunto que realizamos con doña Soledad Ortega, ansiosa de esclarecer este difícil período de su historia familiar y de numerosos españoles amigos de su padre que subsistían duramente en el exilio sin poder concretar el retorno a la normalidad profesional y personal, las circunstancias que emergían de estos epistolarios eran tan complejas y angustiantes que preferimos ceder la palabra a los protagonistas. Estas cartas, cotejadas con algunos textos de la última docencia de Ortega en Buenos Aires, revelan la soledad, el miedo, la suspicacia, el vacío de espíritu, el embotamiento de los sentidos y el intelecto, por la silenciosa incomprensión que padeció el exiliado en una sociedad porteña insegura de su identidad, de sus alianzas y del lenguaje político que utilizaba indiscriminadamente para tachar reputaciones ajenas. Eran sociedades jóvenes en las que surgían manifiestos políticos e ideológicos que luego se desdecían o quedaban desfasados en el transcurso de los cambios que alteraban el tablero internacional. Pero lo más importante del exilio argentino de Ortega (que se expresa en toda clase de cartas, textos y conferencias), es la sensación y la frustración de ver que el pensar ha quedado atrapado “en la cárcel inexorable del idioma”, en un vocablo equívoco que produce desconfianza en las palabras.

---

<sup>2</sup> Gregorio MARAÑÓN, “Soledad y libertad”, en *Vida e Historia*. Buenos Aires: Espasa Calpe, colección Austral, 1941, pp. 9-37. Cita de p. 16.

## El lenguaje del exilio: las dificultades del decir y del entender

La gran liberación que Ortega anuncia desde su exilio porteño es la de la tiranía del lenguaje que esclaviza la raíz misma del ser humano. Comenta a su público de La Plata: “Si yo continúo algún tiempo en la Argentina y si en la Argentina interesan de verdad las exploraciones insospechadas del puro pensamiento, intacto de política –cosas ambas, aquella permanencia y aquel interés, un tanto problemáticas–, yo expondría en Buenos Aires, por vez primera lo que creo haber hallado sobre este asunto, ideas que pudieran ser de gran velamen y constituyen nada menos que los principios de una nueva filología”<sup>3</sup>.

Es interesante al respecto la correspondencia de Ortega con su traductora alemana Helene Weyl<sup>4</sup> donde alude en 1937, desde su exilio en París, a los Principios de una nueva filología como parte de la estructura de su *Aurora de la Razón Histórica*, obra que supuestamente pensaba desarrollar en su estadía en Argentina. Como anticipo de este proyecto, publicó en el diario porteño *La Nación* fragmentos de “Ideas y Creencias” y artículos sobre Mundos interiores que serían parte integral de esa misma razón histórica. Entre los problemas que suscitaba este proyecto intelectual, le menciona Ortega a su traductora alemana la necesidad de generar una “nueva manera de ver no sólo la filología sino la lingüística”. Vincula a ambas con asuntos que tenían que ver en tiempos de guerra y exilio con problemas humanos colectivos, y dentro de ellos emerge la índole biográfica de su propia intimidad naufragando en el exilio. Porque para Ortega, según le confiesa a Helene Weyl, pensar la realidad humana en su pura variabilidad y circunstancialidad, y dentro del relevo generacional, implicaba reunir todos estos elementos en el eje central de la historia universal a la vez que desnudaba su propia trayectoria como intelectual en crisis. Incluso con su eficiente traductora alemana, cuando se radicaba en la Universidad de Princeton, sentía un distanciamiento que cobraba expresión “oficial” durante el exilio en parte porque Ortega sentía que en Estados Unidos se le juzgaba por su elitismo antidemocrático desde *La Rebelión de las Masas* y porque no tomaba partido en la contienda contra Franco. Sin duda, Ortega se siente más a la defensiva frente al anglosajón que al alemán o europeo. No espera que desde este sector se entiendan los asuntos públicos de España, experiencia que se extenderá también a la mala interpretación de los argentinos desde una cultura hispana compartida.

<sup>3</sup> “Meditación del Pueblo Joven”, *Oc85*, VIII, 392. Las obras de José ORTEGA Y GASSET se citan por la edición en doce volúmenes, Madrid: Alianza Editorial, 1983. Indicando el número de tomo en números romanos y el de página en arábigos.

<sup>4</sup> Correspondencia: José ORTEGA Y GASSET, Helene WEYL, edición de Gesine Märtens. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.

La preocupación de Ortega por el fenómeno de la lengua se manifiesta en todas sus funciones. Ya sea desde la traducción de sus obras a otras lenguas extranjeras como queda registrado en su artículo “Miseria y Esplendor de la Traducción” publicado en *La Nación*<sup>5</sup> o su obsesión por el “auténtico decir” del que dejara constancia en el “Prólogo para Franceses”, serie que le sigue en Julio-Agosto de 1937. Desde su primera parte titulada “Límites de la palabra. La homogeneidad creciente”, demuestra cómo dentro del mismo escenario en su exilio francés Ortega vincula la radical soledad en la que vive, con el desafío de la lengua que se le había convertido en operación ilusoria. La traducción es utópica en tanto modifica textos escritos en idiomas que se forman en paisajes diferentes y en experiencias distintas, lo cual revela paradojas, incongruencias, “perfiles” incoincidentes que se ponen en marcha al intentar hacer inteligible a auditorios distintos de los nativos, las resonancias intelectuales y emotivas que esconden las palabras. Existe también un organismo de ideas que, como las circunstancias son cambiantes, envejecen un texto que ha tenido como su rebelión de las masas “su momento” de acierto. Admite en su “Prefacio”, leído por el lector de *La Nación*, que ser leído por los franceses este libro escrito para “unos cuantos españoles” es cambiar el destinatario, en épocas en que “hablar” se ha convertido en un ejercicio extenuante. El lenguaje que se tenía como medio para manifestar pensamientos, ya no cumple su función, que es la de entenderse con sus semejantes.

Según reflejan los epistolarios con varias personalidades, la porción trágica de la vocación de Ortega como filósofo se vio atrapada en la imposibilidad de expresar lo que se lleva dentro, el poder decir cuanto uno piensa. Entenderse hablando con su público, ya fuese el español, el europeo como el americano era entrar en un diálogo que “despotenciaba” su eficacia. Se ha abusado de la palabra, de su uso y, en consecuencia, se ha desprestigiado el instrumento de la comunicación. Desde hace casi dos siglos se ha creído que hablar “urbi et orbi”, a todos y a nadie, sin conciencia de las limitaciones del lenguaje, era la forma de hablar con contundencia de la humanidad. El comentario de Ortega en su “Prefacio” es significativo: “Yo detesto esta manera de hablar y sufro cuando no sé muy concretamente a quién hablo”. Reniega de esta costumbre que es forma sublime, pero la más despreciable de las demagogias. Considera que la palabra es un sacramento muy delicado de administrar, sobre todo en tiempos de confusión política.

A Helene Weyl le aclara que su abstención política no implicaba que fuese capaz de pensar con pleno desinterés en la vida de otros, ni de ayudarle a pen-

---

<sup>5</sup> *La Nación*, Junio-Julio, 1937.

sar en sí mismo. La comunicación humana acarrearba, en tiempos de conflicto internacional un grave colapso del idioma que erosionaba el entendimiento entre naciones y, más traumático para Ortega, sus relaciones personales, testimonio que registran las cartas de Ortega a sus amigos. Los epistolarios dejan entrever hasta qué punto él sufría los efectos del habla cotidiana contaminada de frivolidad, de semi-ideas anónimas, de terminología ya fraguada no se sabe por quién, lenguaje que se usaba –como los servicios públicos– a disposición de grandes masas que no distinguían matices y confundían los más llanos decires según quién lo dice y quién lo oye. Por esto mismo, se quejaba Ortega de que el carácter y la procedencia de las palabras de uso privado o colectivo, podrían llegar a ser grandes verdades o grandes necedades; pero “la gente”, culta o inculta, no distinguía entre unas y otras. Es en esta encrucijada verbal donde se instalaban la confusión y el malentendido.

Como filósofo, Ortega no se hacía ilusiones vanas de ser comprendido, a pesar de treinta años de labor universitaria y de haber tratado de comunicarse con su público periodístico o radial; en el caso argentino, con mentes de un pueblo joven que alardeaba de utilizar el idioma con rebeldía y sin medir las consecuencias del uso de las etimologías en su largo contenido histórico, con lo cual se le hacía difícil al pensador poder compartir sus teorías filosóficas con precisión. En la babel literaria del porteño era difícil distinguir entre ideas y creencias, tomando en consideración que sus élites intelectuales emancipadoras habían montado su armazón ideológico antihispano en creencias y credos que aspiraban a establecer las raíces nacionales en el revoltijo inmigratorio europeo, rompiendo voluntariamente con su pasado colonial hispano y con la fuerza telúrica de sus masas nativas que los vinculaban a culturas subsistiendo en otras partes del Continente hispanoamericano. Ortega durante años de docencia periodística, desde su razón vital e histórica, sacudió la conciencia de este público joven respecto a su pasado étnico y cultural. En la incertidumbre de su propia identidad nacional truncada y en tiempos de confusión ideológica mundial, resultaba imposible dialogar con gentes que hablaban su lengua pero que se encerraban en su propio narcisismo imaginario. Ortega llega a expresar su frustración en reuniones porteñas donde los que no entendían de política hablaban de política, “pero están resueltos a salvar el país y de paso los demás países y la humanidad. ¡Ah...y también la cultura! ¡Porque la cultura esta en peligro y ellos, precisamente ellos, la van a salvar!”<sup>6</sup>.

En este difícil contexto de entenderse o “consaberse”, hubo sectores intelectuales argentinos que intentaron permanecer en la zona de la independencia estético-literaria, libre de compromisos indeseables, como fue el caso de Amigos

<sup>6</sup> “Balada de los barrios distantes”, *Oc*83, VIII, 408.

del Arte y de la propia Revista *Sur* de Victoria Ocampo. Sin embargo, en las tensas “circunstancias” mundiales se encontraron diciendo y haciendo cosas que variaban a cada instante, en la pura circunstancia, como diría Ortega, lo que establecía versiones equívocas entre el que hablaba y el que escuchaba. Inclusive las amistades más cercanas a Ortega, convivían en un clima porteño lleno de contradicciones y personalismos de tercera posición que luego se asociaron con “los rojos” o con la causa “leal”, como oposición al fascismo franquista; o, como el diario liberal *La Nación*, con los conservadores nacionalistas. Las editoriales también se sumaron a este juego de ajedrez ideológico donde las adhesiones, como le advertía Ortega a Lorenzo Luzuriaga, no resultaban inocuas. Personalidades como Guillermo de Torre, Francisco Romero, Borges, Emilio Ravignani, y otros integrantes de la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles, conformaron el entorno de resistencia antifascista junto a algunos intelectuales que colaboraban con la editorial Losada, mientras que la editorial Espasa-Calpe de Argentina parecía inclinarse hacia el sector del régimen entonces imperante en España. Pero de un lado o del otro, las pasiones, las acciones, y las ideas se utilizaban en defensa de democracias, liberalismos, nacionalismos o marxismos radicales que, en la realidad del hablar cotidiano, se volvían etiquetas de fácil aplicación sin que se pudieran dilucidar la coherencia ideológica y el resultado práctico de sus significaciones.

Además, el porteño no estaba dispuesto a escuchar, o lo que escuchaba se derivaba en objeciones. El comentario de Ortega es que “a todo hay algo que decir, a todo hay algo que objetar”. Esta morbosa complacencia de la que se quejó en su conferencia radial sobre la criolla, generaba un ambiente en el que “casi nadie dice, se contradice”<sup>7</sup>. El porteño con el que trataba Ortega se había convertido en un viviente e irritante objetor hacia los demás, ejercicio que era un modo de frenar y trabar la vida.

En 1939 Ortega se topó en Argentina con un comportamiento social exacerbado por la crisis interna y externa. Tuvo que lidiar con malas inteligencias y dogmatismos de varios colores que interpretaban gestos, textos y adhesiones personales desde una insuficiente evaluación de los hechos que hacía imposible que no se encresparan o destruyeran las bases de un entendimiento razonable, aun tomando en cuenta el hecho de que siempre existen discrepancias inevitables. Al ser naciones jóvenes, sus gentes operaban sin inhibición, sin freno, lanzando pasiones que se disparaban subitáneas sobre el que pasaba. Su comentario en la Universidad de La Plata, en “Meditación del Pueblo Joven” de 1939 es significativo: “Las calles y los salones de Buenos Aires y los círculos académicos están llenos de rebaños de panteras magníficas que caen sobre

<sup>7</sup> “Meditación de la criolla”, *Oc83*, VIII, 411-445.

el transeúnte”<sup>8</sup>. Son las pasiones de Buenos Aires, indómitas y sin bozal, a las que no le faltaba la lamentable envidia hispana y las enraizadas divisiones internas de la colectividad española en Argentina, profundamente escindida por la Guerra Civil.

Y en este contexto, el lenguaje que le ha sido dado al hombre desde su cuna para comunicarse y para comunicar al prójimo sus pensamientos, en tiempos bélicos no cumple su función. No dice lo que quiere decir y el idioma lo esclaviza, “haciéndole decir lo que no quiere”.

Ortega siente que el lenguaje en esta situación traiciona su íntimo designio, suplantando la intención espontánea con fórmulas envejecidas que el uso le impone. El ciudadano vive bajo la tiranía del lenguaje que lo esclaviza. Ortega le advierte al argentino que lo que se requiere es la próxima liberación del hombre que será la rebelión contra el lenguaje. Esta liberación llega hasta la raíz misma del ser humano, que es su pensar.

La desconfianza en el idioma, su carácter “equivoco”, la impotencia que siente ante el decir del instante, le hace renunciar a decir todo lo demás. Para Ortega fue un gran trauma personal tanto lo callado como lo dicho. La simple pronunciación de una palabra podía disparar consecuencias imprevisibles y conducir a malas interpretaciones. Tanto los “decires” como los silencios generaban distintas significaciones según quien hablase o escuchase. En este contexto, la realidad del hablar se convirtió en el exilio argentino de Ortega en su gran preocupación. Revelaba que no bastaba para entenderse con su público, con conocer bien la lengua; se requería, además, para entenderse, el “conocerse los que hablamos”. En este sentido, pone distancia entre el argentino y el residente español, pese a que todos, expresándose en la misma lengua, no compartían el secreto interno del exiliado, sus vivencias, las hostilidades recibidas y la autenticidad del individuo a la defensiva. La agresión, cuando le viene de fuera, incluso de la propia colectividad, que no tenía idea exacta de lo que había pasado en España, generaba entre él y su público discrepancias abiertas en las que, por ignorancia de sus compatriotas, necesitaba callar muchas realidades. Ortega siente que solamente los exiliados entre sí “se saben” vitalmente los unos a los otros. Sus existencias estaban mutuamente ligadas al gran drama de la guerra española. Con los argentinos, la distancia es aún mayor, incluso tratándose de sus propios amigos que no tienen remota idea de lo que significó para él el trauma español. Ésta es la gran paradoja que produce el exilio argentino; y, en este sentido, considera Ortega que el hablar se compone principalmente de silencios.

---

<sup>8</sup> “Meditación del Pueblo Joven”, *Oc83*, VIII, 405.

La amarga queja de Ortega desde Argentina era sentir que su “intimidad” estaba avasallada por presiones políticas hacia su persona. Él se mantiene en solitario, resguardando su mundo interior incluso de aquéllos que dicen conocerlo. Alega que los que ha tratado en su viajes anteriores no tienen la más remota idea de lo que significa él para sus compatriotas. Ésta sería la gran paradoja de su exilio argentino por lo cual anuncia que su hablar se compone, entre amigos y enemigos, principalmente de silencios.

Efectivamente, en medio de confusas versiones y apreciaciones de lo que ocurría en España, Ortega prefirió entre los sudamericanos la discreción y el silencio. Desarrolló lo que algunos historiadores de la lengua denominan una “hermenéutica del silencio”<sup>9</sup>, callando ante hechos complejos reducidos a simples fórmulas por “la gente”, y hasta por profesores universitarios extranjeros que opinaba ideológicamente sobre los acontecimientos de España. Con su traductora Helene Weyl recrimina de “grotesca” la interpretación norteamericana de la actuación republicana “roja” y de los “rebeldes” franquistas en la que incurrieron con distintos matices los argentinos, incluyendo la revista *Sur* de Victoria Ocampo. Ante la imprecisión del análisis sobre los acontecimientos españoles, Ortega tomó el camino de la “absoluta abstención” para no entrar en el juego de las pasiones políticas de ningún bando específico. Su espíritu y su apreciación de los hechos españoles en curso no se prestaba a la interpretación insidiosa de intereses europeos o norteamericanos, ni a los prejuicios sudamericanos, con sus encrespadas colectividades españolas que no le permitían expresarse abiertamente para descargar su conciencia atormentada.

Ortega vivió en Buenos Aires con la sensación de que toda palabra significaba infinitas cosas según quién las decía, y que estaba rodeado de malas voluntades que malinterpretaban su conducta ensimismada y su alta docencia sin contenido político como una evasión o una implícita adhesión al totalitarismo. Y si el ambiente porteño engendraba frivolidades y “tremebundeces” en torno a su persona, lo más preocupante era sentir que en el trato social con amigos, “sin advertirlo, sin quererlo, más aún, queriendo todo lo contrario, resulta que hemos herido a muchas personas”. Lo que en Europa no producía fricción, en Argentina parecía suscitar enojos, descontento e irritación.

Estas advertencias de Ortega respecto a los secretos del exiliado y a los que arrastran vidas desterradas, describe la cruda realidad de las dimensiones anímicas del exilio. En épocas más recientes se le ha querido dar al exilio español un aire positivo, rindiendo homenaje a quienes mantuvieron su dignidad en el

---

<sup>9</sup> Este tema se trató en el libro de Pilar ORDÓÑEZ LÓPEZ, *Miseria y esplendor de la traducción. La influencia de Ortega y Gasset en la traductología contemporánea*. Castellón de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2009.

extranjero, trabajando duro para la cultura española, descubriendo cosas nuevas y ensanchando en el exilio su imaginación. Sin embargo, en los epistolarios de Ortega del exilio argentino se aprecia que son pocos los que tienen este privilegio de autorrealización complaciente. Sánchez Albornoz fue el único que, con la ayuda de Rafael Vehils (Presidente de la Cultural), de Alberini y de Ravnani y con fondos de la Fundación Rockefeller fundó el Instituto de Historia de España que dejó escuela en Argentina. Sin embargo, esta eminencia reconocida internacionalmente, en un primer momento de su permanencia en el país, fue explotado vilmente en la Universidad de Cuyo, Mendoza, mientras había funcionarios argentinos cuyos ingresos duplicaban a los de Albornoz. En la soledad del “archidestierro”, viviendo en un hotel sin poder abrir baúles, sin editoriales para publicar libros, en la incertidumbre económica de todo exiliado, su comentario a Ortega revela su escepticismo. Una frase condensa su estado de ánimo: “Es dura la emigración en estas condiciones”<sup>10</sup>.

Para estas fechas, Ortega, enojadísimo, estaba organizando su retorno a Europa, queriendo olvidar la pesadilla sudamericana donde nada jugó a su favor, ni por azar. Todo lo que intentó desde Argentina para rehacer una alta cultura en su lengua desde el cono Sur, le fue vedado. María de Maeztu, sola y deprimida, con problemas de corazón, se suicidó en enero de 1948 en Mar del Plata. La burocracia estatal había entorpecido su sueño de reabrir la residencia de señoritas en Buenos Aires por ser ella ciudadana española. Lorenzo Luzuriaga colaboró con la Editorial Losada; ensambló manuales pedagógicos y mantuvo en Tucumán una revista, pero no hemos encontrado evidencia de su plan de reforma educativa en el norte del país, aun siendo un autor muy leído por docentes nacionales de distintas regiones. García Morente, quien tuvo pleno respaldo de las autoridades provinciales y un seguro porvenir en la Universidad de Tucumán, no resistió la soledad y el desarraigo del desterrado. Al poco tiempo, volvió a España con su familia para entrar en el sacerdocio. Falla, quien compartió la dirección de un concierto en el Colón para los 25 años de la Cultural, se refugió en Alta Gracia sin dejar estela musical de relevancia en su total aislamiento. El conocidísimo histólogo Pío del Río Hortega llegó a Argentina empobrecido y sin lugar donde continuar su investigación. La Institución Cultural Española le improvisó un laboratorio en sus dependencias y Bernardo Houssay le consiguió un puesto provisorio en la Facultad de Medicina. Murió al poco tiempo en el Hospital de Avelino Gutiérrez, recibiendo el homenaje de la colectividad y de un sector de la ciencia argentina en la que dejó fieles discípulos. Entre 1945 y 1946 desaparecían Falla, Pío del Río Hortega y, muy pronto, Avelino Gutiérrez. Se cerraba así ese efectivo intercambio científico de la Institución

---

<sup>10</sup> Mendoza, 30 de diciembre de 1941.

Cultural Española con la Junta para Ampliación de Estudios de Madrid, desmembrada en 1936 por la diáspora intelectual hasta que un decreto menéndez-pelayista en mayo de 1938 la aniquiló definitivamente.

En Buenos Aires, la Institución Cultural Española tomaba un nuevo rumbo presionada por la oficialidad franquista y los cambios ideológicos de la Asociación Patriótica Española, que se adhería incondicionalmente al hecho consumado de la victoria nacionalista, y alentaba divisiones en la colectividad. Ésta fue la realidad subyacente para las Bodas de Plata de la Cultural, evento en el cual Ortega clausuraba definitivamente la curva histórica fundacional de dicha institución, proclamando al argentino y al sudamericano como un nuevo modo de ser español, en el proceso de consolidación de estas naciones hispanas y sus necesidades de cambiar de dirección en un continente de origen colonial.

No todos los exiliados españoles de esta primera hora pueden llevar el glorioso título de exiliados políticos; sí les cuadra mejor el de intelectuales desterrados por el desastre político español y europeo, por esa violencia colectiva que había arrasado con la vida de muchos profesionales, que intentaron subsistir en la apacible y próspera América. Esta realidad cruel, la del desarreglo de vidas profesionales, que no todos sintieron como incentivo para redescubrir nuevos mundos imaginativos, se palpa en el intercambio de cartas con Ortega donde se toca de cerca la fibra más íntima que encerraba la frustración por la pérdida de la normalidad social, la humillación de ser español y el malestar que ocasionaba sentimentalmente el desarraigo existencial profundo. El exilio argentino en su conjunto fue, para los españoles de esta primera tanda, una triste experiencia humana. Eran hombres y mujeres maduros que, como le confiesa Ortega a Victoria, habrían de vivir errantes en “esta hora de declinación física” y en un país que les era hostil, renuente a incorporarlos a sus cátedras universitarias.

En medio de tanto desconcierto, la mente clara de Ortega vislumbró, tal como venía advirtiendo en el diario *La Nación*, el colapso más absoluto del intelectual ante fenómenos históricos que no controlaba. El ambiente bélico dejaba al ser pensante en un estado de inoperancia total, fuera de la órbita de influencias y decisiones políticas. También le preocupaba a Ortega, en tiempos de crisis, que se juzgara a las personalidades fuera del contexto histórico de sus vidas, que se encontraban naufragando en el extranjero. Para un pensador lúcido eran tiempos de transición, donde no se veía claramente el rumbo a tomar en medio de opciones extremas y en un exilio forzoso, sin medios económicos para vivir decorosamente. Esta penosa situación no permitía al intelectual exiliado asumir una relación relajada con el entorno ni con su propia docencia teórica. Expulsado de la cátedra universitaria, sin libros y con dificultades para comunicarse en momentos de alteración mundial, el exilio sudamericano aca-

bó siendo para Ortega otra etapa de ofuscación personal con pérdida de amistades y vínculos académicos. El comentario de Ortega a Marañón, estando de vuelta en Lisboa en 1943, resume la experiencia argentina como frustración compartida: “Es evidente que los dos últimos años, contra lo que pudiera haberse esperado, han sido para nosotros igualmente los más enojosos”<sup>11</sup>.

Además, hay que tomar en cuenta otro factor: muchos españoles, que llegaron a Argentina escapando primero del exilio español y luego del europeo, sentían amenazada la seguridad de la familia. En Ortega se nota una especial suspicacia al respecto. Lo que podría haber sido un cómodo refugio en compañía de viejos amigos pasó a ser una traumática experiencia psicológica con la latente preocupación del sustento o la seguridad de los familiares que habían quedado en la Península.

Esta angustiante situación la vivieron algunos colegas de Ortega que ya habían experimentando su momento de descubrimiento y fascinación por el nuevo mundo americano desde la cátedra de la Cultural en viajes anteriores; eran profesionales familiarizados con el entorno social como Ortega, María de Maeztu, Luzuriaga y García Morente. Todos ellos habían conocido las aulas académicas argentinas, el ambiente editorial porteño y contaban con amigos, ya fuese en la colectividad española o en la sociedad argentina más culta. El exilio puso a prueba las lealtades y sacó a la superficie los prejuicios con que los argentinos trataban el tema español, proclamando libertades retóricas mientras cuidaban sus espaldas contra el anarquismo republicano o el caos comunista de las brigadas populares. Pero, ante todo, cuidaban celosamente sus puestos de trabajo, temerosos de la posible invasión de nuevas inmigraciones que se desplazaban desde Europa hacia el Nuevo Mundo.

Ortega se quejaba en 1939, estando allí, de que los criollos opinaban machaconamente y sin criterio informativo sobre los sucesos de España, “hablando como canta el jilguero”. Creían que estaban cantando por su cuenta, en plena libertad de pensamiento, pero en realidad sonaban esclavizados, aplicando fórmulas envejecidas que reciclaban viejos mitos, sobre todo el de España como nación “decadente”, atrasada y clericalizada. Ortega era consciente de que en Buenos Aires la sociedad porteña culta juzgaba el fracaso del Viejo Mundo como el colapso de un modelo civilizador que debía dar paso al pujante modelo norteamericano. Ésta era una cuestión ya discutida por Ortega en varios artículos de *La Nación* pero, con el conflicto internacional de por medio, era más difícil entenderse para abrir espacios al diálogo rectificador.

El mundo revuelto del periodismo y de las revistas en boga conspiraba contra concepciones historicistas de raíces más hondas como las que utilizaban

---

<sup>11</sup> Lisboa, 1 de enero de 1943.

Ortega o Marañón, tomando como referencia tiempos y tipos humanos en períodos similares de extrema crisis o en transición. Los debates ideológicos eran ásperos y, en relación a la Guerra Civil Española, se exigían adhesiones contundentes y políticas concretas, no visiones retrospectivas de razón histórica, como las realizadas por Ortega y Marañón sobre las figuras emblemáticas del padre Benito Feijóo o del exiliado valenciano Luis Vives, cuyo centenario Ortega conmemoraba en Buenos Aires en 1940 con ocasión de los festejos de las Bodas de Plata de la Cultural.

Ortega vivió en Argentina, no ya teóricamente, sino en carne propia, el colapso del intelectual europeo cuestionado por un mundo de masas y por extremos políticos que no permitían soluciones razonables ni convivencias pacíficas. En este ambiente desapacible, le confiesa a Luzuriaga que son ellos, los intelectuales, seres ineptos. En su artículo del 29 de diciembre de 1940 en el diario *La Nación* titulado “El Intelectual y el Otro”, afirmaba ante los argentinos que desde hacía tiempo él había comprendido que el intelectual “iba muy pronto a ser centrifugado de la consideración pública”. Con el andar de la historia, de ser todo, iba a pasar, sin intermisión, a ser nada, y añade: “No he contado nunca con que, en serio, se me hiciera caso y no estaba dispuesto ni estoy dispuesto a aceptar la ficción de que soy entendido [...], lo que me hizo prever el desmoronamiento del intelectual fue advertir que iban a apoderarse de los mandos históricos las muchedumbres y que estas muchedumbres eran profundamente incultas porque los intelectuales habían cometido el tremendo error de crear una cultura para intelectuales y no para los demás hombres”.

### Vista de Buenos Aires, desde París

Éste es el trasfondo histórico a los epistolarios entre colegas y exiliados que se encuentran en los fondos de la Fundación Ortega y Gasset de Madrid, y de los cuales hemos recogido con Soledad Ortega testimonios desgarradores relacionados con el exilio de su padre. Lo que sobrevuela en estos testimonios intimistas es el desconcierto, la inseguridad respecto del desenlace español y, en esta primera oleada de intelectuales que debieron alejarse de sus cátedras y buscar refugio en el extranjero sólo con lo puesto, se percibe la problemática dependencia de todos ellos de la buena voluntad de los que los incorporaban a su vida cotidiana.

Hay muchos testimonios de colegas desperdigados por Europa, que tuvieron que escapar de la amenaza populista universitaria sin una peseta en el bolsillo, recibiendo ayuda de amigos para poder reorganizarse económicamente. Éste fue el caso de Ortega, quien llegó a Francia enfermo del hígado, angustiado por las presiones a las que fue sometido en Madrid, en compañía de su

mujer Rosa y sus tres hijos, Soledad, Miguel y José. La peseta no valía nada y lo primero que se le ocurrió fue llamar por teléfono a Victoria Ocampo para pedirle un giro que le sería devuelto cuando sus vidas se normalizaran.

Desde Argentina, ni Victoria ni Bebé Sansinena sabían del paradero de los Ortega y recurrían a la redacción de *La Nación* para tener noticias. Un cable de Ortega, enviado a Victoria al día siguiente de su llegada a Francia fue el primer indicio de que estaban a salvo pero sin dinero. Ortega le pidió a Victoria un préstamo y añadía el comentario: “Ya ves cómo, al necesitarlo de verdad, es a ti a quien primero recurro”. Y como la peseta no valía nada le pide francos. En la situación apurada que pasaba su familia, necesitaba asegurar su horizonte y le pidió que, entre sus amigos más próximos, se hiciera una colecta en carácter de préstamo “que pasadas estas circunstancias, yo habría de devolver. Esta cantidad debería serme girada por avión y no a mi nombre sino al de mi hijo mayor”<sup>12</sup>.

Según se pone de manifiesto en cartas a Victoria, en los primeros momentos más cercanos a la decisión de emigrar con su familia, el motivo inicial fue salvar sus vidas. Ortega le cuenta confidencialmente los pormenores de su salida de España, donde deja entrever el temor por su seguridad personal y la de su familia. En carta desde Grenoble, relata su odisea personal a raíz de las amenazas de jóvenes escritores comunistas, quienes querían forzarle a firmar un manifiesto de adhesión a la República que él se negó a firmar, con lo cual este grupo lo emplazó violentamente. Ortega le aclara a Victoria que lo que querían era utilizar su nombre en beneficio de la causa y, al no lograrlo, le amenazaron de muerte y luego lo destituyeron de su cátedra en la Central de Madrid. En lo más profundo de su ser, Ortega entendió que el exilio sería, para él, permanente: “Yo he salido de España convencido de que, muy probablemente, no volveré a ella nunca o tardaré mucho, que habré de vivir errante en esta hora de declinación física y –esto es curioso– sin que mi situación previa en España lo justifique, sino todo lo contrario, porque he sido el primero en combatir toda demencia y criminalidad que ahora se va a sentir”<sup>13</sup>.

En estas circunstancias, Victoria le ofrece en el verano de 1937 su casa de Mar del Plata como refugio para descansar con su familia. Ortega admite que la invitación es tentadora por razones emotivas, de clima y de posible descanso para escribir. Pero declina la invitación alegando que sería imposible viajar porque estaría gestionando el retorno de sus hijos a España, cuando aún no se podía entrever el estado de espíritu de las fuerzas victoriosas. Inseguro de su propia situación, especulaba con que una vez que se tomara Madrid, y con ello

<sup>12</sup> Grenoble, 5 de septiembre de 1936.

<sup>13</sup> Grenoble, 24 de octubre de 1936.

comenzara a reconstruirse España, de ser éste el desenlace, él debería ser tratado con deferencia, ya que hasta el momento de la conflagración, gozaba del respeto del sector conservador y no del revolucionario, y añadía el comentario: “Lo único que puede oponer es haber tenido que firmar un manifiesto de tres líneas declarando la adhesión al gobierno de la República. Pero todos ellos saben –y lo repiten– que fue una cosa forzada bajo las más terribles amenazas”<sup>14</sup>.

Las explicaciones de primera hora a Victoria eran las más sinceras que se habían compartido con una amiga que se declaraba apolítica. A ella le da detalles que explican su conducta personal: “Yo me negué rotundamente a firmar –estaba grave aquellos días– otro en que se arremetía contra los militares. Pero esta negativa indignó más a los jóvenes escritores comunistas que volvieron con nuevas amenazas. Entonces dije que sólo firmaría tres líneas en que no se fuese contra nadie y que hubiese podido firmar un año antes. Así salió aquello –redactado por no sé quien y que contrastaba tanto con el manifiesto adjunto de los «escritores antifascistas», que subraya su carácter forzado y de despego. Por eso, el periódico *Claridad* arremetió conmigo culpándome con razón, de ese resultado contraproducente y haciendo constar que «mi filosofía era en la que se habían alimentado las mentes fascistas». Y añado todavía el siguiente comentario: “Es de advertir que en aquellos días cada delación de este tipo en ese criminal periódico solía ser seguida a las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de fusilamiento. Yo comprendí, sin embargo, que antes querrían obligarme nuevamente a algo en que mi nombre fuese utilizado en su beneficio. Y, en efecto, pocos días después volvieron –yo en la cama, medio muriendo– ¡para que hablase por radio a América! Haciendo intervenir a algunos más sensatos, conseguí una demora que pude aprovechar para escapar con todos los míos, aunque no podía sostenerme en pie. Un par de semanas más tarde la «comisión universitaria depuradora» me destituyó de mi cátedra como «contrarrevolucionario». Ortega le dice a Victoria que todo esto lo puede contar a sus amigos pero no como dicho por él. En carta anterior le había pedido prudencia porque la situación en su país era complicadísima y “por reflejo, en la colonia española de ahí, importa mucho que guardes la mayor reserva sobre el contenido de esta carta”<sup>15</sup>.

Otra fiel admiradora de Ortega, Bebé Sansinena, al recibir noticias de Victoria con respecto a la situación de los Ortega, organiza una colecta en Amigos del Arte y le envía, por cable, la suma de 3.000 pesos. Victoria envió más de los 500 pesos pedidos por Ortega, con lo cual él contesta que con estas sumas ya se siente más tranquilo para reorganizar su exilio francés. El 21 de

<sup>14</sup> *Idem.*

<sup>15</sup> Grenoble, 5 de septiembre de 1936.

septiembre de 1936 le responde a Victoria desde Grenoble: “Te he agradecido enormemente la pronta generosidad con que has acudido a mi demanda. Hace tres días recibí un cable de Bebé anunciándome el envío de 3.000 pesos por la Sociedad de Amigos del Arte. Con lo uno y lo otro quedo en perfecta tranquilidad de horizonte para los próximos meses”. Le comenta además que, en tiempos europeos tan desapacibles, no sabe uno dónde situarse. Francia está en tensión extrema. Se vive en un equilibrio inestable peligrosísimo con respecto a Alemania; y Rusia hace esfuerzos por extender su comunismo. En otra carta discute la situación de Inglaterra, que presenta dudas respecto de Alemania. Ortega siente que la situación de Europa depende de ella y que la suerte de España estaba vinculada al tablero internacional según quién moviera las piezas, una realidad que muchos de sus colegas no parecían percibir con claridad creyendo en un rápido retorno a España.

Ortega le comunica a Victoria la posibilidad de viajar en diciembre a Cuba, como habría tenido programado antes de que explotara la guerra, y desde el Caribe llegar hasta Argentina. Esta propuesta intranquiliza a Bebé porque conoce el problema de salud de Ortega. A ambas mujeres les parece que este viaje caribeño es un disparate. Intentan atraerlo a Buenos Aires por el Atlántico, pero Ortega no se decide al tener que solucionar el problema de sus hijos. Así, le comenta a Victoria: “Me preocupan horriblemente mis tres hijos. Por eso espero a ver un poco más claro cuáles pueden ser sus posibilidades próximas en España”<sup>16</sup>. Miguel, como médico, quería unirse a las filas del ejército nacionalista, gestión que requirió una delicada intervención de amigos, intervención que se refleja en la correspondencia del exilio con Morente y Luzuriaga. Es una constante de estos epistolarios de exilio el afán de proteger y ubicar en puestos de trabajo en el extranjero a los hijos, como fue el caso de Soledad Ortega, de lectora en Gales. Pero tampoco quedaba claro cuál sería la conducta del régimen victorioso respecto de todos estos intelectuales que con el tiempo estarían expuestos a campañas de represalias clericales y adhesiones ejemplificadoras del nacionalcatolicismo, ansioso de recuperar a “convertos” liberales, o acercarlos al roce con intelectuales más afines al régimen que gozaban de puestos oficiales como defensores de un menéndezpelayismo a ultranza, columna vertebral del nacionalcatolicismo en boga.

En los epistolarios se nota en Ortega una hipersensibilidad hacia lo que se dice o se deja de decir de su persona, especialmente en el círculo más íntimo de la alta sociedad argentina. El feroz ataque de Alfonso de Laferrère desde *La Nación* atribuyéndole el colapso de la monarquía y su consecuencia, la Guerra Civil, coincidía con entrevistas publicadas en ese mismo diario a Alfonso XIII

<sup>16</sup> Grenoble, 24 de octubre de 1936.

en el exilio, en las que se quejaba de las revoluciones elegantes que habían de- puesto a la institución monárquica generando desestabilización y caos social. Este cruce de opiniones ponía a Ortega en la difícil situación de ser persona *non grata* para ambos extremos, como para una sociedad consumista que se entusiasma con las realezas europeas y se mimetizaba con la suerte de reyes, emperadores y cortesanos nobles que deambulaban en el exilio, mezclándose con las adineradas burguesías americanas.

La demora del viaje a Buenos Aires de 1937 se debió, en parte, a este malestar de Ortega que intuía los efectos de las malas inteligencias argentinas, en un clima que se traducía también en una actitud agresiva hacia los miembros de la Agrupación para la Defensa de la República. Lo cierto es que la postergación del viaje fue un duro golpe para Bebé, quien, en su correspondencia con Ortega, hace lo indecible para persuadirlo de que se instale en Buenos Aires con Rosa y Soledad. A ello se sumaba el ofrecimiento de Amigos del Arte de 1.500 pesos por conferencia, el precio más alto de la Asociación.

En la etapa inicial, Victoria y Bebé movilizan fuerzas para conseguirle otra serie de conferencias en la Facultad; y Coriolano Alberini ofrecía 2.000 pesos para que hiciera con ellos lo que quisiera. Se organizaron charlas en la radio, se le ofrecieron adelantos para el viaje; no le faltaría nada. Victoria, por su lado, gestionaba la publicación de un libro, financiado por el intendente de Buenos Aires, Mariano de Vedia, donde Ortega se referiría a las relaciones entre España y Argentina, tema que a Ortega le pareció inviable en los tiempos que corrían. Así, le comenta a Victoria en carta del 16 de noviembre de 1937: “Las cosas de España no son hoy cuestión de literatura, ni siquiera de diversión”. No tiene humor para ello. Victoria le propone escribir sobre Buenos Aires para no perderse la lucrativa suma de 5.000 pesos que le ofrecía de Vedia y Mitre. Lo cierto es que estas dos amigas criollas le ponían a disposición fuentes de ingreso remunerativas y tranquilizadoras que, por razones personales, no aceptó.

El sorpresivo corte de Ortega con el diario *La Nación* a raíz del ofensivo artículo de Laferrère del 11 de julio de 1937 titulado “Idolatría del Intelectual” enrareció el ambiente con la redacción del diario y fue necesaria la intervención directa de Fernando Ortiz Echagüe y Eduardo Mallea en este asunto tan delicado que había ofendido su orgullo personal<sup>17</sup>. Perder los ingresos de *La Nación* en esta etapa de su exilio europeo era indicio de lo mucho que a Ortega le había dolido el exabrupto publicado inconscientemente por Mallea. En su correspondencia, admite Ortiz Echagüe que Ortega tenía derecho en estas difíciles circunstancias a sentirse más susceptible que de ordinario, pero le pide

<sup>17</sup> Hemos tratado en detalle esta correspondencia en Marta CAMPOMAR, *Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2003.

que recapacite en su decisión: “Conoce usted demasiado bien el carácter argentino para no conceder un valor relativo a ciertas formas que no corresponden realmente a nuestro concepto europeo de las cosas”. En esa misma carta del 25 de septiembre de 1937 desde Berlín, Ortiz Echagüe le asegura que la juventud argentina lo respeta y, si no ha sentido el calor cordial, es porque el país estaba atravesando un momento difícil. Con franqueza, siente que *La Nación* ha sido víctima de un disgusto pasajero y de susceptibilidades de exilio.

Amigos como Victoria Ocampo o María de Maeztu intervienen también en el asunto, queriendo mediar a favor de *La Nación*. Las cartas donde Mallea pide con respetuosa insistencia de la casa que dé por revocada su decisión no bastaron para hacerle cambiar de opinión. Mallea, a pesar de que le asegura que el diario no se solidarizó con el articulista, agrava las cosas insinuando que Ortega estaría deformando los hechos por la distancia y las apariencias. Lo que despierta en Ortega una respuesta “técnica” sobre las relaciones entre la conducta y los hechos irreversibles que hacen a su integridad personal. A pesar de que respeta la libertad de expresión del diario, en conciencia siente que no puede volver a colaborar con una publicación en que habrían tratado con tanta inquina y desinformación a los miembros de la Agrupación, y sobre todo, a su oficio intelectual y profesional.

Por un tiempo, Ortega se mantuvo en Europa alargando el asunto del viaje a Argentina y no contestaba a los ofrecimientos de Bebé. La noticia del aplazamiento del viaje de 1937 llegó de la mano de García Morente camino a Tucumán y fue una gran desilusión para quienes habían ayudado económicamente a Ortega desde el exilio. Amigos del Arte se había quedado sin su “vedette” y *La Nación*, por intermedio de Fernando Ortiz Echagüe, pedía explicaciones por este aplazamiento, que también defraudaba al diario *La Nación*, que había anunciado en sueltos culturales con bombos y platillos su próximo retorno al país.

Entre sus amigos más cercanos, existía la impresión de que Ortega había eludido el viaje por sentirse susceptible con respecto a opiniones y lealtades hacia su persona. Marañoñ no habría tenido una estancia grata en Buenos Aires, dando conferencias de emergencia en La Cultural, algunas de las cuales fueron auspiciadas por *Sur*. Bebé, Victoria y Ortiz Echagüe le aseguran a Ortega que el ambiente es ahora más favorable. María de Maeztu, quien mete baza en el asunto, le comenta en carta del 25 de septiembre de 1937 desde Buenos Aires: “No se deje usted llevar por impresiones que puedan falsear la realidad. Esto es un lecho de rosas comparado con el resto del mundo y todos tienen por usted tal respeto y veneración que no hay que ni suponer que alguien pudiera molestarle”. El último mensaje de María era todavía más prometedor: “Aquí todos le esperan con impaciencia y con el mayor cariño”. Ella aprovecha para

recriminarle a Ortega su negativa a viajar que, según le había dado a entender a Victoria, se había debido a razones de salud. Bebé lo increpa por el abuso del cigarrillo y el café que le afectan al hígado, dolencia que ella también padecía.

Ortega le cuenta a Victoria que, en medio de su enfermedad, en París, ha sentido una gran calma, una dulzura que no sabe de donde le viene. "Porque de fuera no es. Salvo tú y Bebé nadie en el mundo se ha preocupado y ocupado de mí. Todo lo que de fuera me venía, era ingrato"<sup>18</sup>. Quizás estas desventuras podrían ser momentos de cosecha de pensamiento enriquecido. Pero lo que más desea, si llega a Buenos Aires, es un lugar donde escribir tranquilo. Le promete a Victoria, para la revista *Sur*, un artículo sobre la responsabilidad de los intelectuales europeos, pero ella no se hace ilusiones de recibirlo. En cuanto al viaje postergado, ella le hace saber que ha decepcionado a muchos amigos, añadiendo un comentario significativo: "Creo que te haces falsas ideas de lo que es la vida aquí. Todo ha funcionado de maravillas para María, por ejemplo, y tú temías lo contrario"<sup>19</sup>. En aquel entonces, María estaba llevando adelante las gestiones para poder abrir su residencia de señoritas mientras vivía con Victoria y daba conferencias en Buenos Aires. Con el tiempo, Ortega tendría razón. Ese jardín de rosas se convertiría para ella en honda depresión.

Un asunto pendiente que merodeaba en algunas cartas con colegas en el exilio, era el de la destitución de las cátedras. Como le había contado a Victoria, habrían sido destituidos de ellas, por órdenes del gobierno de la República, Morente, Zubiri y Ortega. Las cartas con Morente ofrecían más detalles sobre esa cruda realidad. El epistolario de Ortega con españoles en el exilio revela la precariedad profesional de estos académicos despojados de universidades, escuelas, residencias, editoriales, periódicos, laboratorios; en otras palabras, de todo el andamiaje docente en el que se habían sostenido sus vidas. Súbitamente, desaparece ese sustento laboral, quedando a la deriva su normalidad circundante en ambientes hostiles a todo lo español. Morente le confirma a Ortega el hecho de que "usted, Zubiri y yo, habíamos sido destituidos oficialmente y *nominatim* en tres decretos salidos en *La Gaceta*. No me extrañaría nada que ello fuera verdad pues nuestros tres nombres figuraban en la lista de depuración que preparaba la comisión especial nombrada por el Ministro. Precisamente ésta fue la causa decisiva de mi salida de Madrid. Pero yo tenía entendido que nuestras destituciones no llegaron a publicarse en *La Gaceta*, porque se adelantó el decreto general de cesantía de todos los funcionarios"<sup>20</sup>.

La correspondencia con García Morente tuvo dos etapas: La de su exilio en París y la de su exilio en Tucumán. Una de las características de los epistola-

<sup>18</sup> París, 23 de marzo de 1937.

<sup>19</sup> Buenos Aires, 17 de julio.

<sup>20</sup> París, 21 de octubre de 1936.

rios de 1936 es la búsqueda y rastreo de amigos en la diáspora. García Morente es quien le informa a Ortega en París sobre el paradero de muchos conocidos diseminados por Europa. Con cautela, se preguntan sobre el paradero de unos y otros, y Ortega demuestra una extremada prudencia a la hora de intercambiar información. Morente no cree que Ortega, en el extranjero, tenga motivos para tanta desconfianza. Sin embargo, nadie confía en la seguridad del correo. Ortega le llega a decir a Luzuriaga y a Morente que pueden estar en riesgo sus vidas y la de parientes con este intercambio de noticias y había incluso quienes utilizaban iniciales para no involucrar a sus conocidos.

Sin duda, Morente parece estar mejor informado sobre los colegas que deambulan en el exilio francés, como Zubiri, Establier, Cabrera. Le cuenta a Ortega que Zulueta está en Roma y Ramiro Prieto y Jiménez Fraud, con su mujer Natalia Cossío, y Castillejo, en Londres. Que Américo Castro momentáneamente se encuentra en Argentina y que de María de Maeztu no se sabía nada. Los republicanos habrían matado a Ramiro, con lo cual su ausencia era especialmente una preocupación para todos sus amigos.

En muchos de estos españoles, incluyendo a Morente, existía la sensación de que la guerra sería corta. Franco pondría orden y, en cuestión de meses, estarían todos de vuelta en sus cátedras y entornos familiares. El sentimiento de que el exiliado podría resistir viviendo de su valija en un tiempo interino aparece en la correspondencia de Fernando Vela desde Tánger. En carta enviada el 4 de abril de 1940 a Buenos Aires, ya pasado el fin de la guerra, le comenta a Ortega: "Sigo con esa sensación, probablemente común a todos los españoles y acaso a todos los europeos, de provisionalidad, de viaje o fonda, durante el cual tenemos las cosas metidas en la maleta y no las sacamos porque estamos de paso y no merece la pena [...], en suma, que estoy en el pasillo del vagón fumando y esperando la estación final". Estando Ortega en Argentina, mientras intentaba organizar proyectos editoriales, le ofreció la posibilidad a Vela de reempacar su equipaje y empezar a vivir pasando el resto de su exilio en tierras americanas. Vela respondería en una carta del 4 de abril del año 40 que no creía que se pudiera alcanzar la normalidad en el exilio, y añadía el comentario: "Yo no sé si ir a Buenos Aires, sería aumentar la sensación de provisionalidad".

Para estas fechas, tal como había previsto Ortega, el exilio se habría complicado con la situación de Europa. Sánchez Albornoz, mientras trabaja y espera desde Mendoza le comenta: "Esperar no sé qué, pues el panorama de Europa y España no es nada sonriente para los hombres liberales a quienes repugna por igual toda barbarie"<sup>21</sup>. Pero en los primeros meses de la guerra, la mayoría de los intelectuales que intercambian cartas con Ortega no preveían

<sup>21</sup> Mendoza, 30 de diciembre de 1941.

la posibilidad de un largo exilio. La espera para volver a España se vuelve más traumática cuando algunos asuntos familiares como partos, fallecimientos, el trabajo y la seguridad de los hijos, el mantenimiento de niños y ancianos que han quedado atrapados en zonas y frentes de uno u otro bando, se vuelven una preocupación cotidiana. Estas íntimas realidades domésticas formarán parte del desgarrador testimonio del exilio, traducándose a la vez en dolorosas decisiones y actitudes generosas entre padres e hijos, que abundan en el epistolario de Ortega.

Lo más conmovedor de estos epistolarios de la *intelligentzia* española es descubrir el costado desacralizado de personalidades que se suelen conocer por sus obras en abstracto o por sus reputaciones públicas, más que por sus dramáticas situaciones personales. En 1940 y 1941, Ortega y Marañón, al rescatar la figura del valenciano Luis Vives, un personaje de moda en aquellos tiempos, destacaron precisamente el aspecto biográfico, distorsionado con frecuencia por una incomprensión historicista de la época en la que padecieron el exilio. Desde *La Nación*, en su artículo "Vives: Humanismo, Renacimiento", Ortega apelaba a la mirada pendular del historiador, para que se movilizara del hecho que se estudia hacia atrás o adelante, para detectar las auténticas vísceras, es decir, la efectiva realidad "de lo que fue ese hecho positivamente para quien lo vivió"<sup>22</sup>.

Lo cierto es que cada testimonio epistolar contiene su propia víscera personal lastimada. Morente le relata a Ortega cómo tuvo que salir del infierno madrileño porque los de la FAI de Jaen habían matado a su yerno, dejando a su hija viuda con 22 años y dos bebés de 15 y 3 meses. Morente rescató a su familia en Toledo, esquivando las "hordas salvajes", que recorrían los pueblos. En cuanto a la Universidad Central, donde había sido Rector, le cuenta cómo los comunistas, que habían tomado la Universidad, depuraron a los profesores entre los que estaban Zubiri y Ortega. Pepe Gaos intentó defender a Morente, pero los estudiantes querían su vida. Besteiro le aconsejó que se fuera; así fue como llegó a Francia con lo puesto. Estaba viviendo con un amigo de la Sorbona y un argentino de apellido Rodríguez, discípulo suyo, que le regaló 1.000 francos para poder sobrevivir.

### La cuestión de las editoriales o las editoriales en cuestión

Otro incidente que interesaría a Ortega era la situación de Espasa-Calpe. Morente pasó para cobrar un trabajo y se topó con un comité de obreros que gobernaban la casa. Las autoridades parecían ausentes y, aunque el comité no

<sup>22</sup> *La Nación*, 24 de noviembre de 1940.

disponía de nada, anulaban todas las disposiciones y negaban pagos de facturas que no eran de su agrado. Él tuvo suerte y cobró, pero ya le daba a entender a Ortega cuál era la situación de su editorial, la misma que abriría una sucursal en Buenos Aires y en la que Ortega centró sus esperanzas de supervivencia docente en América del Sur.

En estos testimonios es importante aquilatar cuán profunda era la incertidumbre de muchos intelectuales con respecto al rumbo que tomarían en España los acontecimientos políticos. Morente, desde París, desea el reestablecimiento de la monarquía con la ayuda de Inglaterra. Ortega, al intercambiar correspondencia con Luzuriaga en Londres, no confía del todo en que los ingleses entiendan el problema español y ofrezcan su ayuda a España. En algunas cartas con Morente, Luzuriaga y Vela, el porvenir de Europa le parece borroso, cubierto de negros nubarrones que se acumulan en el horizonte estratégico internacional. Ortega percibe que, en el ambiguo equilibrio de fuerzas entre fascistas, comunistas, colonialismos imperiales, pacifismos endebles y nacionalismos mesiánicos, nadie apoyará a los españoles republicanos. Este desencanto se lo comunica a su amigo "Luzu", en aquel entonces embelesado por la "civilidad" democrática anglosajona.

La correspondencia de Ortega con Lorenzo Luzuriaga también tiene dos etapas: la de Glasgow y la de Argentina. Ya desde Gran Bretaña, existían ciertas discrepancias en la forma de pensar de ambos. Luzuriaga se maravillaba del orden y el respeto británico y se declaraba, más que nunca, liberal anglosajón, categoría que, más adelante, Ortega le cuestionaría desde Argentina. Con respecto a la actualidad, con cierta ingenuidad Luzuriaga opinaba que los intelectuales debían hacer algo para contrarrestar los desequilibrios extremos de España. Ya que ningún bando tenía razón, insinuaba que no era bueno tener a España dividida en dos mitades o que una fuese sometida a la otra. Esta división sería calamitosa para el porvenir de su gente y haría desaparecer el liberalismo, "única forma decorosa de vida, justamente cuando éste empieza a renovarse en Europa".

En defensa de este liberalismo moderado, Luzuriaga propone un liberalismo mediador con Ortega a la cabeza. Sería cuestión de crear un tercer partido, el de una minoría inteligente, que empezara a destituir a líderes extremistas o ineptos. "Ese grupo, le dice en una carta desde Glasgow podría contar, en su día, con la masa de españoles que hoy no están adscritos a los dos bandos o lo están a la fuerza, con parte de los que hoy pelean de buena fe, pero que oirían con gusto a otros"<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Glasgow, 15 de julio de 1937.

Ortega no comulga con estas propuestas porque básicamente desconfía del hispanismo anglosajón que no entiende a España. La decisión de crear una tercera España redentora no tenía sentido y mucho menos la de un partido de intelectuales que resultaría deplorable, un acto de “inanidad” contraproducente. En carta desde Holanda le comenta: “Tiene perfecto sentido una intervención de los que están fuera de España que consista en trabajar desde fuera por uno de los bandos, pero lo que no lo tiene es pretender, hoy por hoy, representar una tercera España”<sup>24</sup>. Es muy crítico acerca de una carta de Madariaga en esta dirección. Además, aprovecha la oportunidad para decirle a su discípulo que él siempre había combatido viejos liberalismos y que desde el año 1915 venía insistiendo en que sería necesario un nuevo esquema, con un nuevo liberalismo actualizado compatible con los cambios sociales y políticos del presente.

En cuanto a la teoría de las dos Españas, no cree en la hipótesis de que dos minorías extremas luchan entre sí. Admite Ortega que el gran torso de la nación se encuentra más cerca de Franco que del gobierno republicano de Valencia y teme a las clases obreras alcoholizadas por los demagogos quienes se lanzan a la revolución total. Frente a esta revolución, el gran torso de España se levanta teniendo que seguir a minorías de la extrema derecha para combatirla, sin poder pretender ir más lejos. No conviene, le advierte a su amigo, “envaguecer las cosas”. Y si se cree que media España quería la revolución al estilo ruso, “entonces no se podría hablar de posibles liberalismos en mucho tiempo y en ninguna forma”.

Durante este período de exilio europeo, Ortega opinaba que la realidad española estaba falsificada, que los españoles no vivían del fondo de sí mismos, y que la intervención internacional complicaba las cosas; por lo tanto, alegaba que no podía haber una verdadera posición nativa. Le pide a Luzuriaga que se informe sobre las gestiones de alto nivel de Pérez de Ayala en Londres e insiste en que había que estar bien informado para hacer un análisis correcto de lo que ocurría en España. Ortega presentía que, ni los españoles ni los ingleses de Londres, estaban bien informados como los de París. Esta información requería discreción, prudencia y mayor exactitud. Le advierte a Luzuriaga que la frivolidad y el anacronismo ideológico partidista de los medios de comunicación generaban desequilibrios. Y en cuanto a Inglaterra, la ve con genio suficiente como para reinventar una paz europea, pero había que trabajar duro por ella. En una carta desde París del 15 de diciembre de 1937 le comenta a Luzuriaga que le molesta el pacifismo ingenuo de Inglaterra y, especialmente, el estúpido imperialismo que profesa.

---

<sup>24</sup> 2 de agosto de 1937.

A pesar de las respuestas contundentes de Ortega, Luzuriaga insiste en la tercera posición de reserva. Admite que se complica el panorama mundial y el de Inglaterra con el tema de Oriente. Se defiende contra las acusaciones de Ortega de que no están bien informados en Londres, y le advierte que el inglés es muy hermético y Glasgow una ciudad escocesa tan chica como Bilbao o Barcelona. Comenta: “Uno es tan poca cosa en este país tan cerrado”. Mientras tanto, a España la encuentra cada día más arruinada y con menos vida constructiva. Lo que une a los dos amigos en esta etapa de su exilio es el rescate de la vida y el futuro de sus hijos.

Entrando ya Europa en guerra, muchos intelectuales españoles en el exilio, inseguros de lo que España podría ofrecerles bajo un régimen militar de estricto catolicismo nacional y vinculado al fascismo europeo, emprenden un giro hacia América. Argentina y Méjico eran las opciones más viables, además de ciertas plazas universitarias en Estados Unidos. Cuando Luzuriaga parte hacia Argentina para ocupar una cátedra en la Universidad de Tucumán, Ortega le pide que se informe “con el juicio más objetivo imaginable” sobre la situación de las editoriales en el país. Y, como lo más simple se ha vuelto complicado en la vida de cada persona, le dice que no se extrañe de que le insista en la recomendación de estricta confidencialidad, ya que a Ortega le interesaba saber más detalles sobre Espasa Calpe de Argentina.

A comienzos del año 39, Ortega entiende que muchos pueblos, por razones diferentes, le son vedados, y elige a Portugal como destino para escapar de Francia. A pesar de recibir invitaciones de amigos argentinos para pasar su exilio allí, siente cierta reticencia al respecto y no quiere involucrarse con propuestas efímeras. Mientras tanto, otro personaje comienza a influir en la decisión de Ortega de instalarse en Argentina. Nos referimos a la presencia de María de Maeztu, quien, atraída por proyectos incumplidos de organizar una residencia de señoritas en Buenos Aires (donde traería a trabajar con ella a Soledad Ortega y a su tía Rafaela) y por sugerencias irresistibles de Victoria Ocampo, abandona sorpresivamente su puesto docente en Estados Unidos. La correspondencia con Margarita Mayo es un testimonio de este error garrafal que María no pudo revertir cuando se encontró a la deriva, girando como docente ambulante por provincias como La Pampa para sustentarse económicamente y enviar dinero a los suyos. Con los años, le confesaba a su vieja amiga Margarita que “me dejé llevar por la emoción y me he metido en un callejón sin salida”. En la capital porteña subsistía de conferencias en Amigos del Arte y de clases particulares que dictaba en casa de una admiradora, la señora Nelly O’Farrell de Mihanovich, quien llegó a ofrecerle su enorme casa de la calle Rodríguez Peña para la futura residencia estudiantil.

De este modo, el exilio de María no habría sido menos angustiante que el de Ortega. Después de una intensa búsqueda para saber de su paradero, los amigos argentinos recibieron información de que habría llegado a Biarritz, según palabras de Ortega a Victoria, deshecha física y moralmente, habiendo pasado por toda clase de horrores. Tanto Victoria como Avelino Gutiérrez se movilizaron para traerla a Argentina. María llega de visita a Buenos Aires en julio de 1937. Al tomar la decisión de quedarse en la capital porteña, Ortega le consulta sobre el asunto de las editoriales. No confiaba del todo de la información recibida de Luzuriaga, quien había hablado muy bien de Gonzalo Losada y su nueva editorial. María pronto lo pone al tanto de la división entre Calpe y Losada, y le comenta sobre la piratería ilegal de su Revista de Occidente, revista “muy codiciada pues, agotada en los depósitos que había en las librerías, todo el mundo pide esos libros y nadie los tiene”. Y añade al respecto: “Me permito, Ortega, prevenirle para que no se sorprenda su buena fe, pues el señor que se separa de Espasa-Calpe debe hacerlo —no lo sé— por razones políticas y se teme que reciban fondos de esa turbia fuente que prolonga la tragedia de España”. María le insinúa a Ortega en otra carta desde Buenos Aires el 6 de julio de 1938 que los miembros de Calpe se sienten con autorización como para publicar sus libros y su revista.

Es evidente que María no puede evitar los resquemores con respecto a las actividades de la izquierda española en Argentina. No obstante, le advierte a Ortega que a Manuel Olarra se le ha ido la mano con su derechismo. No duda en mencionar que el enemigo, los rojos, cuentan con dinero espurio para ir contra Calpe, y deja caer la noticia de que se estaría gestando una gran editorial para unificar esfuerzos. Las tentadoras ofertas de Losada eran un peligro y le advierte a Ortega que cuide especialmente a quién venderá sus derechos de autor.

En una segunda carta del 13 de julio de 1938, María vuelve sobre el asunto de las editoriales, confirmándole que la escisión de Calpe-Losada ha sido por razones políticas. Rafael Vehils, la persona de más alto prestigio en el mundo de los negocios de la colectividad española, desea crear una nueva editorial Sudamericana, en protección del libro español, a la deriva con la guerra. María le presenta a Victoria, quien tenía ganas de hacer de *Sur* una gran empresa editorial, con capitales que aportaran los grandes financieros del país y personas de alta solvencia. Sin duda, María opina que Vehils sería la persona adecuada para aliarse con ella, y de paso le comenta que este español ha tenido que tomar, en momentos difíciles para España, la presidencia de la Cultural porque los socios estaban preocupados por el izquierdismo de Avelino Gutiérrez, socialista republicano a ultranza y de poca afinidad con el régimen de Franco. Ello demostraba el sesgo prudentemente conservador que tomaría la Institu-

ción en el conflicto interno de España y en medio de las colectividades que le exigían involucrarse con los manifiestos contra la invasión extranjera en territorio español.

La idea detrás de la alianza Victoria-Vehils era, para María, una fórmula ideal para evitar el choque Losada-Calpe. No hay duda de que María exhibe una marcada preferencia por *Sur*, y se toma la libertad de recomendarle a Ortega que le entregue a Victoria sus derechos de autor. Sus amigos le piden, dice María, “que le escriba yo a usted para que no se anticipe usted a dar sus derechos o su autorización a los otros. Por lo que hoy representan y significan estoy segura que usted preferirá siempre ir con *Sur*, es decir, con la nueva empresa que probablemente llevará otro nombre, aunque todavía no se ha tratado de esto”. María insiste en su carta del 13 de julio en que, al no llegar libros de España y al aumentar cada día el número de lectores, todos piensan en crear una gran editorial. Y añade: “Contésteme, confíe en mí que yo procederé con toda reserva y sólo diré lo que usted me autorice decir”. A la vez, vaticina que, si Calpe no se une a este proyecto, llevará una vida muy precaria con Urgoiti y Olarra al frente. La actitud de Olarra de no cambiar nada hasta que la guerra concluyera es muy digna, pero María cree que su intransigencia en cuanto a publicaciones será perjudicial. Esto le da pie para sugerirle que adhiera a otro proyecto con más futuro que sería la nueva empresa argentina, donde predominaban los amigos de Victoria y donde ella tendría una posición directiva que le daría gran influjo.

María, que para estas fechas residía con Victoria, no puede hacer más que insistir en beneficiarla, nada menos que con la obra de Ortega a su disposición. En su opinión, Calpe estaba medio fundida y Losada era reducto de los rojos, sostenida por la embajada. La futura editorial de Vehils y Victoria sería el lugar adecuado para las obras de Ortega; por esta razón María insiste en que no venda sus derechos a otros, especialmente a la editorial francesa Hachette, que le había enviado una oferta. La nueva empresa le pagaría mejor y le daría más beneficios.

Según rememora Victoria al cumplirse treinta y cinco años de existencia de su revista, ella efectivamente habría sido “el principal pretexto” para la fundación de la Editorial Sudamericana impulsada por la preocupación de María de Maeztu al ver que *Sur* no se comportaba como empresa editorial y tenía permanentes pérdidas económicas. Creyendo arreglar las cosas, María le habría presentado a un financista catalán con experiencia en editoriales, Rafael Vehils, y a quien montó eficientemente la editorial, Antonio López Llausá. Pero recuerda Victoria que a poco de traspasar los fondos editoriales de *Sur* a esta empresa, surgieron las “incompatibilidades”. Su comentario es significativo: “Era la época de la guerra civil española. De inmediato –debido al antitotalita-

rismo franquista de *Sur*— surgieron dificultades políticas. *Sur* tenía fama de comunista entre los conservadores (entre la oligarquía) y de fascista entre los izquierdistas. Tratamos de llegar a una convivencia pacífica con el financista catalán. Dijimos: «Let's agree to differ», pero las discrepancias ideológicas no se apaciguaron hasta que «las cuestiones políticas (en lo que se refiere a España) fueron apaciguándose en cierta medida. Pero ya era tarde para impedir el divorcio»<sup>25</sup>. Victoria se quejaba de que la nueva editorial no le permitió el *imprimatur* de libros de Mounier y Maritain.

En este contexto, Ortega prefirió mantenerse fiel a su editorial Espasa-Calpe de Argentina pagando un amargo precio por su decisión. No vamos a entrar en todos los detalles sobre la crisis de Ortega con Espasa-Calpe de Argentina porque ya en el número de *Revista de Occidente* de Mayo de 1999 hemos desarrollado minuciosamente este capítulo del exilio orteguiano que involucra el intercambio de cartas con Serapio Huicci y Manuel Olarra. Lo que no podemos dejar de mencionar es que estos epistolarios revelan que Ortega seguía siendo pieza codiciada por las editoriales sudamericanas, tan codiciada que Losada se tomaría la libertad de adueñarse de su revista. De estas prácticas fraudulentas, se quejará Ortega en el único artículo que envió a *Sur*<sup>26</sup>, respaldando a Victoria Ocampo quien, desde *La Nación*, acusaba públicamente estos usos inmorales de los sudamericanos. Parecía que, en tiempos de río revuelto, las editoriales, incluyendo las de Chile, se aprovechaban de los autores que vivían en la indigencia o en el exilio, descuidando sus derechos. Ortega demostró tener, al respecto, una actitud vigilante, incluso ante Espasa-Calpe de Argentina, que, finalmente, después de una larga lucha con Olarra, logró conservar dentro de la casa sus derechos de autor. Máximo Etchecopar quedaría como supervisor y mediador en su ausencia de las ediciones de Austral, que siguió imprimiendo las obras de Ortega en medio del duelo de editoriales que se desató estando él ya en Buenos Aires.

Luzuriaga, antes de irse a Tucumán, le había escrito a Ortega, dándole a entender que en la división Losada-Calpe ninguna editorial tenía razón. Sin embargo, describe a Olarra como hombre rudo, de poco tacto, que recibía órdenes de Madrid para aplicar métodos violentos y radicales. En cuanto al grupo Losada, dice Luzuriaga: “Es posible que la forma de llevar a cabo la independencia no fuera correcta... pero lo cierto es que un negocio que marchaba bien se divide”. Amigos intelectuales siguen a Losada al verse

<sup>25</sup> Victoria OCAMPO, “Vida de la Revista *Sur*. 35 años de una labor”, n.º 303-304-305, Noviembre 1966-Abril 1967, p. 17.

<sup>26</sup> El artículo escrito desde París se denominó “Ictiosauros y editores clandestinos”. Publicado en *Sur*, Noviembre de 1937, *Oc*83, VIII, 383-387.

menospreciados o por Calpe o por intereses personales o por razones justificadas. Admite que Losada cometió la ligereza de apropiarse de *Revista de Occidente*, pero sin mala voluntad. El comentario final a esta difícil situación es: “Todos siguen hablando de las cosas y las personas con el respeto que merecen”. Le anticipa a su maestro que su posición personal sigue siendo neutral y que su adhesión sigue estando con Calpe, “no obstante las sugerencias recibidas de otras partes”<sup>27</sup>.

Luzuriaga no tardaría mucho, por maltratos de Olarra, en pasarse al grupo Losada. Del rédito obtenido a través de esta editorial que llegó a autodenominarse la editorial de los exiliados, sobreviviría con sus publicaciones en Buenos Aires. Según el criterio de un Ortega enfadado con este nuevo giro de los acontecimientos, su discípulo y amigo quedaría en zona roja, etiqueta que molestaría profundamente a Luzuriaga, quien no admitía más etiqueta que la de ser liberal anglosajón. En carta del 4 de septiembre desde Tucumán, le recrimina diciendo: “No soy pues de izquierda, ni rojo, como tampoco lo soy de derecha ni blanco. Sólo soy un viejo liberal, celoso de conservar su independencia personal”. Le aseguraba a Ortega que sus amistades habían sido siempre matizadas, buscando sólo puntos de contacto y limando asperezas desde el exilio.

La desconfianza de Ortega se agudiza todavía más. Comienza, al ver a su amigo tan poco molesto y tranquilo con la deshonestidad de Losada, a sentirse agredido, comentando en carta desde Coimbra del 14 de mayo del 39 que “el síntoma es gravísimo, como indica la desmoralización ambiente ahí. No porque sea yo la víctima, sino objetivamente considerado y tratándose de Romero que era la excepción”. Le contesta rápidamente Luzuriaga desde Tucumán el 26 de mayo de 1939 que no se ha expresado bien con respecto a la *Revista de Occidente*, que fue cosa fea, pero defiende a Francisco Romero como lo mejor que hay en el país y que, para compensarlo, Romero le ofrecería una de sus cátedras en Filosofía y Letras. Le informa que desde Tucumán una nueva generación de profesores de Filosofía, como Frondizi, Sánchez Roulet y Pucciarelli son la buena semilla que había dejado Morente. El último de ellos habría dado inclusive una conferencia sobre la obra de Ortega con mucho éxito.

Estos comentarios dan una pauta más cabal de por qué Ortega desea mantenerse en Argentina al margen de las cátedras universitarias ya que, según unas líneas que le escribe Sánchez Albornoz desde Mendoza en su arribo a Argentina, éstas estarían mal pagadas. Los rectores y administrativos se aprovechaban de la pobreza con que llegaban los intelectuales al país para explotarlos. El cruel comentario de don Claudio es que se rumoreaba que Ortega

<sup>27</sup> Tucumán, 10 de abril de 1939.

estaba empobrecido y que aceptaría cualquier cátedra a cualquier precio. En su opinión, Ortega bien valía una misa, y le insinúa que no se deje arrastrar por estas ofertas mezquinas impropias de su rango.

Lo que más preocupa a Ortega, además de la inmoralidad que reinaba en el ambiente de las editoriales, era la utilización de su obra y sus palabras fuera de contexto para usos políticos de izquierda y derecha, que no eran los adecuados u originarios a su creación. En lo personal, le dice a Luzuriaga que él calla y seguirá callando. En lo que respecta a la integridad de sus textos y a conductas públicas él se aferra a la consistencia de sus ideas históricas en una situación que se encarga de decir lo que el habla silencio. Es consciente de que, en la escandalosa vacilación del lenguaje, una palabra puede llevar a consecuencias tan dispares que varían con el instante y el lugar, con quién la dice y quién la recibe o la oye. Estas reflexiones se vuelven admoniciones al pueblo joven argentino y sirven para advertirle a su colega Luzuriaga, al incorporarse a Losada, lo difícil que es entenderse hablando o actuando en un ambiente hostil a todos los españoles. Ortega entiende bien que su amigo no es rojo ni de izquierda, pero le recuerda que su viejo liberalismo no le sirve de escudo. Históricamente, un liberal no se puede sentir a gusto con socialistas, comunistas o con las doctrinas de Pío Nono. Todos estos calificativos contradictorios, aún con buena voluntad, producían mayor confusión ideológica y daban lugar, entre los argentinos, a un infinito *quid pro quo* de malas inteligencias especulativas.

El epistolario con Luzuriaga que, afortunadamente y por generosidad de la familia, se encuentra completo entre ambos correspondientes, revela algo importante en la situación del exiliado español, sobre todo para el intelectual de fuste. Nos referimos a la desorientación generalizada que acarrecaba serias discrepancias entre una vida personal íntima y una conducta de cara al público. No se trata, argumentaba Ortega, de lo que uno es o uno se siente ser, sino dónde se sitúa uno públicamente en la disyuntiva partidista que divide a los españoles. A Ortega le parece moralmente grave que su amigo esté asociado a la editorial de bandera roja, a la vez que se declara liberal. A veces, argumenta desde Buenos Aires, en carta no enviada del 6 de septiembre de 1940, que la obra editorial se equivoca. Como Calpe “rompió radicalmente con nosotros, incluso suprimiendo la venta de nuestros propios libros. Lo cual no era razón para irse a tan titular enemigo sin espera ni calma”. Publicar en editoriales “matizadas” le parecía a Ortega un riesgo que él no quería tomar; prefería quedarse dentro de su propia casa editorial hasta que se aclarara el panorama.

En ese contexto, razonaba Ortega que cuando ha pasado lo que ha ocurrido en España, primer capítulo de lo que iba a acontecer en el mundo, la situación exigía actitudes lentas, complejas y cautas de cara a la gente miope que no las apreciaba porque no tenía percepción del problema en juego. Las simplifi-

caciones le parecían peligrosas; entre ellas, la de los argentinos, que asumían que él era republicano fervoroso, que habiendo participado sólidamente en los actos republicanos desde la Agrupación, se pudieran, presumiblemente, adueñarse de Revista de Occidente para la izquierda republicana. La otra simplificación que recaía sobre su persona y le molestaba sobremanera era que, aun enviando a sus hijos al otro bando, sin adherirse con firme demanda ni expresión alguna que implicara parecer acercarse en ningún rasgo concreto o particular al nuevo régimen franquista, se le viera como defendiendo esa causa. Estos sentimientos, que comparte privadamente con Luzuriaga en Argentina, con un hombre con quien había compartido años de docencia universitaria, demuestran cuán susceptible era el ánimo orteguiano a la confusión de etimologías e ideologías que asociaban su reputación profesional y privada a uno u otro bando, a la vez que intentaba mantener ante “la gente”, ante la opinión pública argentina, un retraimiento incomprensible, impenetrable para los extraños pero en concordancia con su equidistante conciencia de pensador de esencialidades y autor de la razón histórica.

Lo que más le interesaba a Ortega era que se le juzgase por lo que había dicho y escrito en su larga docencia universitaria y periodística argentina, en la que ahondaba en las raíces de la crisis europea que había generado los “ismos” antagónicos del presente. Prefería que se le juzgara por lo que había dejado formal, pública y, a veces, solemnemente de hacer desde el día siguiente del advenimiento de la República como actitud disidente y moderada en un sistema que, tal como él mismo había anticipado, había degenerado en caos populista que Sánchez Albornoz habría justificado desde el porteño Instituto Popular de Conferencias en 1933, como proceso de madurez necesaria para educar a las masas. En su diálogo con Luzuriaga, Ortega se refiere al hecho de no haber ocupado puestos públicos que lo asociaran con un gobierno determinado, aun cuando había formado parte de una “sonada” Asociación para la Defensa de la República que en Argentina fue bienvenida por su gesto democrático comprometido. El comentario de Ortega a su amigo y colega aclaraba: “Sería muy cómodo para el enemigo poder suprimir el pasado y el porvenir”. Ortega insiste en que no se puede tener neutralidad verbal sin neutralidad de conducta. Esta bifurcación en los conceptos estaría afectando a unas cuantas personas; lo decisivo no serían las ideas sino el modo de conducirse entre grupos rivales.

Victoria Ocampo, recordando su última relación turbulenta con Ortega en tiempos difíciles, hacía referencia a que el pecado de Ortega habría sido su excesiva discreción; en otras palabras, no haberse aliado con unos o con otros, permaneciendo fiel a su conciencia ensimismada, a la espera de que los hechos se decantaran. A ella, este retraimiento le parecía conducta cuestionable en tiempos en que en el mundo muchas vidas se jugaban por “la democracia”, ter-

minología al entender de Ortega muy manoseada y difícil de sostener a nivel internacional por los intereses en juego. Fue esta suspicacia por la que declinó su viaje a Estados Unidos, como queda constancia en la correspondencia con Helene Weyl, quien sostenía la hipótesis de que Norteamérica no estaba tanto a favor del gobierno republicano, como en contra de Franco. A Ortega, sin estar adscrito a ningunos de los dos bandos, esta fórmula le parecía de un simplismo incomprensible desconociendo los verdaderos factores ideológicos que movilizaban los hilos de la contienda nacional española.

Efectivamente, Ortega tuvo un cuidado especial en evitar desdecirse en sus actitudes intelectuales y personales. Insistía en que corroboraba en las palabras con sus acciones o silencios, que es lo que le daba a entender a Luzuriaga en su interesante correspondencia sobre fórmulas irresponsablemente asumidas con etiquetas vaciadas de contenido. Por otro lado, cómo denominarse neutral para luego no serlo en la conducta, era algo que lo mortificaba. El caso preciso se estaba dando de la Revista *Sur*, que para esas mismas fechas declaraba a los cuatro vientos que era revista apolítica y, sin embargo, recogía incendiarios artículos contra el fascismo europeo, el franquismo clerical y otras conductas autoritarias en nombre de la libertad de expresión y de un porvenir democrático que, en Argentina, estaba profundamente lesionado por gobiernos de ingerencia militar. En la opinión de Ortega a su amigo Luzuriaga, lo que ocurría en Argentina era que los neutrales acababan siendo “rojos” “aunque no lo quieran”, perdiendo así sus laureles de libertades liberales conquistadas al comunismo o fascismo, representados cada uno de ellos por la República o por el régimen de Franco en el campo de batalla, donde no había espacio para credos liberales del pasado. Era emblemático de esta confusión etimológica el empeño de Victoria quien consideraba que era de dominio público la neutralidad de su revista, manteniendo “siempre la línea liberal” contra dictaduras y totalitarismos de cualquier índole.

Precisamente, Victoria, que ya en 1939 habría abrazado la causa “leal” republicana contra el franquismo, se quejaría de recibir de la revista católica *Criterio* el apodo de comunista e inmoral. A Ortega le confiesa en carta desde Buenos Aires del 4 de noviembre de 1936 que “jamás me ha venido la idea de adherirme al comunismo porque en él me sofocaría como en el fascismo. Detesto las prisiones. Detesto la violencia [...], comunismo o fascismo son una prisión de violencia”. Con el tiempo, Victoria se quejaría también de la atmósfera enrarecida por la situación de terminologías y estrategias internacionales que descolocaban a sus amistades. El mundo se estaba volviendo al revés, con Aldous Huxley teniendo que vivir fuera de Inglaterra, Waldo Frank expulsado de Estados Unidos y de Argentina por “comunista”, María de Maeztu como ex institucionista liberal adherida a la causa nacionalista, viviendo con ella

fuera de España y como tal asociada y perjudicada por esta convivencia con una “roja” de alta alcurnia y escasa moralidad.

A su vez, María se preocupaba por el supuesto “izquierdismo” de Victoria, y le pedía a Ortega, en un viaje a Europa en el que se encontraron ambos, que tratara bien a Victoria porque lo merecía. Ella seguía simpatizando con los “leales”. Cree que ahí está la libertad y la democracia, y como es profundamente anticlerical piensa que el triunfo de Franco podría traer un influjo excesivo de la Iglesia. La recomendación de María desde Buenos Aires el 20 de agosto de 1938 es: “Háblele usted, háblele en el tono elevado, impersonal y objetivo con que usted puede hacerlo”.

Para estas fechas, María comenzaba a sentir el agobio del destierro porteño. En una carta del 3 de abril de 1938 le dice a Ortega (quien todavía estaba en Europa) que añoraba volver a España, y que no creía en la expatriación indefinida. Le confiesa que en Argentina “no creo que será posible reconstruir la residencia ni ser agradable meterse en una obra social de ese tipo”. Aparentemente, la burocracia argentina no quería que vinieran los extranjeros, en especial los españoles, porque la competencia era mayor. Victoria era la única que favorecía la llegada de extranjeros y españoles. A pesar de que, en lo personal, se siente bien y a gusto, María admite que respecto al exiliado: “Usted tenía razón, en una parte del país, no la mejor ciertamente, hay una resistencia fuerte, muy fuerte”. Según las explicaciones de Victoria, la resistencia a los proyectos de María venían por parte de la casta burocrática administrativa del Ministerio de Instrucción Pública y de “el clero, y qué clero caramba, manda”.

María, quien abiertamente apoyaba la causa franquista, no creía que ésta fuese la explicación. Ella lo atribuía a un ministro antiespañol a quien, por ser ella española y extranjera, le negaba el permiso. En carta del 26 de abril de 1938 asegura: “De modo que los españoles no podemos esperar ayuda. Desde la guerra se prohíbe la inmigración española por temor a la entrada de comunistas y de ello se crea un confucionismo un poco extraño”. Y agrega: “El pueblo argentino y sobre todo las clases altas, simpatizan hoy más que nunca con España y los españoles, pero los políticos tienen un cierto temor a la invasión hispana y prefieren la inmigración de cualquier otra parte de Europa”. Sintiendo muy sola en Argentina, María añora la orientación de Ortega y lo exhorta a que siga influyendo en las juventudes, donde su pensamiento seguía teniendo un influjo extraordinario. “Por eso una palabra de usted tendría una resonancia definitiva”<sup>28</sup>.

El otro contacto en Argentina con que contaba Ortega, para evaluar las posibilidades de retomar las cátedras y editoriales, era García Morente. No tenía

---

<sup>28</sup> Buenos Aires, 13 de julio de 1938.

dudas de que él haría una labor formidable en Tucumán; pero temía que ahí tropezara con algunas dificultades “porque aunque enérgico, es demasiado ingenuo y bueno”. Y agregaba el comentario a Victoria Ocampo de que “manejar criollos no es cosa fácil”. Morente se estableció con su familia en Tucumán, donde se sintió acogido, con casa, buen sueldo, clima ideal y lugar tranquilo. La universidad había puesto todo a su disposición y sus conferencias eran un éxito rotundo. Todo parecía ser un entorno ideal y apacible; sin embargo, lo que empezó a entristecer el ánimo de Morente fue el aislamiento. Lejos de sus amigos y sin tener noticias de Ortega, la montaña comenzó a producirle una fuerte morriña por volverse a España.

En sus cartas con Ortega aparece el síndrome del exilio; el destierro le pesa, “soñando con mi país y con la vida de mi país”. Estando en Tañ del Valle sueña con volver a Madrid, y pese a que le agrada la soledad del Valle, necesita del cielo, del suelo de las cosas y del aire de su España. A él también le confiesa que necesita desesperadamente “la realidad material de mi tierra; y la necesitan los míos”<sup>29</sup>. Como familia no se hallan en Tucumán; los detalles domésticos y sociales más nimios se le vuelven una nostalgia agobiante, tan pesada como el calor de estas regiones de América. El tiempo no se convirtió ni en alivio ni en curación. “Hoy por hoy nuestro mayor anhelo sería que terminase la guerra en este año (1938) y pudiéramos volver a casa”<sup>30</sup>. Extrañando el cielo claro y el mar azul de España, al poco tiempo Morente renuncia a su puesto de rector, rompe el contrato y emprende el regreso a Vigo, donde ingresará en el seminario. Una última carta de Morente desde Vigo el 10 de julio de 1938 a Ortega en Buenos Aires (que Ortega no contestó), explica sus motivos para recibir las sagradas órdenes, que hacía más de un año andaban rondando en su alma. A María, en cambio, no le sorprendió la decisión. Ella también sufría de una agónica necesidad de retorno y comprendía que el pobre Morente se hubiera visto abatido por “esa soledad terrible que yo padezco” y que le había dejado su gira docente por establecimientos educativos de la Pampa<sup>31</sup>. Considera a Morente más débil por ser varón, pero ella también admite que la actitud antiespañola de los argentinos estaría minando su espíritu por dentro.

La correspondencia con Ortega trae a la superficie el dolor de esta luchadora, que sufre las consecuencias de ser mujer y española. El oficialismo y el mundo académico eran adversos a los exiliados y ella comenta: “Pero no hay que decirlo”. “Hay que hacer como que uno no se entera”. Si a ella se la respeta, es porque no ha pretendido ganar dinero. Sus palabras en otra carta des-

<sup>29</sup> Tañ del Valle, 20 de enero de 1938.

<sup>30</sup> *Idem.*

<sup>31</sup> Buenos Aires, 13 de julio de 1938.

de Buenos Aires el 2 de septiembre de 1938 son significativas: “La abstención aquí es importantísima”. María cree haber aprendido la discreción en una sociedad, “donde la puñalada traperera es saludo corriente y por eso no se desprende uno de la sota ni en la más recóndita intimidad”. Lo que el exilio ha venido a significar para ella es desconfianza absoluta en todo lo argentino y una enorme soledad interior. No encuentra, en esta sociedad competitiva de inmigrantes duros y gestiones oficialistas hipócritas, un mínimo de seguridad personal. Vive a salto de mata, dando conferencias, publicando cursos con carácter de docencia libre en círculos privados. Desde la capital porteña siente que es “muy difícil la vida para todos” (13-VII-1938) y añora la presencia de Ortega en Buenos Aires para apoyarla en su desazón. En una de sus cartas admite que una cosa es venir como invitado a dar conferencias como en 1926 y otra muy distinta radicarse aquí en el exilio.

Nadie es más consciente que Ortega sobre las complejas dificultades anímicas y reales a las que se ven sometidos los exiliados españoles. Morente, de su parte, le habría comentado confidencialmente que nadie quería allí “nada que se parezca a luchas sociales”. Los argentinos, aún los de provincias, miraban con cierto recelo lo que venía de España. “Yo he sido en este punto la muidez personificada [...], nadie ha intentado pedirme una definición que yo no estaba dispuesto a dar”<sup>32</sup>.

Así como a Morente lo venció la nostalgia del desterrado, y a María el antiespañolismo de las esferas oficiales y la terrible competencia en los medios académicos, su antiguo compañero de aventuras editoriales, Fernando Vela, también admitía en algunas cartas enviadas a Buenos Aires, que el exilio le había entorpecido sus facultades de observación y encontraba que sus instintos para el periodismo internacional que en otros tiempos había ejercido, estarían embotados y torpes. Se encontraba en Tánger, distraído en la realidad del entorno y no se sentía en ningún lado, porque lo que le rodeaba no era su mundo real.

### **Venir para quedarse: una situación molesta**

En cuanto a Ortega, en la interinidad del exilio porteño, se defendió dando conferencias en las que confronta al público argentino con una docencia historicista-sociológica de alta cultura sin contenido político pero insinuando los problemas de la muy discutida argentinidad de herencia hispana en tiempos adversos para España. En la estructura real de lo humano declaraba para las Bodas de Plata de la Cultural en 1939 que “la España que la Argentina fue”

<sup>32</sup> Tucumán, 17 de agosto de 1937.

perduraba soterrada en el fondo del ser argentino, a pesar de la voluntad decidida y deliberada existente en amplios grupos de la nación argentina “de hacerla hermética al influjo español”.

Aun cuando estas palabras de Ortega asumieran una razón histórica laica y apolítica, de estructura cósmica, la misma que constituían los pueblos de habla, sangre y pretérito español y que consistía en un ejercicio de otro determinado repertorio de formas de vida, su teoría de la unidad social, de “lo consabido”, pasó a formar parte del reclamo nacionalista argentino, como lo evidenció el incidente entre *Sur* y la revista *Sol y Luna*. La propaganda falangista desde la revista *Orientación Española*, se adueñó del discurso de la herencia hispana, mientras que desde *Defensa de la Hispanidad* Ramiro de Maeztu apuntaba en contra de la contaminación laicista de Ortega en el continente americano. Luego, en el exilio argentino y para las mujeres argentinas, María de Maeztu retomaría en su docencia el rumbo de la razón histórica orteguiana, a la que consideraba incompleta por su credo secularista, inaceptable en la cultura de Occidente.

De tanto en tanto Ortega daría rienda suelta a su malhumor por no ser comprendido y por no entenderse con el público que recibía al exiliado en dulce montón. Así, comenta desde La Plata en su conferencia sobre “Meditación del Pueblo Joven” que: “Ninguno de los argentinos tiene una idea ni remota de quién soy yo entre y para mis compatriotas”. Atrincherándose en actitudes de integridad personal e intelectual asumidas por su conciencia íntima, que no convencían al adversario especialmente al hostil, que adoptaba actitudes partidistas y militantes a favor de la democracia, la república, o la hispanidad católica, Ortega admite que el fatalismo radical de no ser conocido por nuevas generaciones conducía a la impermeabilidad y a la agresión de nuevas generaciones que lo juzgan desde las revistas argentinas por su complicidad silenciosa tomando sus textos rumbos opuestos en la bifurcación ideológica. Incluye también, en este juego de irresponsabilidades, a la revista *Sur* que daba rienda suelta a ciertos jóvenes que no perdonaban a los maestros porque no se pronunciaban a favor de la causa de la libertad en un país donde la misma conciencia democrática argentina estaría seriamente en riesgo.

Cuando sus teorías no son bien interpretadas o son mal recibidas por amigos o adversarios, el instinto de Ortega es replegarse en un prudente silencio que, con frecuencia, emerge en protestas públicas, queriendo sacudir el egoísmo, la apatía y la frivolidad del oyente. A Victoria, a quien le comunica sus sentimientos más sutiles, le dice, desde Portugal, que, cuando todo falla, hay que “chupar etimologías”. Con respecto a lo que pasaba en el mundo desde hacía tres años, Ortega opinaba que se podían hacer muchas cosas: “Indignarse, gemir, protestar, pero hay una cosa que a la postre será menester hacer, digerir-

lo, aclararlo, encontrar el vocablo del enigma”<sup>35</sup>. Quizás éste fuese el gran drama de Ortega en Argentina: no poder entenderse en la confusión de etimologías en la que rojos se denominan liberales, demócratas son “ex rojos” convertidos al panamericanismo, y liberales progresistas republicanos acaban siendo antirrevolucionarios conservadores, como fue el caso de la Redacción del diario *La Nación*, que apostaba con su liberalismo agro-ganadero al orden de mano dura de Franco.

Nada ni nadie parecía estar en su sitio ni en una coherente asimilación de ideologías, valores y conductas. En cuanto a “los rojos”, de los cuales Ortega desconfía porque a ellos debía su exilio, le advierte a Marañón, en carta desde Francia de 1938, que los que corren por allí son pueriles, que han tocado el fondo del arca y no saben conducirse. Pero también se muestra inseguro con respecto a cómo se moverá el resto del ajedrez internacional entre Chamberlain, Hitler y Mussolini para saber a qué atenerse en el futuro sobre todo respecto a la vulnerable situación de España.

En concreto, lo que Ortega padecía en esos tiempos bélicos era la incapacidad de obtener información fidedigna sobre lo que ocurría con las movidas estratégicas de las grandes potencias. No creía en la posición de amoldarse a lo que la opinión pública decidía que uno era o debía ser; y lo que su conducta le dictaba ante hechos que la gente no calibraba con exactitud. Hacia los veinticinco años de la Cultural, más precisamente al rescatar la figura de Avelino Gutiérrez, con enfado hacía referencia a “eso que yo llamo la gente [...], siempre desalmada e inatenta, y no advierte que, de estar bien a estar mal una cosa, va casi siempre sólo una levisima diferencia, un detalle inaparente a distancia”.

Esa gente que mira burdamente y muy de lejos todo, que no es capaz de ver los logros científicos y culturales de un hombre como Avelino Gutiérrez, que ideó con Cajal los detalles y funcionamiento del fulminante éxito de la Cultural y lo juzgaba como *persona non grata* por su izquierdismo republicano, esa misma gente es la que se empeña en desoír años de su valiosa docencia cultural entre los argentinos en vías de hacerse nación. Es este mismo público al que Ortega, desde La Plata, le reitera que él no importa, que lo que importan son las cosas de que va a hablar. Así, se quejará amargamente en su exilio porteño de que “son muchas las causas de esa normal y tenaz mala inteligencia” que impera en los círculos sociales y académicos porteños, midiendo su patrón de conducta sin saber cuál ha sido su situación personal en el drama que vive todo español. Lo que definitivamente no admite es el hablar de los criollos, de operación fácil, ejercitada sin precaución “sin cuidados, al buen tuntún”. A Luzuriaga le deja caer las quejas de que los criollos no se enteran de las cosas,

<sup>35</sup> Portimao, 25 de marzo de 1938.

de que no se hacen cargo de lo que es obvio o elemental. La política “vulgaris” que es pura actualidad, es lo que se impone, dejando para unos pocos la teoría más compleja detrás de los hechos, que era el quehacer del filósofo. Dilucidar, ensimismándose, para poder, luego de la reflexión, encontrar caminos hacia la acción, era su fórmula personal para los tiempos que corrían hacia un segundo colapso de Occidente.

Del material epistolar de Ortega puede apreciarse que, en su exilio argentino, se sintió molesto al ver atropellada su intimidad por amigos y extraños. Las cosas más simples y acotadas parecían volvérselo en contra. Se siente, más que nunca, como un extraño en una sociedad con la que ha dialogado y desnudado sus ideas más profundas desde sus colaboraciones en un periódico porteño. Al auditorio de La Plata, repleto de jóvenes que no le han escuchado nunca pero que le juzgan por los comentarios de enemigos o exiliados les dice en su “Meditación del Pueblo Joven”: “Cuando un argentino oye a uno de estos hostiles enumerar contra mí las mayores tremebundeces, no sospecha hasta qué punto las malentiende, porque ignora todo lo que expresarse así da ese enemigo mío, por supuesto, lo que silencia acerca de mi persona, pero está actuando en el conjunto a su enemistad, junto a su aparente odio y tremebundez. Porque yo he convivido con la vida de ese hostil como él ha convivido con la mía: nuestras existencias, íntegras, están adscriptas mutuamente en nosotros, nos sabemos bastante bien y sabemos por qué decimos lo que decimos y sabemos que no decimos mucho que callamos. De ahí que me haga tanta gracia y me traiga sin cuidado toda esa hostilidad. Conozco su secreto que el argentino ignora. ¿Cómo no voy a conocerlo si he vivido siempre teniéndola en frente, más aún, si he vivido anticipando esa hostilidad, contándola de antemano con ella y cuidando que mi vida efectiva la haga imposible, quiero decir, le quite el suelo bajo los pies, la impida ser auténtica?”.

Ortega asume que ese enemigo español, en el fondo lo estima; quiere agredirlo porque lo conoce y lleva su misma vida española dentro de sí. Comparan con él la misma intimidad colectiva, ese modo insólito de ser español y de sentir el drama en común de su patria. En esta categoría no incluye a los residentes españoles de las colectividades, que hace más de veinte años que viven en América y no tienen la menor idea viva y exacta de lo que ha pasado en España en el último cuarto de siglo. Estos españoles, con quienes Ortega solía comportarse con cautela, opinaban con ligereza, como si fuesen argentinos.

Estando Ortega en Buenos Aires, la Patriótica Española habría decretado el 18 de Julio como fiesta nacional, con gran oposición de los republicanos y de la voz de Avelino Gutiérrez, quien se declaraba contrario al festejo de la victoria cuando ésta debía ser recogimiento y día de luto por tantas vidas desaparecidas. En este ambiente hostil, Ortega ve llegar a otros españoles en su

mismo estado de exclusión, exiliados de Franco, que fingen, ante los argentinos, saber cuál es la situación política de su persona, pero la verdad es que no lo saben. Lo que se pone en marcha entre ellos es un aparato registrador del ser, que se consabe vitalmente y envuelve a todos ellos en el trauma del exilio en que se entienden más por lo que callan y dan por supuesto, que por lo que efectivamente dicen. De lo cual deduce Ortega la gran paradoja de que el hablar auténtico entre exiliados también se compone de silencios y es aplicable a los españoles en su conjunto.

María de Maeztu le recriminará a Ortega, en cartas a Margarita Mayo, otro tipo de silencio con respecto al conflicto de España cuyas huellas, según ella, no aparecen en sus conferencias. Otros lo acusarán de cobarde o de cómplice con el régimen de Franco. Cada uno, desde la derecha o la izquierda, interpreta su riguroso ensimismamiento desde una óptica diferente, y desde opuestas trincheras se juzga con dureza su retraimiento.

En uno de estos roces entre revistas argentinas cuenta Máximo Etchecopar, cómo Ortega, discrepando con los colaboradores de *Sur*, que exigían al intelectual, compromisos más claros contra el fascismo de masas, no respetando la libre expresión de conciencias conservadoras de raigambre católica (como era el caso de la revista *Sol y Luna*, que reclamaba la herencia española en la identidad argentina), cómo Ortega tajantemente decide retirarse del comité editorial de dicha revista por no estar de acuerdo con esta metodología de insultos anticlericales y personales, en la cual se vio involucrada la propia Victoria Ocampo contra Bergamín. Este gesto le ganó el apodo de “totalitario” a los ojos de futuras generaciones; y esta decisión, que Victoria aceptó a regañadientes, fue vista como signo de su derechización, avalada por el hecho de que desde la Cultural habría declarado la inexorable estructura hispana de los argentinos con firme acento laicista y como identidad irreversible.

En cuanto al mundo académico o laboral, la situación no era menos conflictiva. No era necesario que desde Argentina María de Maeztu le anticipara lo que ocurría allí con la competencia y rechazo de la burocracia oficialista. A ella solamente la ayudaban amigos y algunas personalidades de familias próceres nacionales, a sobrellevar el dolor de la guerra. María, desde 1938, ya advertía que “el elemento oficial y el académico, nos es adverso y no quieren dar trabajo a los españoles”. Ortega era bien consciente de esta situación y García Morente le habría anticipado que, ni Romero ni Alberini, se inmutaban por su presencia en Argentina. Las palabras textuales de Morente ciertamente han de haber influido en el ánimo de Ortega: “Con respecto a usted los dos me produjeron un efecto indefinible de reserva y prudencia. Dan la impresión como de no quererse entregar o comprometer en demasía, y casi me atrevería a afirmar, en el seno de la confianza absoluta que nos une a usted y a mí, que en el

fondo no les importa gran cosa que usted vaya o no vaya a la Argentina, o mejor dicho, que si usted no va, eso no les causará mayormente pena ni disgusto". Y agregaba en carta desde Tucumán del 17 de agosto de 1937: "Es posible, sin embargo que esta impresión mía sea solamente una interpretación errónea de las reacciones de timidez o de respeto, en suma de mi estado de ánimo que habría de describirse diciendo: «Ortega está tan en otro plano, tan en otra órbita, que no nos atrevemos ni a desear, ni a pedir nada, ni a ofrecer nada, no sea que resulte enojosamente entrometimiento»". Es posible, opina Morente, que en su actitud hubiera un poco de todo.

A decir verdad, en 1937, Francisco Romero se siente angustiado por la guerra y le escribe a Ortega para serle útil, "incluso pecuniariamente en la medida de mis recursos". Luego, incluso le habría ofrecido una cátedra, pero le advertía que el ambiente universitario estaba enrarecido, incluso en la Universidad de La Plata, amenazando con intervenciones. Conversando con Américo Castro, Romero le da a entender a Ortega que haría lo posible para que, por un año, una de sus cátedras universitarias estuviera a disposición de un profesor de Filosofía español. De ser así, la pondría a disposición de Ortega. Esta propuesta estaba incluida dentro del ofrecimiento de ese fallido viaje de 1937, abortado por Ortega por razones de salud. Más adelante, en 1939, Romero ya estaría ayudando de pleno al intelectual republicano de izquierda, con el cual Ortega no quería mezclarse.

Después de los incidentes en la guerra de editoriales, Bebé saldría en defensa de Alberini y Luzuriaga, apoyando la postura de Romero de que seguían siendo lo mejor de allí. No obstante, Ortega estaba decidido a retornar a Argentina, con otras vías de docencia y sustento independientes de "todo lo de ahí". Ello no le impidió dictar algunos cursos en la Facultad sobre la Razón Histórica en 1939; en Amigos del Arte sobre "El Hombre y la Gente" y una conferencia en la Universidad de La Plata sobre "Meditación del Pueblo Joven".

El asunto de Espasa-Calpe es clave para interpretar el estado de ánimo en que Ortega vivió su exilio argentino entre 1939 y el mes de febrero de 1942<sup>34</sup>. Los tanteos previos le habrían servido para evaluar la situación en Argentina que, según Morente, tuvo buena impresión de sus gerentes para crear una sociedad salvadora argentina. Morente los ve con buena voluntad y le aconseja a Ortega que puede contar con ellos para publicaciones inmediatas. María, en cambio, furiosa con Olarra porque no le habían publicado su biografía de Ramiro, no cree que Calpe hiciera nada, "por usted ni por nadie". Le advierte que Calpe de Argentina había estorbado la publicación de libros argentinos y

<sup>34</sup> Hemos ampliado este asunto en nuestro artículo "Ortega y Gasset y el proyecto editorial de Espasa-Calpe Argentina", *Revista de Occidente*, Mayo, 1999, n.º. 216, pp. 99-116.

quería acaparar también el codiciado mercado del libro español. Entre estas dos versiones y con la experiencia de Luzuriaga de por medio, Ortega vendría a Buenos Aires en 1939 con pies de plomo, mostrando una cautela especial con respecto a la guerra de editoriales y evitando la obtención de cátedras universitarias.

Según sus expectativas, traía consigo un plan de docencia y de publicaciones con su vieja casa editorial que le ofrecía la única posibilidad de generar alta docencia en el país y, desde el Cono Sur, para el resto de América. Su idea era dar batalla desde Argentina a la vida insubordinada y hostil a España en América. Pero el escenario de lucha internacional había enrarecido tanto el ambiente que le confiesa a Olarra que carecía de sentido dar conferencias. Por lo tanto, su meta era volver a influir en la vida intelectual hispanoamericana, que estaría indisciplinada por falta de producción española no roja, desde las publicaciones, rompiendo su silencio y comenzando nuevamente a editar libros con Calpe. Ésta parecía ser, a su juicio, la única alternativa de un magisterio responsable.

Lo cierto es que en la realidad del exilio, la pasión política seguía rigiendo los ánimos, dificultando empresas y proyectos educativos de alta cultura. Marañón habría vivido incluso en Argentina momentos de agresión popular, a pesar de sus malabarismos por mantener una posición equilibrada. Otro tanto le ocurriría años más tarde a Pérez de Ayala en Perú, donde su presencia despertó resentimientos muy profundos; o peor aún, en Méjico, donde estarían agrupados los exiliados republicanos enemigos del franquismo. Cartas como la de Luis Recasens a Ortega mientras éste último se hallaba en Buenos Aires, daban a entender que allí también la política interfería con la ciencia. A punto tal que Recasens se aparta de las últimas oleadas de exiliados provenientes del sector rojo que eran, en su opinión, “demasiado terribles y dolorosos para que uno quiera tener ninguna relación de ninguna clase con aquellas funestas gentes”<sup>35</sup>.

Este científico de la primera oleada de exiliados se sentía agobiado en Méjico por ambas tendencias, la roja y la negra del fascismo franquista. Las noticias que le llegaban de la Península eran un severo testimonio del envilecimiento, de la abyección y del horror de una guerra fratricida. Recasens no quería tener relaciones de ningún tipo con su patria, hasta el punto de renunciar a su ciudadanía y adoptar la guatemalteca. Le confiesa a Ortega que en Méjico es feliz, apartado de la España “negra” y que no piensa, al igual que Gaos o Medina, volver a ella. Se conforma con seguir la modesta labor de hispanidad espiritual en tierras americanas, que era la mejor manera de servir a su patria, pero sin lazos jurídicos que le ataran a su país de origen.

---

<sup>35</sup> Méjico, 5 de junio de 1940.

El epistolario con Recasens del año 1939 pone en evidencia el desagrado y la repulsión que producían en cierta *intelligentzia* española los extremos. Pero más grave aún era el rótulo de “rojo” que recaía fácilmente sobre personalidades como Ortiz Echagüe, o sobre cualquier grupo que mantuviera su independencia del franquismo. Otro tanto ocurría con la etiqueta de “negros fascistas” que se endilgaba a los que se declaraban contrarios a los excesos de la República. Eran éstos, además, como reconocería Luzuriaga, “malos tiempos para la amistad”, ya que quedaban amigos de un lado y del otro, en exilios contrapuestos. La descripción que Recasens le hizo a Ortega desde la ciudad de Méjico, ciudad hospitalaria pero colmada de refugiados españoles y de intelectualoides resentidos, lo invitaba a retirarse de la labor científica para evitar tratos sociales con estas muchedumbres exorbitadas. Su comentario era que la tragedia de España de nada les habría servido a todos ellos.

En los años 40, al retomar Ortega su interrumpida correspondencia con Luzuriaga, se quejaba del peligro de suprimir el pasado que los unía en lo personal. En tiempos de guerra y de separaciones, el pasado íntimo, el que había vivido con los suyos, con sus colegas y amigos, era, en su opinión, el mayor capital social a conservar en el orden público y privado. Le aterraba que le aniquilaran este tesoro de lo compartido, y se aferraba a su razón histórica que no era sólo teoría filosófica o ideas en acción, sino estados privados o íntimos, un modo de conducirse entre unos y otros en tiempos de crisis europea.

En esta etapa argentina Ortega creyó posible un viaje a Méjico invitado por algún sector universitario, pero Luzuriaga dudaba sobre la acogida que pudiera esperarlo allí. Otra invitación pendiente le llega a Argentina, de un posible viaje a Lima. De las cartas con Alfredo Canepa Sardón, se vislumbra que Pérez de Ayala no encontró tampoco en esa ciudad el debido sosiego para compartir intercambios intelectuales sin interferencias políticas. Hacia abril del año 40, su amigo y médico Gustavo Pittaluga (quien se había quedado en Francia por no confiar en las garantías y vaguedades argentinas), le comentaba a Ortega: “Tengo la impresión que usted tampoco se quedará ya allí mucho tiempo”.

Las posibilidades de viajar por el continente se truncaron para Ortega a raíz del asunto de Espasa-Calpe, dado que Ortega esperaba una decisión de España para poner en marcha su ansiado proyecto docente con cursos de alta cultura, con boletín trimestral y una Biblioteca compaginada por Ortega. Esto requería una asesoría o sueldo sumamente modesto de Calpe para que Ortega pudiera trabajar en su taller de alta creación en plena libertad y sin presiones. Junto con su editorial de toda la vida, Ortega proponía lanzar “un movimiento de circulación intelectual con medios y fuerzas españolas”. Esta propuesta, comentaba Ortega en los borradores de Calpe, tenía la ventaja de procurarle a él la tranquilidad en el trabajo mientras que para Calpe auguraba

una máxima eficacia para establecerse en el mundo latinoamericano. El proyecto le permitía a ambos recuperar el mercado del libro español, conservar los codiciados derechos de Ortega en la casa y mantener un ritmo acelerado de publicaciones orteguianas.

Las advertencias de María de Maeztu en el sentido de que Calpe no haría nada por nadie comenzarían a cumplirse en torno al año 41, cuando se puso en evidencia que la casa de España, “por razones de interés social”, rehusaba a aceptar la propuesta de Ortega. Ése fue un año especialmente duro para él, de luchas agotadoras con Calpe para conservar sus obras y derechos de autor.

El epistolario con Victoria refleja el estado depresivo de Ortega, quien se replegaba en su piso de la calle Quintana de Buenos Aires sin querer ver a nadie. Finalmente, accedió a responder a los misiles que le envía Victoria, diciéndole que estaba atravesando “la etapa más dura de mi vida”. A ella le confiesa: “Muchas veces en estos meses he temido morirme, morirme en el sentido más literal y físico pero en una muerte de angustia”. Y añade: “hoy están en el mundo muriendo del mismo modo muchos hombres de mi condición. Es un hecho que la gente no conoce suficientemente. No sería, pues, el mío sino un caso más”.

En esta carta del 9 octubre de 1941 admite su fracaso con Calpe, un asunto delicado para tocar con Victoria, en medio de la competencia de editoriales en la cual ella estuvo involucrada. Sus palabras hacia ella revelan el trauma interior que estaba padeciendo: “Cuando las bases de nuestra vida se han roto o están gravemente enfermas no es posible contar lo que nos pasa ni al mejor amigo, porque no puede, sin más, entenderlo. Sería sobre lo que sufrimos, falsificar nuestro sufrimiento y traicionarlo. No hay más que callar, aguantar y sumergirse en un rincón. Cada vida es intransferible, y por lo mismo inefable”. En ese estado de ánimo le asegura a Victoria que los tormentos morales, los de conciencia, son peores que los de la salud. Y añade: “No tendría, pues nada de particular que tú, cualquier día, entrases también en una zona de amargura y que te empezase a fallar esta o la otra dimensión de la vida”.

Ortega siente que le fallaban desde Argentina todas las dimensiones de su modo de existir al mismo tiempo. En otra carta anterior del 13 de agosto de 1941, Ortega le habría insinuado a su amiga que desde hacía medio año su vida había sido perturbadora, que su desaparición del mundo social era transitoria, y le advierte que “hay que saber esperar la hora fecunda para contar las cosas y hay que saberlo cuanto más duras sean las presentes. Aún no es tiempo”. Luzuriaga, percatándose de que detrás del retraimiento de Ortega estarían sus “asuntos editoriales”, con cariño le ofrece desde Tucumán su ayuda, según consta en carta del 13 de agosto de 1941, a la que responde Ortega desde Buenos Aires el 20 de octubre que estaría en “lo más grave y desazonador” de su lucha

con Olarra sin saber cómo interpretar su conducta y sin poder concretar proyectos o ediciones. Su amigo le anima quejándose del “cretinismo inconcebible” de esos señores de Calpe y asegurándole a Ortega que si tuviera dinero disponible apostaría al éxito de la nueva editorial que Ortega pusiera en marcha<sup>36</sup>.

Eran muchas las dificultades y amarguras que se habían acumulado en el ánimo de Ortega desde su llegada a Buenos Aires, a la que se agregaba la pena por el fallecimiento de su madre que, según le confiesa a su amiga Luisa Caturla en carta del 2 de abril de 1941 desde Buenos Aires, era de estos momentos que se llevaban parte y grandes trozos de uno mismo. Siente que “empieza uno a ser fragmento y no le va quedando más garbo que el de las ruinas”; y comenta que “en tiempos como éstos, los amigos tienen que descontar siempre una incógnita —el uno hacia el otro— a saber: en qué situación moral y estado de espíritu sorprenderán los hechos y las noticias al distante. Si ha leído usted los artículos que he escrito aquí en 1940 (la serie “Del Imperio Romano”, o sobre la volatilización de una fe, el descreimiento, asfixia y rebelión en Luis Vives), su perspicacia superlativa habrá advertido tras todo ello el esfuerzo hercúleo para mantenerse en pie con la raíz del ser viva, sana y fecunda de un escritor”. Este esfuerzo exigía una higiene emotiva complicadísima y, a veces, dura, que, según Ortega, “se deriva de la combinación de las grandes causas históricas, con la desorganización de los factores más elementales e inmediatos de la vida, merced a lo cual se convierten en cuestiones desazonadoras casi permanentes precisamente las cosas que nunca le había sido cuestión”.

A esta gran e inteligente amiga le confiesa que, en una sociedad, donde no pasa nada, su vida se ha convertido en un otoño. “En vida intelectual no hay que pensar y en vida sentimental tampoco porque —y éste es uno de los fenómenos más curiosos y más «clave»—, los corazones han caído en parálisis. No se atribuye esto a la guerra: la cosa venía preformándose de antes”. Resume la situación con una frase significativa: “Las gentes no están *chez eux*”. Aun así Ortega dice que “suelta sus velitas” para que la nave marche y para continuar trabajando, pensando aún sin estímulos en torno. Se consuela con la idea de que lo mejor de la historia es que ésta, fundamentalmente, siempre cambia.

Sus cartas a Serapio Huicci, representante de Calpe en España, no revelan mejor disposición espiritual. Le recuerda que en momentos en que él más lo necesitó, no le hizo reclamos a la casa. Cuando Ortega se enteró de que Calpe, por decisión del Consejo de España, no tenía intención de apoyarlo por haber sido contaminador de juventudes, su relación con Olarra se enfrió tanto que tuvo que intervenir de mediador Máximo Etchecopar para la futura edición y circulación de sus libros en el mercado argentino.

<sup>36</sup> 4 de octubre de 1941.

A Luzuriaga, víctima de Calpe, le confiesa que lo peor de todo era combatir contra lo que no se entiende. El sentido común le indicaba que los derechos de su Biblioteca, armada por él mismo durante años, eran propiedad intelectual suya y no de Espasa Calpe de Argentina. Ante la actitud de la editorial de conservar sus derechos, para esas fechas, octubre de 1941, Ortega intentaba llevarse lo propio para comenzar otra editorial en Buenos Aires. Pero unos días más tarde se enfrenta con la dura realidad de que ni el Banco Nación ni el City Bank le otorgan un crédito. Según confiesa un testimonio argentino vinculado a la familia Olarra que desea guardar su anonimato, la realidad era que para el argentino “Ortega había dejado de ser rentable”.

Con el transcurso del tiempo en Buenos Aires, las soluciones se esfumaban y el horizonte se volvió todavía más desesperanzador cuando Estados Unidos entró en la guerra y se perdió así la neutralidad del continente. Ortega temió, con la noticia de la suspensión del correo aéreo internacional, quedar aislado de su familia. En enero de 1942 le escribe a Marañón diciendo que su vida en Argentina había perdido todo sentido y que la adquiere, en cambio, tomando contacto con los suyos. Y le confiesa a su amigo que, a pesar de todo, Europa seguiría siendo el único continente con contenido cultural. Sin perspectivas de un futuro docente en Argentina, emprendió en el Cabo de Hornos su regreso a Europa en una gris mañana de febrero de 1942. Lo despidieron en el puerto Bebé Sansinena, Máximo Etchecopar, Luzuriaga y Ramón Gómez de la Serna.

Las amarguras de Ortega en Argentina fueron similares a las de todo exiliado, que depende de la buena voluntad del país en que debe trabajar y residir. A Luzuriaga le aconseja que conserve su trabajo, ya que desarreglar la normalidad era, en la semivida del exiliado, lo más difícil y complicado. Ortega le comunica su horror de encontrarse en una situación de desarreglo permanente del cual no parecía poder salir. Y a Marañón le comenta que mover un dedo meñique era como jugar al ajedrez. Todo se había tornado en dificultad increíble.

Tan angustiante como la suya era la situación de María de Maeztu, despojada de un proyecto estable, soñando con volver a España para incorporarse nuevamente a algún círculo docente del franquismo. Ortega era plenamente consciente de lo difícil que sería el retorno a España y se lo advierte cariñosamente a su fiel amiga. Percibe que, a pesar de su ferviente nacionalismo y su adhesión a la causa del Caudillo, por su pasado (que la vinculaba a la educación liberal y laica de la mujer institucionista), sería vista con reticencia por el régimen de turno. Ortega le da a entender que tendría enemigos y que sería *persona non grata* en la nueva situación del país. Ella dice que ignora quiénes serían sus enemigos y cuáles los amigos que tomarían represalias contra ella. Para María, todo era un misterio incomprensible; “no entiendo nada, absolutamente nada”, se quejaba. No creía que pudiera ser blanco de nadie por

pretender solamente una jubilación después de treinta y cinco años de servicio docente. Para esas fechas (1938), ya el exilio americano le estaba resultando una durísima experiencia. Le confiesa a Ortega en una carta desde Buenos Aires del 20 de agosto de 1938 que la vida en Sudamérica es terriblemente dura; “yo la hubiera soportado bien si hubiese venido más joven y con el alma menos dolida, pero ahora, tal y como estoy no puedo más, no puedo”.

### **Cuando no hay dónde volver**

La correspondencia de María con Ortega y Margarita Mayo es, quizás, la más traumática y expresiva de la realidad del exilio argentino. Pero es también patética por la situación en la que se encontraba María con respecto a los cambios de España. No entendía cabalmente la dinámica reivindicativa de una guerra civil y de la cruzada nacionalista de la posguerra. Cuando finalmente regresó en 1945 descubrió la amarga realidad a la que había aludido Ortega. La Falange le había despojado de sus sueños de recuperar la Residencia de Señoritas, y ella misma no estaba libre de sospechas, a pesar de su conexión con Ramiro de Maeztu, mártir del movimiento nacionalista. Al no devolverle Franco la ilusión de re inserción en su país, María volvió a Argentina. Murió en Mar del Plata en 1948, y su testamento de 1947, hallado entre los papeles de Ortega, es una dolorosa recriminación a los que le impidieron volver a ocupar su puesto y proscribieron su labor educativa. La puñalada traperera que ella creyó ver en el argentino también se la propinó España. Ramón Gómez de la Serna, casado con una mujer argentina, recibió la estocada de desprecio de regreso de una visita a España a entrevistarse con el Caudillo. Comenzaba así, para este español de genialidades festivas y sardónicas greguerías, amigo también de Bebé Sansinena, un largo ostracismo de olvido en ambos lados del Atlántico.

En cuanto a Ortega, el epistolario con Fernando Vela descubre hasta qué punto su presencia no tenía un lugar en la España del nacional catolicismo en el cual, según Vela, reinaba la estupidez. Vela se sintió tan desprotegido en esta España como durante el exilio. Le anticipa a Ortega que “ahora sabemos que nuestro destino personal individualísimo, lo que vamos a ser incluso dentro de nuestra propia casa, depende directa o indirectamente del resultado de la guerra y esta imposibilidad de evasión, aunque sea imaginaria, angustia”. Vela describió su exilio como viviendo en una balsa y al llegar a la isla se encontró inmerso en un nuevo nivel de disociación. En su última carta a Ortega del año 1953, a dos años de la muerte del filósofo, admitía estar aburrido y rodeado de “anegados”. Se encuentra en un circuito cerrado sin poder salir afuera y con un pasado derrumbado. Al morir Ortega, se siente definitivamente solo y muerto interiormente.

Vela, que estuvo tan cerca de las aventuras intelectuales de Ortega anunciando una segunda navegación desde la prensa porteña en 1928, vive como un exiliado en su propio entorno. Sus cartas son, quizás, las que mejor analizan los efectos “estupificadores” de cuarenta años de nacionalcatolicismo durante los cuales la voz de Ortega, a pesar de un intento en el Instituto de Humanidades con Julián Marías, no tuvo un eco adecuado en la España del menéndezpelayismo más ortodoxo.

Con respecto a esta discriminación del franquismo, es un dato interesante de los papeles de Calpe en Argentina la realidad angustiante de Ortega, como para cualquier intelectual en ejercicio, la utilización de textos de otros tiempos actualizados para uso de ideologías, de derecha o izquierda, que podrían inspirar o exaltar actitudes que él no aprobaba. Al contemplar la posibilidad de reeditar algunas obras o de compaginar con Calpe sus obras completas, Ortega accedió a someterse a una discreta censura para suprimir ciertos textos de *Ideas y Creencias* o de artículos periodísticos que pudieran entenderse con un ánimo distinto al momento en que fueron compaginados. Era éste, a su entender, no tanto un acto de censura, sino una responsable “razón genérica” para que se pudiera contemplar el contexto en que brotaron las ideas, marcando siempre en notas a pie de página las diferencias entre las circunstancias del momento y de aquel otro instante de espontánea creación. Ortega, en la correspondencia con Calpe, se aviene a diversas correcciones debido a las sensibilidades alteradas en tiempos bélicos, pero no acepta la responsabilidad de los efectos de sus obras ante el hecho de que el lector contemporáneo pudiera interpretarlas como exaltación o actitudes presentes que él no comparte. A pesar de que Ortega se cuidó de que la izquierda pujante entre exiliados en Argentina, no se adueñara de sus textos que circulaban en Buenos Aires desde la colección Austral, simultáneamente se quejaría a Olarra desde Lisboa en carta del 29 de julio de 1942 de que apenas había ejemplares de su obra en las librerías de España, sin vislumbrar en aquel entonces, la férrea censura franquista que mantendría alejado al lector español y a las juventudes universitarias de su obra durante largos años.

En 1957, ya desaparecido Ortega y en el año 1956 en ocasión del festejo del Centenario de Menéndez Pelayo en toda España con la bendición del Caudillo, Jorge Vigón acusaba a Ortega de haber desviado desde 1914 a la juventud española y americana de la tradición católica que sí había defendido el Polígrafo. Ante las invitaciones de colaborar en 1947, diez años antes, con la revista *Mundo Hispano* por invitación de Joaquín Ruiz Jiménez, Ortega no se prestó a ser utilizado como símbolo de valores hispanos dentro del régimen nacionalista, consciente de que esas formas respondían al mundo intelectual regido por la hispanidad de Ramiro de Maeztu.

El desplazamiento forzoso, la separación de amigos, las distancias, las infidelidades supuestas o reales, la ausencia de toda normalidad afectiva, laboral o existencial, la manipulación y manoseo espurio del intelectual para quienes no podía haber términos medios, fueron algunos de los efectos más desgarradores de los exilios, historias tristes en las que le confesaría Morente a Ortega desde su paraíso en Tafí del Valle, que poco a poco se perdía “la noción de existir” como verdadero intelectual español.

Máximo Etchecopar rememora, en su libro *Ortega en la Argentina*<sup>37</sup> el escaso impacto orteguiano en el último viaje del exilio. En efecto, da a entender que ni los ricachones españoles ni los amigos argentinos respaldaron los intentos efectivos de poner en práctica su idea editorial de alta cultura, con la excepción de Kraft, proyecto que tampoco prosperó por renuencia de Ortega. Sin duda, el hilo tenue de las amistades porteñas sufrió también el resultado de estos fracasos. Bebe Sansinena, su más sólida amistad, es la que más vivamente le reprocha sus silencios después de su partida. Ella y Fernando Ortiz Echagüe eran las personas por las que Ortega sentía la más honda gratitud. Con Victoria llevaba “distinta cuenta”, y merecía ese vínculo un lugar aparte. Pero es la propia Victoria la que recuerda en su artículo póstumo sobre Ortega que, después de una ausencia de años, le desasosegaba el temor de descubrir en una mirada o un gesto “el aflojamiento de nuestros lazos de amistad”.

En tiempos de paz y prosperidad para Europa y España, la óptica sensata de Ortega para las generaciones que no vivieron la traumática experiencia de guerras vuelve a adquirir vigencia. En cuanto se vuelve a oscurecer el panorama europeo o universal con enfrentamientos ideológicos irreconciliables de los que emerge el alma irracional, se oscurece la trascendencia de la conciencia ecuánime y el libre examen de esencialidades que Ortega vislumbró. Pero no todos pensaban así. Parecería que, con Ortega, no se ha logrado superar acabadamente “la ley del agua revuelta” al término de las guerras (utilizando un comentario de 1939 de Establier a Ortega) manteniendo su figura entumecida bajo el dedo acusatorio del intelectual que mantuvo silencios incomprensibles mientras buscaba en la razón histórica, y no en el presente, las causas de la barbarie y decadencia de Occidente.

León Dujovne, en su libro sobre *La concepción de la Historia en la obra de Ortega y Gasset* (1968)<sup>38</sup>, considera que Ortega se convirtió en un objetivo espectador que no quiso comprender opiniones en materia política y social porque consi-

<sup>37</sup> Máximo ETCHECOPAR, *Ortega en la Argentina*. Buenos Aires: Institución Ortega y Gasset, 1983.

<sup>38</sup> León DUJOVNE, *La concepción de la Historia en Ortega y Gasset*. Buenos Aires: Rueda Filosófica de Santiago Rueda, 1968.

deraba que tal compromiso era indigno del filósofo. Lo que el filósofo debía hacer era describir y analizar los acontecimientos, pero no aprobarlos o condenarlos. En la opinión de este profesor argentino, Ortega fue un artista y un filósofo que no hizo todo lo que pudo porque dispersó su labor por ámbitos distintos y porque concluyó siendo demasiado “neutral” ante hechos de ese entonces, como para poder asumir las responsabilidades del pasado hacia el porvenir. En otras palabras, su “excesiva objetividad” ante los acontecimientos de los que fue testigo fue su gran pérdida como intelectual, proyectándose, según Dujovne, hacia la historia humana, sujeta a la fatalidad. No obstante, reconoce Dujovne que su vida fue verdaderamente dramática, que como filósofo e historiador no pudo dar todo lo que podría haber dado de sí, entre otras razones por la dolorosa circunstancia de tener que afrontar en sus últimos años las penurias materiales y económicas a las que lo sometió su condición de exiliado permanente.

Los epistolarios que hemos analizado cuidadosamente con doña Soledad Ortega desde 1936 hasta 1942 no sólo confirman la profundidad de la depresión de su padre por lo que ocurría en Europa; expresan también su gran decepción con la sociedad argentina de cara a ese público que no supo interpretar, en la alteración generalizada, las diversas significaciones de su pensamiento intacto de política, de hondas y urgentes propuestas humanas para retomar rumbos perdidos o la prosperidad soñada sudamericana. El exilio no permitió que su palabra persuasiva fuera eficaz instrumento de un necesario cambio en algunas ingentes realidades argentinas, como la inestable sociedad de masas, el Estado improvisado, la insurgencia militar, la vida personal frívola de las minorías dirigentes, la intolerancia política partidista frente a los nuevos desafíos que presentaba la situación internacional.

En 1916, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, Ortega habría insinuado en Argentina que había que tener ante la historia del futuro, la modestia de no escribirla antes de que acontezca, pero a la vez la obligación de anticipar todas sus posibilidades “y salirse armado” para estar alertas y en vigilia ante los rumores de un nuevo amanecer. Eugenio Pucciarelli, contrariamente a lo que pensaba Dujovne, diría en 1983 en un encuentro de intelectuales que “de la actitud general de Ortega se desprende una lección permanente. No se sintió atado al pasado, sino abierto al porvenir, y toda su obra es un esfuerzo extraordinario para anticipar rasgos del futuro, no avanzar a ciegas sin saber de antemano qué nos espera”<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> Eugenio PUCCIARELLI, “Ortega y el conocimiento absoluto”, en el volumen *Ortega y Gasset en el destino de América Latina*. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston, 1983, p. 11.

En ese mismo encuentro de intelectuales conmemorando el centenario de Ortega, Julián Marías intentó explicar al Ortega que dijo “no” a las beligerancias, oponiéndose a las soluciones bélicas, aconsejando prudencia en los juicios a futuro, manteniendo ciertos silencios por razones personales y de seguridad familiar que aparecen en los epistolarios más íntimos. Marías admite que a Ortega estos silencios le merecieron la réplica hostil de una parte de la sociedad porteña con quien socializaba y las mayores amarguras de su vida, que recibió más de amigos que conocían su situación en el exilio que de enemigos. “Ortega me ha dicho muchas veces, confiesa Marías, que en ninguna parte ha sido tan feliz y tan infeliz como en Buenos Aires”<sup>40</sup>. Los epistolarios dan claro testimonio de esta realidad intimista que debería ser cotejada y analizada a la luz de sus textos publicados en *La Nación* desde 1930 hasta su despedida final en 1952, cuando intentó ante los argentinos definir por última vez el papel del intelectual al analizar el estilo filosófico en torno al “Coloquio de Darmstadt”<sup>41</sup>.

No es por casualidad que, pasada ya la animosidad bélica europea y cuando los argentinos padecían su propia crisis política dentro del período peronista, Ortega volviera a analizar desde el diario *La Nación* la relación entre pensamiento y lenguaje, entre el escritor y pensador, anteponiendo las ideas al lenguaje. En esta serie de artículos describe al pensador como aquel que se encuentra ante la lengua en una situación dramática porque el pensador es el que descubre y revela realidades nunca vistas antes por nadie.

La lengua, aquella obsesión orteguiana del exilio, que desde su ensayo en *La Nación* “Miseria y Esplendor de la Traducción”<sup>42</sup> y “Prólogo para franceses”<sup>43</sup> de 1937 que le llevó a plantear una reforma lingüística desde la problemática de la traducción y desde el interés dramático del decir humano en tiempos de alteración y de poca comprensión entre naciones, reaparece en este mismo diario en el año 1952 al publicarse sus tres artículos de la serie “En torno al coloquio de Darmstadt”. Esta vez encara la cuestión desde la óptica de un órgano colectivo, como el medio que expresa lugares comunes, cosas

<sup>40</sup> Julián MARIAS, “Las sucesivas visiones de América en Ortega”, en *Ortega II. Las trayectorias*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 23.

<sup>41</sup> Los tres artículos “En torno al Coloquio de Darmstadt” se publicaron en tres partes en *La Nación* los días 6 y 15 de junio y 27 de julio de 1952.

<sup>42</sup> La serie “Miseria y Esplendor de la Traducción” apareció en sucesivos artículos en el diario *La Nación*: “La miseria” (13 de julio); “Los dos utopismos” (20 de junio); “Sobre hablar y callar” (27 de junio); “No hablaremos en serio” (4 de julio); “El esplendor” (11 de julio).

<sup>43</sup> “Prólogo para franceses” apareció en sucesivos artículos en el diario *La Nación*: “Límites de la Palabra. La homogeneidad creciente” (18 de julio); “Unidad europea” (25 de julio); “El viejo liberalismo. Las doctrinas” (1.º de agosto); “La variedad de situaciones” (8 de agosto); “Europa la termitera. Los demagogos” (15 de agosto); “El método de la revolución y de la continuidad” (22 de agosto).

consabidas por todos, pero que el pensador utiliza para ir más allá en el decir. Él tiene que formularse a sí mismo y para los demás dentro de una entrevisión de las cosas, una fórmula incompleta de ellas en donde debe crearse un lenguaje nuevo para no caer en el preestablecido. Ello conduce, afirma Ortega, a que quizás nadie entienda, y si se atiene a los vocablos usuales no logre decir su nueva verdad. Lo peligroso, a su entender, es quedarse atrapado en una terminología mineralizada, en palabras usadas para quien debería ser creador de pensamientos dinámicos, siendo que el genio analítico debe tener un peculiar talento para nombrar sus hallazgos.

Cuando Ortega, en esta última intervención desde *La Nación*, llega a definir para el lector el buen estilo filosófico, lo cataloga como aquél que, evadiéndose de las terminologías vigentes se sumerge en la lengua común, pero no para usarla como existe, sino reformándola desde sus propias raíces lingüísticas tanto en el vocabulario como en la sintaxis. Utilizando el estilo de Heidegger como ejemplo, Ortega sostiene que la palabra puede poseer una multiplicidad de sentidos que residen en ella estratificados, unos más superficiales y otros más cotidianos o recónditos. Heidegger atraviesa el sentido vulgar y externo de la palabra, lo anula, y hace emerger de ella su sentido fundamental.

Este afán de devolverle al lenguaje su verdadero sentido, fuera de lo anecdótico o casual, fue, en tiempos del exilio, la clave del profundo desencanto con su público preferido. Porque detrás del uso del lenguaje, en aquel entonces mal aplicado, vaciado de contenido, que todo lo iguala, como era el caso del discurso positivista, se escondían juicios personales, ideologías políticas, arbitrariedades en el decir, profundos resentimientos en los cuales se sacrificaba la autenticidad de una palabra, quitándole la raíz de su más profundo contenido histórico.

Este pueblo joven, de identidad endeble, que con facilidad asombrosa daba lugar a cambios de significación en las palabras, que reclamaba el derecho a reinventar su idioma para los argentinos reprimiendo el sentido originario del lenguaje al que sustituía por significaciones cosmopolitas (que el azar hacía caer sobre el vocabulario), no comprendió el dilema de Ortega en el exilio queriendo recobrar para sí mismo la precisión y el rigor en el pensar y hablar. En “Meditación del Pueblo Joven” y en “Meditación de la Criolla” expresó su gran frustración por no poder acariciar la palabra en su arcana raíz, en su realidad colectiva, como sí había logrado la filosofía de Heidegger para sus contemporáneos.

Ortega, en su despedida periodística, admite que no consiguió conquistar en Argentina el sentido originario de “lo consabido”; y no lo logró desde la intimidad de la lengua hispana compartida, de aquella lengua latina que era, a su entender, la raíz de los pueblos sudamericanos, de su identidad hispánica de

donde provenía su historicidad y su intimidad identificatoria dentro de la ciencia que la descubre, que era la lingüística.

Si en tiempos de guerra el lenguaje que dominaba era el de las ideologías extremas incluso entre los “cultos”, Ortega retornaría en los años 50 al lema de su artículo del año 1925 “La Reforma de la Inteligencia”<sup>44</sup>, donde comenzó a demarcar la línea divisoria entre el político y el filósofo. Esta vez haría hincapié en la separación entre el escritor o poeta que se mueven en formas de pensar distintas. Pero el suelo sobre el cual se moviliza el pensamiento es el de la filosofía, que puede ser erudita, popular, propia o ajena, vieja o nueva, genial o estúpida, pero es siempre planta viviente sobre la que se aferran los hombres, incluso los propios políticos, que se irritan con el filósofo. Al analizar el papel del especialista o del profesional en Filosofía, Ortega defiende a rajatabla su muy desprestigiado oficio de pensador profesional, exonerando incluso el estilo filosófico de los latinos, que consistía en la claridad y no en razonamientos difíciles o en oscuridades germánicas que han hecho sudar a los pueblos para ser entendidos.

Ortega insiste en 1939 con el argentino que el filósofo rumiaba lentamente, y que no le tuvieron paciencia porque en tiempos de acción directa la excursión filosófica parecía un proceso escapista, o la interpretación de su razón histórica como perpetuo retroceso (dispersión por no decir evasión de razonamiento por analogía como diría Dujovne). En 1952 anunciaba desde Alemania, y para su público periodístico, la necesidad de retomar el rumbo filosófico, de arriba para abajo, yendo detrás y por debajo de todo lo que hay por ahí, y por debajo incluso de los principios y teorías en ejecución.

Era en definitiva su razón histórica, tan menospreciada en tiempos del exilio, la que volvía como un ejercicio necesario para cuestionar verdades establecidas de la ciencia o civilización, para verles la espalda y el asiento, descubriendo sus derivaciones o falsedades a fin de otorgarles más firmeza. Para el buen burgués, dice Ortega, el filósofo es peligroso porque trastoca su conformismo encerrado en un lenguaje que esclaviza para no pensar a fondo.

Para los argentinos el mensaje llegaba cuando se iniciaba un período de desencuentro nacional, de disensión radical en el cual muchos escritores y amigos de Ortega que en otro tiempo habrían defendido la democracia liberal contra el “totalitarismo”, frustrados por el populismo gobernante, la adhirieron a revoluciones cívico militares, “salvadoras”, con que se anulaba la constitución para acabar con el “fascismo” del peronismo y las masas obreras en ascenso. Era una nación que no había encontrado esa “bisagra” de concordia social y política que Ortega propuso desde el diario *La Nación* en sus ensayos

<sup>44</sup> “La reforma de la inteligencia” se publicó en *La Nación* el 26 de abril de 1925.

de exilio sobre el Imperio Romano en 1940. Desde allí advertía que al someter nuevamente las palabras a un lenguaje en el que nada es común entre los contendientes, se destruía el Estado y con él todas las vigencias de ideas, normas de estructuras en que apoyarse para un futuro democrático.

Ésta era la situación en que Argentina iniciaba la cuesta de su más traumático período histórico. Como dejó dicho Ortega desde La Plata en 1939, se dejaba atrás el delicioso aire bucólico de la era colonial, ese campo abundante en derredor de unos pocos, para comenzar su verdadera peregrinación histórica en la que se cerraba su adolescencia de progresismo utópico para entrar en otra refundación social.

Quizás quien mejor sintetizó desde la experiencia argentina el final del exilio americano de Ortega fue su amigo Roberto García Pinto, quien con el correr de los años, en 1966<sup>45</sup>, recordaba cómo Ortega prefirió durante su exilio reducir al mínimo su actuación intelectual por no entenderse con la gente. “Se recluyó en un altivo silencio, aislándose del aire embravecido que emanaban las recientes luchas políticas y los años inmediatos a la conclusión de la Guerra Civil Española, que incitaba a los frenéticos a buscar camorra y a comprometer a la gente dentro de ideologías de pugna. Un día le oímos decir que «se vivían tiempos de catacumbas», de resguardar la fe de cada uno bajo la tierra hasta el resurgimiento de una era de paz que fuera de nuevo propicia para el pensamiento”.

Rememoraba García Pinto cómo esas cualidades de vida ascendente, que florecieron en años anteriores, y estimularon a Ortega intelectualmente, no se pronunciaron en su último viaje del exilio a favor del filósofo. Los allegados, los supuestos amigos porteños, carecieron de visión y generosidad para impulsar su proyecto editorial, pudiendo brindarle apoyo financiero para su subsistencia. La explicación se debía a que “el país en general padecía una ola de torpeza y de cerrazón mental premonitoria de la profunda crisis en que iba a precipitarse. Pronto todo fue desbarajuste y aflicción de espíritu como si una bíblica maldición anegara nuestra tierra y nuestras esperanzas”. Y añade: “El hecho de que la Universidad Nacional de Buenos Aires no le hubiera brindado a la mayor cabeza pensante del mundo hispánico una cátedra como titular de filosofía o un instituto de importancia para estudios y cursos de su especialidad, como se lo hubiera hecho en cualquier país de jerarquía intelectual, significó una aberración, un lamentable ejemplo de obnubilación mental y hasta moral”.

Continúa García Pinto: “Tuvimos ocasión de asistir, dentro de un círculo de amigos, al anuncio de su partida y fue grande el desasosiego y la sorpresa de

---

<sup>45</sup> Roberto GARCÍA PINTO, “Los pasos de Ortega en la Argentina. Al paso de las ideas. Estudios y Comentarios”, Salta, 1989, pp. 57, 75 y 76.

los contertulios, especialmente de aquéllos que no habían procurado realizar los esfuerzos necesarios para evitarla”. Su comentario retrospectivo es que nadie pudo prever que “su bronco acento viril que de modo tan profundo contribuyó a formar lo mejor de la Argentina intelectual de nuestro tiempo ya no sería escuchado otra vez”.

Ortega se habría marchado de Sudamérica para siempre, gastado por los males del cuerpo y del alma y, como dejó dicho al concluir su “Meditación de la Criolla” su voz empezaba a extinguirse. Había caminado mucho, ciega y sorda; se habría extenuado en muchos sitios sin saber lo que en ellos pasaba. En su exilio dejaba constancia de que prefería ya volverse hacia sí mismo, retirarse del mundo público, apagarla de su audiencia argentina en un contundente adiós porque no llegó a realizar, como otros exiliados republicanos, una posible y fecunda vida argentina.

A decir verdad, el argentino no le acompañó en su exilio, ni le permitió ocuparse con plena energía intelectual a encarar su razón histórica y dentro de ella los principios de una nueva filología para despejar equívocos y la desconfianza del idioma por las diversas significaciones distorsivas, producto del lenguaje que confundía etimologías en tiempos de crisis. En Buenos Aires habría sentido, no como teoría sino como experiencia personal que “para decir algo, nada más que algo, tenemos que renunciar a decir todo lo demás”. Y se refería sólo a lo que habría que decir para que, efectivamente, estuviese expresado con integridad, ese algo que le urgía decir. Es en nuestro país donde Ortega elaboró la relación entre circunstancia y lengua, siendo la circunstancia la que ponía los elementos principales en la comprensión de lo que se decía. Era evidente a su entender que cada palabra, aun la menos equívoca por sí misma, cambiaba de significado, dependiendo de quién la pronunciara y quién la escuchara; tenía otro matiz según quién la decía o quién la oía en un momento determinado.

Ortega en “Meditación del Pueblo Joven” eleva a principio esta fórmula vagabunda y hace notar que toda palabra “aun aparte de sus equívocos sabidos y normales, aun usadas en una sola de sus significaciones significa infinitas cosas, más o menos distinta, según quien la dice y según sea quien la oye. Díganme ustedes, siendo así la realidad del hablar, cómo no va a ser difícil entenderse. Y siendo que la Argentina era de habla hispana y no necesitaba de los riesgos de la traducción de un idioma a otro, advertía que no bastaba para entenderse conocer bien la lengua compartida sino que además para entenderse de verdad debían conocerse los que hablaban; de lo contrario “la conversación se encrespa y se destruye en una serie infinita de *quid pro quo*, de malas inteligencias”. Al concluir, redondea su idea con este mensaje: “La realidad del lenguaje no es la figura abstracta y desnuda que de él nos dan, porque no

pueden otra cosa y harto hacen, el vocabulario y la gramática, sino esa novedad constante, esa variación permanente que experimenta una misma palabra en el diálogo de hombre a hombre, en el viaje nuevo de tal labio a tal oído”. Le recuerda a su auditorio que ejerce el papel de escucharle, que en treinta años de labor universitaria había hablado en público relativamente pocas veces, temiéndose que dar condiciones previas para que se produzca esa realidad sublime; “tal vez la más alta a que pueden aspirar los hombres –ese sacramento de humana comunión– que es entenderse hablando”.

Es en este sentido profundo que su exilio argentino, como demuestran los epistolarios, le resultó una experiencia terrible, tan traumática que en su vuelta a Europa no retomó su diálogo con nuestra sociedad, únicamente para defender desde su *Diálogo en Darmstadt*, artículos que se publicaron en el diario *La Nación* en junio-julio del 52, su reputación de intelectual puesta a prueba durante su exilio. Era la última oportunidad para que nuevas generaciones argentinas, iniciando la histórica pendiente peronista, oyeran la voz de un filósofo que desnudó su vida diciendo cosas entre los argentinos.

Citando a Heidegger, y dentro del ánimo de la reconstrucción de una Alemania en ruinas que tenía que ser reconstruida desde sus bases arquitectónicas, Ortega dejaba caer ante el argentino su última propuesta como pensador, trayendo a la atención de su lector lo que eran, esencialmente, la filosofía y el rol del filósofo: la intención de comunicarse con aquella claridad de estilo, que era la cortesía del filósofo en tiempos de paz y recuperación europea. ●

## ■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAMPOMAR, M. (2003): *Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- (1999): "Ortega y Gasset y el proyecto editorial de Espasa Calpe Argentina", *Revista de Occidente*, 216, pp. 99-116
- DUJOVNE, L. (1968). *La concepción de la Historia en Ortega y Gasset*. Buenos Aires: Rueda Filosófica de Santiago Rueda.
- ETCHECOPAR, M. (1983): *Ortega en la Argentina*. Buenos Aires: Institución Ortega y Gasset.
- GARCÍA PINTO, R. (1989): "Los pasos de Ortega en la Argentina. Al paso de las ideas. Estudios y Comentarios", Salta, 1989.
- MARAÑÓN, G. (1941): "Soledad y libertad", en *Vida e Historia*. Buenos Aires: Espasa Calpe, colección Austral, pp. 9-37
- MARIAS, J. "Las sucesivas visiones de América en Ortega", en *Ortega II. Las trayectorias*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- OCAMPO, V. (1966): "Vida de la Revista *Sur*. 35 años de una labor", n.º. 303-304-305, p. 17.
- ORDÓÑEZ LÓPEZ, P. (2009): *Miseria y esplendor de la traducción. La influencia de Ortega y Gasset en la traductología contemporánea*. Castellón de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983): *Obras completas*. Tomo VIII. Madrid: Alianza Editorial.
- (2008): *Correspondencia: José Ortega y Gasset, Helene Weyl*, edición de Gesine Märten. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Manuel García Morente. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Lorenzo Luzuriaga. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, María de Maeztu. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Victoria Ocampo. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Luis Recasens Siches. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Sánchez Albornoz. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- PUCCIARELLI, E. (1983): "Ortega y el conocimiento absoluto", en *Ortega y Gasset en el destino de América Latina*. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston.



# La experiencia de lectura como pedagogía de la vida en Ortega

Juan Carlos Castelló Meliá

## Resumen

Qué cosa sea leer y cómo tiene lugar la lectura resulta ser todavía una de las cuestiones más oscuras. Ciertamente, leemos pero ignoramos qué cosa sea leer: a los lectores de hoy, supuestamente amenazados de extinción, todavía nos queda por aprender qué es la lectura. En este artículo vamos a tratar, con Ortega, de arrojar un poco de luz sobre la oscuridad de esta maravillosa y pedagógicamente fundamental experiencia lectora. Descubriremos que la experiencia de lectura está indisolublemente unida a la idea de ser humano (novelista de sí mismo) y a la hermenéutica.

## Palabras clave

Ortega y Gasset, lectura, hermenéutica, silencio, palabra, narrativa, texto

## Abstract

What reading is and how reading takes place is still one of the darkest issues. In fact, we read but we ignore what reading means. Today's readers, who are supposedly in danger of extinction, have not learnt yet what reading is. In this article we are going to try, with Ortega's help, to shed some light on this wonderful and pedagogically fundamental reading experience.

## Keywords

Ortega y Gasset, reading, hermeneutics, silence, word, narrative, text

## I. De la vida que se revela en la experiencia de lectura: novelar la vida

Somos novelistas de nosotros mismos, lo que significa que la tarea del ser humano es eminentemente creadora, pues consiste en “proyectos de hacer y de ser en vistas de las circunstancias (...)”. Se olvida demasiado que el hombre es imposible sin imaginación, sin capacidad de inventarse una figura humana, de «idear» el personaje que va a ser. El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario<sup>1</sup>. Y en este camino para llegar a ser el que se es,

<sup>1</sup> *Oc83*, IV, 34. Las obras de José ORTEGA Y GASSET se citan por la edición en doce volúmenes, Madrid: Alianza Editorial, 1983. Indicando el número de tomo en números romanos y el de página en arábigos.

### Cómo citar este artículo:

Castelló Meliá, J. C. (2010). La experiencia de la lectura como pedagogía de la vida en Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 159-178.  
<https://doi.org/10.63487/reo.516>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre



en esta aventura que consiste en ser-en-proyecto, viene a ofrecerse la lectura como compañera de viaje.

Por eso Ortega entiende que un buen libro debe, primero, tener sentido y trayectoria: “si un libro quiere conmovernos con la absurda contingencia que llena el cauce de la vida, es menester que él no sea también contingente. La teoría tiene que «entender» lo ininteligible como tal –decía Hegel. Asimismo, el arte de lo que no tiene trayectoria ni sentido necesita de sentido y trayectoria”<sup>2</sup>. Pero esta trayectoria y este sentido tenemos que descubrirlo cada uno de nosotros, cada uno de los lectores. “No se olvide que es siempre la lectura una colaboración”<sup>3</sup>. Por eso hay que “enseñar a leer los libros adaptando los ojos del lector a la intención del autor”<sup>4</sup>. Y esto se logra ateniéndonos a las circunstancias en que fue escrito, descubriendo lo no-dicho por el autor y experimentando la palabra (escrita).

Por todo ello, la lectura es imprescindible para la vida y el lector lo es para el libro, en un sentido que va más allá del elemental: la necesaria colaboración del lector con el autor se entiende a medida que se da una adaptación de trayectoria lector-libro y viceversa, a medida que el libro va repercutiendo con mayor intensidad en nosotros. Porque en la lectura de lo que se trata es, precisamente, de conseguir “realizar lo que sólo como posibilidad latía en nosotros”<sup>5</sup>.

En este sentido, Ortega nos presenta el acto lector como una tablilla de salvación que lleva al naufrago a alcanzar la tierra firme, esto es, lo que sólo como posibilidad somos. Por eso insiste tanto en indicar que el libro abre trayectoria y da sentido a nuestro ser como proyecto que se enfrenta al mundo como obstáculo y como yo que ha de reabsorber la circunstancia: “la lectura, en su más noble forma, constituye un lujo espiritual: no es estudio, aprendizaje, adquisición de noticias útiles para la lucha social. Es un virtual aumento y dilación que ofrecemos a nuestras germinaciones interiores”<sup>6</sup>.

Ortega nos lo dice todavía de otro modo: “Yo leo para aumentar mi corazón”. Esta dilatación personal, esta búsqueda es un “síntoma decisivo del espíritu”, que se guía por lo que Leibniz denomina *percepturatio*, es decir, “*une tendance à nouvelles perceptions*, una como sensibilidad para lo que aún no está ante nosotros, para lo ausente, desconocido, futuro, remoto y oculto. Este apetito,

<sup>2</sup> Oc83, II, 99.

<sup>3</sup> Oc83, II, 70. Aplicación peculiar de lo que decimos es la última página (en blanco, para que el lector siga la narración) de *El Castillo*, de Kafka.

<sup>4</sup> Oc83, II, 167.

<sup>5</sup> Oc83, II, 168.

<sup>6</sup> Oc83, II, 168. Al respecto, escribe Ortega en nota a pida de página: “Decía Goethe: En fin, que me es odioso todo lo que meramente me instruye sin aumentar mi actividad o reanimarla de una manera inmediata”.

este conato e impulso nos hace rodar más allá de nosotros mismos, aumentarnos, superarnos. Sin ese afán de acaparar el mundo, el hombre sería la más blanda de las rocas”. Por ello, la *tendance à nouvelles perceptions* me hace exigir de todo hombre y de todo libro que sea algo nuevo para mí y muy otro que yo. De cualquier libro o autor, hay que señalar (tiene que señalarse cada lector) “la sobra de su espíritu, su individual postura ante ese temblor ubicuo que llamamos vida”<sup>7</sup>.

La vida es, efectivamente, un temblor ubicuo. Por ello es drama. Y lo es porque, en esta tensión entre “temblor ubicuo” y la aspiración a “aumentar el corazón”, hay un argumento vital que pugna por desarrollarse, es lucha, es esfuerzo (vocación). Y, en este sentido, hay que recordar de nuevo que vida y literatura coinciden en el sentido de la vida como un género literario<sup>8</sup>.

## 1. La experiencia de lectura

Qué cosa sea leer y cómo tiene lugar la lectura resulta ser todavía, sostenía Gadamer, una de las cuestiones más oscuras. Ciertamente, a pesar de las no pocas incursiones teóricas de los más diversos intelectuales preguntándose por ella, a pesar de la gran cantidad de lectores que reflexionan sobre su acto, la tarea de leer parece ser todavía un misterio. Leemos pero ignoramos –incluso en el orden neurofisiológico– qué cosa sea leer. Como bien señala Alberto Manguel, a los “lectores de hoy, supuestamente amenazados de extinción, todavía nos queda por aprender qué es la lectura”<sup>9</sup>.

En este artículo vamos a tratar, con Ortega, de arrojar un poco de luz sobre la oscuridad de esta maravillosa y pedagógicamente fundamental experiencia lectora. Una experiencia que nuestro autor relata de este modo: “Cuando el pájaro abandona la rama en que ha cantado deja en ella un estremecimiento. Cuando un sonido sacude el aire, los objetos circundantes se sienten vulnerados deleitosamente en no sabemos qué elemental sensibilidad oculta bajo el mutismo inerte de su materia (...). Del mismo modo, un libro, al ser cerrado, produce ante nosotros un instantáneo vacío espiritual, dentro del cual se precipitan un torbellino de ideas, recuerdos, alusiones, gérmenes de ensueños, apetitos que dormitaban y, en vaga nube de oro, polvo de teorías. Son nuestras resonancias de lector. El libro leído repercute en nosotros según el timbre de

<sup>7</sup> *Oc83*, II, 77.

<sup>8</sup> Pero, a diferencia de los filósofos existencialistas, no nos encontramos con la angustia sino con una “pasión finamente dramática”. Este drama que es la vida, sin embargo, hay que vivirlo también en sentido deportivo y festivo –esto escribe Ortega en los momentos de la gran crisis personal y europea.

<sup>9</sup> A. MANGUEL, *Una historia de la lectura*. Barcelona: Círculo de lectores, 2001, p. 39.

nuestras íntimas voces. Dura unos momentos el fenómeno. Si lo dejamos pasar, podremos hacer sobre el libro un estudio crítico más o menos sabio y reflexivo; pero no conseguiremos fijar aquellas espontáneas resonancias que, rápidas y en vuelo apasionado, deja escapar nuestra intimidad. Lo que sigue, pues, no tiene pretensiones de crítica: son los rumores que se escuchan en mi selva interior cuando un viento ideal las ha agitado”<sup>10</sup>.

La lectura implica, entonces, a un tipo de experiencia que repercute en nuestro interior, que tiene el poder de transformarnos –suavemente o a martillazos–; es un tipo de experiencia que implica “cancelar esa frontera entre lo que sabemos y lo que somos, entre lo que pasa (y que podemos conocer) y lo que nos pasa (como algo a lo que debemos atribuir un sentido en relación con nosotros mismos)”<sup>11</sup>.

Una experiencia –tan magníficamente reflejada por Ortega en su comentario a *Le petit Pierre* de Anatole France– que posteriormente ha denominado Gadamer “apropiación”. Cuando nuestro autor habla de los rumores que se escuchan en mi selva interior cuando un viento ideal las agita, hace referencia a una verdadera experiencia de lectura cuya apropiación se hace en el sentido propio del texto y en el camino abierto por él..., por eso decíamos más arriba que la lectura revela la vida y su sentido narrativo. Porque, ciertamente, el texto nos pasa; con el vamos siendo diferentes en la medida en que repercute en nosotros (apropiación pero también ya *applicatio*), en la medida en que “repercute en nosotros según el timbre de nuestras íntimas voces” y nos invita o empuja hacia el manantial que alimenta el saber cómo llegar a ser el que se es (*wie man wird, was man ist*, que dice el subtítulo de *Ecce Homo*, y que tantas veces recoge Ortega de él y de Píndaro).

## 2. ¿Qué es leer?

Cuando Ortega habla de la lectura, la dirección que toma su reflexión es netamente hermenéutica: “leer es interpretar y no otra cosa”<sup>12</sup>. Pero “leer es,

---

<sup>10</sup> *Oc83*, II, 229. Kafka observa lo mismo que Ortega pero en una línea más contundente e, incluso, agresiva, puesto que para él “lo que necesitamos son libros que nos golpeen en lo más íntimo: creo que sólo debemos leer libros que nos muerdan y nos arañen –escribió en una carta a su amigo Oskar Pollak. Si el libro que estamos leyendo no nos despierta como si con su lectura recibiésemos un mazazo en la cabeza, ¿para qué leerlo? Seríamos igual de felices sin libros, a pesar de lo que dices, Oskar. Lo que necesitamos son libros que nos golpeen como una desgracia dolorosa, como la muerte de alguien a quien queríamos mucho. Un libro debe ser el hacha que quiebre el mar helado que tenemos dentro de nosotros”, cit. en G. STEINER, *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa, 1982, p. 101.

<sup>11</sup> J. LARROSA, *La experiencia de lectura*. Barcelona: Laertes, 1996, p. 19.

<sup>12</sup> *Oc83*, IX, 752; *Oc83*, II, 47.

como todas las demás ocupaciones humanas, una faena utópica (...). Comienza por significar el proyecto de entender plenamente un texto. Ahora bien, esto es imposible. Sólo cabe, con un gran esfuerzo, extraer una porción más o menos importante de lo que el texto ha pretendido decir, comunicar, declarar, pero siempre quedará un residuo ilegible. Es, en cambio, probable que mientras hacemos este esfuerzo leamos, de paso, en el texto, esto es, entendamos cosas que el autor no ha querido decir y, sin embargo, las ha dicho<sup>13</sup>. A esto lo llamaré –como tendremos tiempo de analizar– “exuberancia”. Y reforzaré esta idea formalizándola en dos principios –de carácter eminentemente hermenéutico– en su proyectada Axiomática para una nueva filología<sup>14</sup>, a saber: a) todo decir es deficiente (dice menos de lo que quiere); b) todo decir es exuberante (da a entender más de lo que se propone)<sup>15</sup>.

### 3. Leer filosofía

Ortega, sobre el nivel de Dilthey y distinto pero no distante de Heidegger, Gadamer y Ricoeur, sostiene que el caballo de batalla de la hermenéutica de lectura –en tanto que experiencia verdadera– es el de la de interpretación entendida como la tarea de comprender plenamente un texto; y que esto es, como veíamos, faena utópica: sólo cabe, con gran esfuerzo, extraer una porción más o menos importante de lo que el texto ha pretendido decir, comunicar, aclarar, pero siempre quedará un residuo ilegible. Pero, además de este “residuo ilegible”, puede que “mientras hacemos ese esfuerzo leamos, de paso, en el texto, esto es, entendamos cosas que el autor no ha «querido» decir y, sin embargo, las ha «dicho», nos las ha revelado involuntariamente, más aún, contra su decidida voluntad”<sup>16</sup>.

Requerimos una lectura atenta (a la que llama estudio) del texto que tratamos de interpretar. Por ello señala Ortega la diferencia entre el leer ingenuo y el leer arropado por una metodología hermenéutica apropiada: “(...) entre leer un libro y estudiarlo va, por lo menos, esta clara diferencia: leer es recibir el pensamiento del autor; estudiar es reconstruirlo mediante la propia meditación. El estudioso de filosofía deberá acostumbrarse a no leer libros filosóficos. Si se

<sup>13</sup> *Oe83*, IX, 751.

<sup>14</sup> *Oe83*, IX, 751. Dice Julián MARÍAS que este proyecto iba a formar parte –como un capítulo– de su también proyectada *Aurora de la razón vital* (Cf. *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza, 1984, p. 455).

<sup>15</sup> Como hace ver Pedro CEREZO, hay aquí una cierta afinidad entre Ortega y el segundo Wittgenstein (Cf. *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel, 1984, p. 383): ambos vienen a entender el lenguaje como forma de vida. Cf. también A. OVEJERO, *Ortega y la postmodernidad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, pp. 176-177.

<sup>16</sup> *Oe83*, IX, 751.

deja llevar por la comodidad de la lectura está perdido: nunca será dueño de los problemas y métodos de su investigación”<sup>17</sup> (la cursiva es nuestra). Leer es –ya lo sabíamos– reconstruir, interpretar. Y para ello necesitamos acudir a la llamada del texto pertrechados de una adecuada metodología hermenéutica, pues la lectura es mucho más que “resbalar” la pupila por entre las palabras de la frase.

Así, la verdadera experiencia de lectura se identifica con lo que Ortega denomina aquí “estudiar”, que es un leer reflexivo, reconstructor de sentido. Por eso mismo, “la filosofía no se puede leer –es preciso desleerla–, quiero decir, repensar cada frase, y esto supone romperla en sus vocablos ingredientes, tomar cada uno de ellos y, en vez de contentarse con mirar su amena superficie, tirarse de cabeza dentro de él, sumirse en él, descender a su entraña significativa, ver bien su anatomía y sus límites para salir de nuevo al aire, dueño de su secreto interior. Cuando se hace esto con los vocablos todos de una frase quedan unidos no costado a costado, sino subterráneamente, por sus raíces mismas de idea, y sólo entonces componen de verdad una frase filosófica. A la lectura deslizante u horizontal, al simple patinar mental hay que sustituir la lectura vertical, la inmersión en el pequeño abismo que es cada palabra, fértil buceo de escafandra”<sup>18</sup> (las cursivas son nuestras).

Para llevar a cabo esta ardua pero apasionante tarea de “descender a la entraña significativa”, de llegar a las “raíces mismas” del texto (o, ciertamente, de cualquier otra realidad), tendremos que atender a la circunstancia, a la red de creencias, etcétera que están –cual humus– en su base, reviviéndolo. Esa tarea arqueológica (reviviscente de las creencias) y exploratoria (de la circunstancia) es lo que hace que la lectura sea una actividad difícil, de ahí que sostenga que “para leer (...) debiéramos exigir cierta solemnidad”<sup>19</sup>.

Precisamente por ello podemos entender que la actitud del buen lector sea la del que “tiene casi constantemente la impresión de que no se ha enterado bien”<sup>20</sup>. Para el mal lector, leer se convierte en un “resbalar del significado espontáneo o impresionista de una palabra al de otra y del sentido primerizo de una frase al de la subsecuente”<sup>21</sup>. La condición para que un escrito sea considerado filosófico recae, en cierto sentido, más del lado del lector que del escritor, porque “todo escrito puede ser transmutado en literatura por quien de leer hace una operación superficial, una variedad de la patinación, resbalando sobre la página impresa (...). La literatura se lee sin pensar y por eso se hace

<sup>17</sup> *Oc83*, VI, 294-295 (en nota).

<sup>18</sup> *Oc83*, VII, 318.

<sup>19</sup> *Oc83*, VI, 248.

<sup>20</sup> *Oc83*, VII, 50.

<sup>21</sup> *Oc83*, VII, 318.

de todo lo que se lee, literatura”<sup>22</sup>. El papel de la hermenéutica de lectura será, precisamente, hacer de la lectura una reconstrucción (reviviscente y proviviscente) o recolección de sentido (y, en cierto modo, un acto filosófico: filosofar y leer, en este caso, se identifican).

Las dificultades que en la lectura de escritos filosóficos encuentran las personas no muy preparadas en esta disciplina “proviene con frecuencia no de que el autor piense más que el lector, sino, al revés, de que el lector añade a lo que el texto dice ideas que él supone, sin más, que debe tener el autor”<sup>23</sup>. Además, hay que unir a ello la “doble condición del decir, extraña y antitética”, que Ortega –como hemos señalado– concreta, a manera de principios hermenéuticos de lectura, de este modo: 1.º todo decir es deficiente (dice menos de lo que quiere); 2.º todo decir es exuberante (da a entender más de lo que se propone)<sup>24</sup>.

## II. Experiencia de lectura y limitaciones del “decir”

Como indicábamos, para Ortega leer significa el proyecto de entender plenamente un texto. Faena utópica, porque todo decir es deficiente y exuberante. A ello hay que añadir un obstáculo más: leer un texto supone un modo extraño de diálogo, pues la vigencia del lector contrasta con la ausencia del escritor del texto leído. Ese elemento carencial repercute de forma contundente en el lector, pues el texto dialogará según la “presión” que ejerza el lector sobre él. Por ello sostiene Gadamer que la escritura es “autoextrañamiento”<sup>25</sup>, esto es, una alienación con respecto al autor y con respecto al mundo presente, preciso y definido en su significado, de manera que se requiere en cada caso su superación, apropiándose de sus virtualidades semánticas en una nueva configuración de sentido.

Pero si leer un texto consiste en interpretarlo, habrá que superar la condición de “lenguaje extraño” a la que alude Gadamer. Esta situación la planteaba anteriormente Ortega al señalar las limitaciones del decir: “la inefabilidad”, “lo inefado” y la fragmentariedad<sup>26</sup>. Por ser inefable, en todo decir hay algo no dicho, precisamente lo que Ortega califica como “lo inefado” (*ungevag-*

<sup>22</sup> *Oe83*, VIII, 297.

<sup>23</sup> *Oe83*, VIII, 256.

<sup>24</sup> Recomienda aquí Ortega la lectura de su libro (en aquel entonces en preparación) *Velázquez*, especialmente el capítulo primero: “La reviviscencia de los cuadros”, como ejemplo de exuberancia (*Oe83*, VIII). Este texto será fundamental, como veremos, para la conformación del método de la hermenéutica narrativa.

<sup>25</sup> GADAMER, H. G., *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1977, p. 469.

<sup>26</sup> *Oe83*, IX, 755.

tes heideggeriana<sup>27</sup>). El silencio, en el texto, se torna así fundamental para la difícil (y utópica) tarea del lector: “la lengua en su auténtica realidad nace y vive y es como un perpetuo combate y compromiso entre el querer decir y el tener que callar. El silencio, la inefabilidad, es un factor positivo e intrínseco del lenguaje”<sup>28</sup>, por ello el lenguaje “está limitado siempre por una frontera de inefabilidad (...), por lo que en absoluto no se puede decir”<sup>29</sup>. Así, lo presuntamente inexpresado puede añadirlo el lector por sí mismo, cumpliendo así la tarea del pensar y proyectar narrativos (pro-viviscencia) a que la lectura invita. Pero la fragmentariedad acecha: la lengua es, de suyo, un mero fragmento de la expresividad humana. Y éste es un límite infranqueable para el lector de un texto.

Esta “condición inefable del lenguaje”<sup>30</sup> le lleva a Ortega a articular un ‘esbozo de teoría del lenguaje’ que interesa sobremanera a la hermenéutica de lectura que andamos aquí investigando. Sabemos que la clave de tal inefabilidad es el silencio<sup>31</sup>. Este asunto, piensa Ortega, ha sido casi siempre pasado por alto por parte de los lingüistas. Sostiene nuestro autor que la lingüística es esencialmente macroscópica. Si ha de haber en ella un progreso sustantivo es preciso –piensa– que pase a la microscopía (de la que Ortega ve indicios –todavía inconexos– en la geografía lingüística, el estudio de la lengua desde los dialectos patois, argots, lenguajes de grupos profesionales, la estilística, etc.): sólo

<sup>27</sup> HEIDEGGER, M., *¿Qué significa pensar?* Buenos Aires: Editorial Nova, 1964, p. 81.

<sup>28</sup> *Oc83*, IX, 756.

<sup>29</sup> *Oc83*, IX, 756.

<sup>30</sup> “Si no hubiéramos bordeado las inquietantes comarcas de lo indecible, ¿tendríamos el sentido del secreto?”, dice RICOEUR en *Sur la traduction*. París: Bayard, 2004, p. 52, en sintonía con el comentario al *Banquete* de Platón que hace Ortega, en el que nuestro autor nos invita a “estar en el secreto”.

<sup>31</sup> El acto lector, efectivamente, requiere silencio. Es un momento de soledad, en el que el poder de la escritura “se vuelca hacia la única vertiente real de su fronteriza existencia: el lector. Por ello las letras, como recordatorio (*hypómnesis*), no son memoria (*mnéme*). Es siempre el hombre el que lleva la memoria consigo y la administra, y es el hombre «interior» el que ha de dar vida, desde su misma interioridad, a esa falsa e indefensa memoria exterior. *Porque la significación de las letras del texto ha de reconstruirse en la mente del lector*. La supuesta objetividad de la escritura no tiene nada que ver «ontológicamente» con su posible significatividad. El universo ontológico de los significados es siempre, como tal universo, subjetivo (*éndothén*) y, en consecuencia, siempre está supeditado a los *instantes históricos que configuran el tiempo de cada existencia individual*” (las cursivas son nuestras). Por ello, ante ese carácter de “interioridad” que *mnéme* posee, la escritura, sin el apoyo de su autor, tiene necesariamente que sustentarse en el dominio del lector y seguir, así, el “reconocimiento” que ese dominio le presta. “Precisamente por este vivo territorio de lo «íntimo» –sigue diciendo Lledó–, verdadero sustento de la memoria, y aunque sea posible un empobrecimiento de la abstracción, no parece que se haya llegado hoy a los últimos estadios de la cultura del libro. Mientras los hombres hablen, la escritura será siempre el mejor medio para conservar ese habla. Incluso, a pesar de la posibilidad de conservar esa voz con los modernos medios técnicos”, E. LLEDÓ, *El surco del tiempo*. Barcelona: Crítica, 1992, pp. 78-79.

entonces “se verá –y esto es lo perogrullesco– que la condición más fuerte para que alguien consiga decir algo es que sea capaz de silenciar todo lo demás”<sup>32</sup>. El ejemplo que propone es claro: si el hombre se hubiese empeñado en decir (por tanto, en nombrar) el matiz de color blanco que este papel tiene a diferencia de los demás papeles blancos, el lenguaje no se habría constituido porque habría desbordado en infinitudes. Así, el matiz cromático es inefable. Por ello concluye: “la lengua en su auténtica realidad nace y vive y es como un perpetuo combate y compromiso entre el querer decir y el tener que callar”<sup>33</sup>. De ahí que el silencio, esto es, la inefabilidad, sea un factor positivo –aunque suponga “una amputación del decir”– e intrínseco del lenguaje, y sea condicionante del auténtico acto lector y su experiencia hermenéutica<sup>34</sup>.

Así, el lenguaje consiste en “una previa retracción y como ascetismo del decir que acompaña toda su génesis, su organización y su desarrollo”<sup>35</sup>. En definitiva, concluye Ortega, esta primera condición (del lenguaje) supone que “el lenguaje está limitado siempre por una frontera de inefabilidad. Esta limitación se halla constituida por lo que en absoluto no se puede decir en una lengua o en ninguna”<sup>36</sup>.

Pero, precisamente desde esta primera condición del lenguaje, se constituye una segunda, que también supone una limitación, a saber, “todo aquello que el lenguaje podría decir pero que cada lengua silencia por esperar que el oyente (lector) puede y debe por sí suponerlo y añadirlo”<sup>37</sup> (el texto entre paréntesis es nuestro). Pero este “silencio” no es absoluto sino relativo: “no procede de una inefabilidad fatal, sino de una consciente economía”<sup>38</sup>. Dos silencios que deben alertar al lector y al hermeneuta.

#### 4. Los silencios del texto

Para Ortega, la operación que denominamos “leer un libro” no queda cumplida cuando hemos entendido “lo que nos parece haber querido decir el autor. Hace falta sobre esto entender lo que el autor ha dicho sin querer decirlo, y además, y por último, entender lo que, queriendo o sin querer, con su obra y

<sup>32</sup> *Oc*83, IX, 754.

<sup>33</sup> *Oc*83, IX, 755.

<sup>34</sup> Para seguir esta línea hacia una hermenéutica del silencio, cf. A. MARCO FURRASOLA, “Una hermenéutica del silencio en Ortega”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, n.º 4, 2002, pp. 89-110.

<sup>35</sup> *Oc*83, IX, 756.

<sup>36</sup> *Oc*83, IX, 756.

<sup>37</sup> *Oc*83, IX, 756.

<sup>38</sup> *Oc*83, IX, 756.

cada línea de ella ha hecho”<sup>39</sup>. Y esto porque “un libro, una página, una frase, son acciones –voluntarias o involuntarias. Ésta es la auténtica realidad de un escrito, y no la idea de él que tenía su autor”<sup>40</sup>. Es menester de una vez librar-se, aconseja Ortega, de lo que denomina “psicologismo filológico”<sup>41</sup>, y pasar –aunque no lo diga– a una hermenéutica de lectura que desvele el texto y haga resonar las palabras silenciadas. ¿Hacia dónde conduce al lector esa “deficiencia” textual constituyente de “silencio”?

Por de pronto, no viene compensada por la otra condición del leer, a saber, la “exuberancia”, pues ésta “no hace más lograda la operación de leer”<sup>42</sup>, si por lectura se entiende meramente “entender lo que un autor ha querido decir”<sup>43</sup>. Por otra parte, tal deficiencia –el hecho de que “buena parte de lo que el autor está efectivamente diciendo se nos escape”<sup>44</sup>– nos revela algo fundamental, a saber: “que leer no es, sin más, deslizarse sobre el texto, sino que es forzoso salir del texto, abandonar nuestra pasividad y construirnos laboriosamente toda la realidad mental no dicha en él, pero que es imprescindible para entenderlo más satisfactoriamente”<sup>45</sup> (la cursiva es nuestra).

¿En qué consiste “salirse del texto” y ser activos en la construcción de “la realidad mental no dicha” en él? Ahí reside el papel de cierto “principio hermenéutico de lectura” y la justificación de la exuberancia: “entonces agradecemos –dice nuestro autor al respecto– todas aquellas averiguaciones superrogativas que habíamos descubierto como por detrás de las frases leídas y que el autor no se proponía comunicarnos o aun se proponía ocultarnos”<sup>46</sup>.

Ese “principio hermenéutico lo expresa nuestro autor del modo que sigue: “todo texto nos aparece como mero fragmento de un todo X que es preciso reconstruir”, de tal modo que “leer en serio, auténtico leer, es referir las palabras patentes a ese todo latente dentro del cual quedan precisadas y con ellas entendidas”<sup>47</sup>. Ahora bien, ¿qué es ese “todo X” al que se refiere nuestro autor?<sup>48</sup>.

<sup>39</sup> *Oc83*, VIII, 196. Pero no basta con hacer ver que un pensador “*ha hecho* algo de que no se daba cuenta, es decir, que él no pensaba haber dicho, sino que es preciso mostrar cómo eso que ha dicho se reflejaba en su pensamiento” (*Oc83*, VIII, 197).

<sup>40</sup> *Oc83*, VIII, 196.

<sup>41</sup> *Oc83*, VIII, 196.

<sup>42</sup> *Oc83*, IX, 751.

<sup>43</sup> *Oc83*, IX, 752.

<sup>44</sup> *Oc83*, IX, 752.

<sup>45</sup> *Oc83*, IX, 752.

<sup>46</sup> *Oc83*, IX, 752.

<sup>47</sup> *Oc83*, IX, 752.

<sup>48</sup> Como veremos más adelante, pero adelantamos ahora para entender mejor lo que estamos diciendo, hará referencia a un “sistema vital” (*Oc83*, V, 19), esencial para la hermenéutica narrativa.

Quizás el que mejor lo haya visto –aunque no haga referencia directa a la reflexión orteguiana que aquí manejamos– sea Julián Marías cuando nos propone, al dilucidar en torno al “método de la indagación”<sup>49</sup> en filosofía, partir de la “vida misma”. Lo cual, a su entender, lleva consigo “que el «dato» primario que hemos de manejar no son los escritos de nuestra época. Y aquí –nos dice– empieza a transparecer la primera diferencia metódica entre la comprensión de una época pretérita y la de la nuestra”<sup>50</sup>.

Efectivamente, el pasado nos llega en forma histórica –esto es, en cuanto pasado conocido<sup>51</sup>– principalmente en forma escrita. Pero estos escritos, ciertamente, no pueden entenderse –como ya apuntaba Ortega más arriba– sin una mínima reconstrucción de la situación –circunstancia– en función de la cual fueron compuestos; por tanto, requieren una hermenéutica de lectura para poder ser actualmente comprendidos. Esta dificultad primera –que no se da en los textos actuales, pues su circunstancia nos envuelve: “estamos en ella”– se torna, desde otra perspectiva, facilidad, dado que “la situación o contexto de un texto pretérito la hacemos pensándolo, con conciencia expresa (...), mientras que la situación actual nos es, sí, dada (...), pero no la conocemos en sentido riguroso, sino que estamos en ella”<sup>52</sup>. Ésa es, por cierto, la complejidad de la lectura del libro actual, a pesar de la aparente facilidad. La conclusión a la que llega Marías –de corte claramente orteguiano– es la que sigue: “el término leer no quiere decir lo mismo cuando se trata de un texto actual o de un texto antiguo”<sup>53</sup>.

Para entender un escrito pasado tenemos que añadirle un “esquema de situación”. No hacer este ejercicio hermenéutico supondría negar la posibilidad de lectura, dado que el texto sería o bien no entendido o bien malentendido. Veamos como, desde esta forma de entender la faena que es leer, se nos presenta como exigencia fundamental elaborar una teoría de la “situación”, esto es, de la circunstancia –desde la que arranca no sólo una hermenéutica de lectura sino ya una hermenéutica general–. Y ello porque: de una parte, si se trata de un texto resueltamente lejano y que se presenta como tal, “no lo entiendo –salvo en las formalidades en que prácticamente coincida su situación con otras muchas y entre ellas con la mía”<sup>54</sup>. De otro lado, si el texto es más próxi-

<sup>49</sup> Julián MARIÁS, *Introducción a la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 2008, pp. 39-40. No habla aquí Marías de hermenéutica, pero la está presuponiendo constantemente. Lo que no está tan claro es que la enlace con la narratividad.

<sup>50</sup> *Idem*, p. 39.

<sup>51</sup> Recordemos que, a modo introductorio, hemos relacionado la experiencia de lectura con la tradición, tratando de relacionar la hermenéutica de Ortega con las relevantes del siglo XX.

<sup>52</sup> Julián MARIÁS, *Introducción a la filosofía, ob. cit.*, p. 40.

<sup>53</sup> *Idem*, p. 40.

<sup>54</sup> *Idem*, p. 40.

mo –temporalmente o por razón de otras afinidades–, lo que hago es que “proyecto sobre él el esquema de mi situación, y entonces lo malentiendo”<sup>55</sup>. (Esto último, precisamente, es lo que ha ocurrido con lo griego). Viene exigida, por tanto, una manera de interpretar o reconstruir el sentido que evite tal defecto. Ortega ha dado el principio hermenéutico –metodológico– que lo consigue, a saber, la “reviviscencia”. Quizás el ejemplo que nos ofrece del “tribunado de la plebe”<sup>56</sup> sea un modo idóneo de emplear este recurso hermenéutico.

De otra parte, si el texto es actual, aparece como inmediatamente inteligible –legible–, pero, advierte Marías, puedo entenderlo sin conciencia clara de su contexto vital, que actúa ya, desde luego, en la lectura; es decir, en este caso entender el escrito no implica –como sí en el texto pretérito, sea próximo o lejano– la intelección efectiva de su circunstancia, por lo que se presenta como “tarea distinta y secundaria la de desprender del texto el esquema de su situación; es decir, adquirir conciencia explícita de los elementos contextuales que hacían ya posible su comprensión”<sup>57</sup>. Pero es que así se reconstruiría mentalmente la porción de circunstancia que integraba el sentido de lo escrito y era solamente vivida como “supuesto”. Para que este defecto no suceda, deberemos traer al método de interpretación otras dos categorías fundamentales en Ortega, a saber: la “creencia” y la articulación “vocación-destino”. Probablemente el mejor ejemplo de lo que decimos sea el análisis orteguiano de Goethe.

De las dificultades de lectura del texto –especialmente del actual, pero no sólo de éste– podemos derivar dos conclusiones que nos parecen de suma importancia ahora, a saber:

a) Con una hermenéutica cuyas dificultades no es preciso encarecer, nos dice Julián Marías con envidiable sentido orteguiano, “se podría hallar lo que es el contenido efectivo de un libro «antes de empezar»; es decir, restablecer los elementos previos que justifican el que un libro comience con lo realmente escrito en su primera página; en otros términos: lo que el libro «dice» con su mera existencia antes de que su autor haya escrito una sola palabra”<sup>58</sup>. Subrayamos, de nuevo, el valor fundamental de la circunstancia en el acto lector: para que éste sea efectivo, debemos pasar de estar en la circunstancia a pensarla, al igual que hacemos con el texto no actual (próximo o lejano). Es pues, la circunstancia, condición fundamental de lectura (la lectura reflexiva a la que se refería Ortega<sup>59</sup>). Y sólo la reviviscencia nos puede conducir a ella.

<sup>55</sup> *Idem*, p. 40.

<sup>56</sup> *Oc83*, VI, 105 y ss.

<sup>57</sup> *Introducción a la filosofía*, ob. cit., p. 40.

<sup>58</sup> *Idem*, pp. 40-41.

<sup>59</sup> Cf. *Oc83*, VI, 294-295.

b) “La utilización de los escritos para la comprensión de nuestra situación actual (esto es, uno de los objetivos fundamentales de la lectura) es, pues, subordinada, y tiene este carácter concreto: estos escritos funcionan no tanto por lo que dicen como por lo que los hace posibles”<sup>60</sup> (el paréntesis es nuestro). Por eso, precisamente, defiende que el género literario más eficaz para nuestro fin es justamente la novela –para Heidegger era la poesía. En el caso de Ortega, es la novela la que juega el papel fundamental. Por eso mismo hemos comenzado este escrito recordando que somos novelistas de nosotros mismos y la experiencia lectura se torna “truchimán del hombre”.

Razón tiene, pues, nuestro autor cuando sentencia: “¡no es, por tanto, floja tarea ésta, que se juzgaría tan simple, de entender lo que alguien ha querido decir”<sup>61</sup>. Tarea utópica la de leer, envuelta en sabios silencios.

## 5. Los sonidos del texto

Como hemos defendido más arriba, Ortega sostiene que leer significa el proyecto de entender plenamente un texto, entre los límites de la deficiencia y de la exuberancia. Esas dificultades hacen que nuestro autor centre la hermenéutica de lectura en la “circunstancia” del texto, el con-texto del mismo, que se torna imprescindible para la utópica tarea del lector.

Ortega inicia su reflexión<sup>62</sup> afirmando, como él mismo reconoce, una trivialidad: la unidad del decir es la frase y la frase es la forma central de lenguaje. La frase, a su vez, se compone de palabras. Estas palabras, por sí, aisladas, no funcionan: el vocablo aislado no tiene significación; sólo se carga de significado cuando lo referimos al conjunto de la frase, esto es, cuando actúa dentro del contorno verbal que es la frase. Así, las palabras son o pueden llegar a ser equívocas. También la frase puede e incluso suele ser equívoca –es base de posibles sentidos diversos–, por lo tanto, “tampoco tiene de verdad un sentido”. Reclama la frase, entonces, que la refiramos al resto del texto, a la página, al capítulo, en fin, al libro. Pero, y aquí viene nuestro centro de interés, “la frase tampoco funciona, tampoco es lo que es, sino con un contorno en derredor de sí. Este contorno inmediato de una palabra, de una frase, de un texto, es el con-texto”<sup>63</sup>. Pero, ¿qué es el contexto para Ortega?

El contexto es un todo dinámico en que cada parte ejerce influjo, modifica las demás y, viceversa, recibe de las demás pretensiones. Esto es trivial. Pero lo que le interesa a nuestro autor, y a nosotros en este trabajo, es la considera-

<sup>60</sup> *Introducción a la filosofía*, ob. cit., p. 40.

<sup>61</sup> *Oc83*, IX, 752.

<sup>62</sup> *Oc83*, IX, 762-764.

<sup>63</sup> *Oc83*, IX, 762.

ción inversa: “el contexto es, en efecto, un contorno, el más inmediato a la palabra, el único contorno de ella patente al lector”<sup>64</sup>; por ello puede seguir diciendo que la palabra, cuando lo es, por tanto, cuando funciona y dice algo, lo hace ya refiriéndose a un contorno que, por ahora, es mero contexto de otras palabras. Desde su significado más pobre, pero ya efectivo, vivaz –y no inerte, disecado como está en el diccionario<sup>65</sup>–, consiste, pues, en una actuación sobre y en su contorno. Todo ello viene a significar que “el contorno forma parte de la palabra esencialmente y que la palabra es actividad, puro dinamismo, presión de un contorno sobre ella y de ella sobre un contorno”<sup>66</sup>.

La complejidad de la lectura no acaba ahí, pues “el contexto íntegro, el libro entero es, a su vez, «equivoco» y esta «equivocidad» reobra sobre cada una de sus palabras”<sup>67</sup>. Y toma la obra de Platón –al comentario de una de las cuales van dirigidas estas reflexiones– como ejemplo máximo de lo que decimos, pues “ésta es la hora en que, a pesar de haberse estudiado y comentado en trabajos que pesan una enormidad de toneladas, no tenemos ninguna idea clara y firme sobre qué son esos escritos, «de qué se trata en sus páginas», «a qué se juega en ellos» (...), en suma, que no entendemos a Platón (...). Ahora se comprenderá que no es caprichoso iniciar una lectura del *Banquete* platónico invitando a que se reflexione sobre qué demonio de faena es esta de leer, que tan fácilmente consiste en no enterarse de lo que se lee”<sup>68</sup>. (Y eso que se trataría, a decir de Marías, de un “texto próximo”<sup>69</sup>). En fin, Ortega, sin decirlo, nos muestra

<sup>64</sup> *Oc83*, IX, 763.

<sup>65</sup> La crítica orteguiana a la lexicografía ha de analizarse desde un marco más amplio: su valoración negativa del modelo positivista e idealista, que es el que imperaba en filología en aquellos momentos, pues nuestro autor aspira a aplicar una hermenéutica cuyo anclaje es la razón narrativa, razón que requiere una nueva teoría del lenguaje –en la que Ortega insiste–, una nueva filología. Por eso dicen CARRIAZO y GABARÁIN que “su modelo semántico, basado en los conceptos de etimología y metasemia y nacido de la aplicación de la razón histórica, requiere un nuevo tipo de repertorización del léxico que por fuerza ha de tomar aspecto de narración” –“Lingüística, semántica y semiótica en Ortega y Gasset”, en F. LLANO ALONSO y A. CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*. Madrid: Tébar, 2005, p. 337–; lo que no alcanzan a ver es el motivo por el que Ortega insiste en la necesidad de una nueva semántica –una nueva filología–, a saber, su emergente modelo interpretativo.

<sup>66</sup> *Oc83*, IX, 764. Recordemos que Humboldt –al que Ortega sigue–, entiende la lengua como *enérgeia*; y que Ortega mismo defiende la creación individual, del yo que se las tiene que ver con su circunstancia.

<sup>67</sup> *Oc83*, IX, 764.

<sup>68</sup> *Oc83*, IX, 764. Exige aquí Ortega, sin nombrarla, una hermenéutica nueva, que nos sitúe de tal forma que podamos entender a Platón. (Retengamos, por ejemplo, la expresión “a qué se juega” porque va a tornarse importante en la configuración de la hermenéutica narrativa que buscamos).

<sup>69</sup> Lo confirma Ortega cuando exclama: “¡y esto acontece con el autor que más influencia ha tenido sobre la vida occidental!” (*Oc83*, IX, 764). Ésa es, por ejemplo, la forma primera y primaria que adopta la experiencia de lectura en Hanna, la protagonista de *El lector* (B. SCHLINK. Madrid: Anagrama, 1997).

la necesidad de una nueva hermenéutica que mejore la calidad de la experiencia de lectura. Más tarde extenderá esta necesidad a toda experiencia de comprensión humana<sup>70</sup>.

¿Hacia dónde nos está llevando esta indagación orteguiana en torno a la lectura, so pretexto de leer el *Banquete* platónico? Hagamos de nuevo –si bien brevísimamente– el recorrido: como mantiene Ortega, para hacerse bien cargo de lo que es leer, es preciso aclarar qué es la palabra escrita, el texto, el libro. La primera aproximación al asunto ha arrojado el resultado siguiente: “el libro es un modo deficiente de la palabra oral o hablada”<sup>71</sup>. Por ello ha iniciado nuestro autor una –mínima pero imprescindible– reflexión sobre el “lenguaje o decir verbal”. Y la primera conclusión ha sido la afirmación de que “el lenguaje es el sistema de estas tres cosas: situación-lengua-gesto”<sup>72</sup>. Pero la palabra escrita suprime el gesto, con lo cual el lenguaje renuncia a un componente de sí mismo.

Precisamente esa reflexión nos ha llevado a otra pregunta: la desaparición del gesto ¿no implica algo más grave, deficiencia más importante aún que la falta de gesto en cuanto movimiento expresivo? Efectivamente, supone la desaparición del cuerpo, no sólo de la expresividad del cuerpo. Pero, “¿qué es esto otro –mucho más importante aún– que con el cuerpo desaparece? Necesitamos, pues, indagar cuál es el papel decisivo que el cuerpo representa en la realidad «vida humana»”<sup>73</sup>. Y aquí empiezan las implicaciones fundamentales del “acto lector”, que llegan mucho más allá de lo que, a simple vista, puede suponer el hecho mismo de leer. Porque aquí comienza la reflexión antropológica y hermenéutica –de corte filosófico– a que nos lleva y que engloba el acto de leer.

### III. De la experiencia de lectura a la hermenéutica narrativa

Para entender la conexión indisoluble entre experiencia de lectura y hermenéutica que desde ella podemos desvelar, debemos recordar dos cosas esenciales: La operación que denominamos “leer un libro” no queda cumplida cuando hemos entendido lo que nos parece haber querido decir el autor. Hace falta sobre esto entender lo que el autor ha dicho sin querer decirlo, y además, y por último, entender lo que, queriendo o sin querer, con su obra y cada línea

<sup>70</sup> Para más información sobre esta cuestión, cf. J. C. CASTELLÓ MELIÁ, *La hermenéutica narrativa de Ortega y Gasset*. Granada: Comares, 2009.

<sup>71</sup> *Oe*83, IX, 780.

<sup>72</sup> *Oe*83, IX, 781.

<sup>73</sup> *Oe*83, IX, 781. Por ello era tan importante el cuerpo del lector para Nietzsche (Cfr. *La genealogía de la moral*, § 8; *Humano, demasiado humano*, § 217).

de ella ha hecho. Y esto porque un libro, una página, una frase, son acciones –voluntarias o involuntarias.

La conclusión fundamental que obtiene Ortega de esta reflexión tan directa sobre el acto lector es evidente: trae esto consigo que todo texto nos aparezca como mero fragmento de un todo X que es preciso reconstruir. (Y para ello habrá que conjugar, al menos, “perspectivas” y “circunstancias”: las del escritor y las del lector en su propia experiencia de lectura. Averiguar, más directamente, el subsuelo, suelo y adversario).

Y es que, cuando Ortega se refiere expresamente –por primera vez– a hermenéutica, dice de ella algo aparentemente obvio: hermenéutica significa “interpretación”<sup>74</sup>. Y por interpretación entiende “inclusión de todo hecho suelto en la estructura orgánica de una vida, de un sistema vital”<sup>75</sup>. Por ello –a manera de primer principio hermenéutico– advierte que “no se puede ni siquiera leer una sola frase de un documento sin referirla, para entenderla, a la vida integral del autor del documento”<sup>76</sup>.

También en otro lugar apela Ortega a la expresión “hermenéutica” sin perder la idea genérica que atraviesa la primera de las definiciones dada: “hermenéutica es la ciencia y el arte de interpretar textos, principio que consiste en precisar el sentido de una palabra mediante el contexto en que aparece, sea la unidad de la frase o la página o la de todo el libro”<sup>77</sup>.

Pero este principio hermenéutico, señala Ortega, “no se ha desarrollado nunca debidamente”<sup>78</sup>. Este principio arranca de un pensamiento tan evidente que es perogrullesco –lo que es parte, sólo puede entenderse si lo referimos al todo de que ello es parte: sólo en relación con ese todo es lo que es y tiene su verdadero sentido. La parte así es un órgano de un organismo. Este pensamiento, a su vez, se basa en otro no menos perogrullesco: si la parte sólo tiene sentido cuando vemos su puesto en el todo al que pertenece, quiere decirse que, por sí y aislada, carece de sentido precisamente porque es sólo parte, por tanto, algo incompleto, puro fragmento. Por ello dice Ortega que “sólo tiene por sí mismo sentido, significación algo cuando no es fragmento sino, por el contrario, realidad completa y genuino todo”<sup>79</sup>.

Ortega dirige su reflexión hacia una crítica de la ciencia histórica<sup>80</sup>, pues no

<sup>74</sup> *Oc83*, V, 19.

<sup>75</sup> *Oc83*, V, 19.

<sup>76</sup> *Oc83*, V, 18. (Cfr. *Oc83*, IX, 36. Toda hermenéutica debe remitir, finalmente, a la vida, que es –como sabemos– la realidad radical).

<sup>77</sup> *Oc83*, VIII, 562.

<sup>78</sup> *Oc83*, VIII, 562.

<sup>79</sup> *Oc83*, VIII, 563.

<sup>80</sup> Más adelante discutiremos si éste es el mejor nombre que puede dársele al tipo de saber que Ortega tiene en mente.

siendo ésta otra cosa que “la interpretación de los actos humanos –pincelada, palabra o acción–, podemos resumir en última abreviatura el método histórico diciendo que en él se trata de descubrir cuál es la realidad completa, enteriza, el auténtico todo a que hay que referir el acto humano de que se trata”<sup>81</sup>, en realidad confunde todo y “toma como realidad completa y efectiva todo lo que a su vez no es sino fragmento”<sup>82</sup>. El ejemplo que propone nuestro autor viene referido al análisis de la pintura, aunque puede trasladarse perfectamente a la escritura y a la lectura, pues tienen la misma estructura.

Así, los elementos hermenéuticos puestos en juego por Ortega para su análisis de la experiencia de lectura –acabamos de verlos–, pueden también emplearse –con necesarios matices– para la indagación en cualquier otra experiencia propiamente humana<sup>83</sup>. Lo hace nuestro autor cuando, por ejemplo, quiere analizar alguna obra pictórica –como en su *Velázquez*<sup>84</sup>–, o indagar, en fin, sobre cualquier “hacer” humano –como muestra, por ejemplo, en *Meditación sobre la técnica* y la idea que allí transmite del hombre creador.

Como decíamos, leer en serio, auténtico leer, consiste en referir las palabras patentes a ese todo latente dentro del cual quedan precisadas y con ello entendidas. Por eso, para entender lo que alguien quiso decir “nos hace falta saber mucho más de lo que quiso decir y saber de su autor mucho más de lo que él mismo sabía”. Por ello sostiene Ortega, en términos generales, que “no entendemos lo que pasa hoy si no nos cuentan el cuento de lo que ayer y anteayer pasó, porque ello es la clave y la causa de lo presente. La razón de las cosas humanas es una razón cuyo razonar consiste en contar, en contar historia”<sup>85</sup>. Y ello debido a que, sea un texto o cualquier otro evento, “no podemos entender nada (...) si no lo situamos y lo colocamos con todo rigor en su sitio, dentro de esa cadena enorme que es la historia”<sup>86</sup>. La causa primera y fundamental es que, como tantas veces repite nuestro autor, “todo lo humano es histórico, y el hombre no es en sustancia más que historia”<sup>87</sup>.

Pero esta tarea de traer lo humano a su circunstancia, el texto a su contexto, es una tarea utópica y “penosa; supone diversas técnicas y muy complicadas teorías, unas generales, otras particulares”<sup>88</sup>. El conjunto de estos esfuer-

<sup>81</sup> *Oc*83, VIII, 563.

<sup>82</sup> *Oc*83, VIII, 563.

<sup>83</sup> Tanto los principios hermenéuticos de la lectura como los de la pintura quedan registrados en los *Principios de una nueva filología* que Ortega tenía como capítulo de su *Aurora de la razón histórica* y a los que alude de forma breve en su *Comentario al Banquete* y más extensamente en carta a Curtius.

<sup>84</sup> Cf. *Oc*83, VIII.

<sup>85</sup> *Oc*83, VI, 236-237.

<sup>86</sup> *Oc*83, VI, 236.

<sup>87</sup> *Oc*83, VI, 236.

<sup>88</sup> *Oc*83, IX, 752.

zos, “técnicos unos, de espontánea perspicacia otros, se llama «interpretar», y el arte de ello, «hermenéutica». Leer no es, pues, cualquier cosa. Toda realidad tiene que ser definida según su forma plenaria de que todas las demás son modos deficientes. En este sentido, leer es interpretar y no otra cosa”<sup>89</sup>.

Decir, al igual que leer, es una de las cosas que el hombre “hace”, una faena (utópica). El hombre se dedica a estos quehaceres “como comportamiento reactivo ante una situación”<sup>90</sup>. Pero, advierte nuestro autor, hay varias formas de “situación”<sup>91</sup>: instantánea, duradera, permanente en un hombre o constante en el Hombre, en la “humanidad”. Es importante señalarlo porque “si nos representamos estos diversos coeficientes de perduración que tienen las situaciones con el aspecto de áreas, vemos cómo cada situación queda inscrita en otra más amplia que la porta y suscita, salvo la «constante» Humanidad, que vale como algo absoluto frente a todas las demás. Forma, pues, estas áreas o estratos de situación una jerarquía orgánica de modo que las situaciones más transitorias suponen las más estadizas y en ellas se fundan”<sup>92</sup>. Se nos aparece, de nuevo, la necesaria relación entre la “circunstancialidad” y la “experiencia de lectura”.

La cuestión de la “situación” resulta fundamental en la experiencia de lectura. Esta situación es aquella sobre la que hay que hacer las averiguaciones superrogativas. Y es, como adivinamos enseguida, la circunstancialidad del texto. Ortega nos pone un ejemplo clarificador: “el hecho de que entendamos hoy la Geometría de Euclides (...) no indica que el decir de Euclides, por ser matemático, tenga siempre sentido y no sólo referido a una situación, sino más bien que ciertos componentes de nuestra situación siguen siendo los mismos que formaban parte de la situación en que Euclides vivió y le indujo a su decir geométrico. Homero, que con un pequeño esfuerzo hubiera podido comprender la lengua de Euclides, no habría, sin embargo, entendido ninguna frase de la obra, porque desconocía la situación de la cual surgían todos aquellos enunciados”<sup>93</sup>.

Para poder entender lo que se lee –y esto es el principio hermenéutico fundamental– hay que estar en posesión de una razón capaz de estar en el secreto: “sólo quien «esté en el secreto» de que una de las ocupaciones a que el Hombre puede entregarse es esa, tan rebuscada, que se llama «hacer ciencia, teoría», puede encontrar su sentido a los decires de Euclides”<sup>94</sup>. Porque

<sup>89</sup> *Oc83*, IX, 752.

<sup>90</sup> *Oc83*, IX, 752. Recordemos que la raíz vital de la lectura es la pregunta al otro por un problema que nos es propio (Cf. *Oc83*, V, 61).

<sup>91</sup> Es interesante señalar que, en nota a pie de página, Ortega nos diga que entiende por situación un “ingrediente constitutivo de la vida humana”, que aparece ya en Comte, *Discours sur l'esprit positif* (*Oc83*, IX, 752).

<sup>92</sup> *Oc83*, IX, 753.

<sup>93</sup> *Oc83*, IX, 753.

<sup>94</sup> *Oc83*, IX, 753.

Homero, al no estar en ese “secreto”, al ver “triángulos y polígonos, hubiera creído que «allí se trataba» de conjuraciones mágicas o si no de juegos para entretener a los chicos, porque ambas situaciones –la que lleva a hacer magia y la que lleva a jugar– sí le eran conocidas”<sup>95</sup>.

En fin, desde la experiencia de lectura se va abriendo camino una teoría de la interpretación que va más allá de la referencia textual, pues apunta –cual arquero orteguiano– hacia el ser humano mismo. Pero ésta ya no sería sólo una experiencia de lectura, sino más bien una hermenéutica general.

### Coda. El respeto de Ortega hacia el Lector

Hemos visto que Ortega sostiene una forma de entender la experiencia de lectura como apropiación de sentido. Esta apropiación no es posible si el lector no se abre a ese sentido y se deja transformar (peregrinaje peligroso / *Erfahrung*) por él, es decir, si no se desapropia del sujeto que en ese momento es para dejarse-ser en esa otra posibilidad que el nuevo sentido le ofrece.

Coincidiendo Gadamer con él a este respecto, indica que “comprender un texto significa siempre aplicárnoslo (...). La comprensión es siempre: una apropiación de lo dicho, tal que se convierta en cosa propia”<sup>96</sup>. La experiencia (de la lectura) sería lo que nos pasa al leer, que en cierto modo es lo que nos pasa al vivir, náufragos que esperan saber a qué atenerse.

Sabiendo que esa operación del alma es harto compleja, que su afección puede ser de enjundia para la persona del lector, Ortega le muestra su respeto señalando que él sólo ofrece “*modi res considerandi*, posibles maneras nuevas de mirar las cosas. Invito al lector a que las ensaye por sí mismo; que experimente si, en efecto, proporcionan visiones fecundas”<sup>97</sup>. ●

<sup>95</sup> *Oe83*, IX, 753.

<sup>96</sup> *Verdad y método*, ed. cit., pp. 477-478.

<sup>97</sup> *Oe83*, I, 318.

## ■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARRIAZO, J. R. y GABARAIN, I. (2005): "Lingüística, semántica y semiótica en Ortega y Gasset", en LLANO ALONSO, F. H. y CASTRO SÁENZ, A. (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*. Madrid: Tébar, pp. 311-339.
- CASTELLÓ MELIÁ, J. C. (2009): *La hermenéutica narrativa de Ortega y Gasset*. Granada: Comares.
- CEREZO, P. (1984): *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel.
- GADAMER, H. G. (1977): *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- HEIDEGGER, M. (1964). *¿Qué significa pensar?* Buenos Aires: Editorial Nova.
- LARROSA, J. (1996): *La experiencia de lectura*. Barcelona: Alertes.
- LLEDÓ, E. (1992): *El surco del tiempo*. Barcelona: Crítica.
- MANGUEL, A. (2001): *Una historia de la lectura*. Barcelona: Círculo de lectores.
- MARCO FURRASOLA, A. (2002): "Una hermenéutica del silencio en Ortega", *Revista de Estudios Orteguianos*, 4, pp. 89-110.
- MARIAS, J. (1984): *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2008): *Introducción a la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983): *Obras completas*. Tomo VIII. Madrid: Alianza Editorial.
- OVEJERO, A. (2000): *Ortega y la postmodernidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- RICOEUR, P. (2004): *Sur la traduction*. París: Bayard.
- SCHLINK, B. (1997): *El lector*. Madrid: Anagrama, 1997.
- STEINER, G. (1982): *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa, 2003.

# Ortega, Tocqueville y la comprensión histórica de la sociedad \*

Jaime de Salas y M. Isabel Ferreiro Lavedán

ORCID: 0000-0002-7116-4091

ORCID: 0000-0003-2841-6078

## Resumen

Este trabajo destaca la coincidencia de las obras de Tocqueville y Ortega. Sobre todo, recalca la importancia del contexto cultural para la configuración y funcionamiento de las instituciones específicamente políticas. A los dos autores, además, les caracteriza la atención a la libertad individual amenazada por los procesos de secularización que caracteriza la modernidad.

## Palabras clave

Ortega y Gasset, Tocqueville, sociedad, historia, cultura, libertad, creencias, *moeurs*

## Abstract

The present paper studies the coincidence in form and substance of Tocqueville's and Ortega's thought. Above all, it stresses the importance of the cultural context for the understanding of the nature and workings of specifically political institutions. Both authors value individual liberty which they see as menaced by the process of socialization inherent to modernity.

## Keywords

Ortega y Gasset, Tocqueville, society, history, culture, freedom, beliefs, *moeurs*

## Introducción

Para el estudioso de Ortega la lectura de Tocqueville produce el sentimiento de encontrarse en un mundo muy familiar. Los dos autores ponen su don literario, su visión anticipadora, precisión de palabra y claridad descriptiva, al servicio de sus intereses teóricos; los dos se aúnan con voluntad de espectadores a la hora de dar cuenta de su entorno social y político; y los dos narran nuestra historia, claro es que desde distinta perspectiva, pero en el fondo relatan la misma circunstancia histórica de una sociedad que tiene que ajustarse a un proceso de modernización.

\* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

### Cómo citar este artículo:

De Salas, J. y Ferreiro Lavedán, I. (2010). Ortega, Tocqueville y la comprensión histórica de la sociedad. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 179-192.  
<https://doi.org/10.63487/reo.517>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre



Ortega, desde distintas esferas, incluida puntualmente la política, realiza una labor pedagógica, que intenta contribuir a la regeneración de la sociedad española, a impulsar su vitalidad; y este interés perdurará, pese a que incidirá una visión más apesadumbrada, tras los acontecimientos provocados por la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, respecto a las posibilidades de la política nacional e internacional. A pesar de la adversidad de los tiempos, confió en su idea de “Europa como nación”, que no era sino reconocer la realidad europea, la necesidad de que Europa atendiera a su natural unidad y así funcionara en estrecha comunicación y colaboración, puesto que de hecho ya estaba unida, ya había un sistema de usos común, europeo, base característica de toda sociedad. Tocqueville, por su parte, pensó en el contexto de la revolución francesa y sus consecuencias, y también con pesadumbre respecto a su tiempo<sup>1</sup>. Y si bien participó más activamente en la vida política, y con considerable éxito durante más de doce años, no puede ser tampoco considerado un líder político con ansias de poder; fueron, al igual que le sucedió a Ortega, sus convicciones ideológicas, su gran claridad y visión anticipadora para prever los acontecimientos que se podían avecinar, lo que le llevó a la política. Más bien, como mostró Díez del Corral, su figura fue la del hombre de letras perteneciente a la nobleza de toga que permitió una determinada continuidad incluso en medio de la revolución<sup>2</sup>.

Dos de las intuiciones importantes de Tocqueville, sobre todo para su gran obra *La democracia en América*, fueron la de la inevitabilidad de la marcha hacia la igualdad y la posibilidad de una vida política lograda en el nuevo contexto. Se le puede leer como a uno de los grandes clásicos de nuestra época porque acierta a simpatizar con ella, al igual que podemos hacerlo con Ortega hoy. Entiende que las exigencias que Rousseau hacía a la sociedad se resuelven en el contexto de Estados Unidos<sup>3</sup>. Ello le convirtió en un adelantado a nuestra actualidad que acierta a anticipar una forma de equilibrio, evitando la tiranía de la mayoría que él mismo señaló, como en muy parecida forma deja ver Ortega en *La rebelión de las masas* y *El hombre y la gente*. Su obra nos es válida especialmente por cuanto acierta a mostrar cómo nuestro tiempo encuentra su legitimidad en su capacidad de organizarse en sociedades donde la forma política es la democracia.

<sup>1</sup> Es célebre la frase que pronunció ante la Cámara el 27 de enero de 1848: “Mi convicción profunda es que dormimos sobre un volcán”, en <http://www.scribd.com/doc/22065821/4-liberalismo-y-nacionalismo>.

<sup>2</sup> Luis Díez del Corral, *El pensamiento político de Tocqueville*. Madrid: Alianza Editorial, 1989, pp. 137 y ss. Así lo entiende también M<sup>a</sup>. José Villaverde en “La democracia en América: bicentenario de Tocqueville”, *El País*, 26-XII-2005.

<sup>3</sup> Allan Bloom, “Rousseau: The turning point”, en Allan Bloom (ed.), *Confronting the Constitution*. Washington: AEI Press, 1990, p. 233.

Este sentimiento de familiaridad para el lector orteguiano culmina en la manera misma en que los dos plantean y resuelven los problemas políticos. La concomitancia de Tocqueville y Ortega se da sobre todo en la conciencia de que la política activa está inserta en unos condicionamientos culturales. El acierto o desacierto de los políticos se da siempre dentro de un marco que es la cultura de la sociedad en la que se encuentran con los demás ciudadanos. Si bien en el Tocqueville maduro parece que es la acción pública la que tiende a reflejar la esfera privada<sup>4</sup>, en Ortega es antes la sociedad y son antes aun los ciudadanos, y la política no es sino el reflejo más externo: “lo político es ciertamente el escaparate, el dintorno o cutis de lo social. Por eso es lo que salta primero a la vista. Y hay, en efecto, enfermedades nacionales que son meramente perturbaciones políticas, erupciones e infecciones de la piel social. Pero esos morbos externos no son nunca graves. Cuando lo que está mal en un país es la política, puede decirse que nada está muy mal. Ligero y transitorio el malestar, es seguro que el cuerpo social se regulará a sí mismo un día u otro. En España, por desgracia, la situación es inversa. El daño no está tanto en la política como en la sociedad misma, en el corazón y en la cabeza de casi todos los españoles. ¿Y en qué consiste esta enfermedad? Se oye hablar a menudo de la «inmoralidad pública», y se entiende por ella la falta de justicia en los tribunales, la simonía en los empleos, el latrocinio en los negocios que dependen del Poder público (...). Yo no dudo que padezcamos una abundante dosis de «inmoralidad pública»; pero al mismo tiempo creo que un pueblo sin otra enfermedad más honda que ésa podría pervivir y aun engrosar (...), durante los últimos cincuenta años (...) ha corrido por la vida norteamericana un Mississipi de «inmoralidad pública». Sin embargo la nación ha crecido gigantescamente (...)”<sup>5</sup>. De este modo, por “condicionamientos culturales” habría que entender no el orden legal y las instituciones que se derivan de él, sino sobre todo el fondo de valores o creencias que sostiene en última instancia a la sociedad en cuestión.

Se puede partir de la famosa distinción que advierte el joven Ortega entre la España oficial y la España vital, cuando trata la autenticidad de nuestro decir, la forma en que nosotros intelectualmente poseemos nuestra cultura. Así, nos advierte de que en nuestra vida cotidiana podemos limitarnos a repetir lo que se dice, siguiendo lo establecido en la España oficial o lograr hablar desde

<sup>4</sup> Dice Tocqueville en el mencionado discurso: “como el interés ha sustituido en la vida pública a los sentimientos desinteresados, constituye ley en la vida privada”.

<sup>5</sup> *España invertebrada* (1922). III, 480. Las citas de las obras de José ORTEGA Y GASSET remiten a la edición en diez volúmenes de *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, indicando con números romanos el tomo y, a continuación, en arábigos la página.

nosotros mismos como ciudadanos de una España vital: “Todos habréis experimentado hasta qué punto es difícil saber cuáles son nuestras verdaderas, íntimas, decisivas opiniones sobre la mayor parte de las cosas (...). Lo único de que sinceramente nos percatamos es de que allá el fondo oscuro e íntimo de nuestra personalidad no se siente ligado integralmente a esas opiniones que dicen nuestros labios o que hace que piensa nuestra mente (...), ocurre que las gentes, unas por falta de cultura, otras por falta de poder reflexivo, otras porque no han tenido solaz, otras por falta de valor (...) no han podido ver claro, formularse claramente ese su íntimo hondo sentir”. La acción del intelectual, en la escena pública, ha de consistir, pues, en ayudar a que cada ciudadano piense por sí, y así lo público pueda ser vital. Como intelectuales, Tocqueville y Ortega, no tratarán de hostigar a las masas como si de un rebaño se tratara, sino de despertar en cada uno su más hondo sentir. “De aquí la misión que, según Fichte, compete al político, al verdadero político: declarar lo que es, desprenderse de los tópicos ambientes y sin virtud, de los motes viejos y penetrando en el fondo del alma colectiva, tratar de sacar a la luz en formulas claras, evidentes, esas opiniones inexpressas, íntimas de un grupo social, de una generación, por ejemplo”<sup>6</sup>.

En el caso de las pequeñas circunscripciones de Nueva Inglaterra, la visión de Tocqueville cuando escribe *La democracia en América* es la de quien valora no sólo la ausencia de jerarquías hereditarias sino una común adscripción a la comunidad que se gestiona entre todos. La igualdad implicaría la participación y la acción responsable de cada uno. Tocqueville es el observador que constata las posibilidades de realización personal que se dan en la comuna de Estados Unidos y esto es lo que encuentra en Nueva Inglaterra: “La libertad comunal escapa, por decirlo así, del esfuerzo del hombre. De modo que no es creada sino que surge de sí misma. Se desarrolla casi en secreto en el seno de una sociedad casi bárbara. Es la acción continua de las leyes y de las costumbres, las circunstancias y el tiempo, lo que logra consolidarla. De todas las naciones del continente europeo se puede decir que no hay ninguna que la conozca. Y, sin embargo, es en la circunscripción comunal donde reside la fuerza de los pueblos

---

<sup>6</sup> *Vieja y nueva política* (1914), I, 711. Puede verse también “¡Viva la República!” (1933), V, 281. La diferencia entre las dos Españas estaría en el contexto cultural en el que se lleva a cabo la política. Esta doctrina hay que relacionarla con *Meditaciones del Quijote*, publicado en el mismo año 1914 donde se promueve un cambio de la perspectiva cognoscitiva del lector o ciudadano. En la misma *Vieja y nueva política* las propuestas de Ortega son: “nuestra actuación política ha de tener constantemente dos dimensiones: la de hacer eficaz la máquina del Estado y la de suscitar, estructurar, y aumentar la vida nacional en lo que es independiente del Estado (...). Nuestras propagandas serán a la vez creadoras de órganos de socialidad, de cultura, de técnica, de mutualismo, de vida, en fin, humana en todos sus sentidos: de energía pública”, I, 718.

libres. Las instituciones comunales son a la libertad lo que la escuela primaria es a la ciencia. La ponen al alcance del pueblo. Le dan a éste el gusto por su empleo sereno y le acostumbran a ejercerla. Sin instituciones comunales un pueblo puede darse un gobierno libre, pero no tiene el espíritu de la libertad. Pasiones pasajeras, intereses del momento, el azar de las circunstancias pueden darle las formas externas de la independencia, pero el despotismo escondido en el interior del cuerpo social tarde o temprano reaparece en la superficie”<sup>7</sup>.

Todo ello culmina en dos coincidencias importantes: la primera, ya se ha señalado, el reconocimiento por parte de ambos de la prioridad de un fondo creencial y convencional, del que parten las ideas, más concretamente en el caso de Ortega, y las leyes, en el caso de Tocqueville. Pero esa coincidencia, a la que volveremos, se tiene que matizar por la forma distinta en que se trata el relato histórico. *La democracia en América*, que constituye una aplicación palpable de este principio, nos ofrece una visión sincrónica de la cultura de Estados Unidos, y el conjunto de su obra apunta más bien a una concepción diacrónica. En el caso de Ortega, la descripción sobre todo del uso, en las sucesivas versiones de *El hombre y la gente*, es fundamentalmente una exposición conceptual, y en conjunto más bien diacrónica. La distinción entre ideas y creencias se puede poner al servicio de una comprensión de la crisis, en la que se encuentra la cultura occidental. En este sentido podemos encontrar, en el prólogo y las notas que dedica Ortega a Tocqueville, el ejercicio de aplicar la razón histórica al momento y a la figura del pensador francés.

La segunda coincidencia sería la siguiente: la importancia de la cultura se compagina en los dos autores con el reconocimiento del valor del individuo. Es él el que se incorpora a la vida pública, el que es ciudadano; y el peligro implícito que ambos atisban, debido a la tiranía de la mayoría o a la rebelión de las masas, será la posibilidad de que se ciegue la espontaneidad del punto de vista personal. Si en Ortega el hombre es constitutivamente social, por cuanto, desde la lengua materna, su sociedad va formándole, en Tocqueville parece que es el individuo el que se comunica, busca y adquiere su identidad en el trato con el otro. Y si la descripción de la conciencia individual es más detallada en el caso de Ortega, que cuenta con una teoría de la vida humana para fundamentar sus posiciones históricas y sociológicas<sup>8</sup>, el hecho es que los dos dirigen

<sup>7</sup> Alexis DE TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique*, ed. de Eduardo NOLLA VRIN: París, 1990, p. 50 (1-1-5).

<sup>8</sup> Se refleja adecuadamente en la misma estructura de la última versión de *El hombre y la gente*. Ortega procede de la vida personal a la vida interpersonal y de ahí a la vida colectiva. El filósofo madrileño tiene razón en quejarse cuando constata la insuficiencia de la caracterización teórica de la libertad o del individuo en Tocqueville, pero ello no constituye un obstáculo para el interés de su trabajo como historiador o sociólogo, o que de hecho la valoración del individuo

sus trabajos, de acuerdo con una especie de orientación cardinal, hacia la valoración del individuo; lo que constituye una coincidencia fundamental.

### Usos, creencias y *moeurs*

Como es sabido, la obra histórica y sociológica de Ortega se apoya sobre su teoría de los usos, entendidos como vigencias, instituciones o productos culturales que han logrado establecerse en la sociedad, de los que parte toda idea individual, que será a su vez origen de todo uso nuevo que pueda establecerse en el futuro. En este sentido, podemos entender *En torno a Galileo* (1933), la conferencia de Valladolid sobre "El hombre y la gente" (1934), *Historia como sistema* (1941) e *Ideas y creencias* (1936) como obras en las que Ortega amplía el alcance de su concepción social, implícita ya en *La rebelión de las masas* (1930), que es nada menos que la base y estructura de su filosofía de la razón histórica<sup>9</sup>.

La atención se puede poner ahora sobre el valor de los usos dentro de una cultura. Cuando uno tiene en cuenta la explicación que ofrece *El Antiguo Régimen y la revolución* de Tocqueville, uno encuentra también un proceso de crisis que se puede describir, con la ayuda de Ortega, como de decadencia, erosión, desgaste de los usos establecidos en torno al poder de la monarquía francesa. También se dan diferencias. En el caso de Ortega, la historia de las ideas se describe especial pero no exclusivamente en términos de la evolución de las ciencias, del arte, y la sensibilidad cultural en su sentido más restringido, mientras que en el caso de Tocqueville las instituciones políticas y su legitimación social ocupan un lugar central. Ortega explica el devenir histórico, y sus correspondientes cambios culturales, como sucesión de usos que, como todo, están sometidos a un continuo cambio y, por tanto, atraviesan, desde su nacimiento, tras un momento inicial, un periodo de plenitud y otro de posterior crisis; esto es, momentos de mayor o menor vigencia. Todo lo cual es perfectamente compatible con el planteamiento de Tocqueville aunque la cuestión prioritaria para el historiador es pasar a aplicar esta visión general a casos concretos.

La importancia de la obra de Tocqueville se encuentra en el detalle de su análisis de las revoluciones francesas, mientras que el interés de Ortega está en sostener una perspectiva lo suficientemente amplia como para poder contemplar varias culturas, incluso en distintas épocas. El logro del escritor francés

---

oriente su trabajo siendo el acuñador del término individualismo para calificar la orientación práctica de los miembros de la sociedad moderna.

<sup>9</sup> A partir de estos avances se abre la perspectiva de la última obra de Ortega. Por un lado estaría el análisis de los usos en *El hombre y la gente* y, por otro, las obras de interpretación de la historia de Occidente como *Origen y Epitafio de la filosofía*, *La idea de principio en Leibniz* o *Sobre una nueva interpretación de la historia universal*.

vendría, pues, del detalle con el que trabaja, propio del historiador, del sociólogo, y en algún momento casi del cronista de un determinado momento; mientras que el mérito de Ortega radica en no abandonar su perspectiva filosófica, que sabe interpretar los acontecimientos bajo una luz más abarcadora. El detalle de los análisis de Tocqueville implica, como decimos, la capacidad de reproducir una cultura concreta, tal y como se ha dado en un determinado momento, mostrando cómo las distintas partes de la representación del mundo se interrelacionan permitiendo las prácticas, es decir, el ejercicio de los usos de los ciudadanos. En este sentido los análisis de *El Antiguo Régimen y la revolución* como los de *La democracia en América* y los *Recuerdos* destacan por la envergadura de su visión sincrónica de la sociedad francesa. Su importancia se halla en el hecho de que tercia en una cuestión histórica determinada, los orígenes de la revolución francesa, para aportar una explicación minuciosa, pero que a la vez prevé las implicaciones de este fenómeno para la historia general de Occidente.

El estudio de la sociedad plantea la cuestión de las categorías que se deben emplear para analizar el comportamiento del hombre en ella. Costumbres o usos, que utilizan respectivamente Tocqueville y Ortega, son dos términos que pueden asimilarse, en tanto el concepto de uso orteguiano es más amplio y comprende las costumbres. Y así cabe aplicar la caracterización clara que hace Ortega de los usos a las costumbres de Tocqueville. Se puede entender, también, que tanto creencias como usos tienen un carácter disposicional. Así, no sólo estoy en la convicción de que el edificio en el que me encuentro sostendrá mi cuerpo, sino que aplicaré esta convicción consciente o inconscientemente a la situación en la que me encuentre en la medida en que sea relevante. Trabajaré despreocupadamente en este artículo sin temer cualquier contratiempo, pues dicha creencia me produce seguridad. Análogamente cuando por la noche me reúna con unos amigos, les saludaré de manera conveniente. No se me ocurrirá, a pesar de mi carácter distraído, saludarles al final de la reunión, por ejemplo.

Pero detrás de ello, encontramos una fenomenología de los usos en *El hombre y la gente* y en general una teoría conceptual pormenorizada, que falta en Tocqueville respecto al concepto de costumbre o hábito. Sin embargo, mientras que los usos se ejemplifican a distintos niveles —a través del saludo, o del código de circulación—, el concepto de costumbre tiene sobre todo un valor heurístico para captar la complejidad de la acción social. Ello conlleva que la labor de Tocqueville sea más descriptiva que conceptual. Esta actividad en primer lugar, pone de manifiesto la importancia de la misma cultura que acompaña al hombre en sus más livianas actividades. En el caso de Ortega se puede encontrar una sensibilidad análoga por la constitución de la cultura en su preocupación por formular una nueva etimología.

Las elecciones que los individuos realizan en su vida social, si bien suponen el seguimiento de unos usos o pautas establecidos —al igual, por otra parte, que la vida personal, en la que también se parte de usar un lenguaje, etcétera—, a la vez suponen siempre un ajuste del uso, por la propia sensibilidad única e irreplicable de cada cual. Así, Ortega ve cómo el individuo, tanto en sus relaciones interpersonales como en las sociales, sobre una base establecida, añade su impronta personal, de forma tal que no cabe establecer una frontera clara entre lo colectivo y lo personal, ni por tanto entender la vida social como la reproducción puramente automática y hasta compulsiva de pautas previamente establecidas. De hecho “no oprimimos dos manos de una manera completamente igual”<sup>10</sup>; así, pone de ejemplo que cada uno, al saludar, estrechamos la mano de modo distinto, pese a seguir todos las mismas líneas principales de estrechar la mano derecha. El acto humano conlleva, pues, por un lado un poso social, y por otro una impronta personal y, en cada caso, variará el grado en que se dé uno y otro. Con ello, muestra en última instancia que el individuo dentro de la sociedad, sobre todo moderna, a través de sus actos o elecciones, elige y crea su vida, esto es, en alguna medida se elige a sí mismo. El individuo sería un conjunto de disposiciones que se forman en el curso del trato con las cosas y las personas<sup>11</sup>. Lo característico de la modernidad es que la cultura establecida se experimenta típicamente no como el seguimiento literal de unas pautas sino como la interpretación de un lenguaje que se aplica siempre en condiciones distintas. Y si ello permite al sujeto una gran eficacia, al mismo tiempo deja abierta la posibilidad de cierta descompensación entre lo que entiende y sabe hacer, y lo que quiere.

Un pasaje del extraordinario trabajo reciente de Jon Elster<sup>12</sup> pone de manifiesto la sofisticación de Tocqueville a la hora de describir el comportamiento humano. Por supuesto que las categorías son de Elster y no de Tocqueville pero ellas ayudan a comprender mejor cuanto encierra la obra del autor francés. Se trata de la formación por parte del sujeto de unas creencias que implícitamente regulan su comportamiento, es decir, los usos que habitualmente adopta<sup>13</sup>. Estos usos no son propiamente conscientes sino que se van decan-

<sup>10</sup> *El hombre y la gente*. [Curso de 1939-1940], IX, 306.

<sup>11</sup> ELSTER en *Alexis de Tocqueville. The first social scientist* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009) mantiene que la opinión prevaeciente en las ciencias sociales es contraria a una coherencia del sujeto, pero parece que se trata más bien de una cuestión de grados.

<sup>12</sup> Jon ELSTER, *Alexis de Tocqueville. The first social scientist*, ob. cit., pp. 11 y ss., especialmente.

<sup>13</sup> Habría que utilizar la distinción antropológica entre *etic* y *emic*. Una perspectiva *emic* es aquella que recoge el punto de vista del sujeto estudiado. Desde éste, por ejemplo, la irracionalidad de algunos de sus actos es prácticamente completa. Para el que saluda, el que su saludo adquiera la forma de darse la mano y no la de hacer una reverencia, por ejemplo, puede resultar completamente irracional. Para una perspectiva *etic* hay una racionalidad que, por ejemplo, la

tando casi inconscientemente del intercambio social. La tesis principal de Elster es que Tocqueville muestra en muchas ocasiones cómo determinados usos se originan como resultado de otros previamente establecidos; lo que le aproxima a Ortega, pues, como ya vimos, del suelo creencial parten las ideas personales y, de éstas, la posibilidad de nuevas creencias y usos. Y ello, al no ser producto de la casualidad ni reproducción directa de pautas preexistentes, apunta, en última instancia, a reconocer que cada individuo es, como muestra Ortega en otros contextos, una perspectiva.

Elster señala asimismo que Tocqueville distingue varias esferas de actividad: religión, literatura y experiencia artística, política, prácticas militares, y vida privada o sociedad civil. Advierte sobre todo en *La democracia en América* tres formas de transferencias entre dominio y dominio, entre acto y acto, obediendo a necesidades de la perspectiva o punto de vista del agente: Habría transferencias que son producto del derramamiento de preferencias ya establecidas en otros campos (*Spill over*), otras que se deben a la voluntad de compensación, y finalmente unas terceras que reflejan la saciedad producida por formas preexistentes. Las transferencias de derramamiento serían usos que se forman por influencia de expectativas establecidas en otros campos, mientras que las de compensación y saciedad trabajan en sentido contrario, e implican que el sujeto encuentra un cierto equilibrio en la variedad. Y por último, el tercer tipo de las transferencias apunta a una coherencia en la actividad. El acierto de esta conceptualización del proceder de Tocqueville es que permite atisbar la consistencia de unas descripciones que se presentan como meras observaciones, así como extraer una visión articulada de la cultura efectiva de la sociedad norteamericana.

El hecho es que una de las facetas más salientes de la sociedad estadounidense tal y como la presenta Tocqueville adquiere consistencia metodológica desde este punto de vista. Como ejemplo de creencias y usos que se traspasan de dominio a dominio, Tocqueville / Elster presenta la actitud ante el riesgo, la representación de la propia actividad dentro del corto plazo, la disciplina y la frugalidad, o la capacidad de iniciativa. En cambio, la religión puede desempeñar el efecto de antídoto frente a la tendencia al riesgo y la referencia al corto plazo. También la religión tiene una función importante en lo que respecta a la compensación. “En lo que respecta a mi opinión, dudo que el hombre pueda jamás aguantar una completa independencia religiosa y absoluta independencia política. Me veo llevado a pensar que si no tiene fe, tiene que

---

nueva filología que Ortega anunció, puede rescatar. Pero también existen creencias que permiten el conjunto de actos habituales del hombre, por ejemplo, la disposición al riesgo. Sencillamente el ciudadano asume los peligros derivados de un acto por estar habituado a ello.

servir, y si es libre hace falta que crea”<sup>14</sup>. Tocqueville, como Ortega, tiene una visión compleja de lo humano y señala la mezcla inherente de los distintos aspectos que la componen, como el oscilante grado con que se dan en cada caso. Otro caso de compensación se encuentra en el estatuto de la vida intelectual en la Francia prerrevolucionaria. Hace de sustitutivo de la actividad política hasta el punto de que, cuando sobreviene la revolución, la actividad de los revolucionarios en muchas ocasiones carecía del sentido de la realidad que es propia de la experiencia del ejercicio activo del poder. Y finalmente, como ejemplo de saciedad, Elster indica que el campo de los negocios requiere la tranquilidad en el orden familiar. Lo que vuelve a coincidir con Ortega por cuanto éste le da prioridad a lo privado, a los órdenes cotidianos, que a los públicos: “Donde menos importaría la indocilidad de las masas es en política, por la sencilla razón de que lo político no es más que el cauce por donde fluyen las realidades sustantivas del espíritu nacional. Si éste se halla bien disciplinado en todo lo demás, poco daño pueden causar sus insumisiones políticas. Donde más importa que la masa se sepa masa y, por tanto, sienta el deseo de dejarse influir, de aprender, de perfeccionarse, es en los órdenes más cotidianos de la vida, en su manera de pensar sobre las cosas de que se habla en las tertulias y se lee en los periódicos, en los sentimientos con que se afrontan las situaciones más vulgares de la existencia”<sup>15</sup>.

La precisión en el detalle de la descripción de una sociedad determina que Tocqueville figure, con razón, como un clásico de la historia de la sociología y del pensamiento, lo que no impide que su obra tenga además unas dimensiones complementarias de alcance teórico. Es consciente de que la historia de Francia es el caso de adaptación al fenómeno general de la modernidad y acierta a señalar lo que es específico de ésta. Lo importante es que dentro de una sociedad igualitaria y democrática, que inevitablemente habría de llegar, se pueda reconocer la constitución de identidades como algo positivo. La importancia de contar con unos conceptos claros con los que analizar la realidad social se trasluce a la hora de la observación y descripción concreta de lo que ocurre, en este caso, en la sociedad moderna.

## Una sociedad colonial

En las “Notas de trabajo” que se publican en este mismo número, y concretamente en las notas [8/52-27] y siguientes, Ortega discute con Tocqueville sobre la naturaleza del pensamiento primitivo y colonial, y dentro de éste, acerca

<sup>14</sup> *De la démocratie en Amérique*, ed. cit., pp. 2-34 y ss. (2-1-5).

<sup>15</sup> *España invertebrada* (1922), III, 510.

de la madurez histórica de Estados Unidos. De ahí surge la cuestión de hasta qué punto es posible que sociedades que no tengan unos antecedentes históricos directamente vividos entren en la modernidad. En el contexto del mundo globalizado es ésta una cuestión de gran alcance que posteriormente recoge y trata Díez del Corral en *El rapto de Europa*. La nota de Ortega puede remitir a su texto "Hegel en América"<sup>16</sup> donde Ortega toma de Hegel la idea de que una sociedad progresa orgánicamente, es decir, a partir de su propio pasado. De ahí se derivan varios pasajes en los que Ortega anticipa su crítica a Estados Unidos<sup>17</sup>. Cabe entender que de alguna forma la relación entre creencias e ideas constituye un principio que se podría aplicar de una forma general al caso. Efectivamente se puede hablar de una determinada configuración creencial que admite y se complementa con ideas que serían disfuncionales si se partiera de otra configuración creencial distinta. Un problema de la modernidad es que las naciones y sociedades conviven y tratan de imitarse, cuando frecuentemente su cultura, es decir, el conjunto de creencias y usos efectivos, es bastante reacia a asimilar nuevas ideas de modo que éstas puedan incorporarse en las actividades cotidianas. El término "configuración creencial" expresa, a nuestro parecer, el hecho de que las creencias son efectivas porque se ajustan a la vida de la sociedad además de implicar una mayor sofisticación del entendimiento, y una disposición de la voluntad que admita ideas distintas de las vigentes<sup>18</sup>. Por ejemplo Tocqueville observa que no se puede mantener una constitución análoga a la de Estados Unidos en Méjico por razones culturales<sup>19</sup>.

Al mismo tiempo, esta valoración de la creencia puede implicar, y en el caso de Ortega implicó, una crítica a las formas de entender la historia que se derivan de la Ilustración, a la falta de sentido histórico y de atención a la complejidad de la realidad, en tanto que no cabe más que ajustarse a lo que ésta permite. Esta crítica a la modernidad pasa por la crítica a la razón utilizada independientemente del conocimiento histórico. En este contexto central, un texto clave es *Historia como sistema* de 1941, que apunta a la necesidad de reformar la razón físico-matemática a favor de una razón incardinada en la vida (6-59), pero esta tesis ya del momento de su madurez se puede remontar a posiciones que se encuentran explícitas en *El tema de nuestro tiempo*, de 1923, y en

<sup>16</sup> "Hegel y América", en *El Espectador* VII (1928), II, 678.

<sup>17</sup> Y en cierta manera la profundiza ya que entiende que Europa no debe mirar admirativamente a Estados Unidos sino buscar dentro de sí la solución a sus males. *La rebelión de las masas* (1930), IV, 447, 460 y 464; seguido por "Los «nuevos» Estados Unidos" (1931), IV, 621, y "Sobre los Estados Unidos" (1932), V, 36 y ss.

<sup>18</sup> La modernización de lo que se ha dado en llamar el tercer mundo ha sido desigual y probablemente ha pesado no tanto sobre la voluntad política sino más bien en las posibilidades internas de cada sociedad a la hora de entrar en un contexto globalizado.

<sup>19</sup> Ob. cit., p. 238 (1-2-9).

otros escritos de aquella época<sup>20</sup>. Es interesante que en Tocqueville se encuentre una tesis semejante a la de Ortega, como ya hemos indicado. Desde luego las formulaciones precisas de lo que hay que entender por hábitos y costumbres son más escasas y menos precisadas que las que encontramos en el caso del filósofo español con respecto a los usos, como respecto a ideas y creencias<sup>21</sup>. Casi se puede decir que en Tocqueville no hay teoría sino observaciones que apuntan a hechos. Con todo, hemos entendido que su obra tiene un alcance teórico importante y que se puede establecer una correlación entre el término “costumbres” (*Moeurs*), que emplea, con el de “usos”, que elabora Ortega.

Así observamos que una cosa es mantener que la asimilación de una nueva idea depende en buena parte del contexto creencial de una sociedad, y otra distinta es desconocer que las ideas, aparte de que sean transformadas, bajo determinadas circunstancias, en creencias, puedan tener como tales ideas una influencia positiva en la realidad. Ello es claro en el efecto reformador de la sociedad española que incita, y produce de hecho, la obra de Ortega. Pero también se encuentra en la observación de Tocqueville de que es la conjunción de leyes y costumbres lo que logra una eficacia máxima a la hora de que la democracia se asiente con éxito en la sociedad estadounidense<sup>22</sup>.

### El problema de la desmoralización

Los dos autores comprendieron que el problema central de una sociedad moderna es el de la desmoralización, entendida tanto como falta de vigor o vitalidad, como ausencia de valores y de moral. Esta situación se da cuando los valores antiguos no sirven, se sienten caducos y, de momento, no hay otros que los sustituyan para que puedan servir de impulso y guía: “(...) hay crisis histórica cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer porque vuelve a de verdad no saber qué pensar sobre el mundo (...). El cambio del mundo ha consistido en que el mundo en que se vivía se ha venido abajo y, por lo pronto, en nada más (...). Como aquel sistema de convicciones o mundo era el plano que permitía al hombre andar con cierta seguridad entre las cosas y ahora carece de plano, el hombre se

<sup>20</sup> “El ocaso de las revoluciones”, en *El tema de nuestro tiempo* (1923), III, 626; “Ni vitalismo ni racionalismo” (1924), III, 72.

<sup>21</sup> Alexis DE TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique*, ed. cit., p. 225 (1-2-9). Un apartado posterior se titula: “Que las leyes sirven más al mantenimiento de la república democrática en Estados Unidos que las causas físicas, y que las costumbres más que las leyes”.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 240 (1-2-9).

vuelve a sentir perdido, azorado, sin orientación. Se mueve de acá para allá sin orden ni concierto; ensaya por un lado y por otro, pero sin pleno convencimiento, se finge a sí mismo estar convencido de esto o de lo otro (...). En las épocas de crisis son muy frecuentes las posiciones falsas, fingidas<sup>23</sup>. Lo fundamental es, pues, mostrar, en el caso de la sociedad norteamericana, que la relación del ciudadano con su comunidad de origen<sup>24</sup>, con la ley en general<sup>25</sup> y con la nación, en la medida en que se llega a una identificación patriótica<sup>26</sup>, puede lograrse; de forma que el individuo se integre efectivamente en su propia comunidad, la sienta como algo propio, como parte de él, y ello evite la desmoralización. Este pensamiento, aunque lo encontramos en su obra primera, constituye su legado más relevante a la historia de las ideas. Por su parte, Ortega es consciente, como muestra el primero de los textos citados, de que se dan formas distintas de estar en la propia cultura, tantas como individuos, por ello intenta contribuir a la regeneración de la sociedad española mediante un esfuerzo intelectual o pedagógico, que es el que describe desde *Las meditaciones del Quijote*. Si Tocqueville lamenta, en su mencionado discurso de 1848, que “la moral no reina ya en los actos principales de la vida”, y vaticina la revolución inminente que poco después se produciría; Ortega percibe que Occidente entero está amenazado, como describe en *La rebelión de las masas*, por la posibilidad de una involución que desemboque en barbarie. Ortega no sólo vio sobrevenir la barbarie del especialista sino también que los individuos se pudieran encontrar imposibilitados para actuar a través de su cultura. El siguiente texto de *Ensimismamiento y alteración* expresa lo que Ortega llegó ya a entrever en los años treinta: “El estupor, la forma máxima de alteración (...) cuando persiste se convierte en estupidez (...). Los demagogos, empresarios de la alteración que ya han hecho morir varias civilizaciones, hostigan a los hombres para que no reflexionen, procuran mantenerlos hacinados en muchedumbres para que no puedan reconstruir su persona donde únicamente se reconstruye, que es en la soledad. Denigran el servicio a la verdad y nos proponen en su lugar: mitos. (...). Y con todo ello consiguen que los hombres se apasionen, y entre fervores y horrores se pongan *fuera de sí*. Y, claro está, como el hombre es el animal que ha logrado meterse dentro de sí, cuando el hombre se pone *fuera de sí* es que aspira a descender, y recae en la pura animalidad<sup>27</sup>. Los acontecimientos de los años treinta fueron tan terribles co-

<sup>23</sup> *En torno a Galileo* (1947), VI, 421-422.

<sup>24</sup> Alexis de TOCQUEVILLE, ed. cit., p. 53 (1-2-5).

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 187 (1-2-6).

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 185 (1-2-6).

<sup>27</sup> *Ensimismamiento y alteración* (1939), V, 541 y 546.

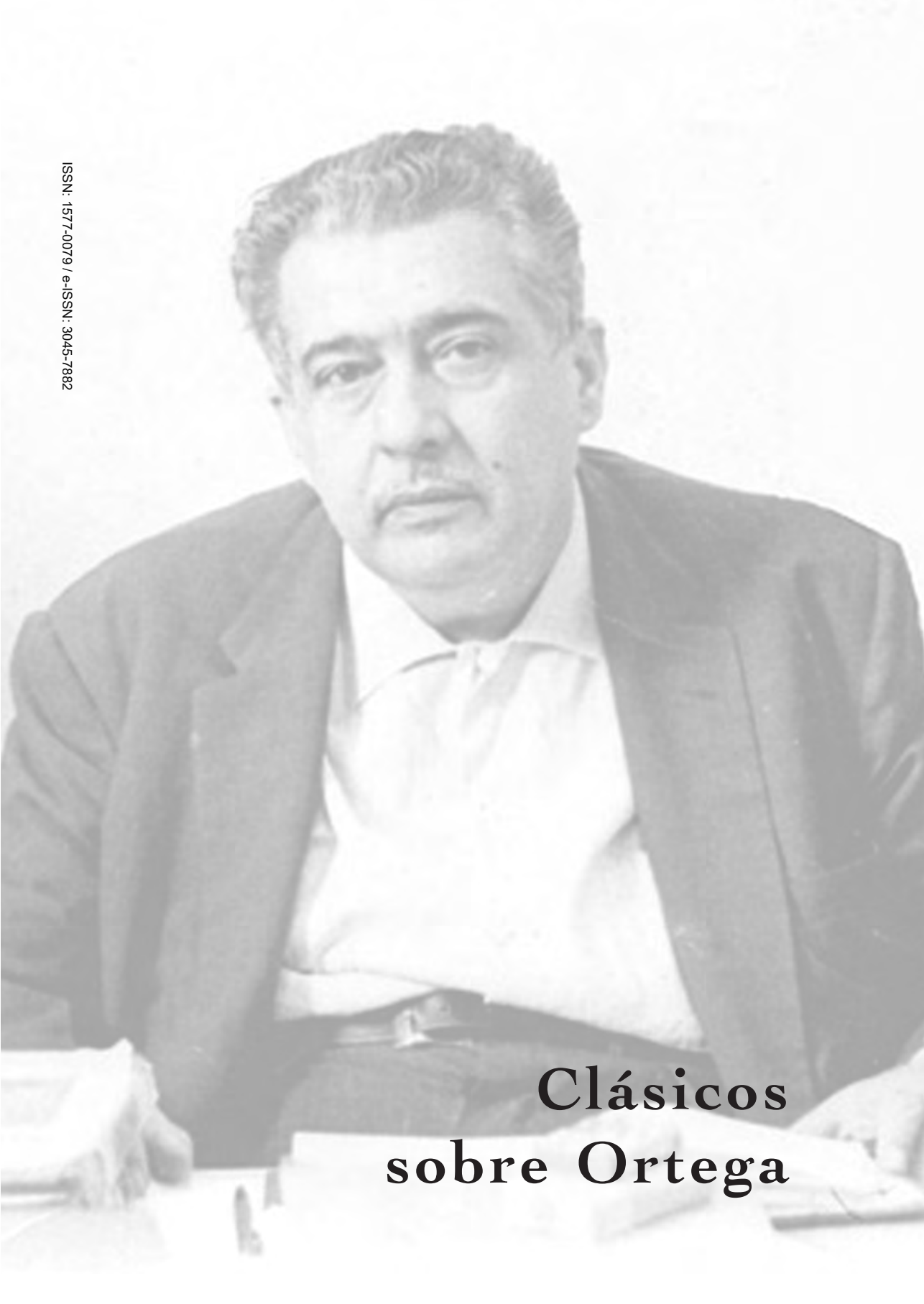
mo los de la revolución francesa, pero cabe señalar que Tocqueville contó éstos con mayor distancia a la hora de reflexionar sobre ellos.

En última instancia, la relación entre Tocqueville y Ortega es de mucho interés, aun cuando éste estudió al pensador francés tardíamente y no llegara a terminar el supuesto prólogo que le dedicaría con ocasión de una edición en español de una de sus obras. Con todo, es un caso de coincidencia en lo que se refiere a lo que un intelectual debe atender y defender. ●

## ■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLOOM, A. (1990): "Rousseau: The turning point", en Allan BLOOM (ed.), *Confronting the Constitution*. Washington: AEI Press.
- DÍEZ DEL CORRAL, L. (1989): *El pensamiento político de Tocqueville*. Madrid: Alianza Editorial.
- ELSTER, J. (2009): *Alexis de Tocqueville. The first social scientist*. Cambridge University Press.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004): *Obras completas*. Tomo II (1916). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus.
- (2005): *Obras completas*. Tomo III (1917-1925). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2006): *Obras completas*. Tomo V (1932-1940). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2006): *Obras completas*. Tomo VI (1941-1955). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- (2007): *Obras completas. Obra póstuma*. Tomo VII (1902-1925). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- TOCQUEVILLE, A. (1990). *De la démocratie en Amérique*, ed. de Eduardo NOLLA VRIN: París, 1990.
- VILLAVARDE, M. J. (2005): "La democracia en América: bicentenario de Tocqueville", *El País*, 26-XII-2005.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882



# Clásicos sobre Ortega

< José Lezama Lima

# José Lezama Lima escribe la necrológica de Ortega *el americano* \*

Presentación de José Lasaga Medina

ORCID: 0000-0001-8825-9874

El número 40 de la revista *Orígenes*<sup>1</sup>, editada en Cuba por Lezama Lima fue el último que se publicó y quiso el azar que su último texto impreso fuera la breve, compleja, rica y sobre todo generosa nota que el gran poeta habanero escribió para despedir al gran filósofo madrileño y que hoy recuperamos en esta sección. Su origen está probablemente en la carta que Lezama escribió a María Zambrano poco después de conocer la muerte de Ortega y las circunstancias que la rodearon. En su respuesta desde Roma, Piazza del Popolo, la amiga le escribe: “Lo que me dice de Ortega debería escribirlo; tal así como está hace falta que alguien lo diga y nadie como usted si no lo ha hecho, hágalo para su revista”<sup>2</sup>.

Al recordar Lezama la obra y al hombre que la ha escrito no se detiene demasiado en el estilo. Le reconoce, citando a Gaos, lo excepcional de la prosa orteguiana y el hecho de que recuperara para la lengua castellana una originalidad en el decir que se había perdido. Pero le interesa más el Ortega filósofo y hombre público que supo desde muy joven “penetrar” en su destino,

<sup>0</sup> Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> “La muerte de José Ortega y Gasset”, *Orígenes*, La Habana, 1951, n.º 40. El texto ha sido tomado de la antología de José LEZAMA LIMA *Imagen y posibilidad*, selección, prólogo y notas de Ciro BIANCHI ROSS. La Habana: Letras Cubanas, 1981, pp. 144-148.

<sup>2</sup> La muerte de Ortega se había efectuado el 18 de octubre de 1955. La carta de Zambrano en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Madrid: Endymion, 1996, p. 208. Véase en esta misma *Revista de Estudios Ortegaianos*, n.º 10-11, 2005, el amplio dossier sobre las circunstancias de la muerte del filósofo al cuidado de Ignacio Blanco Alfonso.

## Cómo citar este artículo:

Lasaga Medina, J. (2010). José Lezama Lima escribe la necrológica de Ortega “el americano”. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (20), 193-201.  
<https://doi.org/10.63487/reo.518>

Revista de  
 Estudios Ortegaianos  
 N.º 20. 2010  
 mayo-octubre



así dice, zambranianamente. De ahí el elogio que le regala a Ortega, que no es el esperable de la inteligencia o la profundidad de saberes o la gracia de la palabra sino la valentía. Y me parece tan cargado de significación, tan elegante y tan justo que no renuncio a citar, aún a sabiendas de que obligo al lector a leerlo dos veces, sus palabras: “Es ahora el momento de manifestar que fuera Ortega y Gasset, el que dijera las cosas más valientes, inteligentes y voluntariosas, acerca de la historia, paisaje o política, que se han dicho en España en los últimos cien años”.

Por supuesto, Lezama lo sabía todo de Ortega, no sólo porque había leído su obra y conocía desde su comienzo la *Revista de Occidente*, espejo en que se miró *Orígenes*, como tantas otras revistas de la América hispana, sino por la entrañable y prolongada amistad que le unió con María Zambrano, a cuyas conferencias asistía con asiduidad, siendo la primera que diera en la isla una titulada “Ortega y Gasset y la filosofía actual” en 1948, en la época en que la filósofa de la razón poética residió en la isla. José Prat Sariol en su ensayo “La complacencia trascendente. José Ortega y Gasset en José Lezama Lima” asegura que Lezama prestaba atención a todas las manifestaciones culturales relacionadas con Ortega y que asistía siempre a las conferencias que sus discípulos daban en La Habana, especialmente Gaos y García Bacca.

Sí, Lezama lo sabía todo de Ortega, su gusto por las tertulias, los veraneos en San Sebastián, las visitas al Jokey Club de Buenos Aires, las conversaciones con ninfas en el golf o los brindis del Ritz. Por eso mismo enfatiza el valor de Ortega volviendo del revés la historia de España –Lezama habla de “despellejar” “el falso ordenamiento que dañaba lo hispánico”. Está leyendo *España invertebrada* en clave americana y señala el acierto de Ortega al destacar como el gran momento auroral de su historia la colonización de América, contra el gesto vano de pura voluntad que simboliza la erección del Escorial. Con el olfato para la síntesis que los grandes poetas suelen poseer, lee la “Meditación del Escorial” como primera inspiración de *España invertebrada* y ésta como preliminar de *La rebelión de las masas*. También cree Lezama que la tarea de las minorías en relación con las mayorías es el tema político de “nuestro tiempo” y no encuentra desdeñables las intuiciones de Ortega: “Ortega precisó el destino que le quedaba por realizar a «los mejores»”. Pues ésa, en realidad fue la tarea de su vida, su destino en el que le vio encajado desde joven: “A su formación, a su responsabilidad, a lo necesario de su universalidad, dedicó sus mejores vigilancias”. Y fue esa lucidez fruto de la valentía y decisión de decir lo que había que decir, en contra de lo que convenía decir, lo que le ganó tantos y tan encendidos enemigos.

Pero aunque la nota de Lezama subraya ante todo la dimensión pública de Ortega y su misión como educador, hacedor de salvaciones, no ignora la pro-

fundidad y originalidad de su filosofía. Alude en cifra a su acertada crítica del idealismo alemán aunque lamenta la ausencia de una dimensión trascendente en sus reflexiones sobre la realidad radical. Se permite en este punto una ironía cuando le pronostica para el viaje al más allá, ya iniciado, sendos diálogos con “el frailecito incandescente” y el “morabito máximo” –motes que Ortega había dado respectivamente a San Juan de la Cruz y Miguel de Unamuno. Termina evocando, eco de las palabras que escribió a su amiga María<sup>3</sup> cuando supo de la muerte de Ortega en la España de Franco, la sobriedad de su muerte y la “maligna incompreensión que se complació en escarnecerlo”.

---

<sup>3</sup> En carta fechada en diciembre de 1955, Lezama se lamenta de la “descampada frialdad” que ha rodeado al acontecimiento; y comenta que se trata de un “hecho brutal”, una “indignidad”, una “pobreza sucia”. Citada en “Sobre la complacencia trascendente” (2000), José PRATS SARIOL, *Revista Hispano-cubana*, n.º 4, 2006, pp. 151-164.



---

---

## JOSÉ LEZAMA LIMA

### *La muerte de José Ortega y Gasset*

**Y**a hoy lo podemos complacer, pues le acaba de llegar la gracia de la complacencia trascendente, ya le podemos decir Ortega el americano. La extrañeza del americano en el idioma, su voluntariosa o soterrada desconfianza de las palabras, hasta que una a una se decide a descubrirlas, a desgarrarlas en cada instante germinativo, estaban vivas en él. Sabía que no podía disfrutar del idioma en blanda siesta, sino apoderarse de él como una conquista, como un comienzo. Ni el calvado aticismo, máscara de tanta endebles y ñoñería, ni las elegancias minuciosas de la sensación en sus reflejos, ni el rodaballo perifoloso. No apetecía la tradición como disfrute, sino el disfrute de una tradición matinal, reciente, descubierta. Primera de sus hazañas: frente a la mortandad del verbo hispánico de sus comienzos, levantarse a la eficacia conquistadora del idioma. Por eso subrayamos la verdad esclarecedora de José Gaos, cuando nos dice: “su par habría que elegirlo, a mi parecer, entre los máximos prosistas hispanoamericanos, que pertenecen al período posterior a la independencia de estos países”.

Sabía que en España el labriego y el cortesano, a la manera de Garcilaso, habían cantado y danzado, para el mejor gusto o el éxtasis, pero quedaba el fragmento del escritor, que no le correspondía al campesino, que tenía que comenzar su aventura. Que desde siglos había perdido carácter, energía, desenfado, o para decirlo en el lenguaje de los músicos su “alegría majestuosa”. No sólo había disfrutado en su juventud la palabra de áureos ramos almendrineros del “indio divino”, sino que había leído a los cronistas de Indias, en un afán de aunar la palabra que se extrae con la aventura del paisaje de nueva tierra fir-

me. Años antes Unamuno se encontraba con Martí, y tenía que descubrir allí, que dos de las mejores tradiciones españolas, el barroquismo de esencias y el misticismo, se encontraban de nuevo en su llegada americana. Ortega el americano, Martí y Unamuno, primer triunfo, de nuevo en el idioma. Plenitud que comienza por nacer de una frustración, de un reojo de desterrado.

Una consumada sorpresa engendraba en la valoración de la valentía de Ortega, las temporadas que había pasado en San Sebastián o en las tertulias bonarenses del Jockey Club. No se le situaba la gran valentía con que iba a sus cosas esenciales, aunque tuviese que torcer simpatías de cavernícolas o liberales. Es ahora el momento de manifestar que fuera Ortega y Gasset, el que dijera las cosas más valientes, inteligentes y voluntariosas, acerca de la historia, paisaje o política, que se han dicho en España en los últimos cien años. Desde muy joven penetró en su destino, “parecería lo que dijese una historia de España vuelta al revés”. La historia se había hecho tópica, repetición, cartoné. Y Ortega comprendió que había que despellejar aquel falso ordenamiento que dañaba lo hispánico. “La perdurable modorra de idiotez y egoísmo que ha sido durante tres siglos nuestra historia”. Se enfrentó hasta su muerte con esa idiotez; combatió, hasta que una mezquina circunstancia histórica le cerró todas las puertas, esa modorra. Pero aún hay más en esa valentía, señalar el tránsito de Castilla, medieval, mística y creadora, a pura escenografía, a retórica de la llaneza. Ese momento en que según nos dice, Castilla “se vuelve suspicaz, angosta, sórdida y agria”. Combatió todo esbozo de estatificación y de muerte. Y subrayó que el gran momento vital de España, había sido la colonización americana, matinal, plena, frente a la agriedad del fetichismo castellano. “Para mí [dice Ortega] es evidente que se trata de lo único verdadero, sustantivamente grande, que ha hecho España”. En esa dimensión, Ortega llegó a decirse contra lo más altivo y rífo, sin dar muestras de vacilación. Así nos dice de El Escorial, que allí “se muestra petrificada un alma toda voluntad, todo esfuerzo, exento de ideas y de sensibilidad”. En esas valoraciones es donde Ortega muestra su valentía, la decisión de su estilo.

Y esa colonización, revés de la minoritaria inglesa, según él subrayaba, había sido hecha por el pueblo. Todo lo había hecho el pueblo, pero lo que él no había hecho marchaba a la deriva sin pulso formativo. Entonces fue cuando Ortega precisó el destino que le quedaba por realizar a “los mejores”. A su formación, a su responsabilidad, a lo necesario de su universalidad, dedicó sus mejores vigilancias. Es decir, al lado del pueblo hispano, creador de voz y numerados pies danzables, grave de guitarras romanceadas, acarreo de las mejores resistencias, el ejercicio místico para constituirse en “los mejores”. No era aristocracia sin raíces, como afirman superficiales, sino la elaboración y cuidado de los bíblicos “vasos de elección”.

De ese destino derivó su concepción de la esencial frustración del hombre dentro de la órbita hispana. “Todo español lleva dentro, como un hombre muerto, un hombre que pudo nacer y no nació”. Frente a la trágica decisión de esa frase, es innegable que Ortega y Gasset se empeñó toda su vida en superar esa frustración, ese no habitar su destino del hombre hispano. En el señalamiento de esa frustración, no hubo pesimismo en Ortega, sino virtudes aurorales, enérgicas flechas elevadas a un más alto potencial hispánico. Los que se contentaban y aprovechaban de esa frustración, mirarán siempre con recelo maligno ese esplendor, ese triunfo de la inteligencia, ese recio señorío mostrado por Ortega para combatir las enfermedades de su circunstancia y su tiempo. Huyendo del yo trascendental de los alemanes, trampa mística para los místicos, no se detuvo en la alabanza del Dios en Castilla. Para no caer en el panteísmo alemán desconfió del misticismo español, y pareció siempre huir de todo diálogo teocrático. Pero el frailecito incandescente y el morabito máximo, como él llamaba a dos de las más esenciales figuras de la historia de España, estarán allí para contestar a las preguntas que él no satisfizo. Pero él era también un místico del fervor del conocimiento, del apetito de las esencias. La sobriedad de su muerte, rodeado de cosas muy esenciales, la maligna incomprensión que se complació en escarnecerlo durante sus últimos años, hicieron que de nuevo en él esplendiese la antigua grandeza castellana. A su espíritu de fineza, a la noble voracidad de su fervor humanístico, a la rectitud de su señorío, a la sobriedad de su muerte, el homenaje, un angustioso detenernos en la marcha, de los que trabajamos en *Orígenes*.

*Orígenes*. La Habana, 1956, N°. 40



## HABITANDO TIERRA EXTRAÑA

ORTEGA Y GASSET, José: *Der Mensch ist ein Fremder. Schriften zur Metaphysik und Lebensphilosophie*, edición y traducción de Stascha Rohmer. Friburgo: Alber, 2008. 336 p.

JESÚS M. DÍAZ ÁLVAREZ  
ORCID: 0000-0001-7872-6205

“E l hombre es, por esencia, forastero, emigrado, desterrado”. Esta frase, tomada de *Unas lecciones de metafísica*, y cuyo ideario general puede encontrarse masivamente en muchos otros escritos de Ortega sobre todo a partir de los años 30, es la matriz conceptual de la que sale el título del libro que ahora se reseña: *Der Mensch ist ein Fremder. Schriften zur Metaphysik und Lebensphilosophie*. El volumen contiene la traducción alemana de tres escritos relevantes de eso que el propio filósofo madrileño bautizó como “segunda navegación”, a saber, aparte de las ya mencionadas *Unas lecciones de metafísica* (1932-33), el ensayo *Guillermo Dilthey y la idea de la vida* (1933-34) y las lecciones bonaerenses tituladas *La razón*

*histórica* (1940). Que Stascha Rohmer, competente editor y traductor de estos textos, se decidiera por tal título es un acierto filosófico y editorial. Editorial porque en él no sólo se dan abundantes pistas sobre el contenido de la obra, sino porque tiene algo que cualquier autor o librero de raza busca, “pegada”. La traducción castellana no recoge quizá la fuerza del alemán por la dificultad que siempre tenemos a la hora de traducir el sustantivo *Fremder* (extranjero, forastero, extraño) en contextos filosóficos. Sin embargo, no cabe duda de que un volumen que rece *El humano es un forastero (un extraño)*. *Escritos sobre metafísica y filosofía de la vida* tiene un fondo enigmático que nos invita a cogerlo y ojearlo. Pero, como afirmé hace un momento, no sólo el título es un acierto desde el punto de vista editorial. También filosóficamente da en el clavo. Y vuelvo al sustantivo *Fremder*. A nadie se le escapa que este concepto, junto a sus muchos derivados y compuestos, es clave en la obra de uno de los grandes refe-

## Cómo citar este artículo:

Díaz Álvarez, J. M. (2010). Habitando tierra extraña. Reseña de “Der mensch ist ein Fremder”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 203-207.  
<https://doi.org/10.63487/reo.519>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre



rentes de la filosofía orteguiana, Edmund Husserl. Sin él sería inconcebible su teoría de la intersubjetividad, y no sólo en la enunciación clásica de la archifamosa *V Meditación Cartesiana*. Sin embargo, las resonancias husserlianas de este término, con ser importantes, no son ahora las decisivas. Incluso podría decirse que “extraño”, “forastero” está utilizado aquí expresamente contra Husserl y con una clara resonancia heideggeriana interpretada en clave existencialista. Me explico. Tanto en *Unas lecciones de metafísica* como en *La razón histórica*, Ortega entiende la fenomenología husserliana como una filosofía moderno-idealista. Así, nos dice en aquéllas: “Franceses, ingleses, alemanes; siglo XVII, siglo XVIII, siglo XIX; ¡Idealismo! Comienza el siglo XX: 1900, las *Investigaciones lógicas*, de Husserl; en 1913 sus *Ideas para una fenomenología pura*, la forma más rigurosa, más extrema de idealismo”. Y en las lecciones del 40 afirma: “Bien que en giros muy distintos pero no más rigurosos, ésta (la supuesta consideración husserliana del pensamiento como realidad primera y primaria) es la forma ultradepurada que da Husserl al cartesianismo, repristinándolo en fenomenología, en la cual viene a rizarse el rizo del idealismo”. No me es posible en esta reseña desmenuzar la crítica que Ortega le hace a Husserl ni entrar en el carácter sesgado o, cuando menos, muy problemático de su lectura<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sobre este tema son ya clásicos los estudios de Javier SAN MARTÍN. Cfr., por ejemplo, “Ortega y Husserl: A vueltas con una relación polémica”, en *Ensayos sobre Ortega*. Madrid: UNED, 1994, pp. 111-131.

Pero lo que parece quedar fuera de toda duda es que al entender su filosofía en clave idealista se aleja de su antiguo maestro por la misma razón que en su día se separó de Descartes o Kant: su error profundo a la hora de establecer qué es la realidad radical. Husserl, igual que sus ilustres predecesores, habría entendido que el sustrato último a partir del cual todo podía ser explicado era el pensamiento. En este sentido, su fenomenología terminaría siendo para Ortega, igual que toda la filosofía moderna, una egología, una especulación en la que el yo termina por tragarse al mundo. Pero si tal tesis fuera verdad, si el mundo acabara siendo el conjunto de mis contenidos de conciencia, no se explica demasiado bien por qué me ofrece tantas dificultades, por qué se me resiste de la manera en que lo hace, en suma, por qué me siento en él como un forastero. Ello sólo puede comprenderse, y ésta es la crítica del pensador madrileño, porque no estamos hechos de la misma sustancia, porque estar en el mundo es estar en lo otro que yo, es estar arrojado fuera de mí, es, en definitiva, habitar en “un país extraño”. La tesis idealista se había puesto las cosas demasiado fáciles. Lo real y lo racional terminaban por coincidir. Ahora bien, si el idealismo falta a la verdad, si su tesis sobre la realidad radical no es acertada, es preciso salir de ella, romper su jaula y tratar de hacer justicia fenomenológica a ese sentimiento de extrañeza. Superar el idealismo, aunque asignándole la parte de verdad que le corresponda, va a ser la gran tarea filosófica de Ortega. Su filosofía de la razón vital o razón histórica pretenderá dar, como es conocido por todos, una

nueva respuesta a la clásica pregunta metafísica por la mencionada realidad radical. La vida, en una forma peculiar y no irracional de entenderla, será su respuesta. En su desmenuzamiento, en la detección de sus categorías esenciales, y más allá de la poco acertada lectura que se hace de Husserl, Ortega se sentirá más asistido por Heidegger y Dilthey. Ambos, pero sobre todo el primero, serán sus grandes referentes en la lucha por la superación del modelo moderno.

La vida, por tanto, como nuevo evento metafísico. La vida como existencia arrojada a un mundo extraño en la que tengo que resolverme a seguir mi vocación, a formar una identidad, a labrar un yo que anticipo y a la vez descubro en esa pelea continua con una circunstancia que a veces facilita, pero en muchas ocasiones entorpece mi labor. La vida, en suma, como esa alquimia extraña entre el yo y el mundo, un yo y un mundo que se correlacionan, se necesitan y se atraen, pero que, a la vez, mantienen su respectiva identidad dentro de la totalidad vida que ambos conforman.

Desde estos nuevos presupuestos es normal que el humano sea para Ortega, tal y como lo indiqué al principio, y de modo constitutivamente esencial, un forastero, un emigrado, un ser perdido y desterrado, perplejo y siempre extranjero, un muñón ontológico que precisamente por habitar en tierra extraña ha de hacerse su propia vida, tomando decisiones verdaderas que le den un sentido. Con ello, estamos en las antípodas del idealismo, en el contrapunto de cualquier filosofía de la conciencia. Por eso las antedichas metáforas que aluden a la extrañeza y al naufragio son tan profu-

samente usadas por Ortega en los tres textos decisivos que acoge este volumen. Son imágenes claras de su crítica al paradigma moderno y señalan la progresiva maduración de su filosofía de la razón vital. Stascha Rohmer acierta, pues, plenamente en el título de este libro no sólo editorial, sino filosóficamente.

A parte de la cuidada traducción y edición, Rohmer introduce el libro con un solvente estudio que muestra su buen conocimiento del pensador madrileño. Su *Einführung* puede dividirse básicamente en dos partes. En la primera explica de modo claro la lucha de Ortega contra el idealismo moderno, los fallos que detecta en el realismo clásico o su nueva comprensión de la vida como realidad radical. En este punto insiste con acierto en que aunque es correcto colocar a Ortega entre los grandes filósofos de la vida de los siglos XIX y XX –Nietzsche, Dilthey, Simmel, Bergson o Klages–, tal y como acaece en el respetado estudio ya clásico de Otto Friedrich Bollnow<sup>2</sup>, no debe olvidarse que la filosofía del autor de *Meditaciones del Quijote* es una metafísica que pretende acercarse del lado de la razón y no caer en una mística dionisiaca o irracionalista. Para Rohmer, el pensamiento maduro de Ortega tiene como objetivo esencial ampliar el concepto de razón, sustituir la razón pura moderna por la razón histórica que, no obstante, sigue siendo un tipo peculiar de *logos*.

También resulta de interés en esta primera parte su manera de entender la famosa frase “Yo soy yo y mi circuns-

<sup>2</sup> O. F. BOLLNOW, *Die Lebensphilosophie*. Berlin-Göttingen-Heidelberg, 1958.

tancia...”, quintaesencia del proyecto filosófico del pensador madrileño. Según Rohmer el “y” de la conocida fórmula no ha de entenderse en un sentido “aditivo”, sino “dialéctico”. Dicho de otra forma, semejante “y” reuniría en una totalidad la identidad y la diferencia del yo y la circunstancia; eso sería la vida, una vida que desde luego no estaría sometida, a pesar del uso de la palabra dialéctica a ninguna lógica de tipo hegeliano.

Una vez explicitada la filosofía orteguiana, la que podría considerarse como segunda parte del estudio desarrolla de forma competente lo que cabría calificar como las circunstancias vitales y filosóficas que estuvieron presentes en la génesis y elaboración del pensamiento de Ortega. Desfilan, así, por estas apretadas páginas, entre otras, su formación alemana y la atención a la mejor cultura del momento (Freud, Worringer, Spengler...); la filosofía de don Miguel de Unamuno y la actitud ante España de los miembros de la generación del 98; o la filosofía de Husserl, en particular del Husserl más cercano a Ortega, el de *La crisis de las ciencias europeas*, y las decisivas influencias de Dilthey y Heidegger. No es posible hacer justicia al contenido de estas hojas, a las interesantes apreciaciones que realiza su autor, pero sí quisiera señalar a vuelapluma la lúcida contraposición que Rohmer establece entre el antiguo rector de Salamanca y la nueva estrella filosófica. Entre la tragicidad del primero y el espíritu festival y deportivo del segundo. Para Ortega, la vida es ciertamente tragedia o, mejor dicho, tiene estructuralmente componentes trágicos, pero también es empresa, aventura

siempre precaria e inacabada con la que intentamos sobreponernos a la unilateral angustia. Es decir, la vida no es sólo tragedia; también es constitutivamente “alegría cervantina”. Esta crítica, que igualmente podría aplicarse al pensamiento de Heidegger, me lleva a la segunda contraposición que Rohmer establece. La que afecta a las filosofías de Heidegger y Ortega. Siguiendo la tesis de Pedro Cerezo<sup>3</sup>, el editor y traductor considera que nuestro pensador no practica la diferencia ontológica entre ente y ser, esencial en el genio de la Selva Negra. En este sentido, a pesar de la grande influencia de Heidegger, la metafísica de la vida humana de Ortega y la ontología de aquél presentarían no pocas divergencias. El autor de *¿Qué es filosofía?* permanecería para Rohmer, pues, dentro de la tradición humanista y, como ya se sugirió, volcado a un particular concepto de razón ampliada. Por eso podría dar una respuesta a la pregunta por el ser: el ser es la vida. El autor de *Ser y Tiempo*, en cambio, no lo hará en esa obra o en cualquier otra posterior. Hasta aquí, muy sumariamente, la contraposición que el editor y traductor hace entre los dos filósofos. Las preguntas relevantes que se desprenden de ella podrían ser las siguientes: ¿Ontifica Ortega con su metafísica de la razón histórica la pregunta por el ser? ¿Está dentro de la onto-teología? ¿Es Heidegger un pensador más radical? El tema, naturalmente, desborda estas páginas, pero el debate está servido.

<sup>3</sup> P. CEREZO GALÁN, “El nivel del radicalismo orteguiano. La confrontación Ortega/Heidegger”, *Teorema*, vol. XIII, n.º 3-4, 1983.

Todos aquellos que en algún momento de nuestra vida nos hemos enfrentado a la traducción de textos filosóficos sabemos lo ingrato de este trabajo y el poco reconocimiento que tiene. Lo cual no deja de ser paradójico, porque semejante labor es, por otra parte, esencial en la transmisión y conocimiento del pensamiento que se produce en los diferentes países y tradiciones. Además, precisamente por lo desatendido y devaluado

que está el ejercicio de la traducción, en muchos casos es la suerte la que termina decidiendo si a un autor se le ha hecho justicia en su nueva andadura por tierras extrañas. Por esta razón, españoles y alemanes deberíamos agradecer a Stascha Rohmer su pulcro y cuidadoso trabajo, el habernos librado de los azares de la diosa Fortuna. Creo que Ortega estaría de acuerdo.

## TOLERANCIA: DIGNIDAD

SAN MARTÍN, Javier: *Tolerancia, fundamentalismo y dignidad. Tres cuestiones de nuestro tiempo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009, 112 p.

PEDRO CEREZO

ORCID: 0000-0003-3297-6430

El título recoge el nombre de los tres ensayos que el profesor Javier San Martín agrupa en este volumen, precedidos, a modo de Introducción, de un ensayo sobre Relativismo y cultura ética, donde despliega el horizonte epocal, en que se inscriben estas apremiantes cuestiones de actualidad. Horizonte histórico y, a la vez, marco teórico de conjunto, pues en él propone San Martín una superación del relativismo de nuestra época, tanto el gnoseológico como el axiológico o valorativo, poniendo en juego una dimensión metacultural, (lo que llama elementos no étnicos en cada cultura), y, por tanto, transversal a todas las culturas. Esta dimensión estaría en la ética, y más concretamente en el imperativo de

respeto a la persona humana, en cuanto traspassa los distintos códigos de valor. Si, de un lado, todo relativismo cultural supone una crítica a la moral como contenido, en otro, implica una referencia a la ética en cuanto dimensión formal. Esto significa que la libertad no es sólo cultural, en cuanto se encuentra acuñada por sistemas de creencias y valores peculiares a cada cultura, sino metacultural, en virtud de una exigencia incondicional de respeto recíproco. De lo contrario, el relativismo cultural se destruye como posición. “El relativismo cultural axiológico –escribe San Martín– implica, pues, su propia negación o limitación. Sólo se puede afirmar desde principios que lo trascienden y que no son otros sino el derecho de cada cultura a subsistir y a reproducirse en la medida en que no atente con el derecho de los demás”. No se trata de una refutación del relativismo, al modo de la ya clásica crítica a los escépticos, sino más bien de su integración en una nueva

### Cómo citar este artículo:

Cerezo, P. (2010). Tolerancia: dignidad. Reseña de "Tolerancia, fundamentalismo y dignidad" de Javier San Martín. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 207-209. <https://doi.org/10.63487/reo.520>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre



perspectiva comprensiva, en que las diversas matrices culturales puedan entenderse como un espectro de variaciones de la común condición humana. No en vano este núcleo metacultural, cifrado en el valor incondicional de la persona, constituye, a su juicio, “la condición trascendental de la antropología”, es decir, el presupuesto para que las diversas antropologías culturales se abran a una “humanidad universal”, punto focal de “convergencia de los diversos grupos humanos”.

Creo que esta propuesta merece ser seriamente considerada por su originalidad. Combina en ella San Martín dos teorías de inspiración cosmopolita, la Ética formal kantiana de la persona con la Fenomenología, en cuanto “conciencia intencional e histórica”, con su teleología en marcha de una razón universal. “La Fenomenología –dice– siempre se movió en estos dos planos, la dialéctica entre la identidad de cada persona en su cultura y la necesaria apertura a los otros, desde el reconocimiento de su dignidad”. Pero, además, se trata de un cosmopolitismo que no niega o suprime las diferencias, sino que más bien se propone integrarlas por arriba en un proyecto de universalidad. En cierto modo, me recuerda un planteamiento afín orteguiano: “la obra de Spengler –pensaba Ortega– se estrangula a sí misma no advirtiendo que mostrar la relatividad de las culturas –de todos los hechos humanos históricos– es hacer faena absoluta. La historia, al reconocer la relatividad de las formas humanas, inicia una forma exenta de relatividad”. Y San Martín, por su parte, puede afirmar análogamente, que la Fenomenología se con-

vierte en la filosofía de las ciencias humanas, “al tomar en consideración el horizonte que unifica todas las culturas y en el cual hasta los hechos diferenciales son hechos para todos”.

Decía antes que este primer ensayo es el marco teórico de todo el libro, pues los otros tres se fundan en él. En todo su planteamiento básico, San Martín se muestra tributario de la Fenomenología, de la que es un gran teórico y su abanderado entre nosotros. En el fondo, se trata de tres ejercicios fenomenológicos. En el primero, sobre la tolerancia, muestra San Martín que la tolerancia implica diferencia, y, por tanto, relativismo cultural, pero, a la vez, la posibilidad de hacer convivibles las diferencias, es decir, de integrarlas en una actitud abierta. No debe confundirse, pues, tolerancia con indiferencia, sino que tiene su motivación en el respeto al otro como persona plena y en el valor que se concede a la convivencia pacífica. En este sentido, la tolerancia conlleva, dice, una contradicción preformativa en la medida en que ha de ser intolerante contra quienes niegan el marco mismo de convivencia, que permite la tolerancia. O dicho en otros términos, la tolerancia auténtica se mueve en el marco fenomenológico del “perspectivismo intercultural”, ya determinado por la historia de la razón y encarnado en un sujeto intersubjetivo, que a juicio de San Martín no es otro que la misma Asamblea de las Naciones Unidas. El segundo ensayo se centra sobre el fundamentalismo, otro producto típico del multiculturalismo, que aparece ligado a la exasperación de la propia conciencia de identidad y a la vindicación de la dignidad frente al carácter im-

positivo de otras culturas. Ahora bien, el fundamentalismo incurre de facto en contradicción cuando se hace valer como forma absoluta de vida frente a lo ajeno y pone a su servicio los instrumentos del terror. De ahí que la única forma de combatirlo intelectualmente sea la “necesidad del reconocimiento de la igualdad y la dignidad de todo los seres humanos”. Se desemboca así en el último ensayo sobre la dignidad, que en realidad, como cerrando un anillo, es también el primero en cuanto a la intención. Ya se ha indicado que San Martín parte del concepto ético kantiano de dignidad como el valor incondicionado del agente racional, pero, por así decirlo, elige una vía complementaria para su dilucidación fenomenológica, mostrando claves existenciales implícitas en el concepto. “La Fenomenología empieza siempre en el análisis reflexivo de la vida propia y ahí es donde aparecen los rasgos más sobresalientes de la persona”. En el caso de la dignidad, se trataría del reconocimiento de una excelencia lograda por el esfuerzo racional y el reconocimiento del valor intrínseco a tal

excelencia, en cuanto forma parte de la propia identidad. “Por eso –escribe– lo importante fenomenológicamente es reconducir la experiencia implicada en la dignidad al plano en que nace, y éste no es otro, que el de la identidad de cada uno que se estima a sí mismo y, por tanto, exige a los demás el trato correspondiente a su estima”. En este sentido, la dignidad tiene que ver con la autonomía con que la persona labra racionalmente su propia personalidad. Se llega así a la tesis kantiana, pero “llenándola de contenido” fenomenológicamente.

Es ésta la lección más importante que se desprende de estos tres ejercicios de comprensión: que la fenomenología, en cuanto análisis reflexivo a partir de la propia experiencia subjetiva, abierta al otro, permite una génesis de los conceptos desde el fondo de la vida intersubjetiva social y, a la vez, los enraíza y enhebra en una praxis potencialmente universal. Creo, en efecto, que esta perspectiva metódica de consideración aporta una valiosa contribución a los problemas que aquí se dilucidan.

## AMOR, POESÍA Y FILOSOFÍA DESDE UNA HERMENÉUTICA ORTEGUIANA

KARAGIANNIS, Stylianos, *Las verdades de Clío y Erato*.  
Granada: Comares, 2009, 208 p.

MARÍA LUISA MAILLARD  
ORCID: 0000-0002-1125-0529

**E**n las últimas décadas el pensamiento de José Ortega y Gasset no deja de suscitar interés fuera de nuestras fronteras. Un ejemplo reciente es el de este libro de Stylianos Karagiannis, compuesto por una serie de ensayos en los que, con gran profusión de referencias bibliográficas, intenta medir el pensamiento del filósofo español con una serie de autores punteros de la filosofía y el arte contemporáneos –Gadamer, Dilthey, Octavio Paz, Juan Ramón Jiménez y Yorgos Seferis–, sin olvidar nuestras comunes raíces en la Antigüedad greco-latina –Platón y Aristóteles.

Cuatro de los nueve ensayos que componen el libro pertenecen al territorio de la estética y el autor parece querer subrayar la importancia de este aspecto del pensamiento de Ortega, encabezando el libro con un artículo de título revelador: “Platón y José Ortega y Gasset: poesía y verdad”, en cuyas primeras líneas no sólo afirma que el punto de partida del discurso del filósofo español “radica en el intento de dilucidar los problemas contemporáneos respecto a la estética y la literatura”, sino que sus reflexiones se basan de forma decisiva en el pensamiento de Platón.

Y, en efecto, el autor comienza identificando a Ortega con las tesis de Platón en cuanto a que hay una palabra de verdad en los poetas e incluso llega a afirmar

que ambos autores creen que la poesía es un don divino fruto de la inspiración: “La belleza de la escritura, según Platón y Ortega, es un regalo divino, así como lo es su significado; por ello no deben ser considerados resultado de la evasión humana de los problemas cotidianos de la vida”. Sólo se comprende esta aseveración en su más estricto sentido retórico, habida cuenta de que fue precisamente la inspiración –“el sueño creador”–, relacionada con la consideración de la poesía como una forma de conocimiento, diferente y complementaria a la del pensamiento discursivo, la categoría que desarrolló la discípula de Ortega, María Zambrano, y llevó por derroteros filosóficos distintos a los de su maestro.

Es cierto que Ortega reflexiona desde época temprana sobre los problemas de estética y, a lo largo de su trayectoria tiene frases –aisladas, es cierto, a veces notas a pie de página– en las que considera el lenguaje poético como un lenguaje de verdad; pero nunca ahonda en este aspecto de la poesía. Sí lo hace, abundantemente y en su época de mayores preocupaciones por la estética –1914-1925–, del lenguaje poético como formalismo y estilo, al hilo de su consideración de la metáfora como un continente “irreal” añadido a la realidad. Esta consideración formalista del arte va unida a su apuesta por el arte como farsa y artificio, “capacidad taumatúrgica de desmaterialización de la existencia humana” y finalmente como una “evasión de la dura tarea del vivir”. Si la inspiración es lento, elaboración técnica y, por tanto, estilo –con un componente biográfico,

### Cómo citar este artículo:

Maillard García, M. L. (2010). Amor, poesía y filosofía desde una hermenéutica orteguiana. Reseña de “Las verdades de Clío y Erato” de Stylianos Karagiannis. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 210-213.  
<https://doi.org/10.63487/reo.521>



dirá en sus últimos escritos sobre Velázquez—, Ortega no coincide con Platón en lo concerniente a la forma de conocimiento propia de la poesía verdadera. Y así en este primer artículo nos encontramos con citas de Ortega que se contradicen con las tesis iniciales del autor. Si la poesía es revelación y forma de conocimiento, ¿cómo puede ser a la vez una evasión de la realidad mediante la creación de mundos imaginarios?, ¿cómo puede ser inspiración y artificio inteligente a la vez? No olvidemos que este asunto es de enorme trascendencia para la evolución de la poesía contemporánea, ya que el formalismo será la alternativa a la inspiración en un cielo desierto de dioses. Recordemos las palabras de Mallarmé: “el misterio no existe, el misterio se crea con las palabras”.

Si obviamos el espinoso tema de la inspiración —problema al que ni siquiera los poetas contemporáneos son capaces de enfrentarse, según Octavio Paz—, el autor sí subraya las dos tesis filosóficas de Ortega que le hacen coincidir con algunas manifestaciones señeras de la estética contemporánea. La primera de ellas se insinúa ya en este primer artículo y es la defensa de un arte minoritario e “inteligente”, ajeno a los gustos de la masa que se incardinan en los sentimientos, y es una de las razones por las que Ortega se inclina en *La deshumanización del arte* por el “arte nuevo” y “deshumanizado” que anunciaban las vanguardias artísticas. La segunda, enunciada ya en época tardía en *El hombre y la gente*, y que introduce el autor en su artículo sobre Ortega y Juan Ramón Jiménez, es el doble concepto de ensimismamiento y alteración en cuyo terre-

no debe moverse el hombre. Sólo en el “ensimismamiento”, en su soledad se le aparece al hombre la verdad. Tesis que coincide con la defensa de la “soledad sonora” de Juan Ramón Jiménez.

En el ensayo “La cuestión social de la poesía moderna”, es interesante la defensa de la poesía —apoyándose en Juan Ramón Jiménez y Seferis— como universalidad, que debe necesariamente estar ajena a los movimientos partidistas y a la propaganda política que, durante un tiempo, propugnó la llamada “poesía social”. La poesía es social cuando puede ayudar a los hombres a adquirir un conocimiento más profundo de sí mismos y de las cosas que le rodean, dice con acierto el autor, siguiendo a Seferis. Aparte de ello, la poesía es por excelencia la salvaguarda de una lengua, que se enriquece y llega a su límite en un ejercicio poético que será ampliamente reconocido por las generaciones posteriores. Pero aquí se topa el autor con el segundo problema para hacer confluír a Ortega no ya con Platón, sino con autores como Juan Ramón Jiménez. La definición de la poesía del poeta andaluz no se limita a la expresión de sentimientos sino que es “una fuente de estimulación para la comunicación con lo divino”. Si el concepto de inspiración no entra en la filosofía orteguiana por su posible irracionalidad, el de Dios simplemente no tiene cabida en un filósofo ilustrado que considera dicha noción perteneciente a un pasado superado. Sí tendría mayor desarrollo la temprana preocupación de Ortega por la metáfora que lo convierte en precursor de una problemática que ha ocupado en las últimas décadas tanto a filólogos como filósofos.

El resto de los ensayos que componen el libro presenta una temática muy variada. En lo concerniente al artículo sobre el tema del amor en Ortega, el autor reconoce que Ortega en este asunto es deudor de su época, y así lo subraya en sus conclusiones en las que no puede dejar de señalar que el filósofo menosprecia el papel de la mujer en el proceso de producción social y lo idealiza dentro del marco familiar. Sin embargo, en el breve apunte que introduce sobre la consideración de la mujer en Antonio Machado afirma que la percepción de Ortega es mucho más vital y positivista que la de Machado por tener ésta preocupaciones “religiosas y trascendentales”. Nada más puede alegar a favor del filósofo que no fue pionero en este terreno aunque, a raíz de sus relaciones de amistad con Victoria Ocampo, mejorarse su concepción de la capacidad intelectual de las mujeres.

En lo concerniente al breve ensayo sobre la felicidad, el autor, resume con rigor la tesis de Ortega sobre la conformidad con uno mismo, es decir, el seguimiento de la propia vocación, como el único camino de la felicidad posible para el hombre, “el bote salvavidas en el naufragio de la existencia”. En este sentido lo homologa con una ética heroica que coincide con la de Nietzsche y la opone a la más idealista de Stendhal. No parece sin embargo que sea adecuado hermanar la propuesta de Ortega con la de Aristóteles porque la vocación no es un acto intelectual, sino algo con lo que el hombre se encuentra y que debe reconocer —especie de destino.

En el ensayo más propiamente filosófico “José Ortega y Gasset y Hans-

Georg Gadamer, lectores críticos de Wilhelm Dilthey” el autor sintetiza con perfección el pensamiento de Ortega, al defender la tesis de que Dilthey no superó del todo su herencia romántico-idealista y que, salvando las distancias, tanto Ortega como Gadamer afirmaron con más radicalidad la historicidad del hombre, al considerar la conciencia histórica como movimiento en el que se despliega el sentido de la vida, más allá de todo subjetivismo idealista.

En el ensayo “Octavio Paz y Ortega y Gasset”, el autor realiza un recorrido pormenorizado por las relaciones intelectuales y los encuentros que el poeta mexicano mantuvo con el filósofo español. Destaca en primer lugar la influencia de las obras de Ortega *El tema de nuestro tiempo* y *En torno a Galileo* en los primeros escritos ensayísticos del poeta, concretamente en *Primeras letras* (1931-1943), influencia que permanece en *Labyrinth of solitude*. Un año después de la publicación de este libro, en 1951, se produce el primer y único encuentro entre los dos autores, que deja una gran impronta en el mexicano. Posteriormente Octavio Paz se irá distanciando de Ortega y aproximándose a Sartre, a quien considerará, de forma injusta señala el autor, más “valiente y radical”. Crítica que, sin embargo, se irá moderando en los últimos años del mexicano.

Finalmente el autor se aproxima a un problema tan de actualidad como el posible futuro de una unidad europea —desde un horizonte de valores comunes— que defendieron con ahínco tanto Ortega como Konstantinos Tsatsos. Ambos coincidieron —salvando las distancias temporales— en considerar dicha

unión como superación de los peligros que acechaban a la civilización occidental y a las democracias, entre los que no son los menos importantes el creciente poder de las masas y de los medios de comunicación.

Al autor le interesa manifestar entrar en este debate y aclara que, según su opinión, éstos no son ya los peligros que acechan a Europa, sino “la fuerza desenfrenada con la que continuamente el se-

ñorito satisfecho europeo mancilla en todos los terrenos: natural biológico, ecológico, económico, cultural, ideológico, ético y espiritual”, frase algo enigmática que requeriría un desarrollo mayor.

Libro en fin variado, interesante y abierto a la polémica desde los múltiples aspectos del pensamiento de Ortega que intenta medir con el de otros pensadores contemporáneos.

## MATERIALES PARA UNA NUEVA FILOLOGÍA\*

D'OLHABERRIAGUE RUIZ DE AGUIRRE, Concha: *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset*. La Coruña: Espiral Maior, 2009. 352 p.

FELIPE GONZÁLEZ ALCÁZAR  
ORCID: 0000-0003-0992-6275

**E**n una carta escrita desde París el 30 de enero de 1937 Ortega confía a Helene Weyl la espina dorsal de su anunciada *Aurora de la razón histórica*. La disposición de los cuatro capítulos de que constará no es gratuita: obedece a un modelo dinámico, y consecutivo por necesidad. Así pues, en tercer lugar y tras el pleno desarrollo de *Ideas y creencias*, en donde podremos orientarnos hacia el fin de la filosofía al sustituirse su naturaleza tradicional “por otra actitud más plenaria”, Ortega tenía la intención de profundizar en los *Principios de una nueva filología*. El método de la

razón histórica imponía obligadamente, y cito: “una nueva filología como técnica de la historia que permita pensar la realidad en su pura variabilidad y circunstancialidad”. (*Correspondencia* entre Ortega y Weyl. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, 2008, p. 197). El proyecto de la *Aurora*, que refiere Ortega a Curtius, a Weyl o a Victoria Ocampo según testimonios, y que otros (María Zambrano, José Gascos, por ejemplo), afirman haber visto materialmente, parece que nunca llegó a concluirse, nunca se terminó de escribir o consistió únicamente en la fase embrionaria de unos proyectos que se desarrollaron de manera particular en los años 30 y 40. Sea como fuere, la *Nueva Filología* anunciada ha sido una de las partes de ese libro más codiciadamente pretendida por numerosos estudiosos de Ortega. Y esto muy justificadamente no sólo por el interés que los filósofos han demostrado en el lenguaje a lo largo del siglo XX a causa de la propia evolución

\* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

### Cómo citar este artículo:

González Alcázar, F. (2010). Materiales para una nueva filología. Reseña de “El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset” de Concha D’Olhaberrriague. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 213-221. <https://doi.org/10.63487/reo.522>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre



interna de la filosofía sino también por la presencia en la obra orteguiana de un interés profundo y constante, desde sus inicios, por los estudios lingüísticos en tanto parte medular del desarrollo de su pensamiento culminado en el raciovitalismo y en cuanto por su personalísima manera de enfocar algunos problemas suscitados por el lenguaje y la aplicación de tradicionales y novedosas ideas lingüísticas. Recordemos que a través de la lectura de Ortega van asomándose, poco a poco, la mayoría de las corrientes de estudios sobre el lenguaje que fueron sucediéndose mientras él vivió, herederas casi todas de la definitiva y total renovación de Wilhelm von Humboldt, hasta las cercanías de Martinet, Benveniste, Coseriu, Chomsky o Zellig Harris. Tampoco faltan los nombres principalísimos de aquellas escuelas: desde Meillet a Saussure, desde Trubetzkoy a Bühler, adicionados por quienes engarzaron sutilmente el conocimiento del lenguaje con aspectos radicales del pensamiento filosófico: Nietzsche, Husserl, Heidegger... Ni dejan de referirse en sus escritos, de un modo u otro, los debates intensos de los que fue heredera su generación, de modo especial en torno a las teorías neogramáticas (Leskien, Hermann Paul, Karl Brugmann, Jan Baudouin de Courtenay) o la interpsicología de Gabriel Tarde. Pero sobre todo, tratándose de la vertiente más fértil del pensamiento lingüístico de Ortega, su adscripción junto a todos aquellos que, formando un eje fundamental desde muy diversos presupuestos, han contextualizado los estudios sobre el lenguaje en la esfera del conocimiento sociológico: Leibniz, Hegel, Humboldt, Whitney,

Dilthey, Durkheim, Vendryes, Bühler, Sapir, Whorf...

Ortega, como es sabido, nunca culminó un ensayo determinado dedicado a la filología o a la lingüística; lo más parecido formalmente a esos *Principios* son las reflexiones enmarcadas en las lecciones impartidas en el curso de Instituto de Humanidades titulado *El Hombre y la Gente*, entre 1949 y 1950, muy especialmente las últimas. En el curso de Buenos Aires con el mismo título e impartido entre 1939 y 1940, recientemente publicado en la nueva edición de *Obras completas* (Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2009, tomo IX), así como en la conferencia bajo igual lema de 1936, pronunciada en Rotterdam, ya se detenía marcadamente nuestro pensador en el papel radical y necesario de los usos lingüísticos y, por tanto, en la necesidad de su estudio en profundidad. Anticipando la importancia de estas lecciones para dar plenitud y sentido último al papel del lenguaje en la filosofía, lo cierto es que gran parte de las reflexiones sobre el tema que nos ocupa aparecen dispersas a lo largo de su obra como verdaderos aldabonazos al meditar sobre literatura, explicando el significado de algunas metáforas o precisando la etimología de alguna palabra, muchas veces de manera más creativa y filosófica, quizás voluntariosa, que filológicamente.

La profesora Concha D'Olhaberria-gue, autora de este ensayo y catedrática de lengua griega, afronta con amplísimo conocimiento de la obra de Ortega el estudio de su pensamiento sobre el lenguaje partiendo de la imperativa necesidad comprensiva de recopilar esa diseminación —olvídese cualquier

rasgo deconstructivo por mi parte y por la autora— para, de alguna manera, dar un sentido global a este análisis agrupando todos los testimonios posibles hasta la final convergencia. La autora no hurta a los lectores tanto el hecho de que el pensamiento lingüístico de Ortega se halle en gran parte disperso cuanto que para dar sentido a todas estas ideas diferidas en el tiempo y en los textos sea necesario, no obstante, combinar adecuadamente la progresión con la cristalización; hechos que sugieren a la par una evolución cronológica, que sirve de guía al apartado V, *Proyecto de una nueva filología*, y un propósito de sistematización que abarque la integridad de las ideas lingüísticas de Ortega, ejemplificado como objeto de estudio en la parte sexta y última, *Esbozo de una nueva gramática*. La cadencia en la publicación de la nueva serie de *Obras completas* de Ortega ha impedido que esta monografía pueda hacerse eco de la evolución del tratamiento del lenguaje en algunos inéditos, por ejemplo, en el curso de Buenos Aires al que me he referido antes —gran parte de cuyos materiales fueron reutilizados para el definitivo del Instituto de Humanidades—, cuya lección VIII se anunciaba: “Vigencias colectivas. Lo que dice la gente: Lengua y opinión pública”. Pese a la decepción de Rosenblat, recogida por D’Olhaberriague, lo cierto es que por entonces, diez años antes del curso del 49-50, ya había tomado cuerpo la misión imprescindible de abordar el conocimiento del lenguaje desde una perspectiva raciovitalista, sobre todo abrazado íntimamente al concepto de uso, definitivo en su papel de vertebrador del componente pragmático de la *teoría del decir*:

“El lenguaje es un uso. El uso es el hecho social por excelencia...”. Ejemplo, por tanto, del carácter proteico e incitador de una manera de entender el uso lingüístico para Ortega, premisa de la que todos aquellos que han reflexionado sobre esta cuestión tienen necesariamente que partir. Lo que obligará a repensar y a reordenar algunas afirmaciones, sin duda, adheridas al conocimiento y manejo de autores y teorías lingüísticas por parte de nuestro filósofo, hecho que sólo podrá verse culminado cuando se den a la luz todas sus notas de trabajo y tal vez su epistolario; por tanto, queda pendiente de constantes ajustes, alentando así un poco más la imagen del *iceberg* orteguiano. No digo esto a modo de crítica, pues evidencia que en un futuro las aportaciones a este respecto serán sólo de matiz, sino en tanto prevención frente a abundantes afirmaciones acerca de la pertenencia de Ortega a tal o cual escuela lingüística o tradición filosófica. La doctora D’Olhaberriague, por su parte, rehuye sabiamente estas premisas aunque no duda, con acierto, en establecer las posibles fuentes de Ortega, muy apreciables en Bühler o Meillet, tanto por su influencia como por oposición a sus ideas en el caso del francés; en otros, más bien, en tanto presupuestos necesarios, caso de Nietzsche para la actitud inicial y el pensamiento metafórico, de Husserl como incitación fenomenológica o de Schuchardt y la corriente alemana *palabras y cosas* hacia el sentido etimológico de las palabras. Ignoro si se ha hecho a este respecto una exhaustiva búsqueda en la biblioteca personal de Ortega pese a no haberse mantenido íntegro el fondo.

Sin embargo, la naturaleza de la filosofía orteguiana y su hondo conocimiento en materia lingüística permiten e invitan a abordar unificadamente ambos aspectos, de tal manera que resulta difícil discernir si nos encontramos ante un filósofo del lenguaje o ante un lingüista que prefigura caminos del conocimiento filosófico que influirán en su disciplina. De ahí la aparente necesidad, a mi juicio no siempre justificada, de establecer puentes entre Ortega y los caminos que siguió la lingüística tras su muerte. Nos encontramos así con un filósofo prefigurador de la pragmática según Graham (1994), de la lingüística textual y del análisis crítico del discurso según García Agustín (2000), de la actividad generativa del lenguaje al modo de Chomsky señalado por Cruz (1975), o de cuestiones de análisis aún más restringido en las abundantes alusiones de D'Olhaberrriague a direcciones tomadas por Benveniste o Coseriu, o bien acerca de anticipaciones orteguianas al modelo de la lingüística cognitiva y a la función y presencia de la metáfora en el lenguaje, previo a Whorf, comentado por Martínez del Castillo (2008), suscitado por una reseña anterior de Carriazo Ruiz (2006, 2009), en esta misma publicación. Las premoniciones de Ortega acerca de las direcciones de la lingüística no pueden satisfacer del todo a ninguna de ellas ya que ni lo pretendían ni era en esencia ciencia del lenguaje sino filosofía (por ello se arriesga a explicar filosóficamente muchas etimologías o usa libremente el vocabulario técnico-lingüístico, ya se trate de fonema o categoría); y sin embargo, Ortega transita por el pragmatismo y por la sociolingüística, tanto como por los métodos

tradicionales exponiéndolos a sus contradicciones internas.

*El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset* se abre, pues, en varias direcciones después de que su autora significara la doble importancia de Ortega convertido en pensador sobre el lenguaje, calificando su papel de audaz, heterodoxo y múltiple, y de la lingüística en Ortega, resaltando debidamente las influencias de ésta en sus escritos y las relaciones con autores y direcciones de la ciencia del lenguaje. Sobre los dos aspectos descansarán los primeros apartados de esta monografía, distribuidos entre la relación de Ortega con la filología, el problema del origen del lenguaje y el valor atribuido a la etimología de las palabras y a la metáfora.

El primer capítulo, dedicado a la vinculación de Ortega con la filología, deviene una sugestiva mezcla de entrada en materia y acercamiento biográfico en función de la idea directriz del libro. Reuniendo aspectos heterogéneos, la autora nos conduce a una yuxtaposición de situaciones convergentes en la importancia del lenguaje en Ortega: su cercanía a la Academia de la Lengua, a consecuencia de la pertenencia de su padre y su rechazo a formar parte de ella, su especial preocupación por las palabras en cada contexto, el interés en los modismos (fruto del debate que reunió a Casares, Fernández Ramírez, Gili Gaya y García Gómez en el Instituto de Humanidades y lo incitadora de su presencia activa en las discusiones), la numerosa cantidad de expresiones orteguianas en la *Gramática* de Fernández Ramírez, el encuentro epistolar con Curtius pidiendo superar el estructuralismo –sin sospechar todavía a

dónde conduciría su desarrollo, pero presintiendo— y la necesidad de aunar filosofía y filología, o la polémica con Menéndez Pidal (algo rigurosa en sus extremos, reconozcámoslo). Siendo hechos todos conocidos, muestran conjuntados un caleidoscopio de sugerencias que cristalizan, a mi entender, cuando D’Olhaberriague describe el feliz hallazgo de la traducción del vocablo *Erlebnis*, introducido por Dilthey en la filosofía, por “vivencia” (1913). No importa la explicación filológica en sí —en tanto calco de otros casos de derivación culta -encia<-entia— sino la capacidad de Ortega al introducir un vocablo nuevo convirtiéndose al final en una expresión productiva y de uso casi común y general fuera del ámbito técnico en que se trasladó. No cabe duda, pues, de que Ortega poseía, como sólo ocurre ocasionalmente, el *genio* del idioma español.

Por otro lado, encuentro menos justificada la disociación en tres capítulos independientes de las ideas de Ortega acerca del origen del lenguaje, sobre la etimología de las palabras y acerca de la metáfora, siendo contrastada su dependencia. No obstante mi criterio sobre la disposición, cada uno de estos aspectos deben enjuiciarse dentro de la teoría integral de la comunicación que Ortega propugnará en diferentes momentos. Acerca del desarrollo del lenguaje, la invención de dos mitos al modo platónico es una excusa para resaltar su anomalía natural: el hecho de que provenga de un animal que tiene demasiadas cosas que decir y la esencia patológica, enfermiza, de su naturaleza. Y esta anomalía es básica en la necesidad que el hombre tiene de contar, de hablar. Un hablar, ya llega-

remos a ello, no satisfecho en su integridad al no proporcionarnos las palabras lo que queremos verdaderamente decir: o por exceso o por defecto. De ahí la crítica a la lingüística tradicional, al acomodaticio universalismo lógico del lenguaje, a las descripciones estáticas de sus funciones, al rechazo del positivismo entendido como un idealismo pleno de significación y al nulo valor de los formalismos frente a la dinámica creadora de las lenguas. De igual modo opera Ortega respecto del origen de las palabras, unido a este acompasamiento de las evoluciones del lenguaje y del hombre, y naturalmente en las metáforas. Ambas consideraciones implican una aproximación filosófica y no estrictamente lingüística; buscan la verdad, el sentido de las palabras o de las expresiones, su valencia originaria. Ortega pretende como fin último reconstruir la raíz de las palabras volviendo al momento de su nacimiento. De la misma manera que sucedía con las metáforas, ambas comprenden un proceso cercano al desvelamiento de la verdad y son aspectos centrales de la capacidad creativa y viva de las lenguas, tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Esa viveza y riqueza de las palabras contrasta con la mayoría de los análisis lingüísticos en que éstas se diseccionan y se les niega su productividad: son, por el contrario, elementos claves del pensamiento. Ortega pensaba que la estilística ayudaría a superar los rigores del estructuralismo de Saussure y sus dicotomías. La intuición originaria previa a la creación revelaría el impulso vital que las creó, ya fuera en el relato, generosamente explicado por D’Olhaberriague, sobre el origen de la palabra “hígado” o en la

necesidad de recurrir a la expresión metafórica para mostrar traslaticiamente aquello que no se puede expresar directamente aunque ésta sea “el verdadero nombre de las cosas”. De manera significativa, la autora evita profundizar en el paso natural a que estas apreciaciones conducen: el lenguaje poético, donde la potencia creadora del hombre alcanza sus más altas manifestaciones a través del lenguaje figurado, ante todo de esencia metafórica. Quizás la integración de ideas lingüísticas en un elemento estrictamente comunicativo parezca consecuencia lógica del progreso expositivo, declarado en tanto culminación en una Gramática del raciovitalismo de la nueva filología junto a la nueva lingüística y la teoría del decir.

El capítulo V describe paso a paso, cronológicamente, el proyecto de Ortega para alcanzar una nueva filología conforme su pensamiento filosófico evolucione. La importancia de esta prevención temporal conviene a la estructura final del ensayo y permite encauzar nuestra lectura hacia la abierta confluencia de la razón vital con las ideas sobre el lenguaje y su naturaleza social, maduras como hemos venido diciendo en los años 30 y 40, sobre todo en las lecciones de los cursos sobre *El Hombre y la Gente*.

La condición de renovador lingüístico que se adjudica a Ortega queda patente en la progresión de sus ideas acerca del lenguaje, en ocasiones, justo es decirlo, no sólo como incitador sino como lector atentísimo de las continuadas corrientes de la ciencia del lenguaje. Comenzar a razonar cuestionándose qué es el lenguaje no estaba en la naturaleza fenomenológica de Ortega sin antes preo-

cuparse de cómo funcionaba, y qué se podía hacer con él. El conocimiento ideal del lenguaje queda, pues, relegado frente al poder de su uso. Resalta significativamente Concha D’Olhaberriague al respecto que los años en que Ortega dedicó mayor atención al estudio del lenguaje escasean las muestras de crítica literaria, al contrario de lo que ocurría en el alborar de su pensamiento. Y sobre ello comienza razonando a través del vigor expresivo de la literatura y de los problemas de su interpretación frente a la libertad y viveza de las palabras en sus otros usos comunicativos. Asume, pues, el silencio, los huecos, en definitiva, la importancia de lo no dicho, más patente en lo conversacional, en la palabra hablada antes que en la palabra escrita. El poder del lenguaje a modo de propedéutica del saber filosófico se consume en la renuncia al idealismo filosófico. La viveza, el continuo hacerse y deshacerse, la raíz humboldtiana de la estilística llevó a considerarla el vehículo necesario que habría de encaminarle al espíritu vossleriano de la lengua. Siempre el hombre está detrás, no hay abstracción posible que supere el hecho de que cada uno expone al hablar su circunstancia, su naturaleza, en una tensión evidente entre lo individual y lo social, lo creado y lo adquirido, lo que pensamos y lo que decimos... Esas tensiones son las fuerzas motrices a las que Ortega pretende dotar de razón de ser dentro del raciovitalismo. El lenguaje, pues, actúa como una fuerza dinámica que sólo tiene sentido pleno en la comunicación. De ahí la necesaria contextualización de toda situación comunicativa para dar pleno sentido a lo que se dice.

D'Olhaberriague nos conduce a través de los hitos que culminarán en una *teoría del decir*, capaz de unir este rompecabezas de incesante movilidad y creatividad que es el lenguaje en su dinamismo perpetuo. Su mecánica expositiva va introduciendo las progresivas indagaciones de Ortega, en un primer momento dependientes o secundarias, hasta que el pensamiento sobre el lenguaje se convierte en una necesaria centralidad del raciovitalismo hasta el grado último de desconfianza en la palabra escrita –petrificada– y en la naturaleza articulada y estructurada del mismo frente a la primacía de la lengua hablada y aun de la gestualidad en tanto factor primario de la expresión. En esas situaciones comunicativas perpetuas la naturaleza inestable de los niveles mínimos de articulación de las lenguas se hace aún más patente: las palabras no bastan aisladas. El *decir* requiere de un interlocutor, de una dimensión circunstancial, de una realidad... Y siempre contiene, en el fondo, un síntoma de decepción y de imposible suficiencia. Ya no por oponerse a la necesidad satisfecha de Meillet, o por conjugar certeramente el estilo y el uso con los errores en una lengua viva (Vendryes), o a través de la dificultad de reconstruir el sentido primigenio de las palabras según cada situación en el quehacer del hombre (los *campos lingüísticos* con eco del *Lebenswelt* de Husserl). Sino porque en todo decir la interpretación de lo dicho se encuentra mediatizada por lo que viene dado y lo que hay que decir, porque todo decir es deficiente y a la vez exuberante; en suma, en que hay una distinción insuperable entre la naturaleza del pensar, del hablar y del escribir.

No hay lugar en una reseña para detallar con pormenores y pausadamente la trenzada línea argumentativa que la doctora D'Olhaberriague ha trazado para coaligar la dispersión del pensamiento sobre lenguaje y del lenguaje en Ortega. Significativo es su rechazo, antes lo advertía, a salirse del modelo de pensamiento sobre el lenguaje (es decir, una limitación autoimpuesta) por más que trate continuamente y de manera acertada de enlazar su relato con la formación del modelo raciovitalista, sobre todo en la culminante última etapa. No obstante, hubiera sido preciso, a mi juicio y tal vez por deformación profesional, incidir más profundamente en las consecuencias últimas que la *teoría del decir* aplicada en su plenitud tendría sobre aspectos claves como la significación, la palabra poética, la interpretación (textual y discursiva), el uso retórico (pese a un prometedor inicio), la crítica literaria o la comunicación interlingüística en la traducción, no correspondido con la inicial apertura hacia indagar el paso de una nueva filología a una nueva lingüística. El reproche debe entenderse como apetencia de lector ante la innumerable cantidad de sugerencias en que desemboca la lectura de este trabajo. Muchas de ellas denotan un profundo conocimiento de la lingüística apuntalado firmemente por la condición de helenista de la autora. Didácticamente –no tratándose de un manual tiene muchas de sus (necesarias) propiedades–, la naturaleza dinámica del proyecto de una nueva filología en Ortega se somete a un exhaustivo entrelazamiento en fuentes y en influencias. Desde los indicios a las pruebas, es decir, desde las citas directas

a las ideas nacidas de fuentes secundarias o de saberes dispares pero pertenecientes a las ciencias humanas (filosofía, sociología, psicología, antropología...). Echo de menos, no obstante, una mayor atención al papel que jugaron las gramáticas comparadas e históricas en la premisa orteguiana sobre el dinamismo y la vitalidad del lenguaje, y de más la algo artificiosa costumbre de decidir si este pensamiento conforma una anticipación de la dualidad antisaussureana entre *sentido* y *referente* en Benveniste, tal vez para marcar poco interés en expresar un más íntimo enlace con el generativismo de Chomsky. Desde la postura de un Ortega instigador intelectual del estudio del lenguaje no hubiera desmerecido un enfoque funcionalista (Coseriu es citado con frecuencia) cuanto generativista. También hubiera sido de agradecer un mayor engarce con la lingüística española del momento, pese a las alusiones a Amor Ruibal y la toma de contacto en los primeros capítulos. De igual manera, la influencia del neokantismo como base para el rechazo del estructuralismo y la necesidad de afrontar su crítica desde dentro: recordemos que para esta doctrina el lenguaje es un principio de categorización de la realidad y la gramática está formada por estructuras. No obstante ello, la insatisfacción del fin comunicativo del *decir* no orilla a Ortega ante las inestables costas de la deconstrucción sino, como bien remata D'Olhaberriague al final de este capítulo, estamos ante un proyecto a la fuerza inacabado e inacabable. Tarea y sugestión, futurición en suma. La impregnación, coincido aquí con el lingüista López García-Molins, prologuista del libro, de formas,

maneras y expresiones del estilo orteguiano en la autora se combina armoniosamente con el rigor científico del ensayo. Una sintonía de intereses en la médula de la meditación orteguiana que permite a D'Olhaberriague aventurar intuiciones sobre el proceso reflexivo del filósofo (muy apreciable la relación con la metodología ignaciana de la *composición de lugar*) y más aún la ordenación del profundo análisis de su pensamiento lingüístico en una gramática del raciovitalismo.

Así pues, el capítulo VI, *Esbozo de una nueva gramática*, se convierte en la culminación de las ideas sobre el lenguaje que la autora ha señalado a lo largo de su monografía, en relación con el pensamiento de Ortega y a su vinculación con varias direcciones de la lingüística. Difícil paralelo y más difícil conjunción de conclusiones. Una gramática, al menos un conjunto ordenado de elementos según niveles y una explicación de sus funciones o una descripción de reglas, normas y excepciones, cualquiera que sea su enfoque, arrastra tras de sí las conclusiones de una dependencia sistemática. Ortega, por su parte, actúa ante lenguaje de manera opuesta. Lejos de censurar la metodología, creo que la confrontación entre estabilidad y dinámica refleja la tensión orteguiana entre distintos niveles respecto de la naturaleza de las lenguas, las categorías y las situaciones comunicativas. Del planteamiento de esas situaciones se infiere, pues, el significado de existencia en la cópula "es", el actualísimo debate sobre los pronombres personales de la tradición gramatical o el proceso diacrónico de transitividad del verbo ser junto

al valor de la voz media en confluencia con la filosofía raciovitalista. Hasta el planteamiento de las funciones del lenguaje, más allá de la tripartición de Bühler y hacia Jakobson, y de ahí, al valor pragmático y, en una vuelta más de tuerca, a la teoría de la relevancia.

Juzgo, en conclusión, que *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset* ha estabilizado un itinerario que a no dudarlo será muy productivo en el futuro. Por un lado, al reordenar las ideas lingüísticas de Ortega según presump-

tos actuales en la descripción y análisis de las mismas, en la explicación de determinados procesos y en la conexión con las direcciones principales de la ciencia lingüística. Después, por contener un semillero de apreciaciones e informaciones que suscitan interés y apetencia de análisis detallado. Al fin, por congregar y avenir esas ideas con la metodología raciovitalista con la que está íntimamente incardinada. No me resta más que felicitar a la autora por un balance raramente conseguido.

## UNA ANTROPOLOGÍA CULTURAL DESDE DENTRO

SAN MARTÍN, Javier: Para una superación del relativismo cultural. Antropología cultural y antropología filosófica. Madrid, Tecnos, 2009, 224 p.

JOAN B. LLINARES

Es habitual, por desgracia, que los filósofos elaboren sus antropologías filosóficas buceando en la historia de la propia tradición, que, ciertamente, es de gran riqueza, desde los grandes presocráticos como Pitágoras y Heráclito a las teorías contemporáneas sobre la relación mente-cuerpo, por ejemplo, o sobre determinismo y libertad, pasando por los sistemas de los grandes filósofos de la modernidad en cuyo horizonte seguimos moviéndonos, y lo hagan sin reflexionar sobre las metodologías y los hallazgos de las denominadas ciencias humanas de nuestros días. También es frecuente, a la inversa, que los antropólogos sociales y culturales, pongamos por caso, se dediquen a sus trabajos de campo con la

segura autonomía de los científicos que se saben en posesión de métodos de estudio eficientes y contrastados, como si fuese un rasgo anodino que los objetos de sus análisis sean seres humanos, y que hacer genuinas comparaciones y extraer de ellas apreciaciones generales fuese un ejercicio factible al margen de serios compromisos de hecho con opciones filosóficas. Por suerte, en este libro encontramos una modelica excepción en ambos sentidos: por una parte, se expone con sólida información la historia reciente de la antropología sociocultural y las premisas teóricas de sus principales movimientos y escuelas, a saber, el evolucionismo clásico, el particularismo histórico de Boas y sus discípulos, el funcionalismo británico, la escuela francesa y el estructuralismo, el neoevolucionismo e incluso la denominada antropología hermenéutica, para así elucidar desde dentro tanto las condiciones que hacen posible ese discurso sobre la pluralidad cultural que nos caracteriza

### Cómo citar este artículo:

Llinares, J. B. (2010). Una antropología cultural desde dentro. Reseña de "Para una superación del relativismo cultural. antropología cultural y antropología filosófica" de Javier San Martín. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 221-222.

<https://doi.org/10.63487/reo.523>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre

en cuanto especie, como los graves retos que plantea el imprescindible relativismo gnoseológico que ha de asumir el antropólogo si desea conocer y comprender las acciones de los humanos de otras culturas sin subordinarlas ni menospreciarlas desde la cultura occidental de la que parte: en efecto, sin reconocimiento de los factores objetivos y transculturales a los que ha de hacer frente todo grupo humano, el discurso antropológico queda limitado a simple producto etnocéntrico, desprovisto de virtualidades críticas y de perspectivas globales y universales. Por otra parte, la autoconciencia filosófica del autor, que se sitúa en la mejor tradición fenomenológica, bajo el reconocido magisterio de Husserl y Merleau-Ponty, explica con rigor que, si no se superasen las consecuencias axiológicas reductivas de tal relativismo, acabarían heridos de muerte tanto ese discurso que se quiere plenamente científico sobre los humanos de todo el planeta como la propia antropología filosófica, reducida también a una mera producción cultural particular, la de la tradición occidental. He aquí el problema central que formula este estudio de clara prosa, redactado hace casi treinta años, cuya publicación viene a completar el conjunto de obras que conforman el camino del pensar de este antropólogo volcado siempre a elucidar el sentido de la filosofía del hombre. El texto tiene plena vigencia, pues como nos indica en el prólogo, esta necesaria superación del relativismo cultural entronca con las reflexiones críticas del

mejor pensamiento feminista y nos ofrece argumentos para debatir los retos del postmodernismo, en especial en la vertiente del multiculturalismo, una posición teórica que sigue alimentando el fuego que ahora mismo enciende los enfrentamientos, a veces sangrientos, que atraviesan nuestra convivencia en un mundo globalizado y plural.

Mediante su lectura, cualquier persona interesada por la antropología cultural ganará, así pues, una mirada en profundidad sobre los fundamentos teórico-prácticos de esa disciplina, y los filósofos comprobarán una vez más que Javier San Martín elabora su antropología, como ya demostró magistralmente en su *Filosofía de la cultura*, en diálogo crítico con sus colegas hispanos. Si en esa ocasión eran los textos de Gustavo Bueno o de Jesús Mosterín el blanco de sus análisis, ahora somete a discusión sobre todo la obra de Luis Cencillo y, como siempre, recoge la antorcha que le llega de las manos de Ortega y Zubiri, en cuya filosofía basa alguna de sus más constantes tesis, como la crítica al escepticismo como filosofía de principiantes, o la característica “reciprocante” de nuestros comportamientos. La pulcra presentación y la bella edición del libro lo hacen aún más atractivo, otro motivo, por tanto, para que insistamos en recomendarlo: de su consulta se saldrá mejor pertrechado para los combates en que ahora nos hallamos en torno a la tolerancia, el fundamentalismo y la dignidad, en los que el mismo autor acaba de intervenir.

## MAESTRO DE MAESTROS

RÁBADE ROMEO, Sergio: *Obras IV: Teoría y crítica de la razón. Kant y Ortega y Gasset*. Madrid: CES Don Bosco / Editorial Trotta, 2009. 664 p.

TOMÁS DOMINGO MORATALLA

ORCID: 0000-0002-3237-9540

Toda sociedad y todo tiempo se define por la consideración, o desconsideración, que profesa a sus “maestros”. No es necesario insistir en la desconsideración hacia ellos de nuestra sociedad y, sobre todo, de nuestra universidad; como si prescindiendo de ellos pudiéramos inventarlo todo cuando lo que ocurre es que no inventamos nada, ni tan siquiera a nosotros mismos.

Sergio Rábade es un maestro y, por su estilo y talante, un “maestro de maestros”. La edición de sus *Obras completas* viene, de alguna manera, a reconocer su labor en la tarea de formación intelectual de muchos de los que hoy son profesores, y aspiran a ser “maestros”. Sus obras, ahora ya recogidas en este nuevo formato, son un mojón ineludible en la reciente filosofía española.

El volumen IV, que ahora comentamos, nos ofrece una “teoría de la razón”, que bebe y se nutre, entre otros, de Kant y Ortega y Gasset. Seguimos necesitando una teoría de la razón. Hoy en día no puede hacerse sin contar con las ciencias, primordialmente con las llamadas ciencias cognitivas, es cierto; pero tampoco puede hacerse sin tener presente el desarrollo conceptual de la propia filosofía, de la propia razón. Precisamente es esto lo que nos vamos a encontrar en

este volumen. La historia de la filosofía occidental puede ser considerada como una sucesión de proyectos de caza de la racionalidad (p. 43), y es interesante destacar que el estudio de la racionalidad no puede ser hecho de una forma “pura”, es decir, sin contar con lo que está más allá del límite que la propia razón circunscribe, por eso es muy adecuado y oportuno lo que aquí se nos ofrece: un estudio en paralelo, y también en intersección, de la razón (ámbitos de racionalidad) y de la irracionalidad (lo “otro” de la razón).

Este tomo IV de las *Obras completas* está compuesto por varias obras dedicadas a la razón, a Kant y a Ortega, escritas entre el año 1969 y el año 1994. En primer lugar nos encontramos con la obra titulada “La razón y lo irracional”, publicada en 1994. En segundo lugar, una obra de 1969 sobre Kant (“Kant. Problemas gnoseológicos de la *Crítica de la razón pura*”), completada con más de media docena de breves artículos sobre Kant, cada uno de los cuales podría entenderse como una perspectiva, una introducción o un desarrollo de la obra anterior, y, al mismo tiempo, de la propia obra kantiana. En tercer lugar, y por último, una obra dedicada a Ortega (“Ortega y Gasset, filósofo. Hombre, conocimiento, y razón”), que fue publicada en el significativo año de 1983. Esta tercera parte, dedicada a Ortega, se cierra con un breve artículo de 1995 sobre Ortega y Unamuno. No nos faltaría perspicacia si viéramos este breve, y sugerente trabajo, como una síntesis de todo el conjunto del volumen, pues, ¿no es

### Cómo citar este artículo:

Moratalla, T. D. (2010). Maestro de maestros. Reseña de “Obras IV: teoría y crítica de la razón. Kant y Ortega y Gasset” de Sergio Rábade Romeo. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 223-227.

<https://doi.org/10.63487/reo.524>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre

la proximidad de lo racional y lo irracional, y su difícil deslinde, lo que nos ocupa?, ¿y no es de ello precisamente de lo que se ocuparon, cada uno a su manera, Unamuno y Ortega?

Asistimos en su lectura a una exposición viva de las metamorfosis de la razón a lo largo de la historia, con dos hitos fundamentales: Kant y Ortega. Al leerla nos sumergimos en todo un bosque de problemas. Hoy en día debemos transitar caminos nuevos, tenemos nuevos retos y hemos de estar, como diría Ortega, a la altura de los tiempos, de nuestro tiempo. Pero no podemos despreciar la capacidad de los recursos que pone a nuestra disposición nuestra propia tradición y afrontar esos nuevos caminos con las “espaldas cargadas”. Si seguimos la lectura del texto podemos avanzar, paso a paso, con auténtico disfrute, por las distintas “edades de la razón”. Este transcurrir y caminar no deja de presentar sorpresas y vericuetos, pues lo irracional está al acecho. No nos encontramos, pues, con esas lineales y frías historias conceptuales de la filosofía, sino con una auténtica aventura del pensamiento. El lector se adentra de lleno en la historia de la filosofía, a través de sus nombres, de sus problemas y sus avatares. Por todo ello podemos decir que uno de los grandes méritos de este volumen es presentarnos uno de los grandes “juegos de lenguaje” de nuestra tradición y cultura: el juego de lenguaje de la racionalidad, de la razón. El profesor Sergio Rábade muestra con amplitud, y al mismo tiempo precisión, su gramática. Pero, claro, sabemos con Wittgenstein que todo “juego de lenguaje” refleja y se corresponde con una “for-

ma de vida” determinada. Pues bien, el juego de lenguaje de la racionalidad se corresponde precisamente con lo que ha sido, y es, nuestra “forma de vida” occidental. Estas páginas están explicando y comprendiendo lo esencial de nuestra forma de vivir, de nuestra *razón de ser*. No es por tanto baladí, ni mera erudición.

Una de las cosas que más llaman la atención de esta obra que ahora comentamos es su perfecta organización y coherencia. Suele ser habitual que en las llamadas “obras completas” de un autor se yuxtapongan unas obras a otras, teniendo como único criterio el cronológico o la amplitud de las obras recogidas. No ocurre así en este caso. Como he señalado anteriormente, el profesor Sergio Rábade persigue una teoría de la razón, para lo cual ha de afrontar las relaciones difíciles y complejas con lo “otro” de la razón, con lo irracional, y lo hace incorporando la historia del pensamiento a la reflexión actual. En esta historia de búsqueda de racionalidad Kant y Ortega serán dos momentos fundamentales; el primero es buena muestra de la razón moderna, de la que somos herederos, y el segundo lo es de una racionalidad que quiere estar a la “altura de nuestro tiempo”. Éste es el tema y coordenadas de este magnífico volumen que tenemos entre manos; no una mera yuxtaposición, sino un todo armónico. Son obras, partes ahora, que podrían leerse aisladamente, con sentido y pertinencia, pero conjuntamente componen un luminoso retablo.

Por otro lado, cada una de las tres partes del volumen, se corresponde con tres formas o estilos de interpretar filosóficamente un tema, una cuestión o un au-

tor. El primer trabajo, dedicado a la razón y lo irracional, se corresponde con lo que yo llamaría *sistematicidad comprensiva*. Se trata de ofrecer una teoría de la razón echando mano de la historia de la filosofía; la historia nos va dando pautas para comprender las diversas maneras de entender la racionalidad. No es un planteamiento meramente histórico, ni se busca un sistema abstracto que se aplique a la vida para comprenderla; se hilan y anudan historia y sistema buscando las claves de la razón y de la sin-razón.

El segundo trabajo, el dedicado a Kant, es un buen ejemplo de otro tipo muy diferente de lectura, o de trabajo filosófico, que yo llamaría de *profundidad explicativa*. Ahora lo que está en juego es ofrecer al lector recursos para adentrarse en un pensador tan difícil como el filósofo de Königsberg. El estudioso de Kant, el lector de Kant, se pregunta, con motivo, ¿qué quiso decir Kant? Precisamente aquí es donde necesitamos a un buen profesor de filosofía, un maestro. Sergio Rábade nos ayuda a entenderlo, nos ofrece un mapa para entrar en la selva de la obra kantiana, y en concreto en la *Crítica de la razón pura*. Nos encontramos, pues, con una lectura que busca explicarnos al autor, ayudarnos a entenderlo.

El tercer trabajo, dedicado a Ortega, obedece a un tercer tipo de lectura, que yo llamaría de *invitación sugeridora*. Ya no nos encontramos con un texto con afán sistemático y comprensivo, como el primero, ni tampoco con una presentación explicativa como la de Kant, sino con una mirada sobre Ortega que busca, más que la explicación de su filosofía, un acicate para su lectura directa. Nos está ofreciendo “razones” para leer a Ortega.

Son, pues, tres estilos, tres formas de ser un maestro de filosofía: comprendiendo, explicando e invitando. Tres formas de adentrarnos en la cuestión de la razón, de la racionalidad. Si hay un concepto nuclear en la historia de la filosofía, y nuclear de nuestra cultura, es precisamente éste. Y como bien recuerda Sergio Rábade, siguiendo a Adorno, el concepto de razón, es uno de esos nudos históricos de pensamiento, que permanece como “la cicatriz endurecida de un problema irresuelto” y apunta a algo “que los filósofos no han despachado todavía” (p. 49). Este volumen es precisamente un esfuerzo, al alcance de muy pocos, de “ablandar” ese problema irresuelto, de aportar una visión lúcida sobre su historia y de mostrar cómo se anuda y enreda con otros conceptos, otros problemas. Todo ello es hecho de forma pedagógica, es decir, con maestría. Así se distinguen perspectivas y planos a la hora de enfocar el problema de la razón (pp. 51 y ss.). También son páginas de especial brillantez las dedicadas a analizar las diferentes formas de irracionalismo (pp. 245 y ss.). Esta tarea se hace elaborando unos tipos básicos, que son, bien es cierto, discutibles, pero muy sugerentes. Así distingue entre formas impropias de irracionalidad (supraracional y para-racional, lo extrasistemático, lo incoherente, lo sin-sentido, lo instintivo-pulsional, lo inconsciente, lo inmediato, lo trágico, el mito, lo desconocido), formas intermedias de irracionalidad (lo absurdo, lo injustificable, lo transobjetivo) y formas rigurosas de irracional (lo ininteligible, lo incognoscible, lo impensable, lo contradictorio, lo irracional propiamente di-

cho) (pp. 268 y ss.). Esta tipología bien puede servirnos de ejemplo de otro de los grandes méritos del libro que es el conjunto de originales ordenaciones y de brillantes conceptualizaciones que nos ayudan a leer la historia de la filosofía, sobre todo a leerla “de otra manera”, y, lo que es más importante, a pensar de una forma rigurosa los problemas que la vertebraron, y que son también nuestro problemas y retos.

En general, uno de los inconvenientes de las recopilaciones de obras completas es la gran cantidad de repeticiones que en ellas nos encontramos. Y más, paradójicamente, cuando estas obras completas están bien hechas y agrupan volúmenes por temas o por épocas. En el caso que nos ocupa también hay repeticiones. Son inevitables. Pero lejos de hacerla más pesada, nos ofrece la posibilidad de encontrarnos con ideas claves en contextos diversos, en niveles diferentes, lo cual nos permite, en muchas ocasiones, hacernos una idea más precisa y adecuada de lo que se está discutiendo. No son repeticiones en detrimento de la obra sino en aumento de su calidad, sobre todo comunicativa.

Otro de los inconvenientes de la recopilación y publicación de obras editadas hace ya unos años es que hayan podido aparecer otras publicaciones que las hagan superfluas o claramente deficientes. En el caso que nos ocupa no ocurre esto, pues si bien es cierto que han aparecido obras significativas con respecto a los temas tratados, no ha perdido ésta su pertinencia. Así por ejemplo los trabajos de Kant han sido muy abundantes (no olvidemos que los últimos treinta años coinciden con el segundo centena-

rio de muchas de sus obras). Y con respecto a Ortega bien podríamos decir que es a partir de 1983 cuando ha pasado a ser considerado en su auténtica medida y, sobre todo, estudiado y leído (¡que no es poco!). Sin ánimo de exhaustividad, y sólo a título indicativo, podríamos mencionar los trabajos sobre la antropología orteguiana de José Lasaga; la inclusión del filósofo madrileño en los avatares de la filosofía contemporánea, y en concreto en la fenomenología, que lleva cabo Javier San Martín o la magnífica reconstrucción biográfica de Javier Zamora. A pesar de ello, de tan importantes y significativos trabajos, y otros que se podrían mencionar, la obra de Sergio Rábade no pierde actualidad e incluso, podría decirse, anticipa ya algunos temas que sólo serán puestos de relieve muy posteriormente. Así sucede, por ejemplo, y en un tema que me ocupa personalmente, con respecto a la vertiente hermenéutica del pensamiento de Ortega, prescindiendo ya de muchas discusiones en torno a Heidegger, muchas veces estériles, y situándonos más próximos a la línea hermenéutica que constituyen Dilthey, Gadamer y Ricoeur.

Por último, hemos de agradecer el esfuerzo hecho tanto al autor, sobre todo, como a los que han contribuido a que podamos disfrutar de este volumen de *Obras completas*, como son la editorial Trotta, que ha contado con el patrocinio del Centro de Enseñanza Superior en Humanidades y Ciencias de la Educación Don Bosco (CES Don Bosco), adscrito a la Universidad Complutense de Madrid, y a los propios editores de la obra: Antonio M. López Molina, Mariana Urquijo y Laura Herrero. Especial re-

conocimiento merece Antonio M. López Molina que ha incorporado al presente volumen una acertada “presentación” que ofrece al lector claves oportunas de interpretación y contextualización.

Al leer la obra un texto de Ortega se repite frecuentemente, a manera de estribillo me atrevería a decir. Viene a colación de la presentación de la razón vital e histórica orteguiana, pero bien podría servir para apuntar, aunque sólo sea metafóricamente, a lo fundamental a lo que este volumen de *Obras completas* aspira expresar. El texto de Ortega es aquél en que señala que “lo humano se escapa a la razón físico-matemática como el agua por una castilla” (VI, 57). Para Ortega, en la clave que nos brinda Sergio Rábade, se trata de integrar la razón (física) en un nuevo tipo de razón (la razón histórica). El hombre, el ser humano, no tiene naturaleza, sino que tiene historia, y por eso va a oponer Ortega a las concepciones tradicionales de la razón una razón vital e histórica

capaz de comprender el sentido del hombre como ser que no tiene naturaleza (p. 231). Para una concepción de la razón no adecuada (la razón físico-matemática) lo humano se escapará siempre, como “agua por una canastilla”, pues la canastilla (esa razón) no está hecha para recoger agua. La historia de la razón, de la racionalidad, de la racionalización, es la historia de las canastillas para apresar el agua, que siempre se escapa. Por eso, con Ortega, buscamos una mejor canastilla para recoger el agua.

El esfuerzo filosófico de Sergio Rábade, del que este volumen de *Obras completas* es buena muestra, es un ejemplo de una tarea llevada a cabo con el máximo rigor, honestidad y responsabilidad filosófica, no es mero ejercicio erudito o académico. La responsabilidad es ahora nuestra, de los lectores, de los alumnos, de cualquier persona interesada, y recoger esta herencia y este enorme saber de un “maestro de maestros” al que hay que expresar, ante todo, gratitud.



---

## Relación de colaboradores

JUAN CARLOS CASTELLÓ MELIÁ. Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Valencia, es profesor en el IES Benigasló de Valencia. Entre los diversos libros de los que es autor destacan: *Meditación de la felicidad* (2008); *Tópicos y formas del sexismo* (2009) y *La hermenéutica narrativa de Ortega y Gasset* (2009).

M. ISABEL FERREIRO LAVEDÁN

Doctora en Derecho, es profesora de Teoría del Derecho en la UNED. Miembro del Equipo de investigación y edición de las nuevas *Obras completas* de José Ortega y Gasset (2004-2010), es autora del libro *La teoría social de Ortega y Gasset* (2005) y de varios artículos, entre otros: “El idealismo del amor romántico” (*Revista de Occidente*, 2007). Columnista, desde su comienzo, del diario electrónico *El Imparcial*.

BÉATRICE FONCK

Catedrática de Historia moderna y contemporánea en el Departamento de Español de la Facultad de Letras del Instituto Católico de París. Es autora de una tesis doctoral de Estado sobre *L'intellectuel et la politique d'après José Ortega y Gasset dans ses articles de presse hispanique (1914-1951)*, Universidad París X, Nanterre, 1993. Entre sus numerosas contribuciones académicas cabe destacar libros como *1898: Littérature et crise religieuse en Espagne* (Septentrion, 1999), o los artículos “Un análisis de *España invertebrada* en su circunstancia” (1996), “Un penseur de l'Europe” (2004), “El reto europeo de Ortega” (2006) y “La recepción de Ortega en Francia” (2008).

## MARTA CAMPOMAR

Doctora en Literatura Inglesa y Española por la Universidad de Leeds, ha ejercido la docencia en esa misma Universidad y en el Trinity and All Saints College de Horsforth. Ha sido miembro de los Hispanistas Británicos y en la actualidad es vicepresidenta de la Fundación José Ortega y Gasset de Argentina. Entre sus trabajos más representativos están: *Menéndez Pelayo, hacia una nueva imagen. Menéndez Pelayo y los problemas del intelectual católico en la Restauración* (1983); *La cuestión política religiosa de la Restauración* (1984); *Ortega y Gasset en "La Nación"* (2003), la selección y edición de *Los escritos de Ortega y Gasset en "La Nación" 1925-1952* (2005) y *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española* (2009).

## JAIME DE SALAS ORTUETA

Nacido en Londres. Catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense. Es autor de numerosas investigaciones y traducciones, especialmente dedicadas a Leibniz, Hume y Ortega; entre otras obras, destaca *Razón y legitimidad en Leibniz: Una interpretación desde Ortega* (1994).

---

## NORMAS PARA EL ENVÍO Y ACEPTACIÓN DE ORIGINALES

La *Revista de Estudios Orteguianos*, fundada en el año 2000 y editada por el Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y Gasset, es una publicación semestral dedicada al estudio de la obra y la figura del filósofo español José Ortega y Gasset, desde una perspectiva cultural y académica.

Los trabajos que se envíen a la *Revista* han de ser originales, inéditos y no sometidos a su evaluación o consideración en ninguna otra revista o publicación.

La selección de los trabajos se rige por un sistema de evaluación a cargo de revisores externos expertos en la materia. El anonimato del sistema de arbitraje se regirá por la modalidad de doble ciego. Al finalizar el año se publicará en la página web de la *Revista* una lista con los nombres de los revisores que han actuado en este período.

La lengua de publicación de la Revista es el español pero, previa invitación, podrán enviarse para su consideración también originales escritos en inglés, francés, portugués, italiano o alemán. En caso de ser aceptados para su publicación quedará a cargo de los autores la traducción, que será revisada por los editores.

La remisión de originales implica la aceptación de estas normas.

Los manuscritos deberán remitirse, tanto por correo electrónico en archivo adjunto, preferiblemente utilizando WORD para Windows, como en formato impreso a la siguiente dirección:

**Revista de Estudios Orteguianos**  
**Centro de Estudios Orteguianos. Fundación José Ortega y Gasset**  
c/ Fortuny, 53.  
28010 Madrid

**Dirección electrónica: [estudiosorteguianos.revista@fog.es](mailto:estudiosorteguianos.revista@fog.es)**

**Tfno.: 34 917 00 41 39 • Fax: 34 917 00 35 30**

**[www.ortegaygasset.edu](http://www.ortegaygasset.edu)**

La presentación de los manuscritos deberá ceñirse a los siguientes criterios:

1. Los artículos no podrán tener una extensión superior a 30 páginas, tamaño DIN A4 (10.000 a 12.000 palabras) incluidas las notas, a doble espacio. La fuente utilizada será Times New Roman, de cuerpo 12 para el texto principal y 10 para las notas al pie de página.
2. El manuscrito empezará con el título, centrado y en redonda. El título ha de ser también traducido al inglés. Seguidamente debe figurar un resumen (abstract) de no más de 100 palabras y una lista de palabras clave (keywords), con no más de 8 términos. Tanto el resumen como la lista de palabras clave deben tener una versión en español y otra en inglés para facilitar su inclusión en las bases de datos internacionales y en los repertorios bibliográficos.
3. Con el fin de preservar el anonimato en el proceso de evaluación, en página aparte figurará el título del trabajo, nombre del autor o autores, datos de contacto (teléfono, dirección postal y de correo electrónico), así como un breve currículum indicativo (centro o institución a la que está(n) adscrito(s), datos académicos, líneas de investigación y las 3 ó 4 principales publicaciones). Con la misma finalidad se evitará cualquier mención al autor o autores en el resto del texto.  
El autor o autores que deseen remitir un manuscrito para su evaluación pueden encontrar los formularios modelo de la Carta de presentación, el Listado de comprobaciones para la revisión final y la Hoja de identificación del manuscrito, así como los criterios de evaluación de los manuscritos, las Instrucciones dirigidas a los revisores y las Hojas de evaluación empleadas en la página web de la *Revista*.
4. En el cuerpo del texto se evitará el uso de negritas y subrayados. Se resaltarán con cursiva los títulos de obras, textos en lenguas extranjeras o cualquier énfasis añadido por el autor o autores. Las citas textuales se escribirán entre comillas tipográficas, mientras que las citas largas irán en párrafo aparte, sangradas y sin entrecomillar.
5. Las referencias bibliográficas y las notas deben ajustarse a las pautas que siguen. Se preferirá utilizar el sistema de citas bibliográficas con notas a pie de página y al final del artículo figurará siempre un apartado de Referencias bibliográficas en que se recogerán, ordenados alfabéticamente por el apellido del autor, todos los trabajos citados en el texto. De todos modos, se aceptará cualquier modalidad recogida en la Norma ISO 690.

## Citas bibliográficas en notas a pie de página:

- a) Monografías: José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente, 1930, p. 15.
- b) Capítulos o partes de monografías colectivas: José ORTEGA Y GASSET, “Prólogo”, en Karl BÜHLER, *Teoría de la expresión*. Madrid: Revista de Occidente, 1950, p. 7.
- c) Publicaciones periódicas: José ORTEGA Y GASSET, “Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia”, *Logos*, 1 (1941), p. 12.
- d) *Obras completas* de José Ortega y Gasset:
 

Si las citas aluden a las *Obras completas*. 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2009, se citará el tomo (en romanos) y la(s) página(s) del mismo (en arábigos). Por ejemplo, en el caso de “La destitución de Unamuno”: I, 661-663. Se preferirá el uso de esta edición por su mayor vigencia y actualidad.

Si las citas aluden a las *Obras completas*. 12 vols. Madrid: Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1983, se citará el tomo (en romanos) y la(s) página(s) del mismo (en arábigos), anteponiéndoles *Oc83*. Por ejemplo, en el caso de “Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia”: *Oc83*, V, 517-547.

Si las citas de *Obras completas* van en el cuerpo del texto se seguirá el mismo esquema.
- e) Para citas de ediciones electrónicas véanse más adelante los formatos de citación en el apartado de Referencias bibliográficas, teniendo en cuenta que en las notas se cita el nombre por delante de los apellidos del autor.
- f) Al citar los números de páginas, utilizar el esquema pp. 523 y ss. para referirse a una página y las siguientes.
- g) En las citas sucesivas de alguna obra citada con anterioridad se preferirá el uso de ob. cit. si se repite el título y se omite el lugar de edición y la editorial, siempre y cuando no sea la cita inmediatamente anterior, en cuyo caso puede utilizarse *ibidem* o *ibid.* si es la misma obra y distinta página o, *idem* o *id.*, si se trata de la misma obra y página.
- h) *Vid.* o cfr. se emplearán para referirse a una obra cuyo texto no se ha citado directamente.

## Citas bibliográficas en el apartado de Referencias bibliográficas:

- a) Monografías: ORTEGA Y GASSET, J. (1930): *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente.
- b) Capítulos o partes de monografías colectivas: ORTEGA Y GASSET, J. (1950): “Prólogo”, en K. BÜHLER, *Teoría de la expresión*. Madrid: Revista de Occidente, pp. 7-9.

- c) Publicaciones periódicas: ORTEGA Y GASSET, J. (1941): "Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia", *Logos*, 1, pp. 11-39.
  - d) Sitio *web*: *Perseus Digital Library Project* (2008): CRANE, G. R. (ed.). [Online]. Tufts University. Dirección URL: <http://www.perseus.tufts.edu>. [Consulta: 7, octubre, 2008].
  - e) Artículo en una revista electrónica: PATERNIANI, E. (1996): "Factores que afectan la eficiencia de la selección en maíz", *Revista de Investigación Agrícola-DANAC*, [Online], 1. Dirección URL: <http://www.redpavfpolar.info.ve/danac/index.html>. [Consulta: 22, abril, 2001].
  - f) Trabajo publicado en CD-ROM: MCCONNELL, W. (1993): "Constitutional History", en *The Canadian Encyclopedia*, [CD-ROM]. Toronto: McClelland & Stewart.
6. Los resúmenes de Tesis Doctorales, que irán acompañados de las correspondientes palabras clave en español e inglés, no deben exceder de 400 palabras. Deben adjuntar, asimismo, los siguientes datos:

- a) Título de la tesis
- b) Nombre y apellidos del autor de la tesis
- c) Nombre y apellidos del director de la tesis
- d) Departamento, Facultad, Universidad y año académico en que la tesis fue defendida y aprobada
- e) Datos de contacto del autor (teléfono, dirección postal y de correo electrónico)

En los casos en que la tesis no haya sido escrita en español, se incluirá la traducción al mismo del título y el resumen.

7. No se remitirán las primeras pruebas a los autores por lo que los manuscritos han de enviarse revisados. Los autores recibirán un ejemplar impreso de la *Revista* y un archivo pdf de su trabajo.

El proceso de evaluación y aceptación de manuscritos se realizará del siguiente modo: Los autores remiten el trabajo a la *Revista*, pudiendo recomendar o recusar nombres de potenciales revisores. Tras la revisión editorial, los manuscritos serán objeto de dos informes a cargo de dos revisores externos, que desconocerán la identidad de los autores. En caso de discrepancia, se recurrirá al juicio de un tercer evaluador. El Consejo Editorial decidirá, en vista a los informes respectivos, sobre la conveniencia de su publicación. La *Revista*

comunicará a los autores el dictamen y, en caso de que éste haya sido favorable, la fecha previsible de publicación. En caso necesario se solicitará del autor una versión definitiva.

El proceso concluye habitualmente en seis meses, aunque en determinadas circunstancias y por razones diversas la comunicación a los autores puede demorarse.

Serán criterios excluyentes para la admisión de los manuscritos: no incidir en el ámbito cultivado por la *Revista*, excederse en la extensión establecida, no utilizar los sistemas de citas propuestos en la manera indicada y no enviar el trabajo en el soporte requerido.

El Consejo Editorial de la *Revista de Estudios Orteguianos* acusará recibo y acepta considerar todos los originales inéditos, pero no se compromete a su devolución ni a mantener correspondencia sobre los mismos, salvo cuando sean aceptados, hayan sido expresamente solicitados o para comunicar el dictamen.

Las fechas de recepción, revisión y aceptación de los originales, figurarán en la página web de la *Revista* en el momento de su publicación.

Es condición para la publicación de originales inéditos en la edición impresa y electrónica, si a ella hubiera lugar, que el autor o autores cedan a la *Revista de Estudios Orteguianos* los derechos de propiedad (*copyright*). Con posterioridad a su publicación en la *Revista*, los autores podrán reproducir los trabajos o parte de los mismos, indicando siempre el lugar de aparición original.

La *Revista de Estudios Orteguianos* es recogida sistemáticamente por las Bases de Datos y Repertorios Bibliográficos: *The Philosopher's Index*, *ISOC-Ciencias sociales y Humanidades* y *Catálogo Latindex*.

La *Revista de Estudios Orteguianos* no se hace responsable de las opiniones en ella expresadas por sus colaboradores.



---

# Revista de Estudios Orteguianos

## Quién es quién en el equipo editorial

### DIRECTOR:

*Javier Zamora Bonilla*, Universidad Complutense de Madrid, Centro de Estudios Orteguianos, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España

### GERENTE:

*Carmen Aseñjo Pinilla*, Centro de Estudios Orteguianos, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España

### REDACCIÓN:

*Enrique Cabrero Blasco*, Universidad Complutense de Madrid, Centro de Estudios Orteguianos, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España

*María Isabel Ferreiro Lavedán*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro de Estudios Orteguianos, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España

*Patricia Giménez Eguíbar*, Universidad de Wisconsin-Madison, Estados Unidos, Centro de Estudios Orteguianos, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España

*Felipe González Alcázar*, Universidad Complutense de Madrid, Centro de Estudios Orteguianos, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España

## CONSEJO EDITORIAL:

- Juan Pablo Fusi Aizpurua*, Universidad Complutense de Madrid, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España  
*Andrés Ortega Klein*, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España  
*Fernando Rodríguez Lafuente*, Universidad Complutense de Madrid, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España  
*Jesús Sánchez Lambás*, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España  
*José Juan Tobaría*, Universidad Autónoma de Madrid, Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España  
*José Varela Ortega*, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España

## CONSEJO ASESOR:

- Enrique Aguilar*, Pontificia Universidad Católica Argentina  
*Paul Aubert*, Université de Provence, Francia  
*Marta María Campomar*, Fundación José Ortega y Gasset Argentina  
*Helio Carpintero Capell*, Universidad Complutense de Madrid, España  
*Pedro Cerezo Galán*, Universidad de Granada, España  
*Adela Cortina Ort*, Universidad de Valencia, España  
*Béatrice Fonck*, Institut Catholique de Paris, Francia  
*Ángel Gabilondo Pujol*, Universidad Autónoma de Madrid, España  
*Luis Gabriel-Stheeman*, The College of New Jersey, Estados Unidos  
*Javier Gomá Lanzón*, Fundación Juan March, Madrid, Consejo de Estado, España  
*Domingo Hernández Sánchez*, Universidad de Salamanca, España  
*José Lasaga Medina*, IES Lope de Vega, Madrid, Fundación e Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset, España  
*Thomas Mermall*, The City University of New York, Estados Unidos  
*José Luis Molinuevo Martínez de Bujo*, Universidad de Salamanca, España  
*Javier Muguerza Carpintier*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, España  
*Juan Manuel Navarro Cordón*, Universidad Complutense de Madrid, España  
*Nelson Orringer*, University of Connecticut, Estados Unidos  
*José Antonio Pascual Rodríguez*, Universidad Carlos III, Madrid, Real Academia Española, España  
*Ramón Rodríguez García*, Universidad Complutense de Madrid, España  
*Jaime de Salas Ortueta*, Universidad Complutense de Madrid, España  
*Javier San Martín Sala*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, España  
*Ignacio Sánchez Cámara*, Universidad de La Coruña, España



## Boletín de Suscripción

### Suscripción anual (2 números):

España,	24,04 €	Europa,	32,74 €
América,	33,66 €	Asia,	34,86 €

### Ejemplar suelto:

España,	13,82 €	Extranjero,	18,63 €
---------	---------	-------------	---------

### Número doble:

España,	25,00 €	Extranjero,	36,00 €
---------	---------	-------------	---------

### PUEDA SUSCRIBIRSE POR:

**CORREO POSTAL:** Centro de Estudios Orteguianos. c/ Fortuny, 53. 28010 Madrid (España)

**FAX:** 34-91-700 35 30

**CORREO ELECTRÓNICO:** estudiosorteguianos.secretaria@fog.es

**TELÉFONO:** 34-91-700 41 39

**A TRAVÉS DE LA WEB:** <http://www.ortegaygasset.edu>

*(Rellene los datos al dorso)*





Nombre y apellidos: .....

Empresa o Institución: .....

N.I.F. o C.I.F.: .....

Calle/Plaza: ..... C.P.: .....

Localidad: ..... Provincia: .....

País: .....

Teléfono: ..... Fax: .....

E-mail: .....

- Deseo suscribirme a la **Revista de Estudios Orteguianos** desde el número ..... por periodos automáticamente renovables de 1 año.
- Deseo recibir ..... ejemplares sueltos de los números siguientes: .....

**Con la forma de pago siguiente:**

- Talón a nombre de **Revista de Estudios Orteguianos**
- Transferencia a nombre de **Revista de Estudios Orteguianos** al Banco Santander  
C/C nº: ES15-0049-0321-08-2110214204
- Domiciliación bancaria (cumplimente el boletín de domiciliación)

Fecha y firma (\*)

**Boletín de domiciliación bancaria**

Sr. Director del Banco/Caja: .....

Dirección: ..... C.P.: .....

Población: ..... Provincia: .....

Titular de la cuenta: .....

Número de C. C. / Libreta:

Muy Sr. mío: Autorizo a esa entidad para que con cargo a mi cuenta o libreta atiendan hasta nuevo aviso los recibos que les presente la Revista de Estudios Orteguianos.

Fecha y firma (\*)

(\*) Es imprescindible la firma para formalizar la suscripción



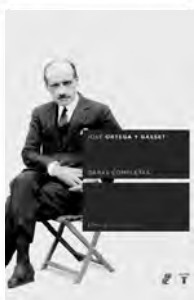
# OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET



Tomo I (1902-1915)



Tomo II (1916)



Tomo III (1917-1925)



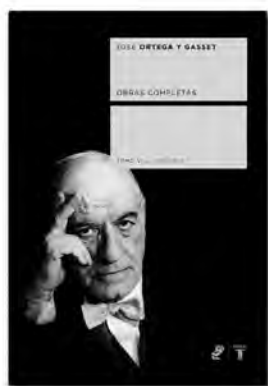
Tomo IV (1926-1931)



Tomo V (1932-1940)

«Por fin, Ortega entero: magnífico trabajo, cuidadoso cotejo con otras ediciones, índices, apéndices y anexos, publicación separada de textos que el autor no dio a la imprenta. Todo, en fin, como debe hacerse.»

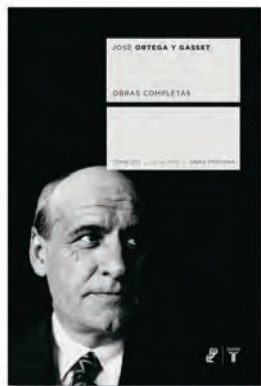
Santos Juliá, *El País*



Tomo VI (1941-1955)



Tomo VII (1902-1925)



Tomo VIII (1926-1932)



Tomo IX (1933-1948)









*Edita*



FUNDACIÓN JOSÉ ORTEGA Y GASSET

*Fundadora*

**Soledad Ortega Spottorno**

*Presidente*

**José Varela Ortega**

*Vicepresidente*

**Gregorio Marañón Bertrán de Lis**

*Secretario General*

**Jesús Sánchez Lambás**

*Director Académico*

**José Juan Toharia Cortés**

*Presidente de la Comisión Académica*

**Juan Pablo Fusi Aizpúrua**

*Comisión Ejecutiva Delegada del Patronato*

**Gregorio Marañón Bertrán de Lis, Valeriano Gómez Sánchez,  
Jesús Sánchez Lambás, Juan Pablo Fusi Aizpurúa,  
Manuel Gasset Loring**



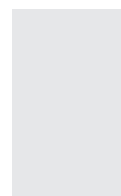
**FUNDACIÓN JOSÉ ORTEGA Y GASSET**  
**Centro de Estudios Orteguianos**

Calle Fortuny, 53. 28010, Madrid

Tel: (34) 91 700 4139, Fax: (34) 91 700 3530

Correo electrónico: [estudiosorteguianos.secretaria@fog.es](mailto:estudiosorteguianos.secretaria@fog.es)

Web: <http://www.ortegaygasset.edu>



**13,82 euros**